



MIREILLE CALMEL
EL CANTO DE LAS BRUJAS II
EL PRÍNCIPE CAUTIVO

Lectulandia

Francia, 1483. La joven Algonde, hija de la gobernanta del château de Sassenage, ha caído en las aguas de un impetuoso torrente. Cuando todos la dan por muerta, reaparece sobre una roca, pálida y exánime. Asegura haber visto a Melusina, el hada con cola de pez que habita en una gruta. ¿Qué le ha dicho Melusina y por qué la ha devuelto a la vida? La joven se niega a revelarlo. Ahora conoce su destino... y luchará contra él con todas sus fuerzas.

Lectulandia

Mireille Calmel

El príncipe cautivo

El canto de las brujas - 02

ePub r1.0

Titivillus 11.12.2017

Título original: *Le chant des sorcières II*

Mireille Calmel, 2009 Francés

Traducción: Artur Jordá

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi abuela materna,
del pueblo de Sorso, en Cerdeña...

18/20. De nuevo, tanto por la construcción como por el espíritu, su trabajo
evoca una novela inacabada. Por favor, transforme el ensayo.

Jacques Bessiére, profesor de francés y de latín en el colegio Pablo Picasso
de Martigues. Comentario a una redacción de 4.0 curso.

Gracias, querida Mireille, por el valor que usted y su madre me dan. Cada
vez que la muerte se acerca, pienso en sus heroínas. No sé durante cuánto
tiempo más podré luchar todavía, pero estoy segura de que cuando
finalmente llegue, ustedes dos estarán a mi lado. Me iré con una sonrisa en
los labios y con un montón de amor entre los brazos. Continúe...

Último correo electrónico de

Carole Gastaldi, llamada la Valiente.

Por no haber perdido nunca el valor, el buen humor y la compasión, incluso
ante la llegada de la Parca, en el momento de escribir este segundo tomo

pienso en ellos, heroicos personajes de mi vida real.

Este libro es a imagen de lo que fueron.

Lleno de fuerza y de esperanza ante la fatalidad para que jamás perdáis las
gananas de luchar.

Capítulo 1

Cinco meses ya. Todos te echamos de menos, mi rui señor. Aún más desde que llegó el invierno y la vida aquí, en Sassenage, transcurre lentamente. Tú que le conoces tan bien, imagínate los lamentos de maese Janisse. No logra recobrase. ¡Debo regañarle continuamente para que no caiga en la melancolía! Dejemos eso. En tu última carta me decías que habías conservado un lugar de privilegio junto a la joven baronesa. Me alegro de ello, pero también sé qué espera tu corazón: noticias de Mathieu. Tanto su padre como yo, aún ignoramos dónde se escondió tras tu partida. Volvió poco después de Navidad, eso es lo esencial, y sin decir palabra se puso de nuevo a trabajar en el horno. Claro está que ya nada es como antes, puesto que maneja la pala con la mano izquierda y con menos destreza, pero se esfuerza y da consejos a su hermano pequeño. La panificación se ha convertido en la vida cotidiana de los tres. Me gustaría poder decirte que se preocupa por ti, pero no sé mentirte. La verdad es que me evita, y cuando maese Janisse mete la pata y hace alguna alusión, Mathieu se va de allí de inmediato. En cuanto a su carácter, que conocimos alegre, se ha visto ensombrecido sin duda por esta desafortunada historia. Si alguna vez esboza una sonrisa es para burlarse de sí mismo. Su alegría se desvaneció contigo. Y, sin embargo, no te culpes por ello. Las cosas son como son, y ambas sabemos que llegarán tiempos mejores. Hoy por hoy, haz lo que debas en tu alma y conciencia, y cuídate mucho.

La carta estaba firmada por Gersende y fechada el 15 de febrero de 1484. Era el 25 de febrero en La Bâtie en Royans. Algonde dobló la misiva antes de depositarla en el cofre en el que desde su llegada había guardado sus escasos efectos personales. Su habitación, separada de la de Philippine de Sassenage por una puerta de madera tallada, disponía de todas las comodidades. Incluido, como en la de su joven señora, un pequeño aseo en un voladizo sobre una acequia que desembocaba en el río. Philippine llenó de inmediato su estancia de delicados vestidos, de ungüentos y de cepillos, y decretó que su habitación debía estar presentable en cualquier momento y situación. Algonde sabía que esos favores, totalmente fuera de lugar en el contexto de su servidumbre, sólo tenían un objetivo: distraerla de Mathieu y aliviar el sentimiento de culpa de su joven señora por haberla alejado de él. Ni una sola vez habían evocado juntas el tema de la frustrada boda de Algonde o de la agresión del gavilán. Cambio de decorado. Cambio de vida. Para Philippine, habían pasado página. Algonde no podía decir lo mismo.

Se pasó la mano sobre el vientre pesado. Había engordado y comía

exageradamente en la mesa y luego se provocaba el vómito en privado para ocultar la verdad hasta que expulsara aquella «cosa». No tardaría mucho. Aquella noche habría luna llena. Haría ya seis meses desde que se entregó al barón Jacques de Sassenage por orden de Melusina, para inmunizarse contra el veneno de la serpiente que corría por sus venas. El tiempo se le echaba encima. No podría ocultarle la verdad indefinidamente a Philippine. Hasta el momento, lo había conseguido con facilidad ya que su señora no le pedía nada más que su presencia casi permanente. Sólo se había preocupado por una cosa: saber si se podía ennoblecer a una sirvienta. Consultado al respecto el barón Jacques, su padre, éste se echó a reír. Sidonie le sugirió que, si así lo deseaba, podía presentarla como tal. De golpe, la jovenzuela se vio aureolada por un imaginario lazo de parentesco y obligada a presentarse en la corte del barón bajo el nombre de Algonde de Sassenage.

—Me descubrirán a la primera —dijo Algonde mientras se ponía un suntuoso vestido ante la satisfecha mirada de Philippine.

—¿Acaso crees que mis cortesanos se ocupan de asuntos semejantes? Tu reserva se atribuirá a modestia, eso es todo. El hábito hace al noble, y vistes de una manera magnífica.

Algonde dudó de ello hasta que se le acercó el hijo de uno de los vasallos de Jacques de Sassenage y afirmó estar encantado por tanta gracia. Desde entonces, desempeñaba el papel que le habían impuesto sin pestañear y con naturalidad, pues por sus venas corría sangre de las hadas.

Abandonó su apartamento y cerró la puerta con llave. No temía alguna indiscreción, pero su privilegio no era apreciado por todos los habitantes del castillo. Las otras sirvientas sentían hacia ella unos celos viscerales. Y aunque aquello la contrariara, Algonde nada podía hacer por ellas. Así pues, se contentaba con satisfacer el capricho de Philippine, puesto que ése era ahora su cometido, y se mantenía ojo avizor.

Las noticias recibidas de su madre habían calmado en cierta medida su inquietud acerca de Mathieu, y recorrió el largo pasillo flanqueado a ambos lados por las habitaciones de la segunda planta. Al observar su imagen reflejada en uno de los numerosos espejos trabajados que lo decoraban, se vio tan hermosa como Philippine deseaba, con aquel vestido jaspeado y una cofia coronando su trenza. Tomó la doble escalera que llevaba al ala sur de aquel vasto edificio octogonal rodeado de elegantes torrecillas y descendió con ligereza a la primera planta.

En cuanto abrió las puertas del salón de música reservado a Philippine, un concierto de violas y oboes le llenó los oídos. Frente a ella, sentada en un trono en lo alto de tres peldaños de mármol rosa, bajo un dosel con las armas de la familia, Philippine de Sassenage, cual reina con su vestido blanco bordado de hilo de oro, presidía la corte frente a una platea de nobles. Sus damas de compañía, lánguidas en una corola de seda sobre cojines en las alfombras o en los peldaños, jugaban a tabas,

a dados o al ajedrez, graznando como las ocas. Malabaristas, acróbatas y juglares entretenían con sus proezas a aquel areópago.

Las primeras veces que Philippine la obligó a hacer acto de presencia allí, Algonde se sintió torpe y artificiosa, y observaba inquieta por si descubrían la superchería y se burlaban de ella.

Aquel día, había adquirido ya suficiente aplomo para avanzar con la frente bien alta.

Sí bien la mirada de Philippine se dirigía a la bella y delicada Catherine de Vaimont, se alzó de inmediato para escoltar a Algonde hasta ella.

—Aquí estáis, por fin. Os echaba de menos, Algonde. —Disculpadme, mi señora Hélène. He recibido carta de mi madre y no podía dejar para más tarde saber de sus nuevas.

Philippine asintió con la cabeza, con una aérea sonrisa en su rostro elegantemente maquillado.

—¿Cómo se encuentra nuestra querida Gersende?

—De maravilla —le aseguró Algonde instalándose a sus pies en los escalones, junto a un hidalgo granujiento que de inmediato dirigió su mirada al cuello de Algonde, bellamente resaltado por un collar de perlas.

—Señorita Algonde, sois su... su... sublim... m... me —tartamudeó el como de costumbre cuando estaba nervioso.

De hecho, sus mejillas ardían.

—Y vos muy indiscreto, mi querido Benoît.

—U... unas... fe... fr... frutas de pa... pa... pa... pa... pa... pa... Para vos no, amigo mío, pues Algonde está prometida —se burló Philippine entre risas.

—¿De v...v... v... v... veras?

—¡Por desgracia! —dijo Algonde.

Benoît suspiró desilusionado antes de volver la cabeza, la única manera de proseguir una elocución tan normal como se lo permitía su defecto de pronunciación.

Philippine se acomodó en su trono realzado por pedrería encastrada en las molduras para escuchar los versos de un juglar y Algonde se perdió entre los demás cortesanos. La compañía de éstos no le era desagradable, puesto que había descubierto su ingenio cuando le reclamaron que hiciera gala del mismo, y su carisma cuando la alabaron, y su capacidad de conversación en cuanto vio que sólo las futilidades exigían ser argumentadas. Pero hubiera preferido mil veces hallarse, junto a Gersende, maese Janisse y Mathieu.

La puerta se abrió cuando el trovador saludaba ante la sonrisa indulgente de Philippine. Su cursilería no había satisfecho a nadie y se dio la vuelta seguido por las burlas del bufón cruzándose a su paso con el recién llegado. El rostro de Philippine se tornó grave. Temerosa de ser reconocida, Algonde ocultó el suyo.

—Señor de Montoisson —le dio la bienvenida la señorita de Sassenage sin placer alguno.

El caballero se inclinó con deferencia ante ella.

—No podía llegar a estas tierras y no saludaros, querida Héléne.

—Creía que habíais regresado junto a vuestro sultán...

—Así es, en efecto. Pero resulta que una deliciosa casualidad nos ha conducido a ambos a Rochechinard, donde residimos desde hace unos meses.

—La casualidad siempre guía vuestros asuntos.

Philibert de Montoisson no respondió a aquella alusión que sabía mezquina y se apresuró a justificar su visita.

—Acompañó al gran prior de Auvernia, Guy de Blanchefort, a quien en estos momentos recibe vuestro padre.

—¿Quién es ese sultán, caballero? —preguntó Catherine de Valmont abriendo unos ojos como platos.

—El hijo menor del difunto emperador turco Mehmed II, a quien los hospitalarios de la Orden de San Juan tienen bajo protección.

—¿Un turco? ¿Un turco en tierras de Francia? ¿Es eso posible? —exclamó, ultrajado, el joven señor de Melle.

—En efecto. Un turco al que su madre cristiana enseñó nuestras costumbres y que no buscará pelea con quienes le sostienen en su exilio...

—Es que a un antepasado mío, señor; uno de esos malditos paganos te cortó la cabeza —insistió Jean de Melle, orgulloso de su importancia.

A una de las damiselas se le escapó un grito de inquietud y de horror. Philibert de Montoisson no se arredró.

—El mío, que sin duda luchó al lado del vuestro en el campo de batalla y regresó con varias barbitas como trofeo, te vengó cien veces, querido amigo. Podéis estar tranquilas, gentiles damas, el príncipe Cem es más diestro en poesía que en el manejo de las armas. Y si coincidiérais con él con ocasión de alguna fiesta, su exquisita amabilidad os conquistaría.

Philippine adoptó aires de ensoñación.

—¿Tiene mi padre intención de invitarle?

—Lo ignoro, pero así lo espero, querida Héléne, puesto que soy responsable de la seguridad del príncipe. Ése es el motivo de que no haya podido acudir antes a presentaros mis homenajes. Puede decirse que jamás me separo de él.

—Es una lástima, ciertamente, y quedáis perdonado. Y no quisiera reteneros más de modo que podáis reuniros de inmediato con él para protegerle.

Philibert de Montoisson puso mala cara ante aquella despedida tan finamente expresada. Ocultó su humillación tras una sonrisa melosa y se despidió con una reverencia.

—Agradezco vuestra comprensión. Os deseo que tengáis un buen día.

—Lo mismo os deseo, querido Philibert.

Se marchó como había llegado y Algonde alzó la cabeza que hasta entonces había mantenido gacha.

—¿Un turco? ¿Es posible? —insistía el noble para hacer gala de su importancia.

Desde que Philippine le había concedido un baile, apestaba a arrogancia. Algonde estaba harta de él. Se volvió hacia él:

—¿Y por qué no? Aquí también tenemos gallos...

Por unos instantes, la miro sin comprender, desconcertado, y luego, eras el estallido de risas de Philippine, enrojeció.

—Co... co... co... —tartamudeó encolerizado.

—¿Lo veis? ¿Veis lo que os decía? —prosiguió Algonde con una mueca fatalista dirigiendo sus manos hacia el techo.

A su alrededor estallaron más carcajadas. Se puso en pie, profundamente vejado.

—¡De algunas cosas no hay que reírse, doña Algonde!

Es verdad, mi señor Jean, pero hay asuntos que me parecen más graves que la presencia de ese príncipe en el vecindario.

—¿Cuáles?

—Los quebraderos de cabeza que sufren Pedro y Ana de Beaujeu por la tutela que ejercen sobre nuestro joven monarca o la peste que avanza desde el este, sin mencionar el trigo que se pudre en los campos. ¿Deseáis que prosiga?

Volvió a sentarse refunfuñando y Philippine dio unas palmadas para distender el ambiente, súbitamente ensombrecido por las desgracias que asolaban a Francia. De inmediato, una melodía de ritmo alegre llenó la sala. Philippine se volvió hacia el gruñón.

—No pongáis esa cara, mi querido Jean, o acabaré por creer que estáis enfadado...

Él la fulminó con la mirada.

—E invitadme a bailar...

Su cólera se apaciguó en el acto. Se puso en pie, de nuevo altivo, y le ofreció su puño para descender la escalera, mientras los músicos, interrumpidos por la intrusión del hospitalario, retomaban su interpretación. Algonde siguió las evoluciones de los bailarines en el centro de la sala, con la mente ya lejos de allí, muy lejos de aquellas futilidades.

Desde que llegara a La Bâtie, sus poderes no habían hecho más que aumentar, aguijoneados sin duda por el veneno de la serpiente que llevaba en su interior. Ahora Algonde podía ya abandonar el lugar en el que se hallaba para ver otros, sin cerrar los ojos y sin que ni siquiera a su alrededor pudieran advertir en ella una impresión de ausencia. Le bastaba con concentrarse en una persona. En aquel momento, quienes exigían toda su atención eran el gran prior de Auvernia y, por mediación de éste, el príncipe turco.

Jacques de Sassenage se hallaba en su despacho con Guy de Blanchefort. Ambo» estaban sentados, uno frente al otro ante un aguardiente de frutas que hacían girar en el interior de sus copas.

—Comprendo vuestras reservas, amigo mío —decía el gran prior de Auvernia—, pero no debéis que os distraiga el recuerdo de ese duelo en Saint-Just, Philibert de Montoisson es hombre de carácter impulsivo, no os lo niego. Pero es un hombre valiente del que respondo como de mí mismo. No desearíais que la dote de Philippine fuera a manos de un cobarde, ¿verdad?

—Claro está que no.

—En ese caso, ¿qué problema hay? Philibert languidece pensando en ella. Está profundamente enamorado. ¿Acaso no es eso mejor que un yerno que sólo se preocupa por su provecho?

—Sí. Dejadme reflexionar acerca de ello, os lo ruego, y volvamos a lo que os trae aquí. ¿Me aseguráis que nadie lamentará que ese Cem se adentre en mis tierras para cazar?

Sabedor de que no podría influir más en la decisión de Jacques, Guy de Blanchefortapuró su copa y dijo:

—Venid a juzgar personalmente su afabilidad.

—¿No le bastan los montes de Rochechinard que mi vecino Barachim Allemand tan amablemente ha puesto a vuestra disposición?

—Vamos, Jacques, vos y yo mismo sabemos que es en esta vertiente, en este valle, donde están los bosques donde la caza es más abundante. Ninguna de las tierras de Rochechinard puede compararse con las vuestras, al igual que las fiestas no tienen parangón con las que dais aquí. Cem es una persona exquisita, enseguida olvidareis que es musulmán, creedme.

—Ese argumento en vuestra boca habla en efecto en su favor. Sea. Mañana iré a Rochechinard para saludarle y juzgar por mí mismo.

—Excelente decisión. Pensad también que acoger al príncipe entre vuestras paredes favorecerá la relación entre Philippine y Philibert, Esos dos acabarán por entenderse, y entonces, querido amigo, seréis de la misma opinión que yo, estoy seguro de ello.

Jacques no respondió. Su conversación derivó hacia otros asuntos acerca de los cuales Algonde no tenía ningún interés, siguió los pasos de Philibert de Montoisson, que recorría el pasillo hacia los apartamentos de Sidonie al otro extremo del palacio. Se detuvo frente a la puerta y se hizo anunciar. Fue Marthe quien salió recibirle, Algonde apartó aquella imagen antes de que la detectara. Ahora sabía hasta qué punto era vulnerable a una introspección de la harpía en aquellos momentos.

Lo que había descubierto en Sassenage antes de partir era su única baza y estaba determinada a proteger aquel secreto. Aunque para ello tuviera que interpretar cuantos papeles le asignaran.

Capítulo 2

Cem había recuperado las ganas de vivir. A pesar de que aún se hallara desesperadamente cautivo, a pesar de que el señor de Montoison no le dejara ni a sol ni a sombra, ahora podía cabalgar al galope hasta los despeñaderos de los acantilados más escarpados. El día anterior, a última hora de la mañana, había dejado atrás a Philibert de Montoison, a pesar de que éste era un excelente jinete, saltando sobre las aguas de un torrente cuando el caballo del hospitalario resbaló en la orilla. Hasta que Philibert de Montoison logró cruzar, Cem disfrutó de la sensación de ser libre de nuevo, espoleando su caballo hasta el agotamiento, mientras el viento le traía los gritos furiosos de su centinela. Se había aventurado al galope más allá de los límites fijados por el caballero por el simple placer de contrariarlo. Inspirando a todo pulmón el aire florido desde la cima de la colina, se regaló diez minutos de soledad, entre la niebla que ascendía desde el valle, trente a las tierras ahora invisibles del barón Jacques de Sassenage. El galope a sus espaldas se aproximó, sincopado por el granito que afloraba en el sendero. A su pesar, Cem dio media vuelta para reunirse con Philibert de Montoison, que le fulminaba con la mirada. Anticipándose a cualquier reproche, se ofreció entonces el bajo supremo de dirigirse a él con desdén:

—Serviros de dama de compañía me amarga los paseos. ¿Cuándo seréis capaz por lo menos de seguirme?

Sin esperar respuesta, lanzó de nuevo el caballo al galope. Regresaron juntos, atravesando valles y bosques codo con codo, a pesar de los obstáculos, desafiándose mutuamente con miradas salvajes, hasta llegar al pie de la fortaleza de Rochechinard, un nido de águila rodeado por una escarpada muralla sobre un espolón rocoso. Philibert de Montoison descabalgó el primero para entrar de inmediato en el torreón donde él y sus hombres se alojaban. Cem paladeó su revancha. Hacía tiempo que tenía ganas de darle una lección. Desde la noche sangrienta de Poët-Laval. Desde la traición de Munia.

Cem condujo su caballo al establo y luego rodeó el edificio cuadrado para reunirse con sus inseparables compañeros, Anuar, Nasuh y Huchang, en el patio trasero de la sala de guardia. Unos días después de instalarse allí, el gran prior de Auvernia, Guy de Blanchefort obsequió a cada uno de ellos con un caballo y les devolvió sus cimitarras. De golpe, tras retomar sus ejercicios diarios para mantenerse en forma, cruzaban sus aceros entre ellos con tal violencia y destreza que hubiera podido creerse que eran enemigos. Al verle, sin embargo, bajaron sus armas, con la frente sudada bajo el turbante, y se carcajearon de la jugarreta que su amigo y príncipe le había hecho a Philibert de Montoison, el cual no volvió a aparecer en todo el día.

Tras la cena con los hospitalarios durante la cual no se mencionó ese rema, Guy de Blanchefort invitó a Cem a proseguir en su habitación la partida de ajedrez que

habían iniciado la noche anterior. El príncipe aceptó con sincero gusto. Cada día disfrutaba más con la compañía del gran prior de Auvernia.

Se instalaron, frente a frente ante el tablero de ajedrez, junto a la chimenea en la que ardían dos troncos enormes y jugaron con indisimulable placer.

Después de larga reflexión, sólo interrumpida por el crepitar de la leña en el fuego, Cem avanzó un caballo. El primero que movía desde que retomaron la partida. Pegado a su silla, Guy de Blanchefort le felicitó.

—Buena jugada, querido amigo.

—También a mí me lo parece, modestia aparte.

—Podríais vanagloriaros. Philibert de Montoison aún está resentido y en lugar de despellejaros me ha encargado que os regañe.

Cem, concentrado en su estrategia, había olvidado el incidente y se echó a reír, retorciéndose su barbita cortada en punta como hacía a menudo. Su mirada azul, hilarante, se cruzó con la de Guy de Blanchefort.

—¿Lo haréis?

—¿Por qué debería hacerlo? Os divertís y eso me agrada sinceramente.

—En ese caso, retiradme ese perro guardián.

—He pensado en ello...

Con mano firme, Guy de Blanchefort avanzó un alfil sobre un peón de Cem y prosiguió.

—Pero me gustaría que soportarais su compañía aún durante algún tiempo. Philibert desea a la hija del señor de Sassenage, nuestro vecino. Y debo confesar que esa unión no me desagradaría por razones, digámoslo así, personales.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—La damisela se niega a verle desde que se batió en duelo con otro por ella. Creo poder confiar en convencerla de manera sibilina gracias a vuestras visitas, por ejemplo.

Un brillo se añadió a la mirada de Cem.

—Así que habéis visto al padre.

—Hace un rato. Jacques de Sassenage os abrirá sus tierras, querido amigo, y mañana mismo vendrá a visitaros con sus hijos mayores.

—Es una buena noticia. Así podré distanciarme aún más de vuestro protegido.

—No tendré nada que objetar, si no vais... demasiado lejos. —Os echaría de menos. Y, además, en ese caso, ¿quién os distraería en vuestro cautiverio?

Guy de Blanchefort frunció el ceño ante aquella observación incongruente, Cem sonrió inclinando la cabeza.

—¿Acaso vuestra reclusión monástica no es similar a la mía? El rostro del gran prior se iluminó.

—Por supuesto. Por supuesto. Jugad, Zizim, pues tenéis vocación de distraerme.

Cem se concentró en la partida. Hasta entonces iba ganándola. La jugada, desafortunada, de Guy de Blanchefort se inclinaba irremediabilmente a su favor.

Alzó la cabeza.

—Jaque y mate.

Guy de Blanchefort se echó a reír.

—De nuevo estáis a la altura de vuestra reputación. Algún día quisiera ganaros.

—Todo es cuestión de lógica matemática, y los árabes son excelentes en esa cuestión, ¿lo habéis olvidado?

—No, pero a mi orgullo de cristiano le cuesta reconocerlo.

Y deberé hacerlo, puesto que vuestra compañía vence sin cesar mis prejuicios.

—El mundo saldría ganando si algunos hicieran lo mismo —aventuró Cem.

Apartaron la mesa y acercaron las sillas a las llamas para calentarse las manos. Su conversación derivó hacia temas banales. Ahora se apreciaban demasiado para arriesgarse a abordar cuestiones que pudieran conducirles a disputas. Poco a poco, Guy de Blanchefort condujo la conversación de nuevo a Jacques de Sassenage, a quien tenía en gran estima. Cem averiguó así que el castillo de La Bâtie no era más que una de las residencias de su ilustre vecino, y que sus posesiones así como su dominio se extendían por buena parte del Delfinado. Antaño figura influyente ante el difunto rey Luis XI, Jacques de Sassenage era también muy apreciado por la regente del reino, Ana de Beaujeu.

Desde el otoño, acompañado por sus dos hijos, Louis y François, hasta entonces pajes, había visitado señoríos y feudos para enseñarles a secundarle en la administración de sus vastos dominios. Habían llegado a La Bâtie sólo una semana antes. Louis, el primogénito, en palabras de su padre, se mostraba prudente aunque consideraba que su hermana se demoraba en contraer matrimonio. El barón, por su lado, casado en segundas nupcias desde hacía poco con su sobrina, cuyo temperamento había sido objeto de escándalo en diversas ocasiones, no lo veía así y estimaba que su nombre y su fortuna le permitían conceder a su hija más tiempo para tornar una decisión. Era la única diferencia que les separaba, de manera muy amable, puesto que en verdad Louis no tenía voz ni voto en ese capítulo. La joven y hermosa Philippine no sabía nada acerca de esa disensión. Disponía de su propia corte y vivía en el ambiente festivo propio de las casas grandes y ricas, mientras Sidonie, la señora de Sassenage, guardaba cama para dar a luz al hijo que esperaba. Además de la multitud de cortesanos que residían permanentemente en el castillo, había quienes acudían desde muy lejos para mostrarse o para solicitar algún privilegio y, por descontado, para atraer las miradas de Philippine. No sólo por la dote que aportaría a su esposo, sino porque era además y de lejos, la más deliciosa doncella del Delfinado.

—Ahora entiendo por qué Philibert de Montoisson la desea, pero no veo las ventajas que ello os aportaría —dijo Cem cuando Guy de Blanchefort acabó de dibujar aquel meticuloso retrato.

—Digamos que el futuro del caballero me preocupa y que dudo que pueda seguir formando parte de los hospitalarios.

—En el timbre de vuestra voz adivino algún secreto doloroso, querido amigo.

¿Deseáis confiármelo? Seré una tumba...

Guy de Blanchefort sonrió. El humor negro del que en algunas ocasiones hacía gala Cem hacia sí mismo y su cautiverio le complacía. El refinamiento era una de sus más notables cualidades.

—Si os dijera que en mi juventud amé más de lo razonable a la madre de Philibert de Montoison, y que ella ya estaba casada, ¿comprenderíais por qué me exilié en Rodas?

Cem asintió con la cabeza, invitándole a proseguir.

—Jamás he tenido la prueba. Su madre murió cuando él era un niño y Philibert se le parece tanto físicamente que no puedo albergar la menor duda. A pesar de ello, por su edad se correspondería. La casualidad hizo que Philibert se cruzara en mi camino. Le enseñe cuanto sabe, pero no la humildad necesaria para consagrarse a Dios en cuerpo y alma. Así que, a taita de eso, espero ayudarle en su matrimonio. Por supuesto, él ignora la razón.

—Lo comprendo. En ese caso, que me escolie en mis visitas a los vecinos si eso os complace. El resto del tiempo...

—Iréis con él, Cem. Os habéis ganado mi confianza y ha llegado la hora en que debo demostrároslo.

—Os estoy muy agradecido, gran prior. Si lo permitís, me retiraré. Me fastidiaría que mañana estuvierais demasiado cansado para tomaros la revancha al ajedrez.

Guy de Blanchefort se puso en pie y le acompañó a la puerta.

—El sueño no me ayudará a ello, hijo mío, pero una plegaria seguro que sí.

—¡Que Alá os escuche! —le saludó Cem desde el pasillo.

—¡Andad con Dios! —Le bendijo Guy de Blanchefort, sincero.

En su cama, Almeida la Griega le esperaba, desnuda, con una pierna doblada bajo la sábana que alzaba con falso pudor entre los senos. Con los labios temblorosos y una mirada provocadora, era la más sensual y carnal de sus esposas. El amor que por él sentía soportaba mal la rivalidad y sometía a las otras cuatro mujeres del harén a un arbitrio implacable y se las apañaba para concederse a sí misma la mejor y la mayor parte del tiempo de Cem. El príncipe era consciente de esos tejemanejes y podría haber puesto fin a los mismos sin problema alguno, pero no había tenido fuerzas para hacerlo. Mientras las otras no se quejaran, dejaba a Almeida el privilegio que ella misma se otorgaba y disfrutaba de ella tanto como ella deseaba.

—Has tardado mucho esta noche, príncipe mío —murmuró ella con un mohín provocativo.

Cem se desnudó frente a la chimenea que ardía con fuerza y se deslizó junto a ella.

—¿No había pedido a Catarina?

—Le escocía la garganta y tenía fiebre. He temido que te contagiara sus males, Zizim querido.

Él pasó la lengua por la punta turgente de un seno.

Ella gimió de placer.

—¿Y tú no tienes fiebre? ¿No puedes contaminarme tú también?

Se tumbó con autoridad sobre él y onduló hasta sentirse penetrada por su verga erecta. Él exhaló un estertor de mientras ella se erguía para cabalgado con mayor destreza.

—Puede ser, pero sé cómo curarte —jadeó.

—Me temo que te llevará tiempo. Tal vez hasta el alba...

Incapaz de responder aún, se arqueó empujada por los lánguidos embates de su señor y Cem se regocijó en el placer que ella obtenía.

El dolor hizo que Algonde se incorporara en la cama. Era como si su bajo vientre fuera a desgarrarse. Se llevó ambas manos al vientre y contuvo un grito. Durante unos segundos. Cesó. Su mirada descubrió la luna llena a través de la ventana ojival de su habitación. Había llegado la hora. Como para confirmárselo, una nueva contracción la hizo estremecerse. Se puso en pie y miró debajo de ella. La sábana no estaba mojada. ¿Acaso su madre no le había explicado que antes de un parto se rompen aguas? Aunque aquella cosa no fuera humana, eso no tardaría en llegar. Para no ensuciar su cama, se dirigió penosamente al aseo, depositó la vela sobre un taburete y se acuclilló bestialmente sobre un barreño. Cogió un trapo, lo enroscó y lo mordió. Deseosa de acabar con aquello lo antes posible, apretó con todas sus fuerzas. Tres cuartos de hora más tarde, extenuada, se había liberado y se dejó caer suavemente de lado.

Su alivio, sin embargo, duró poco. Pegada contra la pared del voladizo, Algonde comenzó a tiritar y sintió de nuevo los primeros síntomas de la mordedura de la serpiente. Transpiraba un sudor frío y en el interior de sus muslos agarrotados por la postura sintió unas fuertes sacudidas. Víctima de un espasmo de tal violencia que la proyectó hacia delante, eructó un líquido negruzco que se abrió camino entre las tablas del suelo de madera. Aquello duró unos segundos. Luego todo acabó. Volvió a sentir calor en su cuerpo, como vaharadas tibias. Se enjugó la boca con el trapo que había caído a su lado y sintió un sabor de limo en la lengua. Arrastrándose miserablemente, logró alcanzar el cubo de agua dispuesto para su aseo del día siguiente. Con ambas manos aterradas al borde, sumergió el rostro y abrió la boca y la nariz para lavarse con su frescor vivificador. Inspiró por reflejo. De inmediato se alzó casi sin poder respirar. Ahogada. Tosió sobre el cubo hasta escupir el agua de sus pulmones y luego volvió a sentarse, despeinada, exhausta. Pasó un rato. Sus bronquios silbaban. Se fustigó por su tontería. ¿Había olvidado que el pretendido poder de Melusina no era más que un cebo tendido por aquella cosa en su interior? Sus dedos recogieron del suelo un poco de aquella sustancia que había vomitado. Pegajosa y pringosa. El veneno de la serpiente. Estaba salvada. No pudo reprimir una carcajada victoriosa. Muy segura de su superioridad tenía que estar Melusina para

haber creído que ella no se haría preguntas y obedecería sus órdenes a ciegas. Cerró los ojos. Disponía de poco tiempo. También Marthe debía de estar alerta, al acecho del nacimiento de aquella cosa. Algonde no debía decepcionarla. Había que hacerla creer en su absoluta sumisión, total. Ahora era ella quien llevaba la voz cantante. Se concedió aún unos minutos para recuperarse y acercó la vela al barreño. Un gran huevo negro se bañaba en un líquido sanguinolento. Sumergió las manos para cogerlo y, sin dejarse distraer por su textura blanda y reluciente, lo limpió con agua. Acto seguido, tras depositarlo en el suelo, limpió minuciosamente el barreño y luego el suelo.

Cuando acabó de limpiar, fue a su habitación y la registró cuidadosamente para asegurarse de que nadie se había escondido allí, comprobó el pestillo de la puerta y cerró el postigo interior de su ventana. Sólo entonces, fue a buscar en el cofre una caja de madera agujereada en varios lugares. En el doble fondo que alzó con ayuda de un estilete se ocultaba una minúscula damajuana de arcilla. Vertió su contenido en una copela e hizo rodar el huevo sobre el líquido hasta absorberlo todo. La reacción no se hizo esperar. Los contornos perdieron su regularidad y unas puntas tironearon de aquí y de allá como si en el interior dos fuerzas se enfrentaran en un combate encarnizado. Luego cesó. El huevo negro recobró su apariencia exterior. Tras depositarlo con precaución en la caja, Algonde se quitó el camisón manchado y lo enroscó hasta formar una bola que dejó a un lado. Tras tomar la damajuana, se tumbó desnuda sobre su cama y se masajéó el pubis con las pocas gotas que aún quedaban en el recipiente.

—*Lystalimel ouvilam pactilifis murenam bectamalum.*

Un espasmo, un único espasmo bajo sus dedos convertidos en caricia. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Estaba en paz. Una luz suave irradió su vientre, se apoderó de sus muslos y de sus senos y luego de su cuerpo entero. La mente de Algonde se concentró en su fuente, allá, en el hueco de sus entrañas pervertidas hasta entonces por el mal. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Una felicidad indecible. Una certidumbre. Tan pequeña aún y, sin embargo, tan fuerte. Su hija. Su hija y la de Mathieu. La hija de su amor. La hija de las hadas.

Capítulo 3

En un instante, Algonde se vio en pensamiento cinco meses antes, en Sassenage, en el antro de la bruja bañado como unos instantes antes por una luz azulada.

—¿Quién sois? —Acababa de preguntarle.

—La única que sabe la verdad. Toda la verdad. Pero puesto que hay que convencerte...

La bruja, extendiendo bajo la mirada maravillada de Algonde su vieja carcasa retorcida, se transformó en una dama sin edad de una belleza casi irreal. Todo en ella irradiaba bondad.

—Presina —murmuró Algonde, como si fuera una evidencia—. La madre de Melusina...

—Y también de Plantina y de Melior. Sí, soy yo, Presina, la que las castigó por haber emparedado a su padre, el rey Elinas de Escocia, a quien yo amaba.

El hada le tendió la mano. Algonde la asió sin temor y de inmediato se vio bañada por su luz. Los contornos de la cabaña se desvanecieron para dar origen a un nuevo decorado, el de una meseta verde dominada por altas cimas nevadas. Algonde sintió el perfume de las flores y el cálido soplo del viento en sus mejillas.

—¿Esto es real?

—Tanto como nosotras, Algonde. Ven.

Algonde la siguió hasta la cima de un promontorio rocoto. La belleza del paisaje que se abría ante sus ojos la dejó sin aliterno.

En el corazón del valle regado por siete ríos se alzaba una ciudad esbelta constituida por torres de extrañas formas, ora agujas ora plataformas unidas entre sí por pasarelas, o bien cúpulas de cristal que reflejaban la luz, todas ellas de una blancura plateada que obligaba a entrecerrar los ojos. Era, de lejos, la cosa más bella que hubiera tenido ocasión de contemplar.

—Esta ciudad es el alma de las Tierras Altas, Algonde. Cada uno de esos ríos mágicos que ves surgir de ella era tragado por una puerta invisible para brotar luego en tu mundo. Al principio de todo, los humanos atravesaron esos pasos por azar, perdidos en una niebla creada por una distorsión temporal.

—¿Una distorsión temporal? Disculpadme, Presina, pero...

—Por supuesto —se disculpó el hada—. Todo esto es muy complicado. Digamos, para simplificar, que existen mundos invisibles a ojos de los humanos, unos mundos paralelos, tan cercanos unos de los otros en el tiempo que a veces se pueden yuxtaponer.

—¿Cómo unas hojas apiladas?

—En cierta manera, sí.

La joven asintió con la cabeza. Era extraño, qué duda cabía, pero en ningún momento había dudado de la sabiduría del hada.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

—¿Ves que haya vida?

—Supongo que en esos palacios.

—Están vacíos. No hay ni un pájaro, ni un animal. Nada. Esta ciudad está muerta. Lo que ves, Algonde, forma parte de mi memoria.

—Parece tan real...

—Ésa es la magia de los recuerdos. Restituir la ilusión de las cosas.

Presina recorrió el paisaje con su mano y éste desapareció al instante, reemplazado por los contornos de la cabaña.

—Sentémonos, ¿quieres?

Se sentaron a la mesa una frente a la otra.

—La ciudad blanca se regía por el poder de los Antiguos. Un poder fundado en el equilibrio entre el bien y el mal y que extraían de una fuente de energía pura. Y lo que permitía canalizar esa energía fue robado. Poco a poco, los Antiguos que hasta entonces parecieron inmortales comenzaron a enfermar y luego a desaparecer. Cada vez que uno de ellos fallecía, había puertas que se cerraban. Al cabo de poco sólo quedaron dos: aquélla por la que se accedía a la isla de Avalon y otra, menos transitada, en tierras de Brocelianda. Por lo que respecta a los Antiguos, sólo uno logró sobrevivir: Merlín. Durante esos acontecimientos en tu mundo Melusina, víctima de su propia maldad, fue repudiada por su esposo y se selló su habitación.

—Nunca he confiado en ella —musitó Algonde.

—E hiciste bien, puesto que Melusina rechazó su castigo. Al igual que Melior, encerrada bajo vigilancia por su gavilán, o Plantina en Aragón. Y más aún puesto que con el paso del tiempo las tres descubrieron que al contrario de lo que siempre habían creído, envejecían. Muy lenta, pero inexorablemente.

—Ahora entiendo mejor por qué Melusina está tan descompuesta... Y, sin embargo, me aseguró que era inmortal.

—Un cebo, querida Algonde. Un cebo para engañarte. En verdad, mis hijas no tienen que sanar de su inmortalidad, sino de su mortalidad. Y para ello sólo tienen una solución: liberarse de la huella de su castigo y regresar a las Tierras Altas para regenerarse.

—¿Cómo? —preguntó Algonde, que sentía enardecer su ira por haber sido engañada.

—Hace unos cientos de años de ello, la profetisa de Avalon se presentó una mañana ante Morgana, reina de las Tierras Altas. Había tenido una visión y se la explicó con sus propias palabras; «El poder de las tres frente al maleficio triunfará y el hijo velloso nacido de Hélène y de un príncipe de Anatolia conquistará las Tierras Altas». Morgana enfureció presa de un ataque de celos, con la certeza en aquel momento de que aquel poder de las tres sólo podía ser el de mis hijas, reunido. No podía admitir perder el trono. Más aún cuando Merlín se negaba a darle el hijo con el que soñaba para asentar su poder en ambos mundos. El de las Tierras Altas que agonizaba y el tuyo, Liberó a las tres harpías para matar a Melior, Plantina y

Melusina. La primera de las arpías, y contrariamente a lo que se te ha contado, acabó con Melior. Por desgracia, no totalmente, puesto que su alma maléfica sobrevivió, cautiva en el espíritu del gavián. De manera que en lugar de controlar tú a la rapaz, como creíste, era Melior quien, para servir a la profecía, utilizaba y trastocaba tus pensamientos.

Presina se puso en pie. Un gorgoteo prometedor surgía del caldero suspendido sobre las brasas. Mientras alzaba la tapa para remover la sopa, el hada prosiguió:

—Así pues, tras cumplir su misión, la primera de las Harpías regresó a Avalon para informar a Morgana sin saber que la Parca, mientras tanto, se había llevado a la reina y que Merlín, previendo su regreso, les había preparado una trampa. Antes de tomar conciencia de su inconsecuencia, fue sólidamente encerrada y aislada para que no pudiera advertir a las otras del peligro. Pero eso no le bastó a Merlín, obligado a proteger las Tierras Altas de la diabólica avaricia de mis hijas. Así que cerró, y esta vez de forma voluntaria, la única puerta que ellas conocían, la de Avalon. A la par, se negó a abandonar totalmente el protectorado de Inglaterra que había iniciado con la llegada del rey Arturo. Gracias a la última puerta que pudo franquear con absoluta discreción, formó a unas druidas en el bosque de Brocelianda y las situó hereditariamente, de madre a hija, a la sombra del poder.

—¿Y vos? —preguntó Algonde mientras Presina espolvoreaba un puñado de sal sobre la sopa.

El hada se tomó su tiempo, cogió un poco de caldo con su larga cuchara de madera, sopló el vapor que humeaba de ésta y lo cató con los labios antes de responder.

—Abandoné Avalon al mismo tiempo que las harpías. No podía admitir el sentido de la profecía. Debes comprenderme, Algonde. Yo, que no era más que amor, había engendrado unos monstruos. No podía soportar la idea de que un día mis hijas lograsen escapar de sus celdas y convirtieran las Tierras Altas en un reino del mal.

Presina volvió a tapar el caldero y regresó junto a ella.

—Busqué una alternativa a aquella predicción. Durante siglos. Cuando por fin la encontré, me dirigí a Brocelianda para explicárselo todo a Merlín. Teníamos los mismos intereses. Y por ello me concedió lo que le había negado a Morgana. Un hijo.

Algonde frunció el ceño. Presina no le había dejado tiempo de pensar. La caricia en su mejilla fue acompañada por una mirada llena de ternura.

—Tu padre nació de nuestra unión.

El corazón de Algonde dio un brinco en su pecho. Las sospechas de su madre eran fundadas.

—En ese caso, ¡yo debería ser inmortal y también hubiera debido serlo mi padre!
—Comprendió súbitamente mientras entrelazaba con complicidad sus dedos con los del hada.

Los ojos de Presina se llenaron de tristeza.

—Si tu padre no hubiera vivido y envejecido como un mortal, mis hijas habrían

descubierto mi presencia y todo hubiera estado en peligro. Así que decidí privarle de ese privilegio. Le di a beber un filtro, una noche que vino a verme para preguntarme por enésima vez si yo era su madre, un dato que yo no podía revelarle. La poción tuvo consecuencias inesperadas y su carácter cambió. Lo que sigue, por desgracia, ya lo sabes —concluyó con voz apagada.

Un momento de silencio planeó sobre ellas, sumidas en ese recuerdo común, doloroso y culpable. Y, sin embargo, Algonde se negó a sucumbir al mismo. Necesitaba comprender para poder luchar mejor.

—Olvidemos eso y explicadme qué le sucedió a Plantina —decidió.

Presina suspiró.

—Plantina. Sin duda, la peor de las tres. Y, como yo, con la virtud de cambiar su apariencia. Mejor estrategia que Melior, convenció a la harpía encargada de acabar con ella que juntas podrían compartir el trono de las Tierras Altas. La harpía cayó en la trampa. Ahora se halla emparedada en Aragón en lugar de mi tercera hija.

—¿Queréis decir que Plantina está libre? ¿Dónde está? —Se sobresaltó Algonde.

El rostro de Presina adoptó una expresión adusta.

—Quien vence a una harpía gana sus poderes... Y su fealdad.

Algonde se estremeció, abatida brutalmente ante la evidencia,

—Dios mío... Marthe... Así que Marthe es en realidad Plantina.

Pero ¿qué le sucedió a la tercera harpía? ¿Aquella que debía acabar con Melusina?

Rodeando el extremo de la mesa, Presina volvió a tomar asiento. Visiblemente, aquella parte de la historia le pesaba.

—Fue una ardua tarea, créeme. En cuanto supo que las harpías habían sido liberadas para eliminar a las tres, Melusina, atravesando cursos de agua, emprendió la búsqueda de una serpiente, pues sabía que sólo la mordedura de ese ser podía vencer a aquellos demonios. Acabó por hallar una de esas serpientes aladas en Oriente y se trajo un huevo, lo incubó y educó a la bestia para que la protegiera. Cuando Plantina, orgullosa de sus nuevos poderes, llegó a Sassenage, constató que la tercera y última harpía no había logrado hasta entonces dominar a la serpiente. Tras adoptar la apariencia de aquella a la que había vencido en Aragón, Plantina fue a verla y le mintió sibilinamente asegurándole que ellas dos podían acabar con el monstruo y desembarazarse de Melusina. Bajaron a la cripta y Plantina entró la última. Sucedió lo que había previsto. La serpiente mató a la verdadera y última harpía y Plantina se apegó a la descendencia de los herederos del castillo de Sassenage para esperaros a Hélène y a ti.

—¿Por qué Melusina no se libera si Plantina lo logró? —se sorprendió Algonde, a quien aquellas mentiras provocaban un regusto amargo.

—Plantina sólo logró romper el hechizo dejando a otra en su lugar. Melusina tiene la misma obligación. ¿Por qué crees que te pidió que te comieras un trozo del huevo negro sino para que los poderes que has recibido se volvieran permanentes en

ti? Quiere que la reemplaces en el Furon, Algonde. ¿Hubieras aceptado tu sacrificio de haber sabido la verdad?

Algonde se sintió presa de una cólera sorda. Ahora todo estaba claro. Melusina se había burlado de ella. Su puño furioso se abatió sobre la mesa e hizo volar por los aires los pequeños objetos que se hallaban sobre la misma.

—Ya puede esperar. ¡Jamás la liberaré! Sea lo que sea lo que me haga Marthe. ¡Jamás!

Presina sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo. Aunque parezcan aliadas, Plantina no tiene intención alguna de compartir el trono de las Tierras Altas con su hermana. Lo único que sucede es que sólo puede matar a Melusina con sus propias manos. Y, pese a haber adquirido los poderes maléficos de la segunda harpía, Plantina también ha heredado sus debilidades. Se ha vuelto vulnerable al veneno de la serpiente. Mientras Melusina esté bajo la protección de esta última, no puede hacer nada contra ella. Plantina debe dejarte liberarla para así poder deshacerse de ella. Melusina lo sabe, y sin duda se ha protegido contra ello. ¿Entiendes ahora cuán importante eres para ellas? Sólo una mujer de su propia sangre podía sobrevivir al veneno de la serpiente y por esa misma razón liberarlas a ambas.

—¡Jamás! —repitió Algonde levantándose impetuosamente del banco.

Presina se reunió con ella al extremo de la mesa y tomó calurosamente sus manos entre las suyas. Estaban heladas de rencor.

—Debes esperar lo peor, Algonde. Melusina y Plantina no tendrán piedad porque no tienen otra elección. Sea cual sea el desenlace de su guerra, la que venza deberá hallar la manera de regresar a las Tierras Altas si desea recuperar su inmortalidad y su belleza soberana.

Un fuego ardiente se había encendido en el corazón de Algonde. Se separó y, retrocediendo un paso, miró con reproche a su abuela.

—¿Por qué tú o Merlín no las eliminasteis y permitisteis que la profecía se cumpliera?

Presina suspiró.

—Comprendo tu ira, Algonde. Pero tú eras la única capaz de lograr, por los lazos que te unían a él, que el gavilán fuera vulnerable a las flechas. Lo sé, traté de abatirlo y eso sólo sirvió para poner en guardia a mis hijas. Si entrara en la cripta, la serpiente me convertiría en estatua de sal y ya no doy la talla frente a Plantina. En cuanto a Merlín, sin duda hubiera podido vencerían a ambas, pero no sin provocar importantes trastorno, en este mundo. Nuestra única solución era esperar.

—¿Esperar a qué? —Gruñó Algonde, quien al no ver cómo escapar de aquella trampa, había comenzado a martillar el suelo terroso de la estancia con grandes zancadas airadas.

Pegada al extremo de la mesa, Presina la contempló en su ir y venir, con una sonrisa triste.

—Tu hija, aquélla cuya semilla puso en ti Mathieu, y que se alimenta de ti y del veneno de la serpiente.

Algonde se quedó inmóvil. Miró dubitativamente a Presina.

—¿Mi hija?

Presina inclinó la cabeza y las manos de Algonde se posaron sobre la ligera curvatura de su vientre. Lo sabía. Inconscientemente lo sabía. Su ira se aplacó al instante. Y Presina prosiguió:

—Sus poderes serán inmensos y no tengo ninguna duda de que conseguirá acabar con Melusina y Plantina, sin consecuencias funestas para tu mundo. Pero me hubiera gustado tener aún a Merlín a nuestro lado. Por desgracia, poco después del nacimiento de tu padre, el manantial de Barenton se secó. La última puerta mágica se cerró y Merlín ya no dio más signos de vida. Existe un antiguo paso desde las Tierras Altas, común a ambos mundos, que sólo los Antiguos conocían, pero si Merlín no lo ha utilizado para reaparecer es porque algo terrible se lo impide. Algo terrible relacionado con la profecía.

Algonde frunció el ceño.

—No lo entiendo.

Presina se dirigió a una estantería pegada a la pared. Tomó de allí una damajuana de cristal azul recubierta por una redecilla irregular de hilo de plata.

—Acércate —le dijo a Algonde mientras depositaba el objeto sobre la mesa—. En la ciudad de las Tierras Altas, sobre la fuente de energía de la que te he hablado, había una mesa de cristal grueso agujereada en el centro. El reverso del mismo estaba hábilmente tallado para permitir que los rayos que de allí surgían convergieran y alcanzaran a tres damajuanas piramidales como ésta.

—¿Y qué contenían? —La interrumpió Algonde, curiosa.

—Un potente elixir de vida que esa magia pura aún reforzaba y del que se alimentaban los habitantes de la ciudad. Puedes imaginarte hasta qué punto eran valiosas...

—Ésta está...

—¿Llena? Sí.

Algonde se sintió halagada por haberlo probado. Y, sin embargo, Presina aún no había terminado.

—Además de ese uso como catalizador, la mesa de cristal tenía otra utilidad en su reverso. Era la memoria de las Tierras Altas. Explicaba la historia de los Antiguos desde la noche de los tiempos. Para leerla bastaba con abrir la redecilla de plata de las damajuanas piramidales y extenderla sobre un trazado. En ese mapa figuraba cada puerta con su punto de salida a tu mundo.

—¿También el viejo paso?

—Sí, pero como ya te he dicho antes, la mesa y las damajuanas piramidales fueron robadas. Me llevó siglos dar con las damajuanas. Las otras dos están en manos seguras. A día de hoy, ignoro dónde fue ocultado el mapa e incluso si no se ha roto.

Aún mantengo la confianza puesto que la profecía es cierta. El hijo de Hélène debe reinar en las Tierras Altas. Así que el único medio que hoy tenemos para regresar es hallar el mapa.

—¿Vuestras hijas saben lo que me habéis explicado? ¿Saben que el paso de Avalon está cerrado?

—No, puesto que de lo contrario, en lugar de esperar aquí, se habrían puesto a buscar, como hice yo.

Con una arruga de preocupación en la frente, Algonde hacía girar la damajuana piramidal entre sus dedos, tras habersele ocurrido una idea sorprendente.

—El poder de las tres triunfará frente al maleficio... El poder de las tres damajuanas... El maleficio que cayó sobre las Tierras Altas y sobre Merlín...

—Yo llegué a la misma conclusión, Algonde. Hay que devolver la mesa y las tres damajuanas piramidales allí donde deben estar. Devolver a las Tierras Altas su memoria y un rey. Ésa es la razón por la que me puse en contacto contigo. Para ayudarte a escapar de las artimañas de mis hijas que, como Morgana en su tiempo y como Merlín y yo misma, se han equivocado al interpretar la profecía.

—¿Y qué pasa con el huevo negro?

Presina había agarrado la damajuana piramidal con sus dedos.

—Puedes estar tranquila. Te daré este elixir para vencer sus poderes maléficos y así no sólo tu hija y tú estaréis protegidas, sino también el hijo de Hélène, ya que Melusina te pidió que lo pervirtieras con el polvo del huevo. Pero deberás proceder con prudencia. Plantina, o Marthe, como se hace llamar, no debe sospechar nada. Todo descansa sobre tus hombros.

Se miraron fijamente. Algonde inspiró profundamente. Era la única que podía salvar ambos mundos. Y a aquéllos a los que amaba. Aquel día comprendió que no tenía otra elección. Le costara lo que le costase, se debía a su destino.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Capítulo 4

Algonde se levantó y se vistió con ropa de abrigo. Luego, tras echarse sobre los hombros una pelliza forrada, cogió el cofre bajo el brazo y abrió su puerta. Desde que abandonara Sassenage, Marthe había dejado de interesarse por ella, al menos en apariencia. De hecho, la harpía se agitaba en torno a Sidonie, que guardaba cama a causa de su embarazo. Si Algonde no hubiera sabido nada acerca de sus intenciones, se habría dejado engañar por su aparente indiferencia.

Con un candil en la mano, recorrió el pasillo hasta la doble escalera de mármol, con todos los sentidos en alerta. En el castillo, silencioso a aquella hora, podía oírse el menor ruido y había numerosos rincones discretos desde los cuales Marthe podía escucharla. Algonde se detuvo a medio camino en la escalera. Sin volverse. ¿Acaso había soñado aquel ruido de roce de tela? Los latidos de su corazón se aceleraron. Marthe la seguía, estaba segura de ello. Aun cuando ahora sabía del interés de la harpía por que siguiera viva, Algonde sintió un escalofrío y aceleró el paso. Era necesario que la harpía verificara que obedecía las órdenes de Melusina: enterrar el huevo y dejarlo secar durante tres lunas. Por su propia seguridad, la de Mathieu y la de su hija, se dijo para infundirse ánimos.

Dejó el candil sobre una mesa y salió del castillo, se dirigió a la derecha, atravesó el patio interior y luego pasó entre los altos muros de las cocinas y establos. Ciertamente, hubiera ganado tiempo en caso de haber cogido el caballo que Philippine le había regalado, pero para ello hubiera tenido que despertar al joven palafrenero para ensillarlo y se hubiera sabido de su salida. Y nadie, excepto Marthe, debía saberlo. Un viento frío soplaba entre los edificios. Algonde apretó el cofre contra su pecho y se arrebujó en su manto. A siniestra ladró un perro y despertó a los otros ocupantes de la perrera. Con la cabeza gacha bajo la capucha, Algonde echó a correr para alejarse y se adentró en el jardín.

Al norte del primer patio exterior, a un cuarto de legua del castillo, había un palomar abandonado, de cinco pisos de altura y cuya circunferencia era casi tan amplia como el apartamento que compartía con Gersende en el torreón de Sassenage. Ya nadie iba allí. La vegetación había crecido abundantemente alrededor del edificio y la puerta, desvencijada, colgaba de los goznes oxidados. Era el lugar ideal. Algonde llegó hasta allí pasando por encima de los matorrales, con la falda y el manto arremangados hasta los muslos, bañada por un resplandor pálido. Sólo al llegar al pie de la torrecilla se sintió presa de una duda. Según Presina, al igual que la harpía de la que había heredado los poderes y las taras. Marthe tenía necesidad de alimentarse de jovencillas en las noches de luna llena. ¿Se habría saciado ya antes de seguir sus pasos? ¿Correría el riesgo de arrastrarla a su Sabbat? Algonde se sintió súbitamente invadida por aquella angustia que dejara de sentir a las puertas de Sassenage. ¿Qué podría hacer para protegerse si eso ocurría?

Evitando dejarse dominar por el pánico, entró en el edificio invadido por la

penumbra. Aunque en el techo faltaba un tercio de las tejas, no había suficiente claridad y tenía que avanzar a tientas. Por fortuna, Algonde ya había visitado aquel lugar. Ascendió la escalera de caracol en el centro de la amplia estancia. Llegaba ya al último tramo cuando se oyó un ruido que delataba la presencia de alguien ahajo. Con un nudo en el estómago, se descalzó y atravesó el descansillo circular. Unas amplias pasarelas de madera dispuestas en forma de abanico permitían acceder a los muros del palomar. A dos pasos de ella, un pájaro alzó el vuelo y la sobresaltó. Ahogó un grito y, a pesar de la escasa luz que la luna irradiaba a través del techo agujereado, aceleró el paso hasta el agujero que había preparado en la pared arrancando una piedra. Metió allí la caía y recogió paja del suelo y tapo rápidamente el agujero, se alejó del lugar, se calzo de nuevo y se acurrucó, a unos palmos del borde de la pasarela, paralizada por el arrastrar de unas suelas sobre los peldaños. No tenía escapatoria. ¿Qué sabía en el fondo Presina acerca de las verdaderas intenciones de la harpía? Suposiciones. El hada no tenía más que suposiciones. Vestida de negro y cubierta por la capucha que la cubría hasta sus ojos malignos, Marthe se detuvo en el descansillo y examinó el espacio, olisqueando.

«Estoy perdida», pensó Algonde.

Se acurrucó aún más en un reflejo para sobrevivir. Sin titubear, Marthe se dirigió hacia la pared, arrancó la paja con sus uñas curvadas y extrajo el cofre. Algonde estaba aterrorizada. La harpía no podía dejar de verla, sentirla o rozarla. Estaba muy cerca de ella. ¿Por qué fingía indiferencia? Abrió el cofre, verificó el contenido y volvió a dejarlo en su sitio. Arañó el suelo a unos centímetros de los dedos de Algonde con sus garras, y luego ocultó de nuevo la caja. La harpía dio media vuelta, observó cada una de las pasarelas a su alrededor y bajó la escalera. Algonde permaneció inmóvil, aliviada y consternada a la vez. ¿Qué significaba aquella pantomima?

Abajo se oyó rechinar uno de los goznes. Marthe se marchaba. O eso pretendía hacerle creer. Algonde contenía aún la respiración, su mente desbocada en las suposiciones más disparatadas.

Un ratón atravesó la pasarela, avanzó en su dirección recogiendo aquí y allá alguna cosa de comer llevada por el viento, Se alzaba sobre sus patas traseras para mordisquear antes de proseguir su búsqueda. Así se fue acercando a Algonde, que se distraía con las idas y venidas del animalillo. Cuando el ratón se dio con el hocico contra el pie de Algonde, retrocedió, observó a su alrededor y volvió a golpearse contra su pie, Algonde comprendió al fin: no podía verla al igual que la harpía no había podido verla antes. Al tercer intento saldado con un fracaso en su intento de pasar, el ratón se dio la vuelta y se marchó. Algonde se incorporó lentamente y extendió su manga frente a sus ojos, maravillada ante aquel prodigio. A través de la tela y de su piel que se habían vuelto transparentes vio a una lechuza parpadear sobre una viga invisible. ¡Era invisible! Se puso en pie maravillada e inquieta a un tiempo. ¿Cómo era posible? Trató de recordar pero no le venía nada a la cabeza acerca de ese

poder. ¿Era fruto del elixir de vida de las Tierras Altas que había extendido sobre su pubis? ¿O de la sangre de hada que corría por sus venas? ¿En ese caso, qué lo había desencadenado? ¿El terror? Ciertamente, jamás había tenido tanto miedo. ¿O era su instinto de supervivencia el que había despertado en ella aquella magia de la que era capaz?

Su carne recobraba el color y la tela recuperaba sus hilos, y parecía dar crédito a esa última explicación. Algonde cerró un instante los ojos, presa de vértigo. Sentía espasmos en el bajo vientre. Se tumbó sobre aquel suelo sucio, agotada por el parto contra natura y por aquella sorprendente experiencia. Había conseguido su objetivo, aquello era lo esencial. ¿Qué otras sorpresas le depararían sus orígenes? Y sin mencionar a aquellos demonios... Ahora que Algonde había conocido a un hada, a una verdadera hada, no podía calificar de otro modo a aquellas maléficas caricaturas que eran Plantina, o Marthe, y Melusina. Sería capaz de vencer contra sus artimañas, estaba segura de ello, pero ¡cuán largo y difícil se le antojaba en aquellos momentos el camino para conseguirlo! Atenta al menor ruido y a pesar del frío, se rindió a aquella fatiga que la tenía clavada contra el suelo. Su mente voló hacia Sassenage, como cada vez que trataba de sentirse reconfortada. A aquella hora, el castillo de su infancia estaba sumido en la oscuridad. Buscó el rostro de Mathieu. Se inclinó sobre sus rizos morenos. Con la manta hasta el cuello, le mostraba su perfil herido por el gavilán. La cicatriz, que iba del exterior del párpado derecho hasta la sien, aún estaba tierna pero su aspecto ya no era tan monstruoso.

Mathieu, sumido en un apacible sueño, parecía vivir en paz. Y, sin embargo, ella sabía que no era así. Sufría. Como ella. Tanto como ella y aún más. Al echarle de menos sintió crecer su angustia. ¿Por qué había querido saber dónde se había escondido y durante aquellas cinco semanas que siguieron a su ruptura hacía ya cinco meses de ello? ¿Por qué no le había bastado con aguardar sus noticias, como su instinto le sugería? Tras instalarse en La Bâtie, logró localizarle con el pensamiento. Con la pechera cubierta de sangre, en lo más profundo de un bosque, lo vio rodeado de bandidos. En lugar de asesinarlo, como temió de inmediato, le ayudaron y lo llevaron a su campamento. Allí se quedó hasta curarse, antes de anunciar al jefe que aún no estaba preparado para entrar a formar parte de su banda. Algonde reconoció a su interlocutor. Era Villon, uno de sus compañeros de juegos en el pueblo de Sassenage. Desapareció una primavera y todos le dieron por muerto. Villon dejó que Mathieu se marchara no sin antes sonsacarle la promesa de que no les vendería al preboste. Estaba en deuda con ellos. Y la saldaría. Algonde no tenía la menor duda acerca de ello. Pero no podía cambiar las cosas. Sólo admitir que su destino y el de Mathieu no podían reunirse de nuevo hasta que todo hubiera terminado, en interés de la criatura que ella llevaba en su seno.

Logró evitar caer en la desesperación. Junto a Philippine olvidaba su miseria. Se había vuelto indispensable para la damisela. ¿Lo bastante como para que, llegado el momento, le confiaran a ella el niño y no a otra? Algonde no podía estar segura de

ello pero no había hallado otro medio para conseguir mayor apego. Otro medio o las fuerzas necesarias para hacerlo. Aquello que su carne deseaba se lo negaba el corazón. Le pertenecía a Mathieu y la mera idea de una caricia de otro o de otra se le antojaba una traición incluso más grave que con el barón Jacques.

Se dejaba llevar por los incesantes festejos, por aquellos juegos a los que se había aficionado. El príncipe turco estaba a solo unas leguas. Únicamente necesitaba mantener su coraje. Y tener paciencia.

Tres cuartos de hora más tarde, con los músculos y el cuerpo entero entumecidos por el frío, Algonde bajó las escaleras segura ya de que la harpía se habría marchado en busca de otra víctima, y orgullosa de aquella pequeña victoria que la magia le había permitido obtener.

Philippine deslizó suavemente un dedo sobre los labios de Algonde. La jovencita no reaccionó, prisionera de un sueño tan pesado que la tumbó sobre las sábanas en cuanto se hubo desnudado tras su carrera.

—¿Por qué estoy tan unida a ti? —dijo atemorizada la damisela de Sassenage acercándose a la cama para rozar aquella boca con la suya.

Algonde gimió bajo aquella caricia sin duda demasiado intensa y Philippine retrocedió un paso. No quería despertarla. De ninguna manera. Temía demasiado aquella desazón que le desgarraba el corazón y el vientre. Algonde tenía una gracia y un porte que ninguna otra, ni siquiera de alto linaje, poseía, con excepción tal vez de Sidonie. Philippine la deseaba desde aquella tarde en el Furon cuando, si no hubiera aparecido Melusina, a buen seguro se hubieran besado, y cada vez con más fuerza a medida que pasaban los días. Se había convertido en una obsesión. Hubiera querido cubrirla de privilegios aún mayores, pero se contenía y se reprendía a sí misma. «Una sirvienta. Esa chica no es más que una sirvienta y tú eres su señora. Nada más. No puedes hacerla noble ni elevarla a un rango del que no es digna». Al cabo de unos instantes, sin embargo, la veía aparecer vestida con alguno de aquellos trajes que la obligaba a lucir y se convencía de lo contrario. A veces, Philippine se preguntaba si acaso no era ella la esclava. En el castillo no había ningún hombre que la atrajera tanto. Cuando Philippine rechazaba a sus pretendientes, afirmando rotundamente que aún no estaba preparada para el matrimonio y éstos se volvían invariablemente hacia Algonde. Ella conservaba su aplomo y los disuadía, pero Philippine estaba segura de que más de uno se hubiera perdido por su camarera aunque se hubiera sabido la verdad acerca de la misma. Y esa idea la enloquecía. Algonde le pertenecía. La había introducido en su mundo para que saboreara sus placeres y jamás pudiera bastarle otra existencia.

¿Por qué motivo, entonces, Philippine se sentía incapaz de dar aquel paso, cuando incluso se había despertado al alba, con el cuerpo ardiendo por abrazos imaginados y con el deseo de sorprenderla, e incluso se había hecho abrir la puerta que daba al pasillo puesto que Algonde, en una decisión incomprensible, había cerrado la comunicación entre sus aposentos?

Temblorosa por aquella fiebre persistente, la joven damisela de Sassenage se acercó de nuevo a la cama y apartó la sábana. Tumbada boca arriba, con una pierna doblada y abierta, Algonde se mostraba sin saberlo a su ávida mirada. Con un nudo en la garganta, Philippine cogió el candil e iluminó los senos grandes y firmes, resistiéndose al deseo de catar su textura con la punta de los dedos, iluminó la cintura, un poco redondita para su gusto. La culpa era de los buenos manjares que Algonde comía desde su llegada... Pero tan grande era su deseo que no le importaban aquellas pequeñas imperfecciones. Deslizó el candil. Ante el montículo del pubis, sintió vértigo y jadeó. ¿Cuánto tiempo podría resistir a aquella llamada que surgía desde el hueco entre sus propios muslos? ¿No se arriesgaba a despertarla? Se llevó su mano libre entre las piernas y arrebujo su camisón entre sus carnes húmedas. Se mordió el labio para reprimir un gemido, acariciando con la mirada aquel cuerpo tan deseado que seguía negándose, en pie pero temblorosa a la luz del candil que se apagaba lentamente. El candil lleno de cera ardiente en su cuenco tembló entre sus dedos crispados.

Unas gotas de cera cristalizaron en el ombligo de Algonde y ésta se sobresaltó. Amodorrada por el sueño, abrió los ojos y pudo ver el deseo prohibido de Philippine ante ella. El suyo se volvió ardiente.

Philippine se avergonzó de aquella fiebre que sentía y contra la que nada podía hacer y sentirse descubierta aún la excitaba más. Gozó con un largo jadeo, con la cabeza hacia atrás y los ojos desorbitados. El candil se le escapó de la mano y la llama se apagó en la caída.

Sin tener conciencia de lo que hacía, en la oscuridad que ahora las envolvía, Algonde tomó a Philippine de la mano y la atrajo hacia ella.

Capítulo 5

Almeida aún dormía cuando Cem se desperezó, con los párpados hinchados por haber dormido poco. Como en su infancia, cuando su hermano disfrutaba atormentándolo explicándole que le cortarían la cabeza, su sueño había estado lleno de pesadillas tenebrosas. Cem había visto una imagen de sí mismo al principio de la guerra, avanzando a caballo por la calle mayor de Bursa, en Anatolia, con una fea purulencia en la garganta que le hacía expectorar escupitajos sanguinolentos. Sin hacer caso a la prudencia y contrariando la opinión de los médicos, había hecho caso omiso a la fiebre y se había unido a sus tropas. Abriéndose paso hasta su montura que avanzaba lentamente al paso puesto que le costaba mantenerse en su silla, una vieja se le acercó por un lado y le agarró del pie. A pesar del dolor que sentía, Cem tiró de la brida. Ella le entregó una damajuana de cristal azul cubierta por una redecilla de hilo de plata.

—Tened, buen príncipe. Unas gotas de este elixir y sanaréis. Sólo unas gotas. El resto es muy valioso. Un día te salvará del veneno que te habrán inoculado.

—¿Y quién desearía envenenarme, además de ti, tal vez? —preguntó con voz ronca por el dolor.

—Tu hermano, Beyazid.

Fue sobre todo la mirada, de un azul semejante al suyo, lo que le decidió. Se sacó la bolsa de la cintura.

—¿Cuánto quieres por ella, bruja?

—Te la cedo a cambio de una promesa. Una promesa que no & costará nada pero que para mí tendrá un valor inestimable.

—Dime.

—Mira esta damajuana. ¿Alguna vez has visto una parecida?

Cem sacudió la cabeza.

—Consévala preciadamente contigo, allí donde vayas, hagas lo que hagas, e incluso cuando ya esté vacía. Llegará un día en que te la reclamaré. Ese día, si me la devuelves, recuperarás el trono.

Cem dio su palabra. Sólo unos segundos después de tragar el elixir, su garganta se desinflamó y le bajó la fiebre, y pudo cabalgar a caballo y dejar atrás a la mujer. Desde entonces, fiel a su promesa, conservaba la damajuana en un cofre en el fondo de uno de sus baúles, puesto que los acontecimientos le dieron la razón a la bruja. Beyazid trataba de asesinarle y Cem no dudaba de que algún día lo lograría.

El joven príncipe se rascó la cabeza, desazonado. ¿Por qué había revivido aquella escena en sueños? No podía explicárselo, pero de repente tuvo necesidad de tocar la damajuana, como una prueba tangible del poder que el elixir aún tenía para salvarle. Se puso en pie. Almeida gimió en sueños. Se volvió en la cama y ocupó todo el espacio. A la luz de las llamas que aún ardían en la chimenea, Cem se dirigió con sigilo hacia el fondo de la habitación. Tras una doble cortina de terciopelo con las

armas del señor del lugar se hallaba una decena de grandes baúles de cuero reforzados con cantos de hierro. Una pequeña ventana daba encima de los mismos. Cem abrió discretamente el postigo interior. Una luz blanca y cegadora le obligó a entrecerrar los párpados. Reconoció de inmediato la procedencia de la misma. Debía de haber nevado durante la noche. Sin preocuparse por ello, abrió la tapa del baúl que le interesaba y se agachó. Con mano firme, apartó las suntuosas túnicas, los caftanes bordados con hilo de oro y los turbantes decorados con piedras preciosas. La impaciencia se apoderaba de él. Arrojó al suelo los efectos que le pedían llegar al cofre, uno tras otro, hasta ver el fondo. Nada. Con el aliento entrecortado, se persuadió de que se había equivocado de baúl y abrió un segundo baúl, luego el siguiente y otro y otro más hasta rendirse ante la evidencia de que la caja que contenía el preciado elixir había desaparecido.

Su primera reacción fue de cólera. Se puso en pie de un salto y fue a sacudir a Almeida con tanta violencia que la joven, al despertar sobresaltada, chilló.

Le dio una bofetada y la agarró de los antebrazos para incorporarla hasta la altura de su rostro.

—¡Habla! ¿Dónde la has metido? ¡Habla o te corto el cuello!

La griega, lívida, se echó a llorar. Soltando uno de los brazos, Cem le dio otra bofetada, convencido de su culpabilidad. ¿Quién tenía más facilidades que ella para entrar en aquella habitación? La arrojó sobre la cama violentamente, rebuscó bajo el colchón y sacó de allí el puñal curvado incrustado de diamantes que había escondido.

—¡Tened piedad, señor! No sé nada, os lo juro. ¡Piedad! —suplicó Almeida.

Presa de la rabia, él se negó a escucharla y, sentándose a horcajadas sobre su vientre, le puso el filo del puñal contra el cuello.

—¡Confiesa, te digo! El cofre que me has robado... ¿Dónde lo has escondido?

—No he sido yo, príncipe. ¡Que Alá todopoderoso me fulmine si te miento! ¡No he robado nada!

Cem observó aquella mirada aterrorizada. Ninguna mentira hubiera resistido aquel miedo. Retiró el puñal entre jadeos, se sentó en el borde de la cama y sintió de nuevo el frío de la piedra en sus pies desnudos. Mientras la griega trataba de reponerse, con las manos retorcidas sobre el pecho, la mente de Cem se perdió en conjeturas.

A pesar de su particularidad, aquella damajuana era insignificante al lado de las joyas que tenía en sus baúles. Sólo tenía valor para él. Por lo tanto, el ladrón debía de conocer el poder del elixir. Y, nadie, aparte de Huchang que estaba junto a él cuando apareció la bruja, nadie conocía la existencia de la misma. ¿Podía admitir razonablemente que su compañero se hubiera pasado al enemigo? Aquella idea se le clavó como un cuchillo y le provocó un dolor innombrable. Huchang, su hermano, su amigo. ¿Le temblaría el pulso en el momento de verter el veneno en su copa? Cem pensó en qué excusas podía esgrimir y no dio con ninguna. Al contrario, su memoria reavivó todos aquellos momentos en que Huchang le había salvado de una muerte

segura, a veces poniendo en peligro su propia vida. ¿Huchang, un traidor? Cem se indignó al pensar siquiera en ello. Se volvió hacia la griega, inmóvil y temblorosa. Tomó la colcha y le cubrió el vientre.

—Se acabó, no debes temer nada.

Ella se puso en pie, convencida ahora por la dulzura de sus gestos y, envolviéndose con la colcha, se arrodilló junto a él.

—¿Quieres que te dé un masaje en los hombros? —dijo esforzándose para recobrar la naturalidad que había desaparecido.

—Lo que quiero es un culpable. ¿Sabrás ayudarme a encontrarlo?

Ella asintió con la cabeza.

—No dejes de lado a nadie, ni a mis esposas, ni a mis compañeros, ni a las mujeres de mis compañeros. A nadie.

—¿Qué debo buscar, príncipe?

Le describió el cofre y la damajuana y añadió:

—Cuando la encuentres, déjala en el mismo sitio y ven a decírmelo. Nadie debe saberlo, ¿lo entiendes? Nadie debe descubrirte.

—Lo he entendido. Que me muera si te fallo.

Él le acarició la mejilla. Hirsuta y abatida, su devoción era desgarradora.

—Olvídalo. Es posible que el culpable ya se haya deshecho de ella, o que la haya vendido. Si no encuentras nada, infórmate discretamente. Quiero saber. Debo saber. Mi vida depende de ello. Y ahora déjame. Necesito estar solo.

Ella recogió su túnica, se cubrió y abandonó la cama y luego la habitación tan silenciosamente como pudo.

Con el dedo, Cem acarició la empuñadura del puñal. Fuera quien fuese el culpable, se ocuparía de él personalmente. De momento, no debía dejar traslucir su tormento, bien al contrario, debía comportarse como de costumbre. Guardó el arma en su lugar, bajo el colchón, a la altura de su almohada, y fue al cuartito que utilizaba para sus abluciones. El río recorrió su cuerpo desnudo bajo la camisa. Orinó en el conducto previsto a tal fin en la misma muralla y arrojó por allí un poco de agua antes de volver a calentarse junto al fuego.

Debía prepararse ante la eventualidad de la pérdida irremediable del elixir. El recuerdo de su conversación con Guy de Blanchefort volvió a su memoria, alejando por unos instantes la obsesiva cuestión acerca del culpable. Si Jacques de Sassenage era tan influyente como pretendía el gran prior, sería buena idea ganarse un aliado para defender con la mayor discreción, su causa ante la regente. ¿Y qué mejor medio para ello que a través de su hija? Claro estaba que debería esquivar al hermano y a Philibert de Montoisson para conseguir aproximarse a ella, pero sabía que tenía el encanto y el porte necesarios para que la damisela se le acercara sin tener que dar él la impresión de buscarla. Así Guy de Blanchefort no sospecharía de sus intenciones. A Cem le repugnaba la idea de traicionar su confianza y sus proyectos, pero a esas alturas no tenía otro remedio. Se consoló diciéndose que el odio que sentía hacia

Philibert de Montoisson hallaría así la debida venganza.

Por lo demás, debería confiar en la fortuna. De todos modos, sin duda el traidor debía saber que tarde o temprano acabaría por descubrir el robo. ¿Tan seguro estaba de los hechos o de su coartada para haberse arriesgado? La hipótesis de Huchang volvió a su mente. Como antes, la rechazó violentamente, antes de volver a pensar en ello. Por la misma reacción que le provocaba, debía rendirse ante la evidencia. Su compañero más fiel reunía todos los requisitos para ser el traidor perfecto.

Dio un puñetazo contra el manto de la chimenea. A fin de cuentas, ¿no era mejor así? Puestos a morir, ¿no era mejor hacerlo a manos de quien tantas veces le había socorrido?

«¡No!», gritó en su interior la voz de sus entrañas.

No. No quería morir. No en aquellas condiciones.

Huchang lo sabía mejor que nadie. Deseaba acabar empuñando su espada, entre sangre y en olor de batalla. No como una rata. Apartándose de las llamas, se metió en la cama e hizo tintinear la campanita que tenía junto a la misma. Unos segundos después, un sirviente apareció en la puerta y se inclinó en un saludo ritual.

—Abre los postigos.

El hombre se precipitó hacia la ventana.

—Que me preparen un baño y que avisen al barbero —exigió Cem.

Si tenía que ser, que fuera con la bravura de los valientes, limpio y con la barba bien recortada. El hombre desapareció y Cem se plantó ante la ventana que daba al acantilado. Limpió el vaho que empañaba el cristal. Más allá, la tormenta no amainaba. Los copos de nieve revoloteaban con tanta fuerza que no se veía nada a pesar de la luz pálida. Cem contuvo un nuevo escalofrío. Tenía que pensar en su futuro. Sólo en su futuro. En La Bâtie. En la sonrisa de aquella tal Philippine. En el placer que obtendría arrebatándosela a Philibert de Montoisson. En las cacerías, las fiestas y el amor. Debía esforzarse en pensar en aquello.

Y, sin embargo, suspiró, hastiado. Mientras los elementos se desencadenaran con aquella furia, todo aquello no sería sino un engaño más en su triste existencia. El barón Jacques de Sassenage no se desplazaría en un día como aquél para invitarle a cazar.

Philibert de Montoisson no estaba enojado por haberse desembarazado de Cem hasta que éste fuera invitado a La Bâtie. Ciertamente, el caballero no olvidaba que había llegado a un acuerdo con Beyazid en su palacio de Topkapi, el día en que los hospitalarios negociaron el cautiverio del príncipe, pero hasta el momento, Cem no representaba peligro alguno. Eliminarlo sólo hubiera servido para privar a La Orden de una renta confortable y al Mediterráneo del floreciente comercio que la libre circulación concedida por Beyazid permitía. Philibert de Montoisson se había comprometido a intervenir exclusivamente en caso de absoluta necesidad. Y su odio hacia el turco no podía considerarse como tal. Su deseo, sin embargo, le reconcomía

y quería acabar de una vez por todas con él. Estaba harto de sus modales, de sus añagazas, de sus incesantes provocaciones y de sus humillaciones. La del día antes aún le escocía. Sumada a la de Philippine, le había impedido dormir, Philibert de Montoisson tenía el vientre ardiendo, al igual que el corazón y los puños. Cuánto hubiera dado en aquel instante por estar de fiesta con una puta, o dos o tres, y beber hasta caer debajo de la mesa manoseando un corsé y con el dardo hincado profundamente bajo unas faldas. Hallarse de nuevo al calor acogedor y pernicioso de una taberna, en lugar de ser objeto de las miradas de las mujeres de Cem, como una permanente promesa. Ahora que se había liberado de sus obligaciones para con el sultán, podría cabalgar hasta el primer tugurio.

Aquella perspectiva le infundió valor para levantarse y abrir los postigos. Blanco, blanco por todas partes, vomitado por un cielo desvanecido. A juzgar por el espesor acumulado en el alféizar de la ventana, los caminos debían de estar impracticables. Se estremeció de rabia y frustración. ¡El invierno en Rochechinard! ¡Prisionero de los elementos en aquella fortaleza! Hasta el momento no había tenido la sensación de que fuera realidad. Se llevó la mano a la verga y la acarició a través de la tela de sus calzones, imaginando una boca que se la chupara. Aparte de las musulmanas que aquellos turcos se guardaban para ellos, las pocas chicas que hubieran podido aliviarlo estaban todas, en aquellos momentos, al servicio de Barachim Allemand. Arrugó la nariz. En otras épocas, la simple evocación de la fealdad de aquellas chicas le hubiera curado. ¡A eso le reducía la abstinencia! A satisfacerse con la mediocridad mientras Philippine de Sassenage gozaba con su camarera. Menuda pécora. ¡Qué placer sentiría el día que lograra empalarla! Ya podría gritar o debatirse... No tendría salvación. ¡Se alimentaría de ella hasta saciar la gazuza que le había provocado!

Fue Marthe quien le puso al corriente tras haber ido a defender su causa ante Sidonie. Según la camarera de su antigua amante, Philippine jugaba a las damas con la que se había inventado. Algonde de Sassenage. Su sirvienta. Philibert de Montoisson conservaba el recuerdo de una bella joven curiosa ante lo que él contaba. A falta de una, siempre le quedaría la posibilidad de someter a la otra si se presentara la ocasión. Gozaría doblemente. ¡Diantre, una sirvienta disfrazada de dama que, además, llevaría con ella el olor de su amada! Apretó de nuevo su mano contra la bragueta. ¡Sangre divina!, cómo le hacía sufrir. No podía salir en aquel estado. Y, sin embargo, el hambre lo devoraba por dentro. Por todas partes. Volvió a la ventana y la abrió a pesar de la borrasca. Se desabrochó la bragueta y recogiendo un puñado de nieve lo apretó contra aquella protuberancia molesta.

Unos minutos más tarde, con el rostro ya más distendido, llegó junto a sus hombres. El frío había hecho efecto y relegado sus ardores a unas pretensiones más modestas. Los halló sentados a la mesa en la sala de guardia del torreón, en torno a Hugues de Luirieux. Su lugarteniente se puso en pie de inmediato.

—¡Que se te lleve la peste, compañero, te creta hundido por unos piratas! — exclamó Philibert de Montoisson dándole un abrazo, pues la amistad había borrado

desde hacía tiempo entre ellos cualquier manifestación de la jerarquía.

—¡Por Dios! Hace tiempo ya que esos perros evitan nuestro pabellón.

—¿Cuándo has llegado? Esta mañana no, a juzgar por la tempestad.

—Al caer la noche. Este tiempo de perros me pilló lejos de cualquier abrigo y no cejé hasta conseguir llegar aquí y, pardiez, por poco me muero al pie de estas murallas.

—Es culpa mía, capitán, estaba de guardia en la verja pero el viento soplaba tan fuerte que no le oí llamar desde el otro lado —se flageló uno de los soldados, de unos veinte años de edad a lo sumo.

—No te lo reproches, mozalbete, otro hubiera hecho lo mismo que tú. No se veía nada. Tuve la suerte de divisar una sombra que se aproximaba a la verja para mear. Pasé los brazos entre los barrotes y traté de agarrarle el capote. Ese desgraciado gritó más fuerte que yo por el susto que le di —se carcajeó Luirieux arreándole a la par un sopapo en su oreja de soplillo al incriminado.

El jovenzuelo entremezcló su risa con las de los demás mientras Hugues de Luirieux se sentaba de nuevo en su sitio para acabarse su desayuno.

—¿Ya has presentado tu informe? —pregunto Philibert de Montoisson sentándose a su vez en el banco.

—Aún no. Antes quería contártelo en privado.

Philibert de Montoisson frunció el ceño. Hugues de Luirieux hubiera debido regresar a Francia hacía ya dos meses, al menos. Si no lo había hecho, conociendo a su lugarteniente, Philibert de Montoisson no albergaba ninguna duda de que sus buenas razones habría tenido. Asintió con la cabeza. Un acuerdo tácito. Uno y otro, en un perfecto mimetismo, cortaron una rebanada de pan para untarla de miel cremosa antes de llevársela a la boca.

Cada cosa a su tiempo, pensó Philibert de Montoisson. Finalmente, aquel día no sería tan desaprovechado como había imaginado.

Capítulo 6

Algonde despertó con el vientre pesado y la mente brumosa. Quiso desperezarse pero se encontró con la sedosa dulzura de una piel a unos centímetros de la suya. Su corazón se aceleró en el pecho mientras volvía la cabeza hacia la que hasta entonces había creído que formaba parte de un sueño. Bañada por un rayo de luz blanca filtrado por un resquicio entre los postigos, Philippine dormía con sus cabellos despeinados cubriéndole la frente y con la manta hasta la comisura de su boca entreabierta. Un escalofrío sensual sacudió a Algonde. Cerró los ojos y trató de recordar los momentos que precedieron sus abrazos, pero a su memoria sólo acudió la imagen del aliento de Marthe en el palomar. ¿No había cerrado su puerta con el pestillo al regresar de su expedición nocturna? ¿Philippine la esperaba a su regreso? No conseguía separar el sueño de la realidad. Lo único que recordaba era el placer del que ambas habían gozado, embriagadas, la una por el descubrimiento y la otra por el alivio de sus carnes tumefactas. Algonde se volvió hacia un lado para levantarse sin hacer ruido. Ponía ya un pie en el suelo cuando una mano suave la retuvo del brazo, y siguió luego un ligero rezongo.

—Quédate...

Decidió seguir adelante y rechazó con delicadeza los dedos que la asían, que permanecieron inmóviles sobre la sabana. Aún soñolienta, Philippine no insistió. En la chimenea, el fuego se había apagado y el olor acre del humo frío había invadido la habitación. La temperatura había bajado pero Algonde no se inquietó. Desnuda, fue hasta el aseo, abrió el batiente frente a la pequeña ventana en el voladizo, y entonces recordó que su reserva de agua le había servido para lavarse por la noche. Lo lamentó tanto que decidió ir a por agua a los apartamentos de Philippine. La llave, cerrada con dos vueltas, se hallaba aún en el lado interior de su puerta, prueba de que la joven había entrado en su habitación para reunirse con ella por el pasillo. Esa certidumbre la incomodó, al igual que el hecho de haber sucumbido. ¿Qué sería del placer que Mathieu le había dado si Philippine lo borraba con su huella? No quería perderlo. Traicionar aquella parte de él en ella. Suspiró. Ya era tarde para lamentarse.

Atravesó la estancia, iluminada por la luz cruda del día, y se metió en la sala de las abluciones presidida por una gran cubeta de madera junto a la cual había varios cubos. Sin escrúpulos, sumergió las manos en el agua que contenía para lavarse el cuerpo. El agua helada la despabiló. Le daba igual si Philippine la sorprendía. Aquella mañana, la señorita de Sassenage debería esperar. Cuando se sintió mejor, Algonde se secó vigorosamente y se puso una de las camisas de Philippine. Y luego se dedicó a sus quehaceres. La chimenea, recargada con leña pequeña y seca ardió al cabo de unos minutos bajo el caldero. Algonde lo llenó con el agua que quedaba, añadió unas hojas de toronjil y, mientras se calentaba, fue a la habitación a vestirse.

Halló a Philippine despierta, recostada contra la madera de la cabecera de la cama, con los brazos cruzados sobre sus pechos erguidos, con el ceño fruncido y un

mohín de enfado en los labios.

—¿Tan pronto me abandonas? ¿Qué tienes que hacer que sea más urgente que ocuparte de mí? ¡Me estoy helando! —exclamó.

Algonde no respondió, se dirigió a la chimenea, se agachó, añadió unas astillas entre las brasas tibias y sopló para tratar de reanimar el fuego. Mientras los tizones enrojecían gracias a sus repetidos esfuerzos, Philippine estornudó.

—Ves, por tu culpa me he resfriado.

—Yo también por culpa tuya, si no me equivoco. Tápate —le dijo la jovencuela por encima del hombro.

Philippine enrojeció de ira.

—¿Con qué tono me hablas esta mañana? ¿Has olvidado lo que me debes?

Algonde suspiró, golpeó la madera que crepitó y soltó una columna de chispas y se puso en pie. Sin apartar la mirada de Philippine, que la fulminaba, se plantó al pie de la cama.

—Hace seis meses que te dedicas a buscar que me pierda. Ya está. Ya me he perdido. Y ahora no me lo reproches. No tienes más que lo que te mereces, señorita... A mí.

—Pues quién lo iba a decir —refunfuñó.

Pero su mirada había perdido la agresividad y su expresión la soberbia. Philippine sólo pedía que la domaran.

—Eres la más caprichosa, la más tiránica y la más insoportable de todas esas damas a las que me obligas a que me parezca, Hélène, pero para tu desgracia también eres la más bella, la más sensual, la más...

—Helada... Ven —la interrumpió Philippine, tendiéndole la mano y con una sonrisa de súplica.

Algonde sacudió la cabeza. ¿Tenía ahora otra elección más que aniquilar toda su voluntad frente a la de su señora? Hasta que ésta conociera al príncipe Cem, se consoló para sus adentros. En ese momento, Algonde se las apañaría para que éste la reemplazara y fuera él quien la iniciara en otros juegos y otros placeres.

—Ven... Y quítate esa camisa que me pertenece. No tengo el recuerdo de habértela prestado.

Algonde obedeció y rodeó la cama antes de acostarse. Los pies helados de la damisela de Sassenage se restregaron contra los suyos.

—Pues es cierto que tiembles, boba. Fuera está nevando. ¿Acaso no te han enseñado que el invierno se lleva al hoyo a quien no se protege del frío? Vuélvete, te daré una friega en los hombros.

Philippine obedeció sin rechistar y le ofreció la curvatura de su espalda de alabastro. Algonde la cubrió con la sábana hasta la cabeza, que, como le había sucedido a ella, había perdido el gorro de noche en el curso de la batalla carnal y se mecía debajo de la manta para frotarle vigorosamente la espalda.

—¡Aaay! No es eso lo que quiero de ti, ¡me estás arrancando la piel!

—Deja de quejarte y disfrútalo, o frotaré más fuerte.

—Me debes obediencia. Basta ya —ordenó Philippine.

Sin escucharla, Algonde se puso a horcajadas sobre los riñones de Philippine y ésta se retorció y trató de darle bofetadas. Inútilmente.

—¿Crees que me harás caer, con lo bien que me has enseñado a montar a caballo? —se burló Algonde riéndose.

—¡Haré que te den una paliza, que te empalen viva, que te cuezan a fuego lento! —amenazó jadeando y con la espalda irritada.

Algonde se tumbó finalmente junto a ella. Luchando contra la sábana que aún la aprisionaba, Philippine la arrancó para soltarse, despeinada, y se volvió hacia ella, con una mirada encolerizada.

—¡Bruja! ¡Estoy ardiendo! ¡Me ahogo!

—¿No es eso lo que queríais, señorita? —se burló Algonde, sentada con las piernas cruzadas.

Philippine se lanzó sobre ella.

—No, no, no —gruñó, haciéndola rodar de la cama a la alfombra y estirándose sobre ella.

Sus miradas se fundieron. A unos pasos, el fuego ardía de nuevo.

—Es a ti a quien quiero. Dios me perdone, Algonde, pero te quiero a ti —repitió, tratando de besarla en los labios.

Algonde apartó el rostro.

—El agua de vuestro aseo está hirviendo...

—Yo también.

—Apagará la llama.

—Tú también.

—¿Tenéis respuesta para todo?

—¿No vas a dejar de contrariarme?

Algonde abrazó la fina cintura de su señora.

—Nunca te perteneceré, Hélène.

—Ya me perteneces.

La discusión se ahogó en un beso.

Algonde le acarició la espalda con los dedos y despertó el aguijoneo de su propio deseo. Demasiado tiempo. Se había visto privada del mismo durante demasiado tiempo para poder resistirse a su llamada. Languidecía ya cuando Philippine se incorporó y se sentó sobre sus piernas con la boca abierta por la sorpresa.

—Tu vientre. Se ha movido debajo del mío. Ahí, otra vez —dijo entrecortadamente señalando con el dedo la onda que lo sacudía.

Liberada del huevo negro, Algonde ya no tenía motivo para ocultarlo. Suspiró.

—Eso es lo que sucede cuando una se pierde entre los matorrales.

Philippine abrió unos ojos como platos.

—Mathieu... —explicó Algonde.

—Quieres decir que...

—¿Y qué? ¿No sabes nada de estas cosas?

Philippine se mordió el labio.

—La verdad, un poco más desde esta noche, pero por lo demás, confieso que...

Puso delicadamente la palma de la mano sobre la barriga.

—¿Te duele?

—No. Incluso es agradable.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Es difícil saberlo. Lo sospeché cuando no me vino la menstruación. Los embarazos a veces no llegan a término, así que esperé a ver qué pasaba...

Philippine palideció, abatida por la realidad y por la propia situación embarazosa. Su mano se puso a temblar mientras la acariciaba.

—Habrás que encontrarte un marido... Pronto.

—¿Y a quién me darás como marido? ¿A un palafrenero o a un hidalgo de baja alcurnia? —se burló Algonde, que deseaba sacar provecho de aquella situación inextricable a la que la damisela la había arrastrado.

Philippine se puso en pie y se aproximó a la chimenea, visiblemente, aquella noticia había sofocado su ardor. Su piel volvía a erizarse de frío. Cogió el atizador y removió las brasas para disimular su nerviosismo.

—Esa criatura no tendrá más padre que el que la ha engendrado, Hélène —afirmó Algonde en un tono deliberadamente despreocupado mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Ya no te quiere, ¿acaso lo has olvidado?

—El tiempo pondrá las cosas en su lugar. Volverá conmigo.

—¡No! —se indignó Philippine, y se volvió con rapidez, el rostro bruscamente deformado por la angustia que aquella perspectiva le provocaba.

En su puño que asía el mango de madera, el atizador al rojo vivo parecía un arma. Algonde frunció el ceño. ¿De qué sería capaz Philippine para conservarla? Tenía que averiguarlo.

—Si me marcas, las cosas no cambiarán. Le pertenezco a él, nunca te lo he ocultado —la desafió.

Las mandíbulas se le crisparon y, en una fracción de segundo, algo de la fealdad de Melusina se incrustó en los rasgos espléndidos de Philippine. El atavismo del Maligno que corría por las venas de la joven damisela estaba allí, ante la imperturbable mirada de Algonde. Con los ojos enloquecidos por sus demonios, Philippine gritó de rabia y se abalanzó sobre ella. Algonde permaneció inmóvil. Se dejó empujar sobre las sábanas. El hierro candente, justo sobre su vientre, a punto de atravesarla, se detuvo a menos de un dedo de su ombligo, desprendiendo su calor violento. Algonde controló el pánico. El recuerdo de su experiencia de la víspera la ayudó. No controlaba en absoluto su poder de invisibilidad. ¿Cómo podría justificarlo si se produjera en aquel instante? Extendió los brazos a uno y otro lado y cerró los

ojos. Debía confiar en su destino.

Ante aquel gesto que Philippine consideró indiferencia, la ira de la damisela se tornó implacable crueldad.

—¿Por qué tendría que marcarte si este dardo, en el lugar del suyo, resolvería el asunto?

—Probablemente me moriría y no creo que sea eso lo quieres.

—Te casarás con el hombre que te elija. Será sumiso conmigo, como tú, y me dejará gozar de ti tanto como desee. Te casarás con él o tú y esa criatura moriréis — decidió fríamente Philippine.

Ahora las cosas estaban claras entre ellas. Mathieu no tenía cabida. Nunca la había tenido. Presina tenía razón. Philippine o Marthe, ambas tenían interés en que el joven desapareciera. Si hubiera seguido a Algonde, le habrían eliminado de una manera u otra. Aunque juzgase detestable aquella idea, y a pesar de que existieran otros peligros, Algonde no podía por menos que alegrarse: su separación había salvado al hombre al que amaba. Mas no por ello tenía intención de dejar que le privaran de él y aún menos de llegar a un arreglo con su señora. Abrió los ojos y clavó su mirada en los de Philippine.

—Ni un señor ni un palafrenero, no me casaré —respondió con frío aplomo.

Philippine bajó la punta ardiente. La piel rechinó con el contacto. Algonde apretó los dientes con un grito, pero ni pestañeó.

El olor de la carne chamuscada les llegó a la nariz. Embriagada por el poder que su autoridad le confería, Philippine mantuvo el contacto aún durante unos segundos antes de retirar el atizador. Una parte de su ser prefería ver agonizar a Algonde antes que permitir que un día pudiera escaparse, y otra recordaba a los hombres que habían estado a punto de matarse por ella. El sentimiento de culpabilidad que se había adueñado de ella en Sainte Just reapareció, pero se olvidó de él. No era comparable. Algonde había nacido para obedecer.

—Tengo derecho sobre tu vida y tu muerte —le espetó para convencerse ella misma de ello.

La vergüenza por su gesto, sin embargo, ya había resquebrajado su máscara. Algonde se dio cuenta de ello. Philippine no tenía agallas para llevar a cabo sus ambiciones. Y aprovechó aquel resquicio que se le ofrecía.

—También tienes derecho a amarme por lo que soy y tal como soy, Hélène. Nadie te lo impide, más que tu estúpido orgullo. ¿Acaso lo sucedido en la abadía no te sirvió de lección? ¿No alcanzas a imaginar que se pueda llegar a morir por otra persona?

Atraviésame, empálame como a ese maldito gavilán y mira cómo me consumo ante las llamas si te apetece, pero así sólo te privarás de mí. No ganarás nada más.

—¿Y tú? —Se carcajeó Philippine.

—Yo me sentiré liberada. ¿Sabes el tormento en que vivo de día y de noche? ¿Desgarrada entre mi amor hacia él y el que siento por ti? ¿Entre el deseo de

reunirme con él y el de quedarme aquí, como un perro fiel con el que juegas? Si mañana me rechazas, ¿qué me quedará, Hélène de Sassenage? ¿Mis ojos para llorarte? ¿El odio de las otras sirvientas que querrán vengarse de los privilegios que me concediste? ¡Tortúrame a placer con un egoísmo propio de los de tu rango, sea, pero no esperes a cambio que me arrastre a tus pies!

Sus miradas se enfrentaron. Y de repente el atizador salió volando, proyectado con fuerza contra la pared. Rebotó contra el muro y cayó sobre el baúl de Algonde y de ahí fue a dar al suelo, con un ruido sordo. Philippine sollozó en el cuello de su camarera.

—No quería. No quiero hacerte daño. No entiendo qué me sucede, por qué soy tan cruel contigo —gimió.

Algonde permaneció inmóvil. Era entonces, en aquel preciso momento, cuando se decidía la partida. Adquirir ascendente sobre la joven Sassenage, Ganárselo por haber sido ella más fuerte. Adquirirlo y ya no perderlo nunca. El futuro dependía de ello.

—¿Sabes por qué huyó Mathieu? No fue a causa de sus heridas, sino porque tu padre me tumbó debajo de él como has hecho tú hace un rato, y a pesar del asco que sentía no lo rechacé.

Desolada, Philippine se puso en pie, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Mi padre...

—¿Crees que es mejor que otros? Cogió lo que le pertenecía. Disfrutó de su privilegio de señor. ¿Te sentirías honrada si un hombre al que no amas te forzara de esa manera? No, claro no. Gritarías que te hablan violado y vengarían con sangre tu honor mancillado. Mathieu se marchó para apaciguar su cólera, para no ir contra la ley y ofrecerme justicia. Me abandonó para no arriesgarse a matar a su señor. Ésa es nuestra diferencia, Hélène. No nací en buen lugar. Mi desgracia no se ve. No soy nada. Nada. Un simple gusano condenado a arrastrarse sin piedad a la sombra de tus caprichos. Así son las cosas. Y debería odiarte por ello, pero te amo. Pero nadie ni nada me harán renunciar a lo que Mathieu representa para mí.

En aquella mirada había tal nobleza y tal determinación que Philippine se sintió execrable. Miró la marca roja sobre el vientre de Algonde y se sonrojó. Bajó la cabeza, presa de remordimientos.

—Desconocía esas cosas. Es verdad que no es justo a los ojos de Dios. Y no te mereces lo que mi padre y yo te hemos hecho.

Algonde le dio la mano. Los dedos estaban helados a pesar del calor que les había dado el atizador. Se los llevó a los labios.

—Olvidémoslo, ¿quieres? Hay cosas que no podemos cambiar Pero cuando dudes de mí, en el futuro, piensa en lo que Melusina te predijo. Sólo yo te seré fiel en los momentos más difíciles. Te lo juro, Hélène, pero no porque sea mi deber. Te lo juro por mi alma.

Philippine asintió con la cabeza.

—¿Me perdonas?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—No me casaré con nadie y tendré a mi hijo a pesar del oprobio, porque estoy convencida de que el día en que dejes de quererme, Mathieu me abrirá los brazos. Sí tú puedes aceptar permitirme guardar esa esperanza, seré tuya, toda tuya, con las condiciones que desees.

Philippine se acurrucó contra su costado, con la mirada clavada en la quemadura que un estremecimiento hizo aflorar.

—Nadie hablará mal de ese niño ni de ti, Algonde, o responderá por ello ante mí.

—No te pido tanto, mi señora. Sólo que llegado el día nos dejéis vivir a Mathieu y a mí tal como somos. Unas gentes sin importa nada a las que nadie ve.

—Si eso es lo que deseas, te doy mi palabra, Algonde. ¡Que arda en el infierno si no la cumplo!

Algonde se tendió de costado y la abrazó. Sus rostros se rozaron y luego sus labios, con ternura, para a continuación unirse hasta quedarse sin aliento.

Capítulo 7

Desde hacía seis meses, los acontecimientos se sucedían atropelladamente en la vida del joven caballero Enguerrand de Sassenage.

En el barco que desde Aigues-Mortes lo condujo a Rodas y de acuerdo con el teniente Hugues de Luirieux, se había consagrado discretamente a la protección de una egipcia condenada a muerte por alta traición por el príncipe Cem. De hecho, el asesino, invisible entre los otros jenízaros, no había hallado la ocasión de actuar. Munia rara vez salía del camarote que el capitán le había cedido. De noche, la puerta estaba cerrada por dentro con dos vueltas de llave y algunos muebles se apilaban contra la misma. Si alguien hubiera logrado forzar la cerradura, no la habría podido abrir. Además, con el pretexto de que faltaba espacio, y haciendo valer además su carácter taciturno y solitario, Enguerrand había dispuesto un jergón bajo la escala que, cerca de allí, conducía al puente superior. Dormía allí con un sueño lo bastante ligero como para espabilarse en cuanto alguien se acercara. Todo aquello debió desanimar las iniciativas. Aunque sacudida de vez en cuando por las primeras tormentas del otoño, la travesía discurrió a lo largo de dos meses sin incidentes graves pues el pabellón de cuadrícula blanca y roja inspiraba gran respeto.

A media tarde del 12 de noviembre de 1483, el vigía anunció que se avistaba la isla de Rodas a babor. Hasta aquel momento, Enguerrand había evitado trabar amistad con cualquiera, fuese franco o turco. En cuanto a la bella dama, él le dirigía saludos con un gesto de la cabeza cuando ella se dejaba ver y ésta se cruzaba en su camino, nada más. Como respuesta, Munia mostraba hacía en una gran indiferencia con la voluntad de engañar a sus enemigos. Sobre aquello, Hugues de Luirieux había sido taxativo: el príncipe Cem debía ignorar a cualquier precio que Guy de Blanchefort no había cumplido su palabra de dejar que el asesino actuara impunemente. El gran prior de Auvernia no lo había hecho de buen agrado, sino porque Munia había pedido ser bautizada. A partir de ese momento, no podía entregarla sin infringir los mandamientos de Dios y Enguerrand había aparecido en el momento preciso para ofrecer a Hugues de Luirieux una solución a aquel problema diplomático.

El joven caballero de Sassenage se sentía muy satisfecho. Cuando se sumía en la nostalgia de Algonde, a la que una vez más había abandonado a Mathieu la víspera de su boda, y de Philippine quien, con su nombre y su dote, hubiera podido legitimar su existencia de bastardo, soñaba con la dulzura de la mirada ocre de Munia. Se embriagaba con la encantadora belleza de la dama, con su perfume ligeramente almizclado y sus cabellos de ébano, y se inventaba mil razones para vigilarla, además de la que le habían pedido. Le hubiera gustado saber por qué había traicionado a su esposo, en qué circunstancias, y a la vez le encontraba todos los argumentos del mundo, simplemente porque, por el momento, no tenía otro objetivo que pretenderlos legítimos. En esos momentos, el recuerdo de Sassenage se desvanecía en el corazón

dolorido de Enguerrand ante la perspectiva de un futuro caballeresco.

A unos cables de la isla de Rodas, llamada la «Guardiana de los mares», comprendió que el asesino ya no tendría otra ocasión para actuar. Hugues de Luirieux se hallaba en la proa con sus compañeros, entretenidos en la contemplación de las maniobras de una galera con pabellón genovés. Creyéndose ya segura, Munia había salido y, olvidando la más elemental prudencia, se había aproximado a la borda para admirar las evoluciones de unos delfines que seguían la estela del barco. Sentado sobre un cabo, apoyado en un mástil, Enguerrand se había colocado de modo que su mirada englobara a la vez al grupo de jenízaros que jugaban a los dados y, en el extremo opuesto, a la jovenzuela, con la cabeza inclinada por encima de la borda. Hubiera faltado muy poco para que pudiera caerse, pero llamar su atención habría descubierto su vigilancia. Con el corazón latiendo apresuradamente debido al riesgo de la espera, Enguerrand se concentró en los turbantes. De repente, uno de ellos se separó del grupo, con tal decisión que Enguerrand se puso en pie. El hombre se abrió paso entre los cabos, ágil y silencioso como una serpiente, y se entremezclaba con el entorno de tal manera que si a Enguerrand no le hubiera guiado el instinto, se habría dejado engañar. Se acercó a él, manteniéndose suficientemente apartado para no alertar a los otros jenízaros que, con sus risas traidoras, debían cubrir el avance del asesino.

Al ver el destello de la hoja curva en la mano del hombre, a unos pasos de Munia, saltó como si de ello dependiera su propia vida. Una voz se alzó en el tumulto. Se había pronunciado una palabra en árabe, y Enguerrand la acalló con un grito. Munia se sobresaltó y dio media vuelta. Tuvo el ánimo de echarse a correr para protegerse del hombre que se abalanzaba sobre ella. Una fracción de segundo. Tiempo suficiente para que el turco la atrapara y levantara el brazo para matarla, empujándola de espaldas contra la borda. Enguerrand llegó hasta él, y le cortó la mano con la espada. El barco cabeceó. A todas luces, los marineros habían advertido a los hospitalarios, que se acercaban a la carrera. Enguerrand no se distrajo. El turco se sabía perdido y aquella certidumbre lo encolerizaba. La sangre manaba a borbotones de su miembro amputado. Lo dejó caer violentamente sobre el rostro de Munia para obligarla a soltarse y arrastrarla en su caída. Ella aullaba de terror, a punto de desvanecerse, pero se aferraba obstinadamente al cabo que bordeaba la borda. Enguerrand no titubeó. Si le clavaba la espada, corría el riesgo de hendir también a la jovenzuela con el impulso pues estaban el uno pegado a la otra. El caballero de Sassenage desenvainó su puñal y se lanzó sobre la espalda del turco, tratando de agarrarse con una mano y degollarle con la otra. Dio cortes a ciegas, en la cara y las manos, mientras el turco trataba de desembarazarse de él sin soltarla a ella. Enguerrand consiguió finalmente enroscar sus piernas a la imponente cintura y con la mano ahora libre agarró el turbante y tiró hacia atrás para alzarle el mentón. Así tuvo ángulo para la hoja de su puñal y, con un innoble gorgoteo, la sangre salpicó el rostro ya manchado de Munia. Enguerrand saltó y, tirando del turco hacia él para que no se desplomara sobre la egipcia, le dejó

caer sobre un charco de carmín. Todo había acabado. Munia estaba a salvo. Estremecida, la egipcia se echó en sus brazos para darle las gracias y volvió a su camarote tambaleándose, acompañada de Hugues de Luirieux, que la sostenía por los hombros. En el barco se hizo el silencio. Los turcos se aproximaban a su compañero que se desangraba sobre el pontón, con los miembros aún presa de espasmos y los ojos desorbitados.

—He visto el puñal en su mano y no he tenido elección —les dijo Enguerrand en respuesta a sus miradas coléricas, antes de darse la vuelta.

El caballero de Sassenage limpió la hoja, se lavó las manos y la cara, y regresó bajo la escalera del puente superior para coger de su baúl ropa con la que cambiarse. Acto seguido, acodado a la borda, se dispuso a desembarcar. El primero, como le había aconsejado Hugues de Luirieux.

Mientras los marineros ejecutaban las maniobras de acostamiento, la mirada de Enguerrand resiguió la muralla fortificada que rodeaba la capital, reforzada en los ángulos por enormes torres. Frente a él, la alta torre de Naillac vigilaba el acceso al puerto. Más allá, dominando Rodas, la montaña, llana y cubierta con una gran abundancia de olivos. El cielo estaba nublado, pero el viento tibio arrastraba el perfume de especias y de flores azucaradas, y Enguerrand se sintió orgulloso por haber llevado a buen término su primera misión.

Con una sonrisa en los labios y con el petate al hombro, descendió la pasarela y remontó la vasta avenida que, desde el puerto, conducía al centro de la ciudad. Estaba bordeada de mesones y posadas que recordaban al viajero que todo el comercio del Mediterráneo, especias, telas y hasta los navíos y las galeras que se construían, pasaba por allí. Enguerrand se detuvo en la que le había recomendado Hugues de Luirieux y alquiló alojamiento y manutención por tiempo indeterminado. En virtud de su rango, le dieron una habitación junto al aseo en lugar del dormitorio común, situado en el piso inferior, a pagar por adelantado el primer día de la semana. No puso objeción alguna y se apresuró a esconder el oro que llevaba consigo desmontando una de las tablas del suelo de madera bajo una pata de su cama. La isla, próspera, contaba con numerosos emporios abiertos por ricos banqueros de Génova y de Venecia, donde, llegado el caso, podría cambiar por dinero contante y sonante las letras que generosamente le había firmado Jacques de Sassenage.

Acto seguido, Enguerrand cerró la ventana para evitar cualquier intrusión intempestiva y se concedió un bien merecido descanso en su cama. Sentía aun tenazmente el balanceo del barco y esperaba que se atenuara. Se durmió con la sonrisa agradecida de la egipcia en el corazón y con la secreta esperanza de volver a encontrarse con ella.

De buena mañana, Hugues de Luirieux fue a verle a su habitación, de la que no había salido, para hacerle entrega de una cuantiosa suma a cambio de su silencio.

—¿Cuándo podrá recibirme Pierre d'Aubusson? —preguntó Enguerrand, que

aguardaba aquella audiencia con más impaciencia que aquella fortuna.

—Pronto, amigo mío, muy pronto. Debéis saber, sin embargo, que el gran maestre está muy ocupado, así que, si queréis un consejo, no os preocupéis. Una espada como la vuestra necesita ejercicio y vuestro rango os dispensa de recomendación. ¿Por qué no os enroláis ahora mismo en uno de nuestros barcos? Estos navíos vigilan el acceso a Oriente Medio y a Egipto, luchan contra los piratas y protegen a los mercaderes europeos que comercian con el Imperio turco.

—Tal vez más adelante. Si el gran maestre lo encuentra justificado —insistió Enguerrand.

—Como gustéis. Por mi parte, no volveremos a vemos, me marchó mañana de la isla para regresar a tierras de Francia —suspiró Hugues de Luirieux al tiempo que se levantaba del taburete en el que se había sentado.

Enguerrand le acompañó hasta la puerta, presa del obsesivo recuerdo de la egipcia.

—Una cosa más... ¿cómo se encuentra ella?

Hugues de Luirieux le miró de reojo por debajo de sus cejas fruncidas.

—Munia se ha recuperado completamente, os lo puedo asegurar. Se halla ahora segura en un convento donde se prepara para su bautismo. No os aconsejo que tratéis de acercaros a ella. Hay en la ciudad turcos a los que los jenízaros, antes de hacerse de nuevo a la mar con destino a Anatolia, podrían haber encargado que os vigilaran para llegar hasta ella. Tras haberla salvado de una manera tan brillante, ¿no desearéis ponerla de nuevo en peligro, verdad?

Un deje glacial en el tono que, sin embargo, parecía afable le incomodó. Los argumentos, empero, eran irrefutables.

—Por supuesto —consintió Enguerrand, a su pesar.

La puerta se cerró.

Un mes más tarde, aún no había logrado entrevistarse con el gran maestre, Pierre d'Aubusson. Además, averiguó que el teniente Hugues de Luirieux le había mentido. Aún se hallaba en la ciudad por misteriosas razones. Sin duda, aprovechaba para descansar, se convenció Enguerrand antes de lamentar su propia estupidez. A todas luces, Hugues de Luirieux ni siquiera había avisado de su presencia a Pierre d'Aubusson. Ante tal certeza, fue a la villa alta, al noroeste de la ciudad, y se anunció en el palacio del gran maestre. Allí le confirmaron sus temores y le aseguraron que no tardarían en dar respuesta a su solicitud.

Luego se entretuvo paseando por las calles y contemplando la magnificencia de las residencias construidas con piedra tallada muy parecidas a las de los ricos señores de Francia, con torrecillas y matacanes, buscando sin confesarlo el lugar donde Munia estudiaba el catecismo y donde Hugues de Luirieux se dedicaba a sus tejemanajes. A una para que le diera noticias y al otro para dárselas él. El azar no estuvo de su lado y Enguerrand regresó a cenar a la posada que, a aquella hora,

rebosaba de gente y exhalaba perfumes agradables. Risas, maldiciones y conversaciones de marineros, de comerciantes y de soldados llegaban de todos lados en lenguas y dialectos diferentes entre los que, sin embargo, dominaban el franco y el griego. Se abrió camino hasta su mesa, reservada junto a una ventana que daba a la calle. Con un gesto señaló su presencia al posadero que subía del sótano por una escalera. Sabía que no tardarían en servirle con deferencia y que la moza que le traería la escudilla se reuniría con él en la cama en cuanto el local se vaciara.

Pensando en las nuevas que había recogido, no vio cómo un chiquillo se acercaba hasta él y no lo descubrió hasta que sintió que le tironeaban de una manga.

—Para ti —articuló éste con dificultad en lengua franca pero con fuerte acento, antes de entregarle una nota.

Sorprendido, y deseoso de verificar que no se había equivocado de persona, Enguerrand miró de reojo al posadero. El hombre, un griego de vientre prominente con unos mofletes que le colgaban hasta la mitad del cuello, asintió con la cabeza. Enguerrand le dio unas monedas en la mano al chaval, y éste se marchó sin esperar respuesta. Solo en medio de la multitud, el caballero de Sassenage desenrolló discretamente el mensaje:

Reuniros conmigo cuando hayan dado las doce de la noche en la poterna sur del convento de la Magdalena. Sólo vos podéis ayudarme.

No había firma pero la escritura refinada y perfumada no le dejó duda alguna acerca de la identidad de la remitente. Enguerrand preguntó en voz baja el itinerario que debía tomar a la moza que llegó para servirle la sopa, antes de inclinar la nariz frente a su escudilla y esperar, febrilmente, a que llegara la hora de su cita.

La abadía se hallaba en el límite nordeste de la ciudadela y colindaba con el cuartel de la Orden. Cubierto con un manto que le confundía con los olivos centenarios, Enguerrand se ocultó tras uno de éstos, cerca de la puerta baja y cimbrada tallada en el muro. Sobre su cabeza, a intervalos irregulares, estrellas fugaces surcaban con un trazo luminoso una nube polvorienta y centelleante. Jamás el cielo le había parecido tan denso y una espera tan excitante. Unos segundos después de que diera la última campanada de las doce, la puerta se entreabrió y apareció una sombra furtiva. Se reunió con ella. Munia.

—¿Volveríais a salvarme, caballero? —preguntó ella sin más preámbulo cogiéndole de las manos.

—Sin dudarlo. Pero ¿de qué? ¿De quién? Los turcos ya están lejos...

—Les temo menos que a ese cerdo de Hugues de Luirieux.

Puso mala cara.

—¿Os ha...?

—Varias veces a lo largo de la travesía. Era, según él, el precio a pagar por mi vida.

Enguerrand apretó los puños enfurecido.

—El canalla. Si lo atrapara...

—De momento es a mí a quien tiene atrapada, caballero. Le ha cogido gusto a esas cosas a las que me obligó, y ayer vino a visitarme para decirme que contaba casarse conmigo para seguir disfrutando de ellas con total impunidad.

—¿Le habéis entendido bien? Es monje, y dudo que pueda casarse.

—Por desgracia, caballero, parece que un problema de sucesión permite abandonar las órdenes. Ved, estoy temblando.

Ella le tendió los dedos para que pudiera comprobarlo. Trastocado por la lechosa blancura de su pile, no se dejó llevar su impulso u farfallo.

—¿Tan terrible es?

Ella alzó hacia él unos grandes ojos llorosos y retiró su manga. La luz de te estrellas llagaba para poder ver la carne ennegrecida por una quemadura.

Enguerrand tragó saliva.

—Quiere decir...

—Está loco, señor. Mi cuerpo entero tiene marcas de su perversión. Me amordaza para que no pueda gritar y me ata para darse gusto.

—¿Por qué no os habéis quejado a las monjas? Avisarían a Pierre d'Aubusson.

Ella se echó a reír.

—Lo hice. Y me dieron a elegir. El convento o el matrimonio.

Y en ambos casos Hugues de Luirieux haría lo que le viniera en gusto. Esas marcas son la prueba de ello. Ayer me negué a convertirme en su esposa tras el bautizo. Y nadie intervino mientras mantenía mi brazo agarrado sobre la llama de un cirio. Es más, me dijeron que debía soportar todos los castigos para curarme para siempre de la religión musulmana. Sólo una novicia se ha apiadado esta mañana de mis lágrimas y se ha convertido en mi cómplice para mandaros llamar. Es ella también quien me ha abierto esta puerta. Os lo suplico, señor, ¡ayudadme!

—¿Cómo? Aquí no dispongo de poder alguno y él tiene más del que había sospechado.

—Casaos conmigo antes que él.

Llevó su mano a la mejilla que se le ofrecía. Había tanta esperanza contenida en aquellas lágrimas. Y también tanto dolor.

A Enguerrand se le partió el corazón.

—No creo que sea tan fácil. Sin duda, nos lleva ventaja.

—Llevadme con vos, entonces, seré vuestra abnegada esclava, os lo juro.

—¿Creéis que nos dejarían embarcarnos? Hasta que seáis bautizada pertenecéis a la Orden, Munia.

Se apartó de él, con la barbilla temblorosa pero la mirada firme.

—En ese caso, caballero, acabad conmigo. Matadme. Nadie me llorará. Al contrario, a los hospitalarios les convendrá pues así podrán decir al príncipe que su venganza se llevó a cabo. Si vuestro. Dios es tan misericordioso como quieren

inculcarme, me acogerá en su reino desde ahora mismo. De lo contrario en el infierno. La duda me deja una esperanza, por lo menos Aquí, ya no tengo esperanza alguna.

Cayó súbitamente a sus rodillas, con las manos juntas y los ojos cerrados. Jamás Enguerrand se había sentido tan desvalido tan miserable. La ayudó a ponerse en pie y la abrazó.

—Si alguien debe morir, que sea él y no vos, Munia. Vos ya no seréis suya nunca más, os lo prometo.

Ella le besó espontáneamente en la boca con sus labios finos y desapareció corriendo tras el muro del convento.

Capítulo 8

Al día siguiente por la mañana, Enguerrand se presentó en el palacio del gran maestre e insistió acerca del carácter urgente de su gestión. Pierre d'Aubusson estaba ausente, pero fue invitado a esperar su regreso, sin garantía alguna. Enguerrand aguardó hasta la sexta para ser por fin presentado ante aquel hombre robusto que reinaba con mano de hierro sobre la cristiandad en el Mediterráneo. Su tiempo era precioso. Sentado a su mesa de despacho, d'Aubusson selló una carta antes de alzar la mirada hacia él.

—Sed bienvenido a Rodas, caballero. Me dicen que queréis hablarme de un asunto de gran importancia...

—A buen seguro sabéis que el príncipe Cem ordenó la muerte de una de sus esposas, una egipcia, y que por poco no fue ejecutada durante la travesía que la traía aquí, a Rodas.

D'Aubusson frunció el ceño.

—En efecto. Pero ¿cómo diablos estáis al corriente de esa historia, objeto de la mayor discreción?

—Me hallaba a bordo. ¿Le habéis concedido la mano de esa dama al señor de Luirieux?

—La dama le está agradecida y desea contraer matrimonio una vez haya sido bautizada. Pero no veo en qué os concierne ese asunto.

—Nos han engañado a ambos, señor. A vos, al haceros creer en cualidades imaginarias y a mí haciéndome creer que obtendría gloria de las mías.

—¿Acaso insinuáis que no fue Hugues de Luirieux quien intervino?

—No lo insinúo, lo afirmo. El puñal que sirvió para degollar al jenízaro cuelga de mi cintura.

D'Aubusson inclinó la cabeza.

—Ya veo.

—No os confundáis acerca de mis intenciones, señor. No he venido a Rodas más que para poner mi nombre al servicio de la Orden. Que ese canalla abuse de mi confianza, pase, pero que someta a esa dama a sevicias no puedo tolerarlo.

D'Aubusson se mesó la barba, pensativo.

—¿Qué interés puede tener en ese matrimonio? Ella no tiene dote.

—Lo ignoro, pero comprenderéis que me oponga a ello, y más aún cuando esa joven me lo ha pedido expresamente. ¿Me dejaríais embarcar si la raptara?

—¿Por qué debería prohibíroslo?

—Porque lo haré esta misma noche, antes de que haya sido bautizada.

—En ese caso os llevaríais a una enclava.

—¿Le pertenece a él?

—No en esos términos puesto que, pretendidamente, recuperaría su libertad gracias al bautismo.

—Así que puede admitirse que la Orden es su propietaria mientras no haya sido bautizada.

Pierre d'Aubusson asintió con la cabeza, con sonrisa cómplice. Enguerrand se sacó de la cintura la bolsa que Hugues Luirieux le entregó al llegar y la dejó sobre la mesa.

—Si eso no bastara para comprarla, aquí tengo una letra de crédito firmada por el barón Jacques de Sassenage, pariente D'Aubusson le miró fijamente, con un extraño brillo en los ojos.

—¿Me aseguráis de que acabará su catequesis allá donde la llevéis?

—Sera mi deber ante los ojos de Dios.

El gran mateare empujó la bolsa hacia él.

—En ese caso conservad esto y llevad a esa dama a lugar seguro. En cuanto lo hayáis hecho, hacédmelo saber. Las personas valientes son cada vez más raras y, puesto que ésa era vuestra primera intención, estaré orgulloso de contar con vos entre nosotros, Pierre d'Aubusson lo acompañó hasta la puerta de su despacho. Aliviado por el giro de los acontecimientos, Enguerrand se dirigía a capitania y preguntó cuál era el primer barco que partía. Era un chebec que se dirigía a Génova. Pagó su pasaje y el de Munia, y luego se presentó en el convento con el salvoconducto formado por el gran maestro. Conducir a Munia hasta el puerto tae fácil. Embarcarse no lo fue tanto. Se hallaban trente a la torre de Naillac cuando Hugues de Luirieux les cortó el paso. A todas luces, alguien de capitania o del convento le había puesto sobre aviso.

—Te éstas excediendo en tus derechos, Sassenage. Esta mujer es mía —refunfuñó.

Con un gesto, Enguerrand protegió a Munia tras él y se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Aquí tengo un título de propiedad que demuestra lo contrario.

La mirada de Hugues de Luirieux se empequeñeció en sus órbitas hundidas.

—No se puede comprar a una cristiana.

—He renegado de mi palabra. Me niego a abjurar de mí fe -exclamó Munia por encima del hombro de Enguerrand.

Hugues de Luirieux enfureció.

—¿Perra? ¿Olvidas lo que me debes? ¡No te escaparás así, puedes estar segura de ello! ¡Soldados!

El puerto bullía de actividad a tu alrededor y las gentes se mostraban indiferentes ante la discusión. Sin embargo, dos hospitalarios encargados de la seguridad se aproximaron, como si hubieran aguardado aquella orden para intervenir. A su demanda Enguerrand les mostró los documentos de los que se hallaba en posesión.

—Todo en regla. Vos y vuestra esclava podéis embarcar —concluyeron visiblemente a su pesar.

—¿Quién ha firmado esos papeles? —Se atraganto Hugues de Luirieux.

—El gran maestro en persona.

Palideció. A todas luces era una hipótesis que no había con templado y contra la cual nada podía hacer. Enguerrand le miró con desprecio y se llevó del brazo a Munia.

—Volveremos a vernos, Sassenage. Tú y tu puta me pagaréis esta afrenta, lo juro.

—¡Así te ahogues! —le dijo Munia riéndose, antes de subir a la pasarela.

A pesar de las incesantes tormentas que les obligaron a permanecer encerrados, aquella deliciosa alegría le duró toda la travesía. Negándose a hablar de ella misma, Munia no cesó de interrogarle acerca de su país, de las costumbres de sus señores o de las de la corte. Aspiraba igualmente a saberlo todo acerca del hombre que dos veces la había salvado de una muerte segura, sin exigir nada a cambio. Puesto que Enguerrand hizo de ello una cuestión de honor, en cuanto el barco se alejó de la costa se mantuvo distante y reservado, para marcar su diferencia con Hugues de Luirieux. Más aún puesto que aquella historia tenía varios puntos oscuros sobre los que le hubiera gustado arrojar luz.

Al segundo día de travesía, se lo preguntó:

—Durante vuestro cautiverio con el príncipe, ¿oísteis algo que pudiera justificar las prisas del señor de Luirieux por casarse con vos?

—No, nada. Ni siquiera me había cruzado con él antes de se convirtiera en mi escolta. Enseguida vi que le gustaba. Sin duda cometí el error de manifestarle interés, pero temía por mí vida y confieso, avergonzada, que esperaba que así me defendería. Si hubiera sabido en qué trampa me metía, juro que no w habría hecho.

—No creo que ésa sea la única razón, Munia. Un pequeño señor como él que se reintegra a la vida civil para salvar su nombre y su título gracias a la descendencia busca un himeneo destinado a engrandecerte, y no a una antigua esclava desprovista de dote y de alianza. Y si su perversión requería discreción, las putas de la isla se la hubieran ofrecido. No. Estoy convencido de que podíais aportarle otro beneficio. Algo precioso para él o para el hombre al que sirve. Queda por descubrir quién es ese hombre. ¿Beyazid? ¿Deseaba acaso informaciones precisas acerca del cautiverio de su hermano? ¿U otro que, por el contrario, sería favorable a Cem? En Rodas sólo se hablaba de él en todos los lugares a los que fui a distraerme. Con discreción, a menudo, puesto que según he entendido los partidarios de Cem son más numerosos de lo que parece. Varios son los monarcas que sueñan con una nueva cruzada mientras d'Aubusson trata por su parte de mantener la paz, favorable a la prosperidad de la Orden.

Munia bajó la mirada y durante una fracción de segundo, Enguerrand tuvo la sensación de que sabía de qué se trataba. Como para darle la razón, se encogió de hombros.

—Mi padre es un alto dignatario mameluco, próximo al sultán Keit Bey. Los hijos de Cem, al igual que su madre y su primera mujer, están bajo su protección en El Cairo. Tal vez Beyazid confiaba en llegar hasta ellos a través de mí. Su muerte hubiera entristecido profundamente a Cem y además le hubiera impelido a pensar que

Keït Bey le había traicionado.

—Es posible, en efecto. Pero en ese caso, vuestro bautismo e incluso vuestro matrimonio se convertirían en un obstáculo para sus proyectos, puesto que dudo que vuestro padre le abriera los brazos a una cristiana.

—Quizá mi padre sea más tolerante de lo que imagináis, Enguerrand —murmuró ella mirándole con ojos tiernos.

Él apartó la mirada, sorprendido brutalmente ante aquella evidencia. Respetar la promesa que había hecho a d'Aubusson condenaba a Munia ante su familia. Una vez convertida al cristianismo, ¿qué haría de su libertad? ¿No se arriesgaba a acabar en algún tugurio, como tantas otras? Puta o esclava. El destino de las mujeres compradas por los hospitalarios se le apareció de repente en toda su monstruosidad. Comprendía por qué d'Aubusson había dado su consentimiento a aquel matrimonio. ¿Y si, finalmente, y a pesar de sus inmundas jugarretas, Hugues de Luirieux la amaba? Lo suficiente para darle un nombre y una posición, y salvarla de una vida aún más sórdida. ¿Acaso él, Enguerrand de Sassenage, lo habría estropeado todo con sus grandes principios?

Para ahondar más en su sentimiento de culpabilidad, Munia olió el aire de alta mar y suspiró con tristeza.

—Olvidad todo eso, Enguerrand, y dejadme disfrutar del aplazamiento que me habéis conseguido.

Él se sobresaltó.

—¿Por qué habláis de aplazamiento?

Ella le miró con sus grandes ojos.

—¿Qué creéis, caballero? Hay dos hombres que desean mi muerte. Un cristiano y un turco. Sea cual sea el Dios al que le rece, tarde o temprano darán conmigo y me matarán. Ése es mi destino. Y vos no siempre estaréis a mi lado para salvarme.

No supo qué responderle pues estaba conmocionado. En silencio, uno junto a la otra, dejaron que sus pensamientos se perdieran en la inmensidad.

Dado que su barco debía descargar parte de su cargamento, desembarcaron en Nápoles bajo un cielo color de sangre. Prisionero de la funesta predicción y con la esperanza de hacer desaparecer su rastro, el 20 de enero Enguerrand se embarcó de nuevo con Munia disfrazados de monjes. Cuatro días más tarde, arribaban a Cerdeña. En su desbocada carrera contra la fatalidad, habían tenido suerte. Ninguno de los barcos mercantes en los que viajaron fue atacado por los piratas.

A Enguerrand sólo le quedaba cumplir la promesa que le hiciera a Pierre d'Aubusson. Pero cada día le costaba más hacerse a la idea de abandonar a Munia. Más aún puesto que, a pesar de la dominación del Reino de Aragón, los habitantes de Cerdeña seguían hablando unos dialectos que ellos no entendían. Uno y otra evitaban pues abordar la cuestión y se quedaron más días de los previstos en la pequeña posada del puerto de Corallo en la que Enguerrand había alquilado dos habitaciones.

Pisar de nuevo tierra firme y sentirse más seguros había provocado entre ellos cierto embarazo del que se resentían sus conversaciones y sus paseos por la ciudad. La noche del 2 de febrero, Enguerrand no pudo dormir, torturado por pensamientos contradictorios. Al alba, sin poder soportarlo más, llamó a la puerta de ella.

—¿Quién es? —preguntó ella al cabo de unos minutos.

—Soy yo, Enguerrand.

El tiempo de echarse un chal sobre el camisón y Munia le abrió, con una mirada adormilada en la que se adivinaba cierta angustia.

—¿Puedo entrar?

Ella se lo permitió, inquieta por su aspecto enfebrecido.

Él se volvió hacia ella, de pie a la luz de la vela que ella había encendido, y se enterneció al ver sus pies descalzos que sobresalían bajo la pelliza. Inspiró profundamente y se lanzó:

—Quiero que seáis libre de elegir vuestro destino, Munia. Si deseáis seguir siendo musulmana, en cuanto amanezca os escoltaré hasta Egipto para que os reunáis con los vuestros y yo seguiré mi camino. De lo contrario, mañana os acompañaré a un convento bajo tutela española para que podáis preparar vuestro bautismo.

—Es una prueba más de vuestra generosidad, Enguerrand, pero ¿qué haría yo con mi libertad sin vos? —murmuró con voz apagada.

Él se sobresaltó ante aquella evidencia. Se acercó a ella y con el puño le alzó el mentón para ver mejor sus ojos. Su ferviente dulzura acabó de decidirle.

—¿Aceptarías casarte conmigo?

Ella se lanzó a su cuello riendo.

Unas horas más tarde, siguiendo la recomendación que le diera Fierre d'Aubusson, la dejó al cuidado de una comunidad de religiosas y buscó un alojamiento decente para alquilar. Munia siguió su catequesis con tanta aplicación que una semana más tarde recibió el bautismo.

Aquel 24 de febrero del año de gracia de 1484, acababa de casarse con ella en la capilla de la abadía y descansaba a su lado en la cama deshecha de la posada a la que la había llevado. Un ligero viento procedente de la ventana que daba a la ciudad levantaba de vez en cuando la cortina que les aislaba de la multitud. La baranda de piedra encalada, al fondo de la terraza, les protegía de cualquier indiscreción. Hasta ellos llegaban el perfume del mar y las risas de los niños que jugaban en la calle debajo de ellos, entremezcladas con ladridos, graznidos y conversaciones entrecortadas al ritmo de los viandantes, y el ruido de las drizas en el puerto vecino que les había acompañado durante varios meses.

Enguerrand era feliz. Munia se acurrucó para poner la cabeza en el hueco de su hombro. Con una mano pesada debido al relajamiento provocado por el goce, el caballero le acarició los cabellos que, sueltos, caían hasta sus riñones como un manto.

—Hay algunas cosas que te he ocultado, Enguerrand.

—No tiene importancia —murmuró él deslizando los dedos entre los sedosos cabellos para acariciarle la piel, dulce y ambarina.

—Como te dije, mi padre es un alto dignatario mameluco. Fue con él con quien se reunió Cem cuando fue a pedirle ayuda al sultán Keit Bey para organizar un ejército contra Beyazid. Y serví de tratado de alianza entre ellos.

—Olvida todo eso. Ahora eres mi esposa.

Pero Munia no quería callarse. Durante todos aquellos meses, su secreto la había ahogado sin estar segura de que un día podría compartirlo. Aquel día, acunada por la confianza y el amor, se sentía dispuesta a hacerlo, segura de que su padre lo aprobaría. Inspiró profundamente y dijo, con un aliento liberador:

—Cem me repudió. No me honró como hubiera debido y me entregó como a una puta a uno de los hospitalarios para cubrir su huida. Por eso le traicioné. Pero no sólo por eso. En realidad, mi padre me había pedido que actuara a la primera ocasión se me presentara, en cuanto hubiera recuperado algo de valor inestimable que poseía el príncipe Cem.

Los dedos de Enguerrand se inmovilizaron en la curva de arabesco que dibujaba en el cuello de Munia.

—¿Por qué no se lo compró o se lo robó cuando Cem estaba en El Cairo?

—Porque descubrió la existencia de esa damajuana por azar el día en que Cem se marchó a Rodas.

—¿Una damajuana?

—De cristal azul cubierta con una redecilla de hilo de plata.

Enguerrand se puso tenso. Podía sentir bajo sus dedos los latidos desacompañados en la yugular de su esposa. Esperó, mientras le venía a la cabeza el recuerdo de Hugues de Luirieux y su insistencia en casarse con ella. ¿Acaso tenía relación una cosa con la otra?

Munia se incorporó y clavó su mirada cobriza en los suspicaces ojos de él. Ella le obsequió con toda su ternura. Sí, su padre estaría orgulloso del hombre al que había elegido.

—Cuanto has hecho por mí lo has hecho sin malicia, dictado por la nobleza de tu corazón y sin tener en cuenta tus propios intereses. Ha llegado la hora de que te recompense. El contenido de esta damajuana carece de importancia aunque el elixir que guarda ofrece un vigor sorprendente a quien lo bebe. Cem desconoce su verdadero valor, que reside en esa redecilla de hilo de plata. Esa redecilla es un código, el código que permite descifrar un mapa que antaño estuvo en la gran biblioteca de Alejandría y que mi padre descubrió hace unos años.

El corazón de Enguerrand se aceleró dentro de su pecho. Aquel fervor en la voz de su esposa, aquel centelleo en su mirada, como una promesa... ¿No era lo que siempre había buscado? ¿Ese sentimiento de un destino fuera de lo común? Tragó saliva.

—Y ese mapa...

—Llevará a quien logre descifrarlo a un nuevo mundo. Será mi dote, Enguerrand, si caminamos juntos y si me amas tanto como yo quiero amarte —afirmó antes de besarle.

Capítulo 9

A lo largo de tres días, Francia se hundió bajo el peso de impresionantes tormentas. De norte a sur, de este a oeste, el viento arrastraba lluvia, nieve y granizo del tamaño de un huevo de paloma. El mismo litoral parecía desgarrarse bajo los encarnizados embates del oleaje como si el Altísimo en persona quisiera vengar una afrenta con esa violencia.

En el Delfinado, cuando amainó, un silencio grave cubrió ciudades y pueblos. Los hombres y los animales se habían escondido por igual y sólo la naturaleza parecía haberse librado. Un sol tímido atravesó la barrera de nubes bajas y algunos se aventuraron a dar unos pasos sobre la nieve. La vida comenzaba de nuevo. Las gentes se desperezaron frente a las puertas, llevándose las manos a los riñones y parpadeando para acostumbrarse de nuevo a la luz. Los niños, osados, tapados hasta las orejas, se deslizaron sobre la inmensidad blanca para jugar con la nieve. Los adultos llenaron cubos de nieve antes de que se ensuciara, para evitar tener que sacar agua de los pozos. Había llegado el invierno y nada ni nadie podía salir de las casas sin hundirse hasta las rodillas. Apartaron la nieve de delante de las puertas y se dispusieron a vivir lentamente y a racionar tanto como fuera posible las reservas de alimentos y de leña, orando más que de costumbre para que Dios, en su gran clemencia, concediera a las gentes del pueblo las fuerzas necesarias para sobrevivir hasta la primavera*

En La Bâtie en Royans, Philippine de Sassenage, calzada con botines forrados y cubierta con un manto de armiño, fue la primera en cruzar el umbral de la puerta que daba al jardín. A su lado, su hermano Louis le ofrecía la mano para ayudarla a descender los peldaños mientras la pequeña Claudine, de la mano de Algonde, protestaba impaciente tras ella. Amontonados en la entrada, la masa compacta de los cortesanos, que ya sólo vivían del aliento de la joven, atemperaban su impaciencia con algunas furtivas caricias que la promiscuidad les autorizaba.

—Es majestuoso —decretó Philippine.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo! —gritó Claudine, removiéndose.

—¡Un poco de paciencia, señorita! —la regañó Algonde.

Pero tanto se debatió la chiquilla que logró escaparse. Antes de que nadie pudiera intervenir, pasó la cabeza entre las piernas de su hermano, y a punto estuvo de hacerle caer al suelo.

—¡Ayudadme, ayudadme! —gritó entre carcajadas.

Algonde trató de retenerla, al igual que Louis, pero desde atrás empujaban, excitados por la exclamación de Philippine. La joven baronesa quería ser la primera en descender los peldaños despejados, la primera en recrearse en el espectáculo de los árboles con lágrimas de hielo colgando de sus ramas desnudas, de las hojas arqueadas bajo el blanco manto, de las esculturas informes talladas por los matorrales y, hasta

allí donde la vista alcanzaba, de aquella extensión que centelleaba como un gigantesco diamante bajo un sol deslumbrante.

Claudine le negó aquel privilegio a su hermana y se escabulló entre ella y Louis para descender la escalera corriendo, sosteniendo apenas alzados con sus manitas el bajo de su pelliza y sus enaguas. Sus risas puntuaban el ritmo de su carrera como las aguas vivas de un riachuelo.

—Cuidado no vayas a resba...

El resto de la frase murió entre los labios de Louis. La chiquilla acababa de resbalar sobre una placa de hielo y ante la mirada de los suyos salió volando por los aires y cayó con un ruido sordo dándose con la nuca contra el filo del último peldaño.

Philippine chilló, llevándose las manos a la boca. Louis se precipitó hacia ella. Se arrodilló junto al pequeño cuerpo inmóvil antes de alzarlo en brazos, con el rostro cubierto por una profunda tristeza. Philippine se tambaleó. Algonde le pasó el brazo sobre los hombros.

El señor de Melle que, junto a Algonde, había presenciado la escena empujó hacia atrás a los cortesanos cuyas risas resonaban aún como las olas de un mar en calma. La puerta se cerró a espaldas de Algonde y de Philippine, aislándolas a las cuatro en un lienzo blanco manchado ahora por una flor de sangre.

En el mismo instante, el vientre de Sidonie se desgarraba con las últimas contracciones. Con la frente perlada de sudor, las piernas abiertas y rociadas con agua hervida, la baronesa de Sassenage sentía llegar el momento del parto. Tumbada sobre su cama, se agarraba a la mano de Marthe.

—Un esfuerzo más. Ya veo la cabeza —la animó la partera.

Sidonie irguió el cuello, contrajo sus rasgos y luego el cuerpo entero y empujó, empujó hasta quedarse sin aliento. Agotada por el esfuerzo que llevaba a cabo desde medianoche, se dejó caer hacia atrás. Un lloro resonó en la habitación.

—Aquí tenéis a vuestro hijo, mi señora —la felicitó la comadrona agarrando al recién nacido por los pies para liberar completamente los bronquios.

Sidonie apretó dos veces la mano de Marthe. Su debilidad hacía que la cabeza le diera vueltas. La harpía se inclinó sobre su rostro, mientras la partera, con gesto firme, cortaba el cordón.

—Ve, avisa a Jacques —le susurró.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso! —vociferaba el señor de Melle, con una autoridad que el manifiesto interés consentido aquellos últimos días por Philippine obligaba a respetar.

Todos retrocedieron para dejar paso. La noticia había corrido y se especulaba en voz baja acerca de la gravedad del accidente, cuando apareció Louis llevando a la pequeña Claudine. La cabeza hacia atrás, colgando del brazo de su hermano, dejaba ver la sangre que manaba de su nariz, los ojos cerrados, el rostro lívido.

Aleónele ayudaba aún a Philippine a tenerse en pie. Descompuesta la joven señora de Sassenage seguía a su hermano, y arrastraba en su estela un silencio helado. Sin una palabra, ascendieron la doble escalera para llevar a la chiquilla a su habitación. Al encuentro del barón Jacques que, tras haber sido avisado, se precipitaba hacia allí.

Marthe cerraba la puerta de la habitación de Sidonie cuando les vio avanzar por el pasillo. Se dirigió a ellos desde el umbral.

—Es un niño. La madre y el hijo están sanos y salvos.

Philippine estalló en sollozos convulsivos en brazos de Algonde y Marthe la miró.

—¿Sucede algo? —preguntó la harpía mientras el barón se separaba del grupo para avanzar hacia la puerta.

No le respondió. Ante su rostro devastado, se apartó para dejarle entrar y contempló aquel extraño cortejo que pasaba frente a ella sin ni siquiera mirarla.

—Jacques —murmuró Sidonie cuando éste se inclinó sobre ella para darle besos en la frente, en los párpados que mantenía cerrados y luego en los labios.

—Descansad, amiga mía. Descansad. Tenéis fiebre, lo noto. No quiero perderos.

Incapaz de abrir los ojos pues estaba exhausta, le obsequió con una sonrisa. Él se apartó de ella. Un soplo llegó hasta él mientras se dirigía silenciosamente hacia la partera, que estaba lavando al niño.

—Dejad entrar a la pequeña Claudine. Está muy impaciente desde esta mañana y no quiero privarla de un beso.

Jacques no tuvo fuerzas para responder. La comadrona le tendía al niño envuelto en una sábana. Lo besó delicadamente, dividido entre la felicidad y la pena, y susurró unas palabras a oídos de la comadrona. Ella asintió, pálida, y fue a acostar al niño en la cuna. La mirada llorosa de Jacques recorrió la habitación, aquella cama en la que Sidonie acababa de dormirse y se detuvo en Marthe, que entraba en aquel instante. Recuperó el aplomo y la asió del brazo.

—Venid —ordenó arrastrándola fuera de la habitación.

En el pasillo, se plantó ante ella.

—Una palabra, una sola palabra acerca de lo que acaba de suceder y os pulverizaré. Sidonie no está en condiciones de poder afrontarlo.

—¿Me creéis tan cruel?

—Os creo capaz de cualquier cosa para servir a vuestros oscuros intereses. Tratad por una vez de que éstos coincidan con los míos. Nadie debe franquear esta puerta sin que antes se me informe a mí.

—Reclamaré a la pequeña...

—La comadrona le prohibirá cualquier visita aparte de la mía hasta que se haya recuperado. Obedeced sus órdenes. Está ampliamente justificado.

La dejó allí. Corriendo con la torpeza de sus piernas torcidas, y con el hábito

arremangado sobre sus sandalias, el padre Mancier acudía seguido por dos monjes que llevaban medicamentos y por François, el último de los Sassenage, que se había apresurado a ir a buscarlos a su oficina relegada en una de las torres del castillo.

—Gracias por haber venido tan pronto —le dijo Jacques y guió hacia el fondo del pasillo.

Volvieron la esquina y desaparecieron de la vista de la harpía. Ésta se encogió de espaldas ante su inútil precipitación y volvió junto a Sidonie, decidida a seguir las recomendaciones del barón, Sidonie debía vivir. Para ella era una necesidad pues de lo contrario no podría permanecer cerca de Algonde, de Hélène y del príncipe turco. Si la fiebre no remitía por sí sola a última hora del día se pondría manos a la obra.

Mathieu clavó el talón frente al torreón para dejar su huella sobre el hielo. Por un instante creyó ver la imagen de Algonde que, los inviernos precedentes, le esperaba escondida para arrojarle la primera bola de nieve. Observó con envidia a dos chiquillos que se bombardeaban sobre un montículo, antes de apartar la mirada, emocionado. ¿Por qué volver al pasado? ¿Por qué torturarse aún? Atravesó el patio del castillo y entró en el taller del herrero.

Éste le daba la espalda. Inclinado sobre un cubo de agua, enfriaba una barra de hierro.

—¡Buenos días, Jeannot!

El hombre se irguió, envuelto en una nube de vapor.

—¡Muy madrugador estás tú hoy, malandrín!

Mientras Mathieu franqueaba la distancia que los separaba, el hombre verificó con mirada de experto la torsión de la barra y la depositó sobre una placa para dejarla enfriar, y luego dejó allí también sus pinzas y sus guantes.

—Venía a ver si aún lo teníais. El braquemarte. Si no lo hubierais vendido... —farfulló Mathieu sin más preámbulo, nervioso.

El herrero asintió. Dado que el jovenzuelo había estado en paradero desconocido durante varios meses, la espada, forjada como regalo para su boda anulada, aún la conservaba.

—Sígueme...

Mathieu así lo hizo, rodeó el fuelle de la fragua que accionaban los hijos de Jeannot, tan anchos de pecho como el propio herrero, y pasó tras una cortina de cuero que separaba el taller de la casa. El interior austero estaba muy limpio gracias a doña Cunégonde, una matrona de rostro ingrato pero de extrema generosidad, y su hija, Fanette. Estas últimas, precisamente, en un hermoso retrato, acababan de coser unos calzones.

—Buenos días, Mathieu —dijo la voz cantarina de la jovenzuela.

Compañera de muchos de sus juegos de infancia en los años en que Enguerrand aún vivía en el castillo, era un poco mayor que Algonde y no tan hermosa. En aquellos últimos tiempos, sin embargo, había trocado su carita de chico por un óvalo

gracioso que, si bien no le confería belleza, sí le proporcionaba un delicado encanto. Mathieu le devolvió la sonrisa.

—Buenos días tengáis, doña Cunégonde —dijo inclinándose ante ella.

—Si vienes por el encargo de tu padre, tendrás que volver otro día, muchacho, porque aún estoy trabajando en él.

—No, tomaos el tiempo que necesitéis.

El herrero, que había desaparecido detrás de otra cortina apareció de nuevo con la espada corta y ancha envuelta en varias telas. Cunégonde dirigió a su marido una mirada de reproche, pero éste no pareció percatarse de la misma, concentrado en el paquete que llevaba en la mano. Mathieu se acercó a la mesa, con el corazón latiendo con fuerza. Y, sin embargo, estar rodeado de tanta gente le incomodaba. Hubiera preferido estar solo para saborear de nuevo la sensación particular de sopesarla y de empuñarla. Olvidando ese reparo, puso atención en los dedos ágiles que desataban los cordeles alrededor de la tela, depositada sobre la superficie de la mesa.

Jeannot apartó las diversas telas y un rayo de sol que atravesaba los cristales de la ventana hizo centellear la hoja de la espada.

—Está forjada con el mismo hierro que la de Enguerrand —creyó oportuno recordar con orgullo el hombre.

El jovenzuelo pasó el índice de su mano izquierda por el pomo, allí donde había dos corazones entrelazados.

—¿Tiene nombre?

—Es una costumbre que se ha perdido, hijo mío, pero eres libre de darle uno si así lo deseas.

Mathieu se sobresaltó, con el corazón latiendo aceleradamente.

—¿Quiere decir que...?

—¿Que te pertenece? Estoy seguro de que algún día te casaras, ¿a que sí? —dijo el herrero, y se echó a reír.

—¡Jeannot! —le espetó secamente su esposa.

Se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Acaso uno ya no puede regocijarse en esta casa al ver que alguien aprecia su trabajo?

Frunció el ceño ante la mirada de reojo que Cunégonde lanzó en dirección de Fanette. Aunque su hija se hubiera resignado desde hacía mucho tiempo ante los lazos que unían a Mathieu y a Algonde, seguía suspirando por el jovenzuelo. Solidaria con sus sentimientos, desde la marcha de Algonde Cunégonde no dejaba de azuzar a Jeannot para que favoreciera el acercamiento. Si no aprovechaba la ocasión, su mujer se lo reprocharía sin cesar. Palmeó amistosamente el hombro de Mathieu, quien no lograba separarse del contacto de la hoja contra sus dedos.

—¿Quieres llevártela?

Mathieu se estremeció. ¿La deseaba? La propia pregunta era un contrasentido. Sólo había vuelto por aquello. Para hacerse de nuevo con aquella arma hasta que se

convirtiera en la prolongación de su puño izquierdo. Y matar. Matar al barón Jacques. Sin embargo, volvió a doblar la tela con resolución. No había llegado la hora. La estación no se prestaba a los ejercicios ni a viajar. Sólo quería asegurarse de que su venganza, obsesiva, le aguardaba allí. Dio un paso atrás.

—Mi padre se enfurecería. Más adelante, tal vez.

—Como quieras —dijo Jeannot desolado.

Se volvió hacia Fanette.

—Deja esa labor y ve a dar un paseo fuera, pasas tanto tiempo encerrada que estás blanca como una sábana. Hazme ese favor; Mathieu, dedícale un poco de tu tiempo para obligarla a salir.

—Padre, ¿no veis que tiene otras ocupaciones? —Se sonrojó Fanette, agobiada por aquellos tejemanejes.

—A decir verdad, mi hermano se las apaña mejor que yo en el homo. Si quieres acompañarme, Fanette...

El rostro de la joven se iluminó ante la sonrisa afectuosa de Mathieu. Conteniendo su felicidad, dejó su labor y se puso en pie.

—Deja que me ponga una pelliza y...

Desapareció tras la cortina que su padre había descornado anteriormente para ir a buscar la espada.

—Acompáñame. Quiero hablar contigo de hombre a hombre —le invitó Jeannot cogiéndole de los hombros.

Negándose a mirar de nuevo la espada que abandonaba, Mathieu se dejó llevar a un rincón, apartado de la animación y del ruido de la fragua. Jeannot se plantó ante él, con cierto embarazo por lo que iba a decir.

—Esas cosas no me incumben, hijo mío, pero uno no rompe un noviazgo sin una buena razón. Sea cual sea, es asunto tuyo. Sólo quiero que sepas que no me opondría a que quisieras consolarte con Fanette. Es fuerte y seria. Y, sobre todo, no se marea ante un arma, para que me entiendas...

Mathieu lo entendía perfectamente. Nada se le había escapado al herrero, que les conocía bien a él y a Algonde. Asintió con la cabeza.

—Necesito tiempo, Jeannot, pero os prometo que pensaré en ello, sinceramente.

—No hay prisa, pero estaría muy contento si supiera que mi hija está protegida por tu brazo, aquí o en otro lugar.

Fanette apareció y ambos callaron. Avanzó hacia ellos, con un destello en la mirada.

—¿De verdad, Mathieu, no te molesta?

Con autoridad la asió del brazo.

—Deja de decir bobadas. ¿Crees que somos demasiado viejos para deslizarnos sobre ramas de pino como habíamos hecho? Fanette suspiró.

—Me temo que sí. Nos caeríamos más de una vez.

—¿Y qué? ¡Aún sabes correr! ¡Ven, eso nos hará entrar en calor!

Salieron a pleno sol y Mathieu, luchando para olvidar el dolor que anidaba en su pecho por el recuerdo de Algonde, se obligó a reír como si ella aún estuviera allí.

Lo primero que pidió Sidonie al abrir los ojos a la mañana siguiente fue ver a su hijo. Hasta el momento había estado demasiado cansada y con fiebre, y no había hecho más que dormir. El recién nacido era de mayor tamaño que sus anteriores hijos y la había desgarrado y destrozado tanto a su paso que aún tenía el bajo vientre muy dolorido. Sin embargo, se sentía mejor y mientras el ama de cría se inclinaba sobre la cuna para coger a la criatura en brazos, ella se incorporó y se recostó contra las almohadas.

—Voy a avisar a Jacques de que os habéis despertado —le dijo Marche con tal empalago en la boca que la hizo sentirse incómoda.

Sidonie no tuvo tiempo de preocuparse más por ello. Al despertar, el crío se puso a llorar y ella le abrió los brazos.

Jacques de Sassenage rezaba junto al lecho de Claudine, rodeado de sus hijos. Durante toda la noche velaron el pequeño cuerpo que la Parca había vuelto rígido. Nunca había parecido tan apacible y aquella serenidad, tan contraria a su temperamento, hacía aún más doloroso el momento. Cuando la puerta de la habitación se abrió rechinando implacablemente, Jacques se santiguó y se puso en pie para volverse hacia Marthe, inmóvil junto a la entrada. Negándose con rotundidad a que aquella figura inmunda mancillara con su sola presencia la última morada de su querida hija, se apresuró a reunirse con ella, seguro de que Sidonie le aguardaba.

Halló a su esposa que, desdeñando los servicios del ama de cría dedicada a aquella tarea, acunaba al recién nacido contra su seno y disfrutaba al verle mamar vorazmente de su teta.

—Estoy muy feliz de veros recuperada tan pronto, amiga mía —le dijo Jacques.

Sidonie le miró, con los ojos refulgentes de una generosa felicidad. No apartó la mirada de él al descubrir sus rasgos cansados al avanzar hacia ella.

—No habéis dormido, Jacques, y yo en cambio he dormido como un ángel. Siento haberos preocupado tanto.

Él la besó en la frente y se sentó junto a ella. Las palabras no salían de su boca. Cumpliendo la orden que acababa de darle, Marthe se llevó al ama de cría a la estancia contigua. Sidonie acarició con la palma de la mano la barba naciente de Jacques, emocionada ante aquella negligencia cuya causa atribuía a la inquietud que él había sentido por ella.

—¿Sabéis qué me complacería, amor mío? Que una sonrisa hiciera desaparecer esa fea arruga de vuestra frente. Vuestro hijo es un buen mozo y yo estoy viva. Sólo falta la pequeña Claudine para sentir celos del abrazo de los tres. ¿Nos os ha martirizado con preguntas desde el alba?

Ella se echó a reír, ligera y despreocupada, y aquella risa le dolió tanto que

Jacques la ahogó con sus labios y luego ascendió hasta su oreja.

—No llores, Sidonie. Por tu amor por mí y por el de nuestro hijo, no llores...

Sintió cómo se paralizaba. Un miedo, indecible, en su voz.

—¿Por qué iba a llorar? ¿Por qué, Jacques?

—Porque Claudine ya no vendrá nunca más y nada puedo hacer para evitarlo.

Capítulo 10

El deshielo comenzó a principios de la primavera. Hasta entonces, pareció que la vida se había detenido, prisionera de sus redes.

En La Bâtie, ocho días después del entierro de Claudine, bautizaron al pequeño Claude al que Sidonie, sin duda como respuesta ante la pena inmensa que sentía, se negó a entregar al ama de cría. Darle el pecho retrasó el momento de levantarse de nuevo de la cama y raras eran las ocasiones en las que abandonaba sus apartamentos adonde Jacques iba a distraerla durante horas con su conversación. Conjuntamente tomaron la decisión de ir a buscar a las hijas Sassenage a Saint-Just en cuanto el estado de Sidonie lo permitiera. Philippine se alegró mucho de ello y por un doble motivo. La idea de volver a ver a sor Albrante con la que, fiel a su promesa, no había dejado de mantener correspondencia, atemperó un poco el dolor del duelo.

Volvieron a celebrarse fiestas, en principio con poco entusiasmo, pero pronto hubo de nuevo juegos y risas.

Algonde siempre tenía su lugar en ellas, inmutable desde el drama. La aturdía. En su doloroso recuerdo, una imagen la acechaba incesantemente. Veía de nuevo su mano soltando la de Claudine en las escaleras. Aquel gesto era la causa de todo. Hubiera debido retenerla, impedir que la chiquilla bajara las escaleras. Actuar. Actuar. «¡Actuar!», le gritaba su conciencia. Si no había podido evitar algo tan simple, tan fácil, tan esencial, ¿qué Poderes tenía, qué solución hallaría, qué esperanza le quedaba Para salvar al mundo? Se fustigaba por no haberlo visto, adivinado o presentido. ¿Acaso no tenía poder de premonición? ¿Por qué aquella escena no había acudido a su mente al contrario que otras sin importancia alguna? ¿Por qué? ¿La pequeña Claudia debía morir por culpa suya? Era tan injusto que se negaba a creerlo y a admitirlo, y para castigarse, cuando a nadie se le pasaba por la cabeza reprocharle nada, se privaba del sosiego que le procuraba la visión de los suyos en Sassenage.

«Dado que no puedo intervenir, mejor no saberlo», se mentía.

En cuanto los caminos fueron practicables, ya hacía de ello ocho días, el barón de Bressieux, Aymar de Grolée, se aventuró por los mismos para visitar a su viejo amigo Jacques. Su pena, así como el sincero afecto que sentía por Jacques y Sidonie, hizo que se quedara para distraerles y, cada vez más a menudo, franqueaba la puerta de los salones para presentar sus homenajes a Philippine. El señor de Melle, que no le consideraba un rival a tener en cuenta, se esforzaba en darle coba con la intención de apartar a cuantos pudieran hacerle sombra. Aquellas maniobras divertían a la joven, que sentía verdadera ternura por Aymar de Grolée, cuyas visitas habían alegrado su infancia, y a Algonde, que detestaba la insolencia y los modales de aquél al que seguía llamando el «gallo del corral». Ella era la única que sabía la verdad. Philippine, que rechazaba cualquier relación con un hombre, sólo la quería a ella,

Algonde. Y si su hermano Louis no le insistiera en que no podía dejar pasar mucho tiempo para evitar envejecer sin marido, Philippine hubiera dejado de fingir que buscaba uno.

En Cerdeña, tras la confesión de Munia, Enguerrand decidió que se dirigirían a Egipto en cuanto las famosas tempestades del Mediterráneo amainaran. Munia le había hablado mucho de su padre, de origen cristiano, comprado de pequeño por los mamelucos en un mercado de esclavos. Si bien había adoptado la religión musulmana a la fuerza y luego por convicción, había conservado un talante tolerante.

Munia estaba segura de que les recibiría con los brazos abiertos. Al no haberle dado ninguna de sus esposas un hijo varón, Aziz volcó en Munia todo el afecto que hubiera debido consagrar a su primogénito y, ante su fascinación por el mapa antiguo, enseguida compartió con ella el secreto.

La jovencuela había consagrado su vida al mismo y no dejaba de celebrar a diario la feliz casualidad que la había llevado a conocer al único hombre digno, ante su padre, de ayudarla a resolverlo. Hechos uno y la otra para la aventura y guiados por la fuerza de su amor mutuo, Enguerrand y ella vivían días de feliz plenitud, con la mirada puesta en el horizonte que poco a poco se calmaba.

En Sassenage, los días de felicidad regresaban al corazón de Mathieu. La compañía de Fanette contribuía en gran medida a ello. Discreta pero juguetona, le hacía reír de nuevo y pasaba tanto tiempo como podía junto a ella, para felicidad de sus padres respectivos, pero para desesperación de Gersende y de maese Janisse. Aún no se hablaba abiertamente de matrimonio, pero Mathieu no había mentido. Pensaba en ello. No se trataba de que, a fin de cuentas, hubiera decidido quedarse en el castillo en lugar de unirse a los bandidos que le acogieron unos meses antes, pero veía en ello un medio de lograr una doble venganza. No sólo lograría recuperar así aquella espada con la que soñaba, sino que también castigaría a Algonde por haberse burlado de él durante tantos años.

Cem, por su parte, y en cuanto se fundió la nieve, se lanzó al galope por los senderos más escarpados insistiendo para que en cada una de esas salidas, y por separado, le acompañara uno de sus compañeros. El misterio de la desaparición del elixir no se había resuelto y ya sólo le restaba sospechar de sus amigos. Negándose a morir envenenado, decidió ofrecerles una posibilidad más noble para asesinarlo. No pasó nada. Como los demás, Huchang se mostró tal como era y evocó aquellas carreras sin fin que habían hecho juntos en Anatolia, los crepúsculos sangrientos en la cima de las montañas, los campamentos al calor del fuego bajo el manto de las estrellas. Todos sentían nostalgia de Turquía y trataban de convencerle para huir y reunirse con el duque de Saboya, de quien no tenían noticias. Cem se negaba, convencido de que le aguardaban otras prisiones bajo otros cielos y tal vez aún más amargas. Se enfurecían al ver que el cautiverio le había ablandado debido a su

amistad con Guy de Blanchefort, así como a la esperanza que aún conservaba hacia aquel rey de Francia demasiado joven. Y a pesar de ello, sin embargo, se negaban a abandonarle.

¿El peso de su abnegación había bastado para que uno de ellos se decidiera a pasarse al enemigo?

Aquella pregunta obsesionaba a Cem, que daba vueltas y más vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño y menos aún honrar a Almeida. Al despertarse, triste y suspicaz ante la cosa más nimia, buscaba pelea por cualquier minucia antes de montar a lomos de su caballo y aislarse durante horas, enflaquecido y lúgubre, con la frente vuelta en dirección al castillo de aquel señor de Sassenage que seguía sin visitarle.

Aquella tarde del 12 de mayo de 1484, un sol espléndido bañaba el valle del Isère, al pie de Rochechinard. El aire era agradable. Sentado sobre una alfombra espesa que cubría las losas de la terraza de la residencia, Cem acababa de beber un té. Barachim Allemand, señor del lugar, y Guy de Blanchefort se habían despedido de ellos para asistir al oficio. Cem se hallaba solo con sus compañeros. Un criado se inclinó junto a él para llenarle de nuevo la taza. Se la llevó a los labios y bebió un sorbo. Le pareció más amargo que los precedentes. Dirigió su mirada a Huchang. Le vio desacostumbradamente sombrío. Cem depositó la taza entre sus piernas cruzadas, con exagerada decisión para que no pareciera un gesto anodino, y aguardó a sentir en sus venas la quemazón del veneno. No hubo lugar. Sólo su corazón batía con fuerza en su pecho debido a las sospechas. ¿Se habría equivocado? Algunas sustancias sólo hacen efecto muchas horas más tarde.

—¿Sucede alguna cosa, príncipe? —preguntó Huchang, que había observado su gesto.

Cem no se pudo reprimir. No le daría a su asesino el placer de asistir a su lenta agonía. Si la Parca se negaba a llevárselo de un golpe de sable, iría en busca de ella con la punta del suyo.

Se puso en pie de un salto, y con su impaciencia volcó la bebida. Se hizo el silencio y todas las miradas convergieron en él. Cem, sin embargo, sólo miraba a Huchang, extrañamente sereno.

—Acompáñame —le ordenó.

Acostumbrados a que su príncipe y amigo resolviera sus diferencias con la mayor discreción, los otros prosiguieron con su discusión como si nada hubiera sucedido, mientras el coloso se ponía en pie para seguirle. Ambos se conocían lo suficiente para que Huchang se hiciera una idea de la gravedad de la cuestión. No se dijeron ni una palabra hasta llegar a los establos, montaron a la par sus respectivos caballos y los espolearon a la turca a lo largo del único sendero pedregoso que se dirigía hacia el valle. Galoparon así durante una buena hora, a merced de la fantasía de Cem que deseaba gozar por última vez del placer intenso y embriagador de montar a caballo, aventurándose más allá de los caminos que hasta el momento habían recorrido.

Fueron a dar a un claro bellamente iluminado por los prismas del sol entre las jóvenes hojas de las hayas. Cem decidió que era el lugar ideal para morir. Descabalgó y alejó a su caballo con una Palmada en la grupa. Huchang le imitó. Los animales, fatigados, se aproximaron a un manantial que manaba entre dos rocas. Ambos hombres se hallaron frente a frente, a unos pasos el uno del otro. Cem desenvainó su sable del cinto de tela.

—Vamos, Huchang. Solos tú y yo, sin testigos.

Huchang asintió con la cabeza. ¿Cuántas veces se habían enfrentado así en el pasado sin más razón que medirse en igualdad de fuerzas, por el mero placer de revivir el ardor del combate?

Con idéntico movimiento circular de la muñeca, ambos sopesaron el sable antes de lanzarse uno sobre otro. Las hojas entrechocaron con tal fuerza que los caballos relincharon y se lanzaron hacia el bosque mientras los pájaros, también asustados alzaban el vuelo en bandada.

Huchang poseía la ventaja de la fuerza. Cem la de la agilidad. Cada uno conocía las flaquezas del adversario y sacaba provecho de las mismas para no recibir una herida grave. Sus combates siempre habían sido un juego, viril y sangriento, pero que mantenía viva su amistad. Desde los primeros golpes, Huchang tuvo que rendirse a la evidencia de que las reglas habían cambiado. Sorprendido por la violencia con que Cem golpeaba, se dispuso a protegerse.

Cem se distendió de repente tan rápidamente como se había recogido sobre sí mismo. La hoja de su sable silbó sobre el turbante de su adversario y le cortó un trozo de tela de la parte superior. Un sudor frío recorrió la espalda de Huchang. Si no se hubiera agachado en un movimiento reflejo, le habría rebanado el cuello. ¿Cem había anticipado su reacción? Era un golpe que jamás le hubiera dado en el pasado. Inquieto ante aquella inexplicable virulencia, Huchang juzgó más prudente retroceder. Cem le ofreció la ocasión. Al pretender golpear de nuevo, dejó una obertura en su guardia. Huchang se agachó y le barrió las piernas, obligando a Cem a saltar sobre el sable y a lanzarse al suelo haciendo el rodillo. En una fracción de segundo, el príncipe se puso en pie y dio un salto hacia delante para hacerse con la ventaja. Esta vez, Huchang estaba preparado. Detuvo el ataque con toda su fuerza y con su puño descomunal agarró el antebrazo de Cem, al que le sacaba una cabeza, para desarmarlo. Sostuvieron los sables cruzados. Cem conocía aquella treta. Había visto muchas veces a Huchang aplicarla antes de matar. Su adversario ya podía golpear con manos y pies, o incluso con un puñal, para defenderse, pero era en vano, ya que el coloso no se movía ni un centímetro.

Cem se contentó con apretar con el puño su sable para resistir Hasta el desgarró. Había llegado la hora de morir como un valiente.

Huchang comprendió que no se daría por vencido. Luchando contra sí mismo, trató de desplazar el brazo de Cem hacia atrás. El hombro se dislocó con un crujido siniestro. Los dedos se abrieron por el dolor, fulgurante, pero de los labios del

príncipe no salió grito alguno. El sable cayó al suelo y Huchang, apartándose de él, bajó el suyo.

Cem le fustigó con una mirada de guerrero.

—No me insultes perdonándome la vida.

Huchang envainó su acero.

—Si lo que buscas es la muerte, Cem, no tenías que dirigirte a mí.

Una súbita rabia hizo que Cem enrojeciera.

—¿Qué pasa, tan cobarde te has vuelto que prefieres el veneno a la espada?

Huchang se puso tenso ante aquel insulto. Luego, un velo de tristeza cubrió su rostro. Con paso decidido se dirigió hacia Cem que, con las piernas abiertas y ligeramente flexionadas, le desafiaba con la mirada mientras se sostenía el hombro. Sin darle tiempo a que dijera más tonterías, Huchang le dio un puñetazo en la mandíbula y cogió al príncipe en brazos al vuelo antes de que se desplomara.

Cuando Cem abrió los ojos, estaba apoyado contra un árbol cerca del manantial y su hombro, colocado de nuevo en su lugar, se sostenía vendado con el turbante de Huchang. Su compañero, que acababa de refrescarle el rostro con agua para reanimarlo, estaba sentado frente a él en una piedra lisa.

—¿Ahora me lo explicarás? —Gruñó cruzándose de brazos.

Cem se frotó la mandíbula con su mano útil. Contrariamente a la imagen que debía de presentar, nunca se había sentido mejor. Aliviado.

—Me han robado el elixir de la bruja...

Huchang frunció el ceño, sacudió su cabezota cubierta por una cabellera negra y luego, después de que su reflexión le llevara a las mismas conclusiones que a Cem, hizo una mueca de disgusto, amarga.

—Perdóname. Nunca hubiera debido dudar de ti.

Huchang se encogió de hombros. Desde hacía mucho tiempo había dejado de lado su orgullo para servir a su príncipe. A tenor de las circunstancias, su desconfianza había sido legítima.

—Tras asegurarme de la inocencia de Almeida, le encargué que lo registrara todo.

—Tal vez no reconoció la damajuana.

—¿Alguna vez has visto otra igual?

Huchang sacudió la cabeza. Se encerró en un profundo silencio, pensativo. Cem aprovechó para cerrar los ojos. Sentía dolor pero aquel mismo dolor le serenaba; Huchang no le había traicionado. Huchang estaba a su lado frente a la amenaza.

—Munia no está muerta.

Cem se sobresaltó y le miró sin comprenderle.

—La mañana que nevó me hallaba bajo la torre de guardia. Ya sabes que siempre he preferido defecar al aire libre. Así que bajo las ventanas de ese perro de Montoisson...

Cem sonrió.

—En resumidas cuentas, oí a Hugues de Luirieux explicarle que había contratado a un mercenario para que la salvara a bordo del barco.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué hubiera cambiado eso, príncipe? En verdad, la egipcia se ha burlado de los hospitalarios al igual que se burló de ti. Hugues de Luirieux quería casarse con ella para obtener así un medio de presión sobre el padre de ella y a través de éste sobre Keît Bey. Una vez que el mameluco le hubiera entregado a tus hijos, se los hubiera vendido a Beyazid.

Huchang se echó a reír.

—Pero Munia huyó de Rodas con el caballero al que Hugues de Luirieux había pagado y las maquinaciones de esos perros abyectos se fueron a pique.

Cem sintió una opresión en el corazón. Sabía que tarde o temprano también sus hijos serían asesinados. La verdad es que confiaba tan poco en Munia como en Hugues de Luirieux o Philibert de Montoison.

—¿Por qué me hablas de ella ahora?

—¿Recuerdas el día en que Husein Bey llegó a Poët-Laval? Creí que estabas en tu habitación así que fui allí para avisarte discretamente. Munia salía de allí. Se sobresaltó al verme y se apresuró a decirme dónde podía encontrarte. En aquel momento, su reacción me sorprendió. Luego pensé que estaba relacionada con su traición, pero ahora me pregunto si no ocultaba algo bajo sus velos.

El corazón de Cem latió apresuradamente.

—¿Por qué me habría robado la damajuana cuya importancia desconocía?

—Ya sabes que a veces hablas en sueños.

—Nunca la acogí en mi lecho.

—Alguna otra lo mencionaría en una conversación pronto olvidada, salvo por ella, que planeaba cómo perjudicarte. Me apuesto lo que quieras a que se llevó el elixir con ella para protegerse de los jenízaros.

—En ese caso, está perdido —suspiró Cem.

Huchang se rascó la sien.

—¿Podrás regresar solo?

—Haría falta algo más para acabar conmigo, ya lo sabes. ¿En qué estás pensando?

—En acabar el trabajo.

—¿Cómo?

—¿No soy tu mejor guerrero? —dijo Huchang entre carcajadas.

—Aunque logres llegar a un puerto del Mediterráneo, jamás te dejarán embarcar. Tienes la piel demasiado oscura.

—Todo tiene un precio, Cem, hermano. Incluso la libertad. Encontraré a Munia y te traeré el elixir de la bruja, te lo juro. Hasta ese momento, protégete del peligro poniendo sobre aviso a los demás.

Cem asintió con la cabeza. Se pusieron en pie y se fundieron en un largo abrazo.

Luego Cem se apartó y, quitándose uno a uno todos los anillos que llevaba en sus dedos, se los puso en la mano.

—Mi sello te abrirá puertas. Vende los otros a la primera ocasión.

Huchang los guardó en la bolsa que llevaba a la cintura y se miraron de nuevo, con aquel afecto que uno y otro sentían desde su infancia. Huchang dio media vuelta para dirigirse hacia los caballos, a los que había atado a un haya.

—¡Que Alá te proteja! —Le bendijo Cem mientras montaba su caballo a pelo.

—Antes de que llegue el verano daré un abrazo a los tuyos —le prometió Huchang.

Tiro de las bridas y partió al galope en dirección al sur.

La suerte estaba echada.

Cem se sentó de nuevo junto al manantial. Prefería concederte aún unos minutos de descanso antes de regresar a Rochechinard. Guy de Blanchefort no le había dicho nada acerca de Munia. También él mentiría en el caso de Huchang. Apoyado por el argumento de su propia herida, aseguraría que su compañero se había despeñado por uno de los numerosos precipicios de la región y que nada había podido hacer para salvarlo.

La lasitud le venció. Si bien la lealtad de Huchang le había sosegado, su partida le entristecía. ¿Cuántos amigos debería perder aún antes de morir? Se apoyó contra el tronco de un roble, con la mirada vagamente perdida en la sombra del bosque que se espesaba más allá de aquel claro. Un destello insólito brillaba de manera intermitente. Cem entrecerró los párpados para delimitar mejor el contorno de aquel punto que un rayo de luz alcanzaba a través de la frondosidad de los árboles. Aprovechando la penumbra, alguien le observaba, inmóvil sobre un caballo. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Cem no le había oído llegar. Se estiró antes de ponerse en pie y avanzó con andares despreocupados hacia su caballo. A pesar del dolor que le mortificaba el hombro, se arrancó el turbante que se lo inmovilizaba y montó en su caballo, con el oído atento al menor ruido. Un ruido de matorrales sacudidos vivo y repetido, llegó esta vez hasta él. El desconocido se marchaba.

Una mueca de placer se dibujó en el rostro de Cem en un momento atraparía al espía y lo mataría de un golpe de cimitarra. Espoleó a su caballo para lanzarse a la persecución. Inclinandose sobre la silla para evitar los obstáculos, se adentró a su vez en el bosque. Visiblemente, el hombre conocía todos los meandros del bosque puesto que Cem no lograba darle alcance hasta que ante él se abrió un camino y pudo distinguirlo galopando a lo lejos. Se aferró con su mano útil y forzó al animal. Era con diferencia mejor jinete y no tardó en darle alcance. Le faltaban unos cuellos. Un rostro asustado se volvió hacia él para calcular la distancia que les separaba.

Cem tiró del bocado de inmediato y se detuvo en medio del camino. Jamás, en toda su vida, había visto tal belleza. La desconocida se volvió hacia él de nuevo y desapareció tras un recodo, envuelta en una nube de polvo gris.

Cem permaneció unos minutos allí plantado, aturdido por aquel encuentro, con el

sudor pegado a la frente y a los muslos, el hombro dolorido, antes de dar media vuelta. De repente todo le parecía insignificante. Acababa de sentir un flechazo en su corazón.

Capítulo 11

Al galope que la conducía hacia la seguridad de las murallas del castillo de La Bâtie, Philippine volvió la cabeza hacia atrás una vez más antes de rendirse a la evidencia de que el turco ya no la perseguía. Tiró del bocado para calmar al animal y a la vez a su propio corazón. Al igual que su montura, estaba cubierta de sudor. Era imposible presentarse ante sus cortesanos en aquella postura masculina que había adoptado a pesar de su vestido en cuanto comprendió que el príncipe la había descubierto en el bosque. La entrepierna, no habituada al roce de la silla, le escocía dolorosamente.

Se enjugó la frente con el reverso de la mano. Llevaba la cofia ladeada, la ropa arrugada y polvorienta. Ante ella, sobre el montículo que rodeaba un ancho foso seco, las altas torres del castillo se dibujaban a menos de una legua. Clavadas en lo alto de las barbacanas, unas inmensas banderas ondeaban al viento. El camino que se disponía a tomar serpenteaba por la ladera de la colina, pasaba bajo la verja alzada y llegaba al patio interior del vasto edificio octogonal. Como cada día, un incesante desfile de carretas, mulos y gentes se presentaba ante los centinelas para garantizar el avituallamiento y la distracción de los habitantes del castillo. Era inútil, pues, esperar que pudiera pasar inadvertida con su aspecto.

Philippine abandonó el sendero y se dirigió al paso hacia los árboles. Con las costillas molidas por la postura y la velocidad de su carrera, le costaba recuperar el aliento. Se detuvo bajo un haya de amplio ramaje y trató de descabalgarse, aunque sus movimientos para pasar la pierna sobre la silla como un hombre eran torpes. Se enredaron las enaguas, resbaló y se halló suspendida al estribo por el talón y con las manos agarradas al cabestro mientras el caballo, siguiendo el movimiento involuntario que ella imprimía al bocado, giraba sobre sí mismo. Philippine acabó por soltarse y cayó de culo sobre una piedra, asustada ante la idea de ser pisoteada por el animal. Sin embargo, no pasó nada. Al contrario. Consciente sin duda de lo absurdo de la situación, el animal hurgó con sus labios en el cuello de ella, antes de restregarle los ollares, y Philippine se echó a reír al imaginar las caras de sus pretendientes ante semejante espectáculo. Ya no tenía miedo, pero sí tenía el cuerpo molido y un aspecto horrible. Se puso en pie, se sacudió el polvo y, tras dejar que su caballo pastara, se refugió entre las prominentes raíces de un árbol viejo. El tronco ancho y nudoso estaba hueco en su interior, probablemente quemado por un rayo. Aquella antigua cicatriz le ofreció un refugio discreto donde arreglarse.

De manera intermitente, a merced de un viento tibio, llegaban hasta ella los clamores del castillo, las voces cotidianas de sus moradores y de los mozos de carga y también las risas sonoras de los centinelas, los cloqueos de las damas de compañía y el verbo enfático de los cortesanos que se exasperaban en los jardines. Reinaba la alegría, avivada por la llegada de los días más largos y por el despertar de la naturaleza. La despreocupación reinaba en sus corazones, excepto en el de Philippine.

Alzándose la falda a la altura del rostro, se limpió la cara. Alisó sus ropas arrugadas y se ajustó la cofia. Para acabar se hizo un tirabuzón con una mecha que se había soltado de su moño y se la colocó detrás de la oreja. Aquello bastaba para dar la impresión de que regresaba de un paseo tranquilo. Se llevó las manos a sus nalgas doloridas y se apoyó contra el tronco. La irritación entre sus muslos le escocía demasiado aún para tratar de montar de nuevo, incluso como una amazona.

Sobre ella, las hojas nuevas susurraban con la brisa, ahogando por momentos con los trinos de los gorriones los ruidos que la rodeaban. Cerró los ojos. Cuánto hubiera deseado que Algonde estuviera allí, a su lado, para compartir aquellas emociones. Philippine suspiró. Su camarera estaba tan gorda y cansada que va casi no salía de su habitación. Apenas la ayudaba a vestirse por las mañanas. Según la comadrona que la había examinado, cabía la posibilidad de que el niño que esperaba naciera antes de plazo y Philippine no podía dejar de valorar los riesgos. De momento, decidió no preocuparse. El rostro de aquel turco estaba aún tan vivo en su recuerdo que tenía la impresión de poder tocarlo. Recuperada la calma, las preguntas afluían a su mente. ¿Porque había cesado su persecución cuando era evidente que había sido un testigo molesto de lo sucedido? ¿La había reconocido? Harto improbable, pues era la primera vez que le veía.

Había llegado por casualidad, decidida a abreviar su caballo en la fuente que sabía que manaba en aquel lugar. La comarca estaba tranquila y eran tierras de su padre. Desde hacía dos semanas, trataba de aislarse. A pesar de la efervescencia reinante en el castillo con la llegada de la primavera y las incesantes fiestas, Philippine se aburría. Había silenciado las habladurías acerca del embarazo de Algonde con una información nueva y falsa.

Fue sencillo. Escogió a la hermosa y cándida Catherine de Valmont, que no tenía por costumbre hablar mal de los demás, sino que más bien solía compadecerse. Philippine le dijo, en un aparte, que Algonde había estado casada con un hidalgo de la campiña lionesa y que la criatura fue concebida la noche de bodas. Desgraciadamente para ella, su marido murió una semana más tarde en una cacería en dramáticas circunstancias. Asustado por un enorme jabalí, su caballo lo derribó y antes de que pudiera protegerse de la bestia salvaje, fue desfigurado por sus colmillos. Falleció tras padecer atroces dolores y Algonde no quería volver a hablar de ello. Philippine la había invitado a La Bâtie para que cambiara de aires y si había mentido a todos había sido para ahorrarle tener que hablar del tema. Por desgracia, al confirmar se su embarazo, había que decir la verdad y tanto la una como la otra estaban muy preocupadas, pues eran conscientes de que las preguntas avivarían el terrible recuerdo. Catherine de Valmont se comportó de maravilla. Tras llorar largamente las desgracias de Algonde, difundió la noticia con tanta compasión que nadie se atrevió a poner en duda su sinceridad. Lavado su honor. Algonde siguió apareciendo hasta que unas contracciones prematuras la obligaron a guardar estricto reposo y, para desesperación de Philippine, pusieron fin a su complicidad carnal. Desde entonces,

nada era del agrado de la joven señorita de Sassenage. Encontraba aburridos a los malabaristas y juglares, los juegos, las recepciones, las conversaciones e incluso los rostros. El único que conseguía distraerla era su hermano pequeño Claude, que balbucía y engordaba alegremente.

El ruido de un galope en el camino. Alguien se aproximaba en su dirección, desde el bosque que había abandonado. El ritmo cardiaco de Philippine se aceleró. ¿Acaso el turco habría decidido finalmente proseguir hasta La Bâtie? En ese caso, reconocería sin dificultad su caballo, visible desde el sendero. Volvió a tener miedo, teñido de una extraña sensación, idéntica a la que se apoderó de ella cuando el príncipe y su compañero aparecieron en el claro al que se dirigía. Justo antes de que sus cimitarras se cruzaran y que ella se estremeciera ante la idea de verle morir allí mismo.

El martilleo de los cascos cesó y luego recomenzó más lento y claro a medida que el jinete avanzaba hacia su escondrijo con la evidente intención de sorprenderla. Los guijarros crujieron junto al haya. Philippine se hundió en la cicatriz de corteza. ¿Qué podía hacer? No era enemiga suya. Se lo diría. Él era tan turbador, tan...

Unos pasos se aproximaron al árbol, hubiera jurado que con determinación masculina. Su corazón volvió a batir vibrantemente como antes, y a pesar del terror que sentía, había tenido ganas de que la atrapara. No debía mirar, debía quedarse agazapada, frágil y servicial. Él comprendería que con solo verle ella se había trastornado tanto que era incapaz de hacer ni siquiera gesto.

Una de las ramas bajas se apartó.

—Presento mis respetos, Héléne.

Se sobresaltó. Aquella voz. Philibert de Montoisson. Se inclinó ante ella y le mostró un rostro presa de una carnívora satisfacción, consciente de que no tenía escapatoria.

—Esperaba esta ocasión desde hace días y me preguntaba cuándo os dignaríais a ofrecérmela, querida.

—¿Qué queréis decir? —balbució ella, tratando de reprimir el pánico que le hacía temblar los dedos contra la corteza del tronco.

La sonrisa de Philibert se ensanchó. Desde que el azar le permitiera descubrir que cabalgaba sola por las tierras de su padre y a la misma hora del día, se había concedido el derecho a seguirla. Si las artimañas de Cem no le hubieran distraído, se habría abalanzado sobre ella en el claro del bosque. En lugar de eso, había tomado la decisión de seguir a Huchang con intención de matarlo, pero el turco era un excelente jinete y visiblemente más astuto de lo que parecía. Le había dado esquinazo y Philibert de Montoisson había vuelto sobre sus pasos para ver a Cem abandonar el camino que conducía a La Bâtie y regresar a Rochechinard. Preocupado por Philippine, decidió verificar que el príncipe no la hubiera importunado. Visiblemente nada había sucedido. Y, más a su favor, la suerte se ponía al servicio de sus intenciones.

Dio un paso adelante. Ella se puso tensa.

—Estáis sobrepasando los límites de la compostura, señor.

—¿De verdad? —se mofó él, haciendo gala de su autoridad.

Ella quiso gritar. Él le tapó la boca con mano firme y con la otra le agarró las muñecas a su espalda.

—Vamos, guapa. No me digas que no tienes ganas. Sé que tu camarera no está en condiciones de darte placer.

Ella se debatió vigorosamente, horrorizada al comprender sus intenciones, pero atenazada entre la cicatriz del árbol y su cuerpo robusto, además de ahogada por su manaza, se sintió mareada. Se tambaleó.

Él apartó los dedos para permitirle respirar.

—Me perteneces, Hélène de Sassenage. ¿No era eso lo que querías en el jardín del convento? ¿Seducirme y perderme? No me harás creer que sólo era un capricho. Ya ni puedo dormir por culpa del deseo ardiente que has despertado en mí —afirmó alzándola en brazos para tumbarla debajo de él entre las raíces del haya.

Philippine reaccionó de inmediato y comenzó a patear mientras él le subía las enaguas hasta las caderas y trataba de abrirlas las piernas.

—¡Mi padre os hará ahorcar! ¡Mis hermanos os despedazarán! ¡Socorro! —gritó ella con la esperanza de atraer a algún siervo.

Philibert de Montoisson ahogó su rebelión con un beso. Agarrándole las muñecas por encima de la cabeza, penetró con violencia las carnes ya mortificadas por la cabalgada. Lágrimas de dolor y de cólera anegaron los ojos de Philippine. Se puso sobre el rostro de ella, inmóvil en su interior, y le clavó una mirada fulminante.

—Gozarás conmigo. Hoy o mañana, no me importa, pero lo harás, Hélène, porque seré tu esposo.

—¡Nunca!

—Quien comete una deshonra debe repararla, así son las cosas, *a fortiori* si me das un heredero, y créeme, guapa, que me emplearé en ello.

Por toda respuesta, ella le escupió en la cara antes de, vencida, volver la cabeza hacia un lado.

Llamaron a la puerta y Algonde levantó la vista de su labor. Agotada por las treinta libras que había engordado durante el embarazo y por las contracciones, la joven había acabado por resignarse a un forzado reposo. Los días, sin embargo, se le hacían muy largos y más aún puesto que sólo Catherine de Valmont y Philippine iban a entretenerla. No se quejaba, empero. ¿Acaso no era una sirvienta? A otra en su lugar la hubieran obligado a trabajar a pesar de su estado, y se habría dejado en ello a la vez la criatura y la vida. Sólo podía agradecer el apego de Philippine.

—Entrad —invitó ella, segura de descubrir el rostro afectuoso de Catherine.

Jacques de Sassenage cruzó el umbral.

—Quédate sentada, Algonde —insistió cuando ella se dispuso a Cantarse para

saludarlo.

Cerró la puerta cuidadosamente tras él y se sentó en el sillón frente a ella. Era la primera vez desde que abandonaron Sassenage que volvían a encontrarse a solas.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor? —preguntó ella con una sonrisa.

Él sacudió la cabeza.

—Decirme la verdad. ¿Soy el padre?

Algonde se apoyó en el cojín de plumas que le sostenía los riñones y pasó una mano por la prominencia de su vientre.

—No lo creo, no. Yací con Mathieu.

—Sin embargo, me siento responsable. No lo niegues. A todas luces, descubrió que me había acostado contigo. De lo contrario, nunca hubiera roto su compromiso.

Algonde se encogió de hombros.

—A lo hecho pecho, señor. Ni vos ni yo podemos cambiar las cosas.

—Eso es cierto —concedió él.

Se sacó de la manga una abultada bolsa y la depositó sobre el velador en el que tenía su cesta de la labor.

—Los ardides de mi hija para conservarte junto a ella no son protocolarios pero los admito, así como respeto tu decisión de no casarte. Sin embargo, lamento profundamente el perjuicio que te he causado y quisiera compensarte por ello.

—Es inútil, señor. Estabais en vuestro derecho y no os lo reprocho.

Un rictus cínico apareció en la comisura de sus labios.

—No eres como las demás, Algonde. Ninguna sirvienta bien ataviada habría engañado a mis pares y no se habla más que de tu porte, de tu ingenio vivaz y de tu encanto, y se preocupan por ti sin poner en duda ni tu rango, ni nuestro parentesco y aún menos esa inverosímil historia de tu viudedad. Si no supiera la verdad, confieso que yo mismo me la creería. En este mismo instante, y a pesar de la hinchazón que resta gracia a tus rasgos, emana de ti más nobleza que de la mayoría de las otras damas de alta alcurnia.

—Es mimetismo. He tenido a la mejor consejera posible —respondió Algonde, que no sabía adonde quería llegar el barón.

Éste la contempló un buen rato en silencio, tamborileando con ambas manos en los reposa brazos del sillón. Algonde apartó la mirada, incómoda.

—¿Acaso doña Sidonie sospecha algo? No quisiera disgustarla.

Él hizo un gesto en el aire para demostrar indiferencia.

—Mi esposa sólo desea el placer de Philippine. ¿Acaso no ha ennoblecido en cierta manera a Marthe con los privilegios que ella le ha concedido?

—¿Teméis que yo pueda tener sobre vuestra hija la misma influencia que Marthe sobre Sidonie?

Le sonrió con benevolencia.

—Marthe jamás ha engañado a nadie. Es mala por naturaleza, lo sé. Lo sabemos todos. Quise ejercer mi autoridad para despedirla, pero Sidonie pareció tan asustada

que renuncié a ello —confesó el barón, y suspiró—. Ya ves, Algonde, lo que te confío. ¿No es eso otro signo de tu diferencia?

—A lo más, de vuestra confianza, y me honra, señor.

Él se puso en pie y, acercándose a ella, se inclinó para acariciarle la mejilla con un gesto afectuoso.

—Guárdate esta bolsa. No quiero que a tu hijo le falte nada. Ya basta con haberle privado de un padre cuando yo hubiera podido ser el suyo.

Le dio un beso ligero en los labios.

—Nunca te lo he dicho, pero en Sassenage soñé varias veces con Melusina.

El corazón de Algonde dio un brinco dentro de su pecho. El harón se apartó y la miró con ternura.

—Tenía tu rostro. Tú tienes su porte de hada. Lamento que no haya ningún retrato para verificarlo. Si creyera en las leyendas, Algonde, afirmarí que fue robado de su habitación porque ella se ha reencarnado en ti. Pero las hadas no existen, ¿no es cierto?

Ella le aguantó la mirada, con el corazón desbocado. El rostro del barón de Sassenage estaba iluminado por la bondad.

—Aunque seas una sirvienta, debes saber que velaré para que te haga daño.

—Os estaré eternamente agradecida, señor.

Él asintió, con aire malicioso.

—Eternamente... Sí, creo que es el término apropiado... Buenos días tengáis, doña Algonde —añadió dirigiéndose a grandes paso, hacia la puerta, dejándola tan desconcertada como confusa.

Capítulo 12

Jacques de Sassenage se sentía más ligero tras dejar a Algonde. Había podido leer en la mirada de ella la respuesta a aquella pregunta que había vuelto a obsesionarle desde hacía varias noches. En verdad, desde que discutió con Sidonie acerca de Marthe. Ante su determinación de despedir a Marthe, su esposa le respondió con sequedad que prefería que la repudiara a separarse de ella. Él alzó la voz. Sidonie se echó a llorar y acabó pidiéndole que la perdonara y que le permitiera aquel capricho.

—Grandes desgracias caerían sobre nuestra casa si os ponéis tan tozudo —gimió ella.

—¿Reconocéis, pues, que esa chica es el diablo en persona? —respondió él, enojado.

—Si me amáis, Jacques, os suplico que la dejéis a mi lado. La propia Melusina os lo pediría como me lo pidió a mí.

Él salió dando un portazo y fulminando con una mirada de odio a la camarera, que volvía de la cocina con una infusión de verbena. ¡Lo que daría por poder probar algún acto de prevaricación para así hacerla azotar por el preboste en la plaza pública! Pero no. Nada. Sólo podía reprocharle una devoción sin mácula hacia su esposa, una atención permanente al pequeño Claude y su presencia. Permanente. Obsesiva. Detestable por su fealdad y, en apariencia, por su abnegación. ¿Cuándo se quitaría la máscara? ¿Desvelaría por fin su naturaleza malvada? ¿Su impostura? Jacques no quería arriesgarse a perder a Sidonie, pero estaba atento, hasta el extremo de revivir en sueños aquel delirio que le llevo a abrir la habitación maldita. Hasta el punto de ver de nuevo aquel retrato de Melusina colgado del manto de la chimenea.

El misterio de su desaparición. El recuadro de polvo en la pared como un vestigio antiguo de su existencia. Melusina. Algonde la mirada inquieta de esta última la había traicionado. Lo sabía. Sabía de su parecido con el hada. Ahora estaba seguro de ello. Fue Algonde quien robó el retrato. Se puede imitar la nobleza de un rasgo, de una actitud, pero eso no resiste ni al paso del tiempo ni a la implacable verdad de una casta. Jacques de Sassenage tenía que rendirse ante la evidencia. El alma de Melusina había adoptado el cuerpo de Algonde y, como su antepasado Raymondin, también él había sucumbido a ella. Fuera cual fuese la razón estaba ligada a la presencia asidua de Marthe junto a Sidonie. Debía aceptarla si quería lograr liberar a su amada del yugo que la oprimía.

Se dirigió hacia sus aposentos. A aquella hora de la tarde, Sidonie dormitaba antes de bajar y aparecer a su lado, divina y majestuosa, ante sus cortesanos. Jacques había delegado sus obligaciones señoriales en su primogénito y, salvo excepción, ya no se ocupaba de las cuestiones de vasallaje. Se concedía un descanso. Se daba tiempo.

Abrió la puerta con precaución y se adentró en la habitación oscura, guiándose por un rayo de luz que se filtraba entre las cortinas echadas frente a la ventana. Como esperaba, Sidonie estaba tendida sobre la colcha, con los ojos cerrados y la

respiración regular: La deseaba como el primer día y no habría dudado en dar su vida por conocer el secreto que adivinaba tras su miedo. Tras Marthe. Desplazó con delicadeza un mechón de cabellos sobre su frente.

Ese simple contacto hizo estremecer los labios de su esposa en su sueño, Una sonrisa de felicidad se dibujó en ellos. Se inclinó para besarlos. Despierta ya, Sidonie le pasó los brazos alrededor del cuello para atraerlo hacia ella. A la inversa del deseo intenso que por la noche, una vez apagadas las velas, les lanzaba uno sobre el otro, el resto del día eran todo ternura. Jacques se tumbó a su lado para que ella se arrebujara contra él.

—¿Es tarde? —preguntó ella.

—No mucho, no, pero creo que ya es hora de organizar el viaje a Saint-Just. El deseo de ver a mis hijas me tiene el corazón en un puño. Desde esa penosa historia del duelo, la muerte de la pequeña Claudine y el nacimiento de Claude, nos hemos olvidado de ellas. ¿Me acompañaréis? Ahora sois mi esposa y la abadesa tendrá que aceptarlo.

—¿Cuándo queréis que vayamos allí?

—Mañana.

Sidonie se incorporó para mirarle con sus ojos claros.

—¿Las traeremos aquí? Lo prometisteis.

—Quiero dejarlo a su elección. Además, considero inútil provocar el enfado de la reverenda madre forzando su partida.

Sidonie hizo una mueca de disgusto.

—¿El daño que le hizo a Hélène no os basta como argumento?

Jacques suspiró.

—La sentencia era exagerada, pero el castigo necesario, supongo que estaréis de acuerdo conmigo.

Sidonie enrojeció de cólera.

—¡Así que la creéis capaz de haber enfrentado a esos dos caballeros el uno contra el otro!

Jacques alzó la cabeza y la besó en los labios, con una sonrisa en los suyos.

—Basta de discusiones, amor mío. Creo en lo que veo hoy. Una jovencuela mordaz y seductora que hace perder la cabeza a sus pretendientes y se divierte viendo cómo languidecen. De ahí a suponer que jugó a ese juego con nuestros duelistas...

Sidonie se quedó unos instantes pensativa, dándole vueltas a aquella constatación, y luego bajó la cabeza, apenada.

—Por desgracia tengo que darte la razón. ¿Estáis enfadado por haberla defendido?

—¡No, Dios mío! —se exclamó el barón, abrazándola con fuerza.

Sidonie frotó su mejilla contra la barba.

—Me gustaría tanto que el amor, el verdadero, hallara el camino de su corazón como ha llegado al mío...

—Os he dado mi palabra, amiga mía, y la cumpliré. Hélène se casará con quien desee. Y será igual con sus hermanas. Sólo espero que tengan el buen gusto de enamorarse de un buen partido, y estoy dispuesto a aconsejarles dos o tres —añadió entre risas.

Una vez se hubo marchado el barón, Algonde, perpleja, había estado pensando en sus argumentos antes de adormilarse presa como le sucedía a menudo desde hacía varias semanas, de una fatiga que no admitía resistencia alguna. Se despertó de golpe y sobresaltada al oír cerrarse de un portazo la puerta que comunicaba su apartamento y el de Philippine. Sólo tuvo tiempo de volver la cabeza hacia allí y encontrarse a su señora delante de ella, con la rabia en el rostro y los ojos llorosos. Philippine se echó a sus rodillas y escondió sus mejillas entre su falda sollozando:

—¡Cerdo! ¡Bruto! ¡Me duele! ¡Me duele, por Dios! ¡Jamás me casaré con él! ¡Antes me mataré! ¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio!

Sus puños agarraron la seda de la falda de Algonde, que se sacudió restos de cansancio en un abrir y cerrar de ojos. Acarició la cabeza de la doncella, despeinada por haberse arrancado la cofia, para tranquilizarla.

—¡Menudo ataque de rabia! ¿De quién estás hablando? ¿Del señor de Melle?

Le respondió una carcajada, ahogada por la tela en la que Philippine se obstinaba en esconder el rostro. Algonde se inclinó tanto como se lo permitía su embarazo y le alzó la barbilla.

—¿Me lo vas a decir?

—¡Me ha forzado, eso ha sucedido! ¡Ese cerdo me ha forzado y mientras estoy aquí hablando contigo se ha ido a ver a mí para obligarme a que me case con él!

—Pero ¿de quién hablas? —la regañó Algonde mirándola con inquietud.

—De Philibert de Montoisson —dijo Philippine con voz apagada.

Algonde contuvo la respiración. «Imposible», gritó dentro de ella la voz de las hadas. El espectro de la profecía.

—Explícame qué ha sucedido —le ordenó.

Philippine no omitió ni un detalle. Ni su encuentro fortuito en el bosque, ni la persecución que siguió al mismo y para acabar explicó el siniestro plan urdido por Philibert de Montoisson.

—¿El turco sabe quién eres? —preguntó Algonde.

A juzgar por la manera en que Philippine, a pesar de las circunstancias, acababa de hablarle de él, era evidente que había quedado prendada de Cem a primera vista. Philibert de Montoisson no era sino un fastidioso estorbo.

—¡De eso se trata! —se desesperó Philippine—. Oh, Algonde, ¿qué será de mí casada con ese monstruo?

—No te casarás con él —aseguró Algonde con rotundidad.

—¿No?

—No.

—¿Y si llevo su semilla? —Tembló Philippine.

—Es demasiado pronto para afirmarlo y además conozco la manera de remediarlo.

Una mueca de escepticismo acompañó la mirada de reojo que Philippine dirigía a su vientre prominente.

—Yo quería este hijo, Hélène. Por ello no hice nada para evitarlo, pero en tu caso, si mañana hacemos algo...

Una luz de esperanza brilló en los ojos apagados de Philippine, pero pronto se extinguió.

—¿Cómo podrás ayudarme en este estado?

—Confía en mí.

—De acuerdo, pero para mi padre eso no cambiará nada. He Perdido mi honor. Algonde sonrió.

—¿Os han visto juntos, a ti y a Philibert de Montoisson?

—Me ha acompañado hasta la puerta de mi habitación, pavoneándose como un gallo ante los ojos de mis pretendientes. A estas alturas, juraría que ya están todos discutiendo la fecha de mi boda. Si hubieras visto la cara del señor de Melle, justamente, lo entenderías —dijo Philippine desolada, ahogando un nuevo espasmo de cólera en su garganta.

Algonde se concedió unos instantes de reflexión. Se le acababa de ocurrir una idea. Una idea que llegado el momento podría ser beneficiosa para sus planes.

—Creo, querida, que deberemos recurrir a la alta diplomacia para derrotar a ese cerdo...

Algonde ya tenía las ideas claras.

—... y a una mentira a medida —concluyó.

Jacques de Sassenage apretó el puño, pero se obligó a reprimir su deseo de estrellarlo contra la nariz de su visitante.

En el momento en que empezaba a agasajar a Sidonie llevados ambos por un raptó sensual, Marthe llamó a la puerta para anunciar que Philibert de Montoisson reclamaba audiencia y que el asunto, de extrema gravedad, no podía esperar. Jacques se abotonó a su pesar, dejó a su esposa frustrada y se reunió en despacho con el caballero, que aguardaba en la antecámara ¡Y todo aquello para oír de nuevo que quería la mano de su hija Philippine! ¡Aquel caballero tenía agallas! Jacques de Sassenage se enfureció.

—¿Acaso no os di ya mi respuesta, caballero? ¡Y no ha cambiado! —le espetó dirigiéndose a la puerta para indicarle que daba la entrevista por acabada.

—Comprobad que esté cerrada, barón, pues no me gustaría que corrieran habladurías demasiado pronto acerca de lo que debo contaros —le detuvo Philibert de Montoisson instalando, desvergonzadamente en un sillón.

Jacques frunció el ceño. Decididamente, aquel cerdo le estaba hinchando las

narices. Se cruzó de brazos en un gesto de modales civilizados.

—¡Sed breve!

Philibert de Montoisson se encogió de hombros.

—Supongo que estaréis al corriente de que desde hace uno días vuestra hija se aleja sola del castillo con la excusa de dar paseo:

Jacques no se inmutó. Sólo su zapato que martilleaba el suelo de madera traicionaba su impaciencia.

—La verdad es que se reunía conmigo.

—¿De veras? —se mofó el barón.

Philibert de Montoisson extrajo de la bolsa que llevaba a la cintura un broche que depositó sobre el velador.

—He aquí la prueba. No negaréis haberle regalado esta joya.

Un detestable escalofrío de disgusto recorrió el espinazo de Jacques de Sassenage. Se avanzó para coger el objeto y, dándole vueltas en tu mano, reconoció de inmediato la esmeralda en la que se enroscaba una serpiente de diamantes. Philippine no se lo quitaba nunca. ¿A qué estaba jugando tu hija?

Philibert se puso en pie. Dando la espalda a la mesa en cuyos montantes había tallada una mujer serpiente, se dio aires de hombre preocupado.

—Asumo la entera responsabilidad de lo sucedido hoy...

Jacques le fulminó con la mirada.

—¿Es decir...?

Philibert bajó aún más su mirada, satisfecho de ver cómo temblaba, saboreando aquel instante de victoria.

—La deshonra —dijo con voz apagada.

El puño de Jacques salió disparado de golpe, barrió el rostro de Philibert de Montoisson y le envió de espaldas contra el ángulo del mueble. Philibert de Montoisson acusó ambos golpes al mismo tiempo. Sin embargo, Jacques no le dio tiempo a recuperarse. Más alto que él, se abalanzó sobre él y lo tumbó sobre la mesa de cerezo, sin importarle que cayera al suelo el correo, las plumas y el tintero. Con una mano lo agarró del cuello, y con la otra desenvainó el puñal que llevaba a la cintura y le puso la punta sobre la carótida.

—¡Basura! Te voy a...

A pesar del dolor creciente a lo largo de su columna vertebral y de su nariz ensangrentada, Philibert de Montoisson sonrió borlón.

—Vamos, querido amigo. Sabéis que no tenemos más remedio que entendernos. ¿Quién la querrá ahora?

Jacques apretó las mandíbulas. Con la sangre envenenada zumbándole en las sienes, tuvo que contenerse para no clavarle el Puñal.

—¿Dónde está ella? —le gritó sin soltar su presa.

—Temerosa de vuestra furia, se ha refugiado en su habitación.

—¡Padre, por Dios! ¿Qué sucede? —exclamó en aquel instante la voz de la

doncella, que acababa de entrar en la habitación.

Tan enfurecido estaba Jacques de Sassenage que no había oído llamar a la puerta. Soltó a Philibert de Montoisson a su pesar y se volvió hacia su hija. Resplandeciente con su vestido de un azul puro con una constelación de estrellas de hilo de oro, una toca blanca sobre sus cabellos trenzados y recogidos, apenas maquillada, Philippine hacía gala de un aplomo que contradecía las palabras de Philibert de Montoisson. Al ver a éste y la sangre que goteaba de su nariz sobre el jubón marcado con una cruz de Sao Juan, dirigió una mirada de reproche a su padre.

—¿Así dais las gracias al hombre que me ha salvado?

Sin dejarse alterar por la sorpresa que uno y otro mostraron, se precipitó hacia Philibert de Montoisson, que resoplaba ruidosamente, y le tendió un pañuelo. Éste lo aceptó y se lo llevó a su nariz ensangrentada.

—Vuestra delicadeza me llega al alma, señor, pero ¿por qué no le habéis dicho la verdad a mi padre en lugar de dejaros magullar de esta manera? ¿Queréis que aún me sienta más culpable cuando ya los remordimientos me devoran?

Desdeñando el brillo suspicaz de su mirada, ella se apresuró hacia su padre, desarmado ante la elocuencia de su hija, y lo tomó de las manos.

—Padre, debéis excusaros de inmediato ante este hombre. Soy la única responsable de lo que ha sucedido.

—¿Reconoces, pues, que te has visto con él?

Philippine, segura de la historia que habían preparado con Algonde, asintió.

—¡Por desgracia! Hace tres días, al regreso de mi paseo, me encontré con el caballero que se dirigía hacia el castillo. Tuvo cortesía de escoltarme y con toda naturalidad me propuso acompañarme los días siguientes. Bien lo sabéis vos, padre. A pesar de esas fiestas que me han aturdido desde nuestro regreso a La me sentía en deuda por ese duelo en Saint-Just. Así que acepté.

—Lo veis, ¿os había mentido? —Sacó pecho Philibert de Montoisson que por un instante había creído que la jovencuela iba a hacerle una jugarreta.

Jacques le hizo callar con un gesto de fastidio.

—Continúa —le dijo a su hija.

Su sonrisa lo tranquilizaba.

—Así que hoy me he querido lanzar al galope y a pesar de los gritos del señor de Montoisson, he cabalgado mi montura como él.

Jacques de Sassenage se sobresaltó.

—¿A horcajadas? ¿Con faldas?

Philippine bajó la cabeza.

—Tengo que confesarlo. Tontamente, sólo me he dado cuenta de las consecuencias tras haber espoleado al caballo. Era demasiado tarde. La incomodidad que me producía tal postura me ha impedido ver una rama baja en medio del bosque. Me ha dado en el pecho y me he caído, con el pie aún en el estribo. Si el señor de Montoisson no se hubiera hallado junto a mí para inmovilizar de inmediato a mi

caballo, liberarme y tumbarme sobre la hierba hasta recuperar el aliento, creo que hubiera tenido una mala muerte.

Philibert de Montoisson estaba jubiloso. La versión de los hechos que daba Philippine aún le otorgaba un papel más distinguido. A todas luces la jovenzuela se había resignado a la suerte a la que la había obligado. Su nariz ya no sangraba y si no hubiera sido por aquel desagradable hormigueo en las piernas, se habría sentido completamente aliviado.

—Así que las cosas sucedieron a favor de esa promiscuidad... —dijo el barón tragando saliva.

Philippine inclinó la cabeza, con aire de tristeza.

—¡Por desgracia! Yo os lo quería confesar todo pero el caballero se ha negado, pretextando que mi honra estaría perdida si se llegara a saber cómo cabalgaba. A modo de agradecimiento le he entregado el pequeño broche que me regalasteis. Me ha acompañado hasta aquí, pero yo estaba tan desastrada que todas las miradas se han vuelto hacia nosotros sin piedad y allí mismo se ha ofrecido a asumir toda la responsabilidad.

Jacques de Sassenage asintió con la cabeza y fulminó con la mirada a Philibert de Montoisson, quien había fruncido él ante aquel relato truncado.

—¿El caballero te ha deshonrado?

Philippine se llevó en el acto las manos al corazón, como ultrajada.

—Señor Jesús, padre, ¿qué poca estima tenéis por él para siquiera soñarlo?

—¡Eso me digo yo!

El tono era glacial. Philibert de Montoisson se puso en pie, furioso.

—Miente para protegeros. Es inútil, Hélène. Ya os lo he dicho. Estoy decidido a casarme con vos.

Philippine sacudió la cabeza enojada, pero sostuvo su mirada fulminante sin pestañear.

—Eso bien lo sé, señor, y os he prometido que pensaré en ello con interés a la vista de lo ocurrido, pero una mentira no sirve a vuestros intereses y yo no tengo nada de lo que culparme.

Dirigió a su padre una cándida mirada y afirmó:

—Mi honra sólo ha sufrido a causa de una desdichada cabalgada, padre, y si me otorgáis vuestro perdón, os prometo que no lo volveré a hacer.

Jacques de Sassenage puso sobre sus hombros un brazo protector que acalló cualquier objeción en boca del caballero.

—Ya lo he olvidado. Ahora vuelve a tus distracciones —dijo conduciéndola hacia la puerta.

—¿Me acompañáis, Philibert? —preguntó Philippine volviendo la cabeza hacia él.

—No creo que sea posible. Se disponía a abandonar el palacio y quiero acompañarle personalmente para excusarme —respondí en su lugar Jacques de

Sassenage abriendo la puerta.

—En tal caso, señor, os deseo que acabéis de pasar un buen día —le dijo Philippine antes de eclipsarse en el pasillo.

¡Aquel puerco había recibido la lección que se merecía!

En cuanto se hubo cerrado la puerta, Jacques de Sassenage con la mano en la empuñadura de su espada, se alzó ante Philibert de Montoison, lívido de frustración.

—Una palabra, una sola palabra más y os atravesaré con esta espada. Por lo que a mí respecta, sólo os voy a decir una palabra: ¡desapareced!

Philibert de Montoison trató de quitarse el hormigueo con un pataleo furioso y salió sin darse la vuelta. Aquella pécora se había burlado de él y sólo le quedaba esperar que se hubiera quedado preñada.

Capítulo 13

—Y ésa es toda la verdad. Si mi padre llegara a saberlo, sería mi perdición. Y de igual manera si me crece el vientre. De todas maneras, cualquier cosa es mejor que tener que casarme con ese monstruo. ¿Me ayudaréis? —preguntó Philippine a Sidonie, instalada frente a ella en el pequeño taburete que Marthe había dejado libre para que estuvieran solas.

Sidonie se hallaba en el aseo con su camarera, que se ocupaba de vestirla, cuando se presentó Philippine. En aquella elegante estancia con las paredes decoradas con espejos suntuosamente enmarcados con ondinias, el rostro desesperado de la doncella respondía hasta el infinito al aire grave de su prima.

Sidonie le asió las manos con compasión.

—Puedes contar con mi discreción, aunque el derecho llevaría a tu padre antes a acabar con ese canalla que a entregarte a él en matrimonio. Dicho eso, te comprendo. Al haber perdido tu virginidad, tal vez Jacques trataría de dar a toda prisa con un esposo, que acabaría siendo igualmente detestable si se casara contigo por la dote en lugar de por ti misma. Así pues, hay que actuar. Y pronto. ¿Tienes dolores?

Philippine hizo una mueca.

—A decir verdad, aún estoy destrozada. Si supierais cómo & mentó haberme dejado sorprender. Era tan...

Unas lágrimas, retenidas por su precedente determinación alejar la amenaza, volvieron a escocerle los ojos. Sidonie le acarició una mejilla.

—Olvídalo y pensemos en cómo evitar que puedas sufrir de nuevo semejante violencia. Marthe sabe mucho de esas cosas —preparará un remedio para evitar un eventual embarazo.

Philippine palideció.

—¿No es arriesgado hacerla partícipe de esta confidencia?

—No te gusta, ya lo sé, pero me es fiel y no traicionará nuestro secreto si así se lo pido. Vuelve ahora con los tuyos. A pesar de tu dolor, deben verte tal como has querido mostrarte ante tu padre. Bella y alegre como de costumbre. Conoces por propia experiencia el poder de los rumores. Desmiente con tu porte los que hayan podido circular.

—Pero me han visto llegar al castillo con él, con la falda arrugada y la cofia de lado.

Sidonie se encogió de hombros.

—Te has caído del caballo y con su proverbial mansedumbre el caballero de Montoisson que pasaba por allí para ir a visitar a tu padre te ha ayudado a levantarte y te ha acompañado. No hay motivo alguno para sonrojarse. Además, por el momento y hasta que el gran maestro de la Orden decida lo contrario, sigue siendo un religioso a ojos de todos. Esta noche Marthe te llevará la poción que te preparará. Sin duda te provocará molestias y yo misma pretextaré una indisposición para retrasar el viaje a

Saint-Just que tu padre había previsto. A menos que prefieras no ir allí.

El rostro de Philippine se iluminó.

—Al contrario. ¡Estoy impaciente por ver a mis hermanas y a sor Albrante!

—Pues está decidido. Recupérate pronto. En Pentecostés se celebrará en Romans un gran torneo con motivo de la boda de Louise de Clermont y Antoine de Montchenu. Tu padre me lo ha comunicado hace un rato: nuestra familia está invitada y tus hermanos entrarán en liza. Espero que tus hermanas puedan acompañarnos puesto que se darán cita todos los jóvenes aspirantes a caballero de la comarca en busca de trofeos y de jovencuelas con las que casarse. Entre ellos tal vez...

Philippine bajó la mirada y se ruborizó, como pudo descubrir sagaz Sidonie. Le alzó el mentón con un dedo curvado y hurgó en su mirada clara.

—¿Hay algo de lo que hayas olvidado hablarme?

—Le he visto. Al turco. En el bosque. Si me detuve bajo el haya fue por su culpa —confesó Philippine con voz culpable.

—¿El sultán Cem?

Philippine asintió con la cabeza, con un súbito brillo reavivado en la mirada. Sidonie se echó a reír.

—No me digas más y apresúrate a olvidarle. ¡Los musulmanes no son de una raza con la que se pueda casar una cristiana!

A medida que su caballo devoraba leguas en dirección a Rochechinard, Cem había logrado aparrar de su mente el rostro de aquella mujer aterrorizada a la que había perseguido. Sólo su belleza, fulgurante y obsesiva, permanecía apegada a él como el rastro de un perfume. A punto estuvo de olvidar la versión que debía dar a su carcelero. La realidad le atrapó ante la poterna, al pie de la imponente torre poligonal flanqueada por torres cilíndricas en las que a intervalos regulares había aspilleras horizontales. Mientras Cem avanzaba por el estrecho paso rodeado de una barbacana, uno de los centinelas se dirigió a él para preguntarle dónde se hallaba Huchang. Serenándose y desdeñando responder a su demanda, Cem se apresuró a ascender la pendiente abrupta que, una vez atravesado un patio interior, conducía al torreón circular en el que se alojaba la guarnición. Descabalgo frente a los establos contiguos. A paso rápido y con el rostro grave, se dirigió a la escalera tallada en la roca que ascendía al edificio rectangular. Los hospitalarios compartían las vastas habitaciones y salas de recepción del ala oeste con el propietario del lugar, Barachin Allemand. Cem y los suyos ocupaban el ala este que por la terraza, daba a uno de los barrancos que protegían el castillo. Uno y otros solo compartían la cocina, situada en la planta baja.

Cem no advirtió a sus compañeros y subió los estrechos peldaños de la torrecilla exterior para precipitarse al despacho de Guy de Blanchefort, a quien sabía ocupado despachando correspondencia a aquella hora del día.

Con un esto mecánico y aburrido, Guy se mesó su barba puntiaguda, idéntica a la

que cubría el mentón del príncipe, antes de ponerse en pie. Acabado su relato de la triste desaparición de Huchang, Cem permaneció inmóvil frente a la ventana de bastidores, con la mirada puesta sin verla en la vertiente de la montaña de Musan le puso una mano amistosa «obre el hombro y le despertó de su ensoñación que, a pesar de las circunstancias, la desconocida seguía protagonizando.

—Os acompaño en el sentimiento, Zizim. ¿Me permitís que haga decir una misa por Huchang?

Cem se volvió hacia él sorprendido.

—Dudo que vuestros compañeros lo aprecien, y en cuanto a los míos, rezarán a Alá.

Guy de Blanchefort acentuó calurosamente la presión.

—¿Qué habría hecho vuestra madre?

La dulzura del rostro de Çiçek Hatune pasó furtivamente frente a sus ojos. Desde que se hallaba en Rochechinard, Cem no había vuelto a recibir noticias de ella. De nadie. Los hospitalarios habían querido que desapareciera su rastro. Y lo habían conseguido. Asintió con la cabeza.

—Habría afirmado que en el reino del Altísimo, el pobre es igual que el rico y el musulmán que el cristiano. Hacedlo, puesto que así lo deseáis. Yo iré. Solo, sin duda, pero iré.

Se apartó y se inclinó en una reverencia.

—Si dais vuestro permiso, gran prior, me retiraré. Ahora debo anunciar a los míos la triste noticia y hacer que me curen este hombro cuyo lacerante dolor reaviva el recuerdo de mi fracaso al tratar de salvar a mi amigo. Mi hermano.

Guy de Blanchefort le concedió permiso sin dudar ni un insume del tormento que vivía.

Philibert de Montoisson también dispuso de tiempo durante el camino de vuelta para pasar de la cólera a una amarga reflexión, y de Philippine a Cem. Poco había logrado oír de la conversación del príncipe con Huchang, oculto junto al camino que este tomo para huir. Sólo había retenido el nombre de Munia, llevado por la brisa, pero ¿podía estar seguro de ello? Aunque Cem hubiera averiguado que ella seguía con vida, Philibert no alcanzaba a imaginar que pudiera separarse de uno de sus más fieles amigos sólo para asesinar a la egipcia. La partida de Huchang ocultaba alguna otra cosa, era evidente. Pero ¿qué? Por lo que Huchang de Luirieux le había contado, la bella dama se había convertido en una taimada embaucadora. ¿Habría engañado también a su marido antes de traicionarlo? ¿Se habría llevado algo valioso? ¿O el príncipe la creía capaz de vender a sus hijos a Beyazid?

Al llegar frente al torreón, Philibert de Montoisson decidió o» tal vez su lugarteniente tuviera alguna pista sin saberlo y que antes de revelar al gran prior la traición de Cem, era preferible asegurarse de ello. Cruzó así la puerta abovedada excavada en la masa imponente de los altos muros, atravesó la sala de guardia y

preguntó por su lugarteniente. No le sorprendió saber que Hugues de Luirieux se había marchado del castillo para ir al pueblo situado al pie del mismo. Además de la iglesia, el cementerio y el presbiterio que arrinconaban las modestas viviendas contra la montaña, había también una pequeña taberna, de aspecto tan triste como el de sus habitantes, pero en la que el teniente Hugues de Luirieux solía distraerse. Sus ventanas abiertas ante el valle la hacían más agradable para jugar a las cartas o beber una cerveza que la sala de guardia del torreón, apenas iluminada a través de las aspilleras. Además, tratar de hallar hierba fresca en el castillo era tarea vana. La roca estaba tan pelada y negra como las propias murallas. En ellas no crecía ni una mala hierba.

Philibert volvió a montar en su caballo, que por fortuna aún no habían desensillado. Nada distinguía la taberna de las demás casas bajas con techo de pizarra, apenas un letrero de hierro oxidado que anunciaba El gazzate seco, colgado con dos cadenas sobre la puerta abovedada y que rechinaba mecido por el Philibert ató la brida de su caballo al rectángulo de hierro de fachada, junto a los otros tres que delataban la presencia de compañeros. El batiente estaba entreabierto. Lo empujó con el pie y se adentró en la modesta estancia de suelo de tierra, que contenía por todo mobiliario una estantería repleta de copas y jarras de arcilla y algunas mesas con bancos. Dos viejos amodorrados se habían instalado en una de ellas y refunfuñaban sinsabores para matar el tiempo. Philibert avanzó hacia la ventana, bajo la cual estaban sentados a una mesa Hugues de Luirieux y dos más. Bernard Grandjean y Abélard Vari, que nueve meses antes les habían acompañado a Sassenage.

—¿Ya te has cansado de perseguir a esa belleza? —le dijo su lugarteniente.

A guisa de respuesta, Philibert se contentó pidiendo una pinta de cerveza al tabernero apático y de rostro colorado antes de sentarse.

—¿Alguna novedad, señor? —preguntó Grandjean suspendiendo su gesto sobre la tabla de los dados.

Philibert de Montoisson asintió y esperó a que le sirvieran para explicar la evasión de Huchang y las conclusiones que de ello había extraído. Hugues de Luirieux se encerró acto seguido en un mutismo teñido de profunda reflexión. La jugarreta que le habían hecho la egipcia y su protector era una espina clavada en su orgullo. En cuanto aquellos dos abandonaron Rodas, Hugues de Luirieux fue convocado por el gran maestro de la Orden de los Hospitalarios para que explicara las razones de su mentira. Hugues de Luirieux se negó a desmentir su versión de los hechos. Hizo pasar a Enguerrand por un tipo taimado del que siempre había desconfiado. Incluso le atribuyó sus propios planes para con los hijos de Cem. Hugues de Luirieux no estaba seguro de que Pierre d'Aubusson le hubiese creído. Cuando pidió autorización para dar caza a Enguerrand de Sassenage, el gran maestro se la negó so pretexto de que había que hacer llegar un mensaje a Guy de Blanchefort, y dado que las tormentas pronto se cernirían sobre el Mediterráneo con el otoño, prefería enviarle a tierras de Francia para llevárselo.

«En cuanto a ese pretendido caballero de Sassenage, puesto que ya está lejos, dejemos que se vaya —había afirmado Pierre d’Aubusson—. Como cualquier cristiano en tierras musulmanas, ¡se encontrará con muchas dificultades antes de que pueda ni siquiera esperar engañar a Keït Bey!»

Hugues de Luirieux había regresado, pero debido a la inactividad, su rencor no se había apaciguado. Rebuscó entre sus cuerdos mientras sus tres compañeros llevaban sus propias cavilaciones hacia el atormentado paisaje que formaba el horizonte.

—¿No viste nada entre sus pertenencias cuando se hallaba a el barco? —preguntó Philibert de Montoisson interrumpiendo el silencio.

—Nada inhabitual para una dama. Tampoco en el convento, sin embargo, créeme, con los balanceos y con sus esfuerzos para soltarse, más de una vez las hice rodar por el suelo —dijo entre carcajadas antes de detenerse al recordar una imagen.

—¿Qué? —preguntó Varí, apercebido de su sobresalto.

—Recuerdo una extraña damajuana que ella examinaba la última vez que la vi. Fue en el convento, donde la encerré con la complicidad de la reverenda madre, mi prima. A cambio de una buena compensación, obtuve que la guardaran separada de las demás mientras estudiaba catecismo. Dormía en una celda aislada, a la cual yo tenía fácil acceso a través de una puerta oculta. Aquella noche, ella estaba sentada sobre su jergón y no me esperaba. Al verme aparecer, la ocultó rápidamente en la manga, se puso en pie de un salto y retrocedió unos pasos antes de echármese encima para suplicarme que dejara de acosarla. Yo acababa de recibir del gran maestro la autorización para casarme con ella, en virtud, como tú, Philibert, del derecho a regresar a mis tierras para tener descendencia. Mi plan me parecía perfecto. Beyazid hubiera pagado mucho dinero por aquella ramera y por el secreto del lugar donde residían los hijos de Cem.

Bebió un trago para remojarse el gaznate antes de proseguir.

—Se puso como una furia cuando le anuncié nuestra boda y tuve que domarla como a una fiera, y por ello puedo jurar que el objeto ya no se hallaba en su manga cuando la forcé.

—¿Por qué te pareció extraño? —preguntó Philibert de Montoisson.

Hugues de Luirieux frunció el ceño para recordar de nuevo la escena.

—Era de un azul intenso, de forma piramidal y curiosamente forrada, como si una araña hubiera tejido su tela alrededor. Munia le daba vueltas con curiosidad con las manos extendidas bajo la luz.

—¿No quisiste verla de más cerca?

—Visiblemente esa perra maniobró para distraerme. Se oía ya agitación detrás de la puerta, sin duda provocada por sus súplicas. Una vez me puse de nuevo los calzones, no perdí tiempo. Al día siguiente, Enguerrand de Sassenage se la llevó —suspiró.

Los dedos de Philibert de Montoisson tamborilearon sobre la mesa de madera. Torció el gesto.

—Creo que ha llegado el momento de que me traigáis a ese hijo de perra y a su protegida. Además de lo que parecen saber acerca de esta historia, su cautiverio me será útil para hacer entraren razón a Jacques de Sassenage y a Sidonie en caso de que mis planes fracasen.

—¿Y ella? —preguntó Hugues de Luirieux, con los ojos achinados por la avaricia.

En los labios de Philibert de Montoison se dibujó una sonrisa cruel.

—En cuanto haya revelado su secreto, serás libre de hacer con ella lo que te plazca. Dad con Huchang y seguidle la pista. Es un buen sabueso. Os conducirá hasta ella pero si os acercáis demasiado a él os dará esquinazo.

—¿Qué le decimos a Guy de Blanchefort? —preguntó Abélard Vari.

—Dudo que Cem le haya dicho la verdad. Yo también me inventaré una mentira para pretextar una misión urgente que os Permita marcharos. Le tengo demasiado afecto para inmiscuirle en nuestros planes, sin contar con que esta pista no es muy sólida y que tal vez no nos lleve a la verdad. Si otros además de nosotros se lanzaran tras el turco, nunca lo atraparíamos. No. Ni Cem a Guy y Blanchefort deben saber lo que sabemos.

Capítulo 14

«Demasiados esfuerzos», pensó Algonde conteniéndose el vientre pesado con ambas manos.

Se había fatigado demasiado tratando de devolverle su soberbia a Philippine en tan poco tiempo y costara lo que costase.

«Vamos —se censuró—. Dentro de pocos días salgo de cuentas y ya no puede suceder nada grave».

Una vez hubiera guardado cama tras el parto, como le había dicho Melusina, tendría que machacar el huevo que había ocultado en el viejo palomar hasta reducirlo a polvo. Gracias a que el elixir de los Antiguos había eliminado sus poderes maléficos, podía comer la mitad sin problema y hacerle creer a Marthe que era obediente y dócil. Todo estaba bajo control. No tenía que preocuparse.

Sin embargo, se removió en su sillón al sentir de nuevo una quemazón en el bajo vientre. Reprimió un gemido de dolor y su pensamiento volvió a Philippine, de la que no tenía noticias. El tiempo pasaba, no obstante. En unos minutos, Francine, una de las sirvientas, iría a llevarle un caldo, con el rostro adusto y el rencor en la mirada. Sus comparsas sólo mostraban respeto hacia ella en presencia de Philippine, el resto del tiempo le hacían sentir ampliamente su animadversión, que crecía conforme pasaban los días. Algonde no conseguía reprochárselo. ¿Acaso ella misma no había considerado injusto el trato que Sidonie deparaba a Marthe? Súbitamente aquellos tiempos le parecían muy lejanos. Unas lágrimas le escocieron en los ojos pero logró contenerlas. La criatura había bajado y le pesaba sobre el pubis. Se sentía fea encarcelada en aquel sobrepeso que le producía una extrema vulnerabilidad. Si alguien hubiera querido eliminarla habría podido hacerlo fácilmente dado que sus gestos se habían vuelto lentos y torpes.

Alzó las piernas con dificultad y apoyó las pantorrillas sobre el taburete cubierto de dril de tapicero. La presión sobre su pubis se acentuaba.

Algonde apretó los dientes. Con un poco de suerte aquel dolor se calmaría. Una semana más. Tenía que aguantar una semana hasta salir de cuentas. Trató de evadirse de aquel cuerpo impotente para serenarse con la visión de los suyos en Sassenage, pero esa vez, de nuevo, no pudo captar sus rostros ni sus pensamientos. Como si la hija que llevaba en su interior hiciera de pantalla, como si fuera ella quien se alimentara de las visiones. Tenía a menudo noticias de Gersende, siempre reconfortantes, pero su madre era discreta en lo concerniente a Mathieu. Sólo en una carta había dado a entender que el jovenzuelo se había acercado a Fanette, la amiga de ambos en su infancia. ¿Hasta qué extremo? Algonde sabía perfectamente que Fanette estaba enamorada de él desde siempre. Hubiera tenido que ser ciega para no adivinarlo. ¿Había aprovechado ella su alejamiento para tirarle los tejos a Mathieu? Algonde no cesaba de atormentarse y a la vez trataba de convencerse de que prefería verle casado con otra que convertido en un bandido actuando en los bosques. En

ambos casos, lo perdía. ¿Para reencontrarse con él? Sin duda algún día, pero ¿cuándo? ¿No iban a perderse así sus mejores años?

Llamaron a su puerta y Francine entró sin esperar a que respondiera. Silenciosa, depositó la bandeja de plata sobre la mesita junto al sillón con la misma brusquedad que de costumbre, la suficiente para conseguir derramar un poco de caldo y estropear así el sabor del pastel de pan con frutos secos. Una venganza fácil. Una sola palabra de aquello a Philippine y sería castigada. Francine debía de haber adivinado que no lo haría jamás, así que, como de costumbre, Algonde fingió no percatarse de ello. En aquel mundo sólo tenía enemigos. A pesar de su fuerza de carácter fuera de lo común, en algunos momentos le parecía que debía soportar una carga demasiado pesada. Aguardó a que Francine se hubiera ido para obligarse a comer. Los espasmos regulares de dolor le quitaban el apetito.

Acababa de mascar su postre aguado cuando la puerta se abrió sin que en esa ocasión se molestaran en llamar. Algonde volvió maquinalmente la cabeza hacia allí y se atragantó con un bocado al ver a Marthe entrar y cerrar la puerta.

—¿Podrías facilitarme el trabajo? —se burló la harpía acercándose a ella mientras trataba de recuperar el aliento.

Algonde era incapaz de responder. Lejos de calmar las contracciones, aquella tos se las aumentaba. Contra lo que hubiera cabido imaginar, Marthe le sirvió un vaso de agua y se lo ofreció con inusual solicitud. Acto seguido, ocupó sin vergüenza alguna el sillón en el que, precedentemente, se había instalado Jaques de Sassenage, y entrecruzó sus manos nudosas sobre unas rodillas que se podían adivinar sobresalientes a pesar del grosor de la austera falda negra. Su rostro anguloso y esquelético se volvió hacia el de Algonde, enrojecido y lloroso. Transcurrieron unos minutos en ese curioso cara a cara, antes de que la jovencuela pudiera enderezar el busto y sostener aquella mirada penetrante.

—Ahora eres tan fea como yo —se burló la harpía antes de extraer de una bolsa que llevaba colgada de la cintura dos frasquitos cilíndricos tapados con un tapón de corcho.

Los hizo rodar sobre su palma abierta, con las puntas de sus uñas desmesuradamente curvadas.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Algonde, con un último hipido.

La mirada maligna de la harpía la mantenía en alerta a pesar de su aparente compasión.

Un rictus le tiró de los labios secos.

—Estás jugando a un juego peligroso, Algonde.

La jovencuela contuvo el miedo que se apoderaba de ella, Marthe no podía saber la verdad. ¿Era la predominancia de su instinto de supervivencia o del de la hija que llevaba en su interior? Las contracciones se calmaban. Algonde se sintió más fuerte.

—No sé de qué queréis hablar —afirmó, encogiéndose de hombros.

—Le diste un buen consejo a Hélène. Philibert de Montoisson se marchó con el

rabo entre las piernas. Sin embargo, me pregunto a santo de qué querías que Sidonie fuera informada de esa violación y de sus posibles consecuencias...

—Justamente para evitarlas. ¿Creéis que en mi estado puedo actuar por mis propios medios? —se defendió Algonde.

¿Cabía la posibilidad de que aquella diablesa hubiera adivinado sus intenciones ocultas?

—Es verdad, es una buena razón —suspiró la harpía sopesando los dos frasquitos de un negro carbón en su mano.

Se puso en pie y se acercó hasta permitirle coger el que le ofrecía.

—¿Qué es eso?

—Un filtro que Hélène deberá tomar esta noche, impedirá cualquier fecundación y más aún puesto que también tiene un poder abortivo.

—¿Estáis segura de su eficacia?

—¿Quién tendría interés en lo contrario?

—En efecto. Se lo daré —aseguró Algonde llevándoselo al bolsillo.

Al alzar la mirada, constató aterrorizada que los orificios de la nariz de la harpía estaban pinzados. Huir, lo más lejos posible, con las manos en las orejas, le había aconsejado Presina. Antes de que hubiera podido ni siquiera esbozar el menor gesto, un sonido surgió de los labios apenas entreabiertos, ahogando cualquier posibilidad de rebelión contra el sortilegio. Algonde la vio destapar el segundo frasquito y ofrecerle el veneno.

—¿No es la mejor manera de que dispongo para asegurarme de su eficacia? —estalló una voz cruel en su cabeza.

«¡No!», chilló el corazón de Algonde. Tenía que resistir. La harpía no había pronunciado aquellas palabras. Su boca no era más que un soplo. Hechizante. Devastador. Que creaba una ilusión para perderla. Se puso a temblar. Bajo su piel tensa, como consciente del peligro, su hija arañaba su bajo vientre con golpes desenfrenados.

—¡Bebe! —ordenó la voz.

Abrumada, Algonde tendió el brazo. Sus dedos se cerraron sobre el frasco.

—Bebe, Algonde. Esta criatura tiene que serme abnegada. ¿Acaso no ves con qué vigor maléfico te tortura? ¿No tienes ganas de librarte de ella? Bebe.

La mano de Algonde temblaba. Otra en su lugar ya hubiera cedido. Podía verlo en el ceño fruncido de Marthe, en su sorpresa. Luchar. Salvar a su hija. Marthe se agachó frente a ella y puso una mano sobre su vientre. Una aguja de fuego atravesó a Algonde, mientras el canto se volvía aún más obsesivo. Le perforó la cabeza y, súbitamente, le pareció que su mente, su memoria y su voluntad eran absorbidas por Marthe. La sorpresa de ésta, además, se dibujó en su rostro a la vez que el gozo ante la angustia de Algonde. Despojándola de cualquier esperanza, la harpía ni siquiera se tomó la molestia de fingir.

—Al contarte la verdad, Presina hubiera debido saber que tarde o temprano me

bastaría leer en ti para descubrir vuestra connivencia. Estás perdida, Algonde. Y tu hija también. ¡Moriréis las dos o me perteneceréis! ¡Bebe!

Incapaz de resistir esta vez, la jovencueta se llevó el veneno a los labios y lo bebió como se sube al patíbulo.

Despertó cuando tocaban a vísperas. Sobresaltada. Hundida en el sillón, con las piernas horizontales sobre el pequeño taburete, Algonde estaba sola. ¿Había sido una pesadilla? El vientre ya no le dolía. Las contracciones habían cesado. Una risita de alivio se apoderó de ella, interrumpida en seco por un dolor intenso en la cabeza y un sabor a hiel en la boca. Se enjugó la frente. Estaba húmeda de sudor y ardiendo de fiebre. Rebuscó en la bolsa que llevaba a la cintura. El frasco que halló rodó entre sus dedos y de nuevo fue presa del miedo.

Se llevó la mano al vientre. Ni un movimiento. Unas lágrimas cruzaron la franja de sus largas pestañas. Imposible. Su hija no podía haber muerto. Apartando con determinación el taburete Algonde se puso en pie. Debía reanimar en su cuerpo el poder de curación del elixir de los Antiguos. Ya había matado al mal en el huevo; en la hija que llevaba dentro de ella. Sí, forzosamente su hija estaba inmunizada. Dio unos pasos por la habitación. La cama tan cercana, con un dosel florido de capullos de rosa que figuraban también en el bordado de la colcha, se le antojaba un refugio pero se negó a tumbarse en ella. Necesitaba aire fresco. Se aproximó a la ventana para abrirla. La cabeza le dio vueltas. Se tambaleó y trató de apoyarse en una mesa para mantener el equilibrio. Fue entonces cuando sintió un líquido caliente y espeso que descendía por sus muslos. Bajó la cabeza y retrocediendo un paso se alzó las enaguas antes de desplomarse en el suelo, aterrorizada: su vida se le escapaba en aquella sangre negra.

Philippine la halló en medio de aquel charco de sangre negra, lívida, unos minutos más tarde, cuando al subir tras la cena en compañía de sus hermanos se sintió tranquilizada por su suerte gracias a la mirada de connivencia que Sidonie le había dirigido en la escalera. Tenía prisa por anunciarle a Algonde que su plan había dado resultado. Su alegría se ahogó en un grito de espanto. Salió de nuevo de inmediato para pedir ayuda.

Fue François, el más joven de los Sassenage quien, caritativamente, alzó a Algonde en brazos y la estiró en la cama mientras Francine iba en busca de la comadrona.

En cuanto François desapareció, Algonde recobró el sentido con un grito de dolor. Se retorció entre las sábanas, víctima de una contracción fulgurante. Abrió los ojos y vio la mirada aterrorizada de Philippine, inclinada sobre ella. Sus manos se entrelazaron en un gesto espontáneo. Un nuevo espasmo sacudió a Algonde y ahogó en sus labios el repentino deseo de acusar a Marthe.

—Ayúdame —le pidió en cuanto se le pasó.

—¿A qué, Dios mío? —Se estremeció Philippine al ver que se apoyaba en ella para alzarse.

Algonde no respondió. Súbitamente se sentía guiada por una voluntad más allá de la suya. Alguna cosa que su vientre muerto había despertado y que la apremiaba a actuar.

—A levantarme... —dijo Algonde, con el bajo vientre ardiendo y uniendo el gesto a la orden.

—La partera. Hay que esperar a la partera —palideció Philippine.

Pero Algonde ya se había levantado de la cama y, vacilando sobre sus pies, asida de las manos de Philippine, se agachaba y empujaba hasta quedarse sin aliento.

—¡Por la Santísima Virgen! —Se horrorizó Philippine apartando la vista.

El olor fétido de la sangre le revolvía el estómago, los gruñidos de Algonde la asustaban y, si no la hubiera agarrado de los dedos, habría huido corriendo. Algonde no era consciente de ello. En aquel instante todo su ser obedecía a un sentimiento de urgencia y a aquella voz en su cabeza, aquella voz como el gorgoteo de un manantial, que exigía a la vez su ayuda y su amor. Su hija, por enclenque que fuera, había logrado generar la energía suficiente para guiarla. Pero el tiempo corría en su contra.

—¡Por Dios, Algonde, creo que voy a vomitar! —sollozó Philippine, tratando de liberar sus manos para llevárselas a la boca.

—Aún... no... —le ordenó Algonde, empujando con más hiena, con la cabeza hacia atrás y los ojos desorbitados.

Su grito inhumano dio cuenta de la doncella, que se desplomó a sus pies desmayada entre el rumor del roce de la tela. Indiferente a su desvanecimiento, Algonde se arremangó las enaguas y puso sus manos juntas contra su sexo abierto. Ahí estaba la cabeza. Un último esfuerzo, parecía suplicar la voz. Algonde halló fuerzas en el recuerdo de Mathieu. En aquel amor absoluto temía por él más allá de cualquier cosa y de todos. El pequeño cuerpo fue expulsado como una cinta que se desenroscara y Algonde se dejó caer sobre el culo para alzarlo en brazos. Violáceo el rostro delataba el sufrimiento de una vida que pendía de un hilo. Obedeciendo a un instinto superior al saber de los seres humanos, Algonde lo acercó a su rostro y poniendo sus labios contra aquella boquita entreabierta le ofreció el aliento que le quedaba.

Algonde lo sintió en sus dedos. El milagro. El estremecimiento del cuerpo reanimado. Maravillada, alzó a la altura de sus ojos el cuerpecito que se desgañitaba. Una luz azulada emanaba del mismo y fue creciendo hasta envolverlas a ambas. Algonde podía sentir el calor y la bondad.

—Eres Elora. Mi hija. Y nada de lo que hay en ti será malo —murmuró antes de seccionar el cordón umbilical con los dientes y echarse a reír.

Reía porque en aquel mismo instante sabía con absoluta certeza que aunque Marthe se encarnizara con ellas, la harpía no podría evitar nada.

Una noche fría, brumosa y con una fina lluvia cayó sobre el valle del Isère. La dulzura de la primavera era traidora para quien no desconfiara. Sin hacer ruido, Philippine apartó la manta, se levantó de la cama y por tercera vez fue a vomitar al aseo. El precio de su liberación. A pesar del dolor que le removía las vísceras, el de Algonde estaba tan próximo aún en su recuerdo que sin titubear se había bebido el contenido del frasco negro que le había dado su camarera. Por amarga y devastadora que fuera aquella poción abortiva, le parecía preferible a un parto. Estaba decidido. Philippine nunca tendría un hijo. A la luz de su vela, se enjuagó la boca con agua perfumada y se la secó haciendo muecas frente al espejo que tenía frente a ella. Sidonie llevaba razón. Tras semejantes emociones y semejante tratamiento, hubiera sido incapaz de ir al día siguiente a Saint-Just. Aunque deseosa de acostarse de nuevo, se cubrió con un manto y abrió la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Habían limpiado los restos del parto. El suelo estaba cubierto de rosas y en la cuna que habían dispuesto junto a la cama de Algonde descansaba la pequeña Elora dormida. Philippine se acercó de puntillas hasta ella. A la cabecera de la cama brillaba una vela y el fuego de la chimenea se había avivado para calentar la habitación y aquel cuerpecito tan frágil. «Ocho días —pensó Philippine—. Ocho días más y hubiera salido de cuentas». Lamentó no haberla visto nacer. Recordaba una intensa luz azul que poco a poco la había envuelto de calor hasta devolverla al presente. Cuando abrió los ojos, la habitación era de lo más ordinario y en ella reinaba el silencio. Se levantó, dolorida a causa de la caída, y contempló el rostro arrugado de Algonde, sentada contra el travesaño de la cama junto a ella, con la falda levantada contra su seno. La partera abrió la puerta en aquel instante y las descubrió así, frente a frente, sentadas sobre el suelo de madera manchado.

Fue al verla santiguarse cuando Philippine se percató de lo sucedido.

Se inclinó sobre la cuna con la misma curiosidad que antes había denotado el rostro de la partera.

—¡Por la Santísima Virgen, mirad esa cosita que se agarra de vuestro dedo, Algonde! Dádmela, que la limpiaré. Vos ya habéis hecho demasiado y muy bien.

Algonde obedeció. La criaturita se puso a llorar. Un poco más de cinco libras, la cabeza grande como un puño, pero un corazón vigoroso, enumeró la partera mientras la bañaba de la cabeza a los pies.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Algonde.

Philippine sonrió.

—Miserable al lado de lo que tú has hecho.

Sus dedos se entrelazaron y Philippine rompió a llorar. Unos minutos más tarde, la partera le pidió que saliera y no volvió a ver a Algonde hasta la puesta de sol. Se marchó sin atreverse a mirar a la criatura de cerca, con la mano cerrada sosteniendo el irasco que Algonde le había entregado.

Pero el deseo la atenazaba desde hacía unas horas, a pesar de los efectos del filtro

de Marthe, como una curiosidad. ¿La azul estaba ligada a aquel nacimiento improbable? Al mirar la carita sorprendentemente lisa, la tez sonrosada de las mejillas y las largas pestañas, un arrebató de ternura se apoderó de ella. La amaba. Tanto como a Algonde. Aún más si cabe. La promesa que había hecho a su camarera cobraba ahora todo su sentido. Elora sería como su hija. Puesto que no tendría otra. No, no habría otra.

Se alejó de la cuna tan silenciosamente como le fue posible y regresó a su cama, devastada. Philippine de Sassenage se había saciado de emociones a lo largo de aquel día.

Capítulo 15

La pequeña ensenada de Murtas, en la costa sudeste de Cerdeña, ofrecía el rostro tostado de los pescadores a un sol que ya calentaba. En cuanto hubieron amarrado sus esquifes, extendieron sobre aulagas trenzadas y sobre la misma arena de la playa el pescado que aún coleaba y que acababan de sacar de las redes. Un poco alejados de la pesca, unos horticultores habían dispuesto en el suelo unas vasijas de aceite de oliva y unas cestas altas llenas de naranjas, limones o verduras de temporada cultivadas en los campos de la comarca. A Munia le gustaba hacer la compra allí. Las salpicaduras del mar le fustigaban el rostro que mostraba erguido y orgulloso y, a pesar de la costumbre, las gentes aún se volvían a su paso, puesto que su altiva belleza casaba mal con sus ropas desgastadas. La egipcia no se preocupaba por ello. Pese a su pobreza, era más feliz de lo que jamás lo había sido en épocas de riqueza.

Se aproximó a uno de los puestos, cogió una sandía y la sopesó para asegurarse de su elección. Unos minutos antes, tenido la suerte de llevarse por un precio irrisorio cinco hermosas doradas que habían sufrido entre las redes y que aportarían cierta dosis de fantasía a su comida. Tendió al comerciante la da que le exigía y le dirigió a la vez una amplia sonrisa. Como cada semana, el anciano cogió con su manaza un puñado de aceitunas y, con mirada amable, se las ofreció para que comiera. Munia se llevó una a su boca carnosa, decidida a apurar el sabor hasta mondar el hueso, y envolvió las otras con un retal de don que echó en su cesto.

Saludando a algunos con un gesto de la cabeza, se atajo de la agitación que siempre provocaba la llegada de los comerciantes a la playa. Tras atravesar la aldea que se componía de una veintena de cabañas, llegó al sendero que ascendía hacia el promontorio dentado que daba al Mediterráneo.

Con el paso de los meses, la pareja había organizado su vida en común. Vivir con boato tal como Enguerrand hubiera deseado para ella hubiera dilapidado rápidamente el dinero que les quedaba. Y necesitaban liquidez para poder viajar a Egipto. Enguerrand hubiera podido poner su espada al servicio de los nobles, pero para ello se hubiera visto obligado a revelar su nombre y su cualidad, y temía que tarde o temprano alguien comunicara a los hospitalarios su presencia en Cerdeña. Munia había objetado que probablemente Hugues de Luirieux ya se habría decidido a soltar la presa, pero Enguerrand se negó a escucharla. El empecinamiento de aquella especie de bruto ya le pareció suficiente en su momento para mantenerse en guardia. Después de dejar la ciudad portuaria en la que desembarcaron, recorrieron a pie la costa este hasta dar con aquella pequeña aldea de pescadores al abrigo de una cala. La desconfianza de los habitantes hacia aquellos dos extranjeros se fue diluyendo y sólo una prudente reserva se reflejaba aún en las miradas de los más viejos del lugar.

A su llegada a la aldea, alquilaron una habitación junto a los campos, en casa de la viuda de un marinero español rodeada de una turba de chavales ruidosos y desmelenados. La mujer, efusiva, malvivía de la fabricación de cestas y joyas de

conchas que iba a vender a lomo de un asno al mercado de la ciudad a un día de viaje de allí. Bastaron unas pocas semanas para que sintiera hacia Munia y Enguerrand un sincero afecto. Con Enguerrand hablaba en castellano, pues éste lo comprendía. Unos meses más tarde, Munia y el caballero de Sassenage hablaban con fluidez la lengua propia de Cerdeña que aquélla les había enseñado.

Desde entonces, no había día en que su amistad con Lina no siguiera creciendo. Una tarde en la que Munia la ayudaba a pulir el nácar con una piel seca de congrio, ella le reveló la razón por la que ambos se escondían. Lina asintió con un gesto de la cabeza y suspiró.

—Hay días en los que hasta Dios está cansado...

Era una cantinela que repetía para excusar la fatalidad. Nunca les había vuelto a hablar de ello pero les había abierto aún más sus brazos macizos.

Si bien las altas ruinas de una antigua torre de vigilancia protegían la casa de Lina de la fuerza del viento, la vivienda parecía querer arrancarse de los cimientos a cada tempestad. Había habido cinco verdaderamente inquietantes desde su llegada, y cada vez se había repetido el mismo ritual. Se habían arrimado los unos contra los otros, tapados con mantas viejas, con los seis niños en el medio, más por miedo a ver cómo el viento arrancaba el tejado y arrastraba a uno de ellos que por el frío que les helaba los huesos. Para reconfortar a los chiquitines, Enguerrand les hablaba de la nieve del Vercors que nunca verían, del hielo que repiqueteaba en las ramas, del aliento que se empañaba con el aire helado, de los lobos que rondaban cerca de las casas. Por un instante, en aquellos momentos, su miseria no les parecía tan grande pues allí, incluso en pleno invierno, la temperatura no descendía lo suficiente como para poner en peligro sus vidas.

La primera vez que los condujeron hasta allí, Enguerrand se sorprendió al ver la implantación de la casa, construida en el vientre de las ruinas devastadas. Lina les confió que el lugar abandonado fue un obsequio al padre de su difunto marido en pago a los servicios prestados al virrey. Aunque se hubiera casado con una sarda, fallecida a edad temprana, y hubiera construido aquella casa, no había logrado que las gentes del pueblo lo aceptaran. Murió prematuramente y su único hijo, Juan, heredó a la vez la desconfianza de los pescadores y del lugar. Sólo halló ayuda en el padre de Lina. Se asociaron. Fue así como le conoció Juan se casó con Lina y le dio seis hijos antes de hacerse a la un hermoso día para no regresar jamás. Lina perdió aquel día al padre y al esposo. Huérfana de madre, sin familia, supo adaptarse a las circunstancias. Todos sabían que había piratas que rondaban por las costas y se ocultaban en pequeñas bahías inaccesibles desde tierra. Juan no era el primer pescador que no había regresado. Los dos hombres reposaban en el fondo del mar habían sido enrolados a la fuerza, pues su experiencia como pescadores era útil para avituallarse en el mar. En ambos casos, jamás volvería a verlos.

Con su cesta colgando del brazo, Munia avanzó a buen paso entre las rocas que bordeaban el estrecho sendero. Avanzaba por la empinada cuesta desde hacía unos

minutos, cuando la brisa marina llevó hasta ella un ruido de martilleo. De inmediato su corazón se puso a latir dentro de su pecho siguiendo aquel ritmo sordo y repetido.

Dos noches antes, el viento se había enroscado alrededor de la habitación como si pretendiera derribarla. Una parte del tejado salió volando por los aires y además de la lluvia caída sobre el somero mobiliario, se había abierto una grieta en el muro calado. Agotados tras denodados intentos por tratar de apaciguar la angustia de las criaturas, rezaron para que la tormenta se alejara pronto, sin causar más desgracias ni provocar heridos. Unas horas más tarde, sobre el mar en calma, las estrellas brillaban en un cielo limpio. Recuperada la confianza, pudieron recoger el agua y dormir hasta el alba. El sol enrojecía el horizonte cuando Enguerrand se marchó a la ciudad para comprar tablas de madera. Munia detestaba la idea de estar separada de él ni que fuera unas horas, y por ello se sintió aliviada cuando tras una noche mecida solamente por el ruido del viento que se colaba por la grieta sobre su cama, se cruzó con él que regresaba a lomos de un asno cuando ella descendía al mercado. Enguerrand la besó fugazmente y la egipcia se sintió aliviada, como si no se hubieran separado ni un instante. A todas luces, Enguerrand se había puesto manos a la obra en cuanto descargó al animal.

Munia comenzó a canturrear antes de acelerar el paso al ver a Enrique, el menor de los hermanos, que descendía por las rocas a su encuentro haciéndoles señales.

—¡Munia, Munia, ven enseguida! ¡Rápido! —le gritaba el chiquillo.

La egipcia tenía el corazón en un puño. Los golpes habían cesado. ¿Se habría caído Enguerrand del tejado? Aunque aquellos últimos meses se hubiera dedicado a todo tipo de oficios, le sabía más diestro en el manejo de la espada que con una herramienta.

Cuando se halló frente al niño, sus temores se desvanecieron. El rostro de Enrique reflejaba más el misterio que la gravedad.

—Rápido, rápido —insistió cogiéndola de la mano con autoridad para guiarla.

—Vaya modales —le regañó ella amablemente—. ¿No ves que el cesto pesa mucho?

—Déjalo, ¡tengo que enseñarte algo mucho mejor! —aseguró el chaval tirando más fuerte de su mano.

Ella se echó a reír. Si ni le prestaba atención a la sandía, cosa que le gustaba, debía de ser verdad que lo que sucedía era importante. Negándose a desprenderse de su carga, aceleró el paso, sin lograr sonsacarle ni una palabra a aquel cabezota. Llegaron así a la plataforma rocosa cuya desolación la sorprendiera la primera vez que la vio. A aquellas alturas, el afecto que sentía por los ocupantes de la cabaña sólo retenía la belleza salvaje de aquellas ruinas recortadas contra el azur que el mar prolongaba hasta el horizonte.

—Por ahí —afirmó Enrique señalando con el dedo el cuello de una aguja de piedra desde el que se podía llegar hasta abajo del acantilado.

A unos pasos de la torre de vigilancia, unos peldaños de granito ayudaban antaño

a descender, pero la erosión había hecho su trabajo y las piedras talladas no se distinguían de las rocas.

Munia asintió con la cabeza, pero prefirió dar la vuelta a la esquina del viejo muro. El asno atado a una estaca al fresco junto a la pequeña edificación, alzó las orejas al acercarse ella. Las tablas estaban en el suelo, junto a una escalera apoyada contra la pared agrietada tapada recientemente. Visiblemente, Enguerrand había empezado el trabajo pero lo había dejado sin acabar.

—Están todos abajo...

Munia se sobresaltó.

—¿Incluso tu madre?

Enrique asintió con la cabeza, el rostro iluminado por una amplia sonrisa y los ojos centelleantes por la importancia de su secreto.

Munia empujó la puerta y dejó el cesto sobre la mesa, antes de reunirse con el chiquillo que pataleaba.

De nuevo un martilleo repetido. La curiosidad unida a la impaciencia del zagal se apoderó de Munia. Enrique ya se aventuraba por el agujero con un valor que la dejó estupefacta. El descenso era peligroso. Ni la propia Lina se atrevía a bajar. ¿Qué había sucedido para que a ninguno le preocupara el peligro? Apoyándose en todo momento con la mano en los salientes rocosos, incomodada por su falda, Munia avanzó lentamente, con el oído atento al menor ruido. Además de los golpes que se volvían más precisos, llegaban ahora hasta ella gritos de alegría y voces. Concentrada en el descenso, no podía ver más allá de aquel cuadrado de arena lamido entre las rocas por una lengua de espuma.

Tuvo que llegar abajo para comprender.

La tormenta debió de arrojar un barco contra los rompientes antes de hundirse. Quedaban restos, arrastrados por la corriente hasta la pequeña cala. Todo cuanto había aprisionado un poco de aire antes de ser presa de las olas o que podía flotar había ido a estrellarse contra los arrecifes que bordeaban el pie del acantilado. Otros habían logrado atravesarlos y habían quedado milagrosamente aprisionados detrás de los arrecifes. Era el caso de un baúl del que salían telas empapadas y de una decena de barriletes. Rodeado de Lina y de los niños, Enguerrand se dedicaba a abrir las tapas de los mismos.

—Los hemos encontrado Paulo y yo cuando íbamos a buscar conchas para la comida —se enorgulleció Enrique frente a Munia, estupefacta—. ¡Ay, es la *Madonna* quien nos lo ha enviado!

La cogió de la mano y la obligó a correr por la playa estrecha. Un olor fétido de arenques secos se le metía por la nariz. A todas luces, habían repescado la alacena del barco. Munia estaba a sólo unos pasos cuando el hacha de Enguerrand agujereó un barrilete untado de grasa que se derretía bajo el sol. Formando un arco de círculo alrededor de su madre, los chiquillos aguardaban, fabriles, a conocer el contenido. Munia vio que arrugaban las nances a la vez que un fino polvillo negro se escapaba la

grieta y la brisa se lo llevaba. Estornudaron al unísono y Enrique se echó a reír; inconsciente de lo que aquello significaba.

Al igual que Munia, Lina y Enguerrand lo habían comprendido. Enguerrand se alejaba de ellos para precipitarse hacia otros de la misma factura que el último, que se balanceaban, atrapados por las olas entre dos rocas.

—Ayudadme —gritó a los mayores.

Descalzos en la espuma, los hicieron rodar hasta dejarlos sobre la arena seca. Abandonando a Munia, Enrique había corrido a reunirse con ellos y se esforzaba, sacando la lengua, haciendo ostentación de su importancia. La egipcia metió un dedo a través de la tapa reventada y se lo llevó a la boca ante la mirada fascinada de Lina.

—¡Pimienta! ¡Es pimienta! Somos ricos, Lina. ¡Ricos! —Se echó a reír Munia, agarrándola de los hombros.

La sarda se arrojó a sus brazos.

Unas horas más tarde, tras limpiar la cala y arrastrar los barriles a terreno seco, al abrigo en una pequeña gruta para ocultarlos, la vista de los pescadores que pudieran pasar cerca de la cosa los tres se sentaron a la mesa en la cabaña ante una botella de licor de mirto.

El silencio dio paso a la agitación del descubrimiento y el brebaje que Lina reservaba para las grandes ocasiones oscilaba dentro de sus vasos de arcilla al ritmo de sus respectivos pensamientos. Impresionados por su gravedad, los chiquillos incluso se habían olvidado de pelearse y cuchicheaban entre ellos, refugiados en sus jergones. Su tesoro cabía en una cajita llena de botones de colores que se estaban repartiendo.

—Visiblemente, se trataba de un cargamento de especias y cabe suponer que si esos barriles han llegado hasta nuestra costa otros podrán llegar hasta aquí o serán recuperados en alta mar. No me preocupan los pescadores sino los piratas —afirmo Enguerrand tras beber un trago.

—Si algún barco se hubiera hundido en la bahía, todo el mundo habría hablado de ello esta mañana en el mercado —aseguró Munia.

—¿Crees que estamos en peligro? —preguntó Lina.

Enguerrand sacudió la cabeza, con gesto circunspecto.

—Cinco barriletos de pimienta y dos de canela. A la venta, eso representa una verdadera fortuna. Si los piratas encuentran otro seguirán las corrientes para recogerlos a la deriva.

—Si desembarcan, darán con la gruta.

—Hay que recuperar las especias. Bien estibados, podremos subir los barriles por el acantilado —decidió Lina.

Enguerrand asintió con una inclinación del mentón, inquieto.

—Si los piratas no descubren nada abajo, vendrán a por nosotros, Lina, y en ese caso no nos darán cuartel —afirmó él, bajando la voz e inclinando el busto hacia ella

para que los niños no pudieran oírle.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos. ¿Había que confiar en la suerte y admitir que serían los únicos que se beneficiarían de ello, o era preferible anticiparse a los riesgos? La mirada de Lina recorrió las enmarañadas melenas de sus hijos, ensimismados en su tesoro. ¿Podrían guardar el secreto o se irían de la lengua? Aunque se librasen de los piratas, ¿no habría en el pueblo algún alma avariciosa que considerara que podría dar mejor uso a todo aquello? Tanto tiempo dudando de si podía confiar en Enguerrand y Munia... ¿No había llegado el momento de confiar en ellos? ¿De decirles la verdad? Inspiró una gran bocanada de aire y la soltó con determinación.

—En ese caso, nos iremos. Si te ves capaz de reparar la vieja carreta que hay en el establo, la haremos tirar por el asno y cargaremos en ella los toneles y algunos efectos. Tengo una prima en el interior de la isla. Le daremos su parte una vez hayamos vendido el botín. Y luego que pase lo que tenga que pasar. Esta fortuna nos ha caído del cielo. Y la necesitamos, vosotros para ir a Egipto y yo para criar a mis hijos.

Apartó el taburete y con paso decidido se dirigió a un pequeño arcón bajo la ventana. Lo abrió, rebuscó en el fondo, bajo los pocos vestidos que allí guardaba y, ante el estupor de la joven pareja, sacó un sable y lo asió por la empuñadura.

Lina los miró, con una amarga sonrisa en los labios. Desde donde se hallaban, los niños no podían ver el arma.

—Salgamos —ordenó, mientras se dirigía ya al exterior.

Intrigados, más que inquietos, ante aquel cambio de tono y de aspecto, Munia y Enguerrand siguieron sus pasos. Sin aguardarles, Lina avanzaba con paso firme hacia el establo adosado a fe pared norte de la casa. Para entrar, había que dar la vuelta al edificio.

En aquel lugar estaban al abrigo de los oídos juveniles, a unos pasos del asno, que había pasado allí la noche y mascaba heno.

Lina señaló el suelo de tierra batida y trazó una cruz.

—Juan volvió una noche, dos meses antes de vuestra llegada —dijo.

Enguerrand llevó una mano comprensiva a la muñeca de ella que sostenía el arma y la inmovilizó. Lina les miró al uno y a la otra.

—Los niños dormían y al ver su aspecto de bandido creí que había huido del barco que le había capturado y en el que luego se había enrolado.

—No era eso, ¿verdad? —preguntó Munia.

Lina sacudió la cabeza.

—Unos días antes, habían atacado un barco mercante sin saber que a bordo iban unos hospitalarios. Los piratas vencieron, nuevamente, pero al precio de la vida de muchos de ellos.

—Así que estaban obligados a reclutar lo antes posible para completar la tripulación —supuso Enguerrand.

—Juan los dirigió hasta el pueblo, a la vez para vengarse de sus habitantes y para tener ocasión de tranquilizarme acerca de su suerte. Mientras sus compañeros se ocupaban del pueblo, subió discretamente hasta aquí. Solo. Fingió ser feliz con aquella nueva vida y para convencerme me entregó una bolsa llena de pedrerías. Su parte del botín.

Ella soltó una carcajada, con el rostro apesadumbrado.

—Su parte a cambio de mi hijo.

—¿Qué sucedió, Lina? —preguntó Munia con dulzura.

—Tras despertarme poniéndome una mano sobre la boca para ahogar mi sorpresa, me trajo aquí para explicármelo todo. Creo que fue la muerte de mi padre lo que me decidió. O más bien la manera en la que Juan me la explicó, en un tono de desprecio cuando antes le respetaba justamente por su extremada honestidad.

Apartó de sí la imagen con el reverso de la mano y con la otra borró la cruz del suelo.

—Éste es el único lugar de este promontorio donde la roca deja espacio a la tierra. Fue Juan quien lo descubrió cuando construyó el establo. Yo enseguida supe qué era esta cavidad. Igual que en casa de mi prima. La tumba de un gigante a la que le habían quitado la losa para rellenarla con tierra.

Munia y Enguerrand intercambiaron una mirada triste. ¿La demencia se estaba apoderando de Lina hasta el punto de divagar con ideas descabelladas?

La sarda alzó la cabeza y los miró a ambos.

—No me preguntéis cómo fui capaz de hacerlo. El hombre que tenía frente a mí ya no era aquél al que había amado. Me negué a que se llevara a nuestro primogénito. Me negué a que me pusiera las manos encima. Le pedí que se marchara y nos dejara en paz. Se enfureció, me pegó y aprovechando que yo me tambaleaba, desenvainó su sable. Se abalanzó sobre mí. Me puso el filo del sable contra la garganta. No creo que me hubiera matado. Creo que sólo esperaba que nada cambiara. Me amaba, Munia. No cesaba de repetirlo. Podía leerlo en sus ojos, pero aquéllos eran los ojos de un monstruo. Cerré los míos. Apartó la hoja para cogerme y mis dedos dieron con la empuñadura sin buscarla. Todo sucedió tan rápido... —Acabó con un sollozo, súbitamente apesadumbrada por las consecuencias de sus actos.

Titubeó y el arma cayó sobre el polvo. Enguerrand se agachó para recogerla mientras Munia se llevaba a Lina hacia la carreta, una de cuyas ruedas estaba rota. La sarda se apoyó en la plataforma trasera y, con los dedos entrelazados con los de Munia, señaló el lugar que acababan de abandonar con un movimiento del mentón.

—Le enterré ahí, junto con mis ropas manchadas de sangre y su botín. Luego esperé, armada con su sable. No hubiera resistido mucho tiempo contra ellos, pero no les habría permitido llevarse a mis hijos sin hacer algo para evitarlo. Desde el pueblo no puede verse nuestra casa y tampoco desde la bahía, debido a las ruinas. Ignoro si fue eso lo que nos protegió. El barco levó anclas. Supuse que debieron de pensar que había desertado. Pero si volviesen...

Un denso silencio de complicidad les envolvió a los tres.

—Volved a la casa. Repararé la rueda de la carreta. En cuanto termine y hayamos subido los barriles, nos marcharemos —decidió Enguerrand.

Y sin más dilación, se agachó para examinar el cubo de la rueda roto.

Capítulo 16

Aquella noche, como la víspera, Mathieu durmió mal. En Sassenage el aire era pesado. Dio vueltas en la cama con la debida precaución para no despertar a su hermano, con quien la compartía. Su hermano pequeño roncaba, con la nariz hacia arriba y la boca abierta. Mathieu esbozó una sonrisa. ¡Cuántas veces le había pellizcado la nariz para que dejara de roncar y se hiciera el silencio! Eso cuando no le dejaba caer en la glotis una mosca cazada al vuelo. Estuvo tentado de extender sus dedos como antaño pero no le apetecía realmente. Durante el día, gracias a la compañía de Fanette, conseguía engañarse a sí mismo. Pero al caer la noche, el rostro de Algonde volvía a aparecérselo, Una vez más se había despertado sobresaltado, imbuido por su presencia y de otra, la de un recién nacido que ella le tendía con una sonrisa de felicidad antes de desaparecer devorada por las garras de Marthe. ¿Aquella pesadilla nunca tendría fin? Con la mirada fija en el perfil en movimiento de su hermano, trató de olvidar el sueño, pero la angustia de volver a experimentarlo le impidió dormirse de nuevo. Desesperado, se levantó de la cama, pasó junto al lecho de su padre y, tras ponerse los calzones, se dirigió a la puerta y salió a la noche. El patio estaba desierto, cubierto por las sombras del castillo de Sassenage. Rodeo el torreón arrastrando los pies, con las manos en los riñones para estirar la espalda. Unas horas más tarde estaría en el horno y otro día pasaría. Se halló frente a la puerta del herrero como cada vez que no podía dormir la llamada del acero. De la sangre. De la venganza. ¿Podría librarse de ella un día? No antes de que el barón y aquella pécora hubieran pagado, refunfuñaba su alma. Y a la vez, lo sabía, el amor sentía por Algonde le trastornaba.

Un ruido metálico rompió el silencio. Mathieu se quedó vil, con los sentidos alerta. Procedía del interior de la vivienda. El joven retrocedió al ver que la puerta se entreabría. Cubierta con un manto, los cabellos recogidos en su gorro de dormir, Fanette salió con una jarra en la mano. Ella se detuvo en el umbral para disimular por costumbre un bostezo tras otro. Aquella incongruente precaución divirtió a Mathieu.

—¿Crees que a los murciélagos les importan los buenos modales? —se burló, acercándose hacia ella.

Fanette se sobresaltó, ahogando un grito de espanto y de sorpresa en su gesto interrumpido. Mathieu se lanzó sobre ella.

—¡Chitón! Alertarás a los centinelas. Soy yo.

La joven se tapó con el manto por reflejo, cubriéndose el pecho.

—¿Qué haces aquí?

—No tengo sueño. ¿Y tú?

Ella le mostró la jarra.

—No había agua y tengo la garganta ardiendo.

—¿Puedo acompañarte?

Fanette barrió con la mirada el camino de ronda. Por ese lado parecía que nada se

movía. Podía apostar a que los centinelas se habían adormilado. No les sorprenderían.

Por toda respuesta, comenzó a andar y dejó que siguiera sus pasos hasta el pozo más próximo. El cubo lleno se hallaba sobre el brocal a la altura del ombligo. Dándole la espalda a Mathieu sumergió la jarra en silencio, incómoda por aquella promiscuidad que la oscuridad les ofrecía.

Mathieu también lo sintió. Desde que se marchara del de los bandidos, donde se había acostado con una ramera no había vuelto a catar el cuerpo de una mujer. Se sentía acuciado por el recuerdo de Algonde. Y era respetuoso con Fanette. Aquella noche, empero, cargada de perfumes primaverales, su deseo afloraba contra la tela de sus calzones.

Se le hizo un nudo en la garganta. Instintivamente, se acercó más a ella. Su voz enronqueció:

—Fanette...

El corazón de la jovencueta latía con tuerza dentro de su pecho.

—Apártate. Podría mojarte.

Él se arrimó contra ella y aprisionó con dulzura la mano que sostenía el asa de arcilla.

—Déjame hacer...

Ella tragó saliva. ¿De qué le hablaba? ¿De ese movimiento que la ayudaba a levantar la jarra llena o de aquella boca que a la par se deslizaba por su cuello?

—Por favor, Mathieu... —suplicó ella, tan desazonada que la garganta aún le escocía más.

Guiada por el jovencuelo, depositó la jarra junto al cubo y se dio la vuelta entre sus brazos.

—No podemos...

Su resistencia se ahogó en el beso que él le impuso. La apoyó contra el brocal e hizo trastabillar la jarra. Cayó al suelo y se rompió con un ruido apagado que devolvió a la jovencueta a, la realidad. Le rechazó con mano firme y recuperó el aliento.

—Te deseo, Algonde, aquí, ahora... —jadeó Mathieu, trastocado por la intensidad de su deseo, por el velo de noche que cubría el rostro de la jovencueta.

El rostro de Fanette se crispó ante tamaña desfachatez. Algonde. Siempre Algonde. ¡Qué estúpida había sido al creer aquellos últimos meses que era sincero! ¡Para él, ella no era más que una distracción para olvidar a la otra! Su mano se abatió sobre la mejilla que de nuevo buscaba la suya. Mathieu retrocedió, sorprendido por la violencia de la bofetada. ¿Había oído él el nombre que acababa de pronunciar? Fanette se echó a llorar y puesto que él le impedía el paso para volver a su casa, huyó por otro bajo el arco de piedra que llevaba a la halconería.

La sangre de Mathieu latía en sus sienes y en el bajo vientre. Inconsciente de su lapsus, creyó que la muchacha deseaba llevarlo a un rincón más discreto. Se lanzó tras ella. Sobre la tierra batida, el martilleo de sus pies desnudos apenas resonaba.

Nadie lo oyó. Volvió la esquina de la pared y se guió por los sollozos ahogados, que atribuyó a su legítima desazón. Las vírgenes siempre hacen aspavientos al llegar el momento de perder su virginidad, le dijo la ramera con la que había retozado en el bosque. Aquel comentario aún le había llegado más hondo al recordar su primera vez con Algonde. Algonde, que en lugar de defenderse le había animado. Los melindres de Fanette, ¿eran reales o tomadura de pelo antes de entregarse a él? ¿Quién podía saber si el barón también se había ocupado ya de ella? Agitado por aquellas reflexiones instintivas, su deseo se tornó aún más ardiente. Tenía que comprobarlo. Se plantó ante ella, con los puños apretados. Arrodillada y temblorosa por la ira y el despecho, se había arrimado a la muralla, oculta entre las sombras más oscuras.

—Vete, tú no me amas —sollozó, restregándose los ojos.

Él dudó un instante ante aquella evidencia antes de ponerse también él de rodillas y de tumbarla de lado, tapándole la boca para evitar que gritara.

—Estás casi desnuda debajo de tu capa y pretendes que crea que habías ido a por agua... ¿Sólo agua? ¿En mitad de la noche? Dado que el barón no está aquí, ¿con quién ibas a reunirte, Fanette? Confiesa que me habías visto otras noches desde tu ventana. ¡Confiesa que has salido por mí!

Mientras hablaba, le abría las piernas y deslizaba su rodilla entre las mismas para evitar que las cerrara a la vez que se desabotonaba la bragueta. Ella se debatía y le daba puñetazos en la espalda. La rabia hacía su temperamento aún más airado. Mordió con fuerza la palma de la mano que la ahogaba. Al sentir el dolor, Mathieu retiró la mano. Ella vociferó:

—Pero ¿quién te crees, Mathieu el Tuerto? ¿Crees que tienes todas las damas a tus pies? ¡Te odio! ¡Si me tocas, te juro que te mataré! ¡Oh, sí! ¡Lo juro por Dios!

Dispuesto a penetrarla, se puso entre sus piernas. Un débil rayo de luna iluminó el rostro enfurecido de la jovencueta. Jamás la hubiera imaginado capaz de tanto odio y determinación. La suya se deshinchó. Soltó una carcajada, desengañado.

—La venganza... Si supieras, Fanette, hasta qué punto pesada carga que hay que llevar a cuestas.

—Menos pesada que la deshonra y sus consecuencias.

Sus miradas se enfrentaron en el silencio que se había impuesto de nuevo. A su alrededor no se oía ni un ruido. Parecía que los centinelas de Sassenage tuvieran el sueño muy profundo. Ni el halconero ni las rapaces habían dado señales de vida. Mathieu se dejó caer de lado.

—Perdóname.

Sin responderle, Fanette se llevó las rodillas al mentón y, cubriéndose con el manto, se apoyó en la pared que separaba ambos patios. En su pelea, había perdido el gorro de dormir y sus cabellos pelirrojos le caían en cascada sobre los hombros. Mathieu se instaló a su lado y, con los ojos cerrados para ocultar su vergüenza, dejó que su nuca se apoyara en las piedras. Un ave de presa lanzó un grito en la noche, y provocó que ambos se estremecieran instintivamente.

—Antes nunca hubieras hecho una cosa así —dijo ella.

Antes del ataque del gavilán. Antes de la marcha de Algonde. Antes de Marthe. Antes de su entrenamiento con Dumas. Antes de los bandidos. Antes. Él la tomó de la mano. Ella no se escabulló. Al contrario. Entrelazó con fuerza sus dedos con los suyos.

—El Mathieu de ayer ya no existe, Fanette. Tu amor y tu paciencia no lo podrán remediar. Ya puedo buscarlo, pero ha desaparecido para siempre.

—No es a mí a quien quieres, es a ella, ¿no es cierto? A la espada forjada por mi padre. ¿Por qué?

Mentir. Hacer trampas. Suspiró.

—Para matar al barón.

—¿A causa de Algonde?

No respondió.

—Soy virgen, Mathieu. Te pido que me creas.

—Te creo.

Era sincero. Ella sonrió en la oscuridad. A pesar de lo que acababa de suceder o tal vez a causa de ello, acababa de ofrecerle algo más. Algo muy valioso. Su confianza.

—¿Aún la amas? —preguntó ella.

—Siempre la he amado.

—¿Y merece eso el cadalso?

Una mueca de desazón se dibujó en su rostro. ¿No era que Algonde le había dicho antes de que él la repudiara?

—Y yo no te curaré, ¿verdad?

Él le apretó los dedos con fuerza antes de sacudir la cal, No tenía valor para pronunciar las palabras.

—Necesito tiempo para hacerme a la idea. Dame un poco de tiempo, ¿quieres? Luego te casarás conmigo. Una mañana me despertaré y te habrás ido, con tu braquemarte al hombro. Quizá me habrás dado un hijo que, como yo, tendrá que llevar luto por ti. Tal vez no. Eso no tiene importancia. Sólo hace falta que me acostumbre a perderte. Desde ahora mismo. ¿Me entiendes?

—¿Por qué lo harías? ¿Por qué me perdonarías?

Ella se levantó, tan azorada como él. Con mano temblorosa, se alisó la capa y se cubrió los cabellos con la capucha, para tundirlos como ella misma con la noche.

—No te equivoques, Mathieu. No te perdono. Al contrario. Te daré los medios para que lleves a cabo tu venganza porque así te colgarán. Ya ves, las mujeres no somos tan diferentes de los lumbres. Prefiero vivir de tu recuerdo antes que saber que estás junto a ella. Simplemente porque te amo. Y nunca amaré a otro que no seas tú.

Mathieu cerró los ojos al oír aquella sentencia. Cuando volvió a abrirlos, Fanette había desaparecido.

¡Por fin lo tenía frente a sí! Cem, aureolado con el esplendor de sus ropajes de gala sacados de los baúles, aceptaba con orgullo la reverencia que le ofrecía Jacques de Sassenage, que había ido a visitarte.

Ya se habían cruzado. Sólo unos días después de haberse instalado en Rochechinard, su vecino había ido a rendirle pleitesía antes de retirarse a hablar con Guy de Blanchefort. Había más curiosidad que respeto. Figúrense, ¡un musulmán en tierras Francia! ¡Hijo del hombre que tanto daño había causado a la cristiandad! Cem no se dejaba engañar. Conocía el corazón de los hombres. Aquello se transparentaba en un momento a otro de las fiestas a las que le invitaban. Formaba parte del juego. Se había acostumbrado a ello. Unos instantes antes, sin embargo, hacía gala de una inusual soberbia. Asediado por el recuerdo de la joven a la que había perseguido, se había decidido a ser extremadamente complaciente para que le abrieran puertas hasta entonces cerradas.

Se alzó del sillón en el que, contrariamente a su costumbre, se había instalado para recibir a su vecino. Oe igual a igual, había decidido. Mostrarle que sabía adaptarse a las costumbres del lugar.

—Vuestra visita me llega al corazón, querido barón. No cesan de hablarme de vuestras espléndidas tierras y de la grandeza de vuestra alma. Si os juzgara por el retrato que de vos me ha hecho el señor de Blanchefort, sería yo quien debería inclinarme ante vos.

Jacques se sobresaltó. El timbre era ligero y manejaba la lengua con bella facilidad. En su encuentro precedente, Jacques no le había prestado atención. Sólo sentía cólera porque finalmente el sultán se había instalado en la vecindad tras haber rechazado él con firmeza la petición de Guy de Blanchefort en Sassenage. Había ido para pedirle explicaciones a éste y si bien se marchó más sereno, también con cierta indiferencia ante la suerte que corriera el exiliado. Apenas había conservado el recuerdo de aquel hombre, sentado en una alfombra en el suelo, rodeado de mujeres vestidas impúdicamente. Como uno se protege del diablo. Esta vez, sin embargo, a pesar de sus reservas debía reconocer que el individuo era brillante. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Me han dicho que sois tan diestro en manejar los versos como las armas, ¿es cierto?

Cem se mesó con una mano ricamente adornada de anillos su barba en forma de punta de lanza. Con los ojos centelleantes de Pillería en su azul immaculado.

—Si así lo dicen, sería una inconveniencia desmentíroslo. ¿Me acompañáis a la terraza? Da a vuestras tierras y os confieso que no me canso de contemplar ese espectáculo.

Invitado con un gesto de gran elegancia, Jacques de Sassenage le precedió a través de las puertas abovedadas que se abrían en la fachada. Avanzaron hasta el extremo protegido por una balaustrada de piedra. La vista era impresionante, en efecto, y Jacques se recreó englobando con mirada de propietario la vasta extensión

de bosques que corría de valle en valle hasta La Bâtie en Royans.

—Vuestro feudo, apreciado vecino. Cada día lo contemplo con el deseo confeso de cazar allí algún animal, como esa bestia enjaulada que soy a mi pesar.

Jacques se sobresaltó. No había tristeza en aquella confidencia. Ni pesar. Sólo una constatación de sorprendente lucidez. El barón se volvió hacia el perfil voluntario y orgulloso que oteaba el horizonte sin pestañear a pesar de la luz.

—¿Qué dirían vuestros poetas ante tanta belleza? —preguntó.

—Cantarían el azur como una gema habitada por oro y luz, y harían versos sobre el destello de las lágrimas de los cursos de agua, cubrirían las laderas con las sombras de un aliento de misterio y acabarían con la esperanza nacida con la llegada de una nueva primavera.

—¿Y vos, príncipe?

Cem sonrió.

—Yo me recrearía en la esperanza... de descubrir algún eco...

No fue necesario más para que Jacques de Sassenage fuera conquistado por el personaje.

—¿Me acompañaréis mañana? Mi montero me ha hablado de un ciervo cuya cornamenta sería un singular trofeo. Será un placer oírlos declamar su captura ante mi corte.

Los ojos de Cem centellearon aún más. Incluyó la cabeza, con la mano en el corazón, antes de volverse de nuevo hacia los frondosos árboles que se veían a lo lejos, inspirando a pleno pulmón aquel primer viento de victoria y de complicidad.

Al día siguiente, se levantó con un ímpetu que no había sentido desde hacía tiempo. Sus pensamientos nocturnos habían acompañado la huida de Huchang. Aunque no pudiera estar seguro de ello, su instinto le aseguraba que su fiel compañero conseguiría sortear los obstáculos que se cruzarían en su camino. Se dirigió a la capilla para asistir a la misa que Guy de Blanchefort se disponía a celebrar en su memoria. No faltaba ninguno de los hospitalarios y Cem se llevó incluso la sorpresa de oír a Philibert de Montoisson alabar el coraje y el valor guerrero de su enemigo. Rodeado por sus túnicas bordadas con la cruz blanca, con la nariz invadida por el vapor del incienso, Cem ocultó tras una máscara de circunstancias el placer que su treta le provocaba. Incluso durante unos minutos rogó a aquel Dios de los cristianos, aquel Dios de su madre, que otorgara paz al corazón de ésta, para que la protegiera de Beyazid y permitiera a Huchang alcanzar su objetivo.

Luego, se reunió con sus compañeros.

Sólo Nasuh y Anuar sabían la verdad. Al igual que Cem y para completar el engaño, ofrecieron de nuevo sus plegarias a Alá en medio del areópago turco sinceramente apenado mientras las mujeres se lamentaban en la estancia contigua.

Tras la comida, con los arcos y los carcajes al hombro, los tres montaron en sus caballos y cruzaron el cuerpo de guardia. Al pie de la fortaleza, se reunieron con el

barón Jacques, que les presentó a sus comparsas, una decena de señores a los cuales ofrecía el privilegio de su compañía. Ninguno de ellos pareció ofuscarse ante su presencia, sólo se sorprendieron al verles montar a pelo, Cem les mostró el rostro carnicero de un hombre decidido a dar prueba de su bravura.

Poniendo su caballo al paso del barón, se situó a su altura y se echó a reír.

—¿Qué os provoca esa hilaridad, príncipe? —se sorprendió Jacques.

Cem inclinó hacia él su hermosa cabeza cubierta por un turbante y se aproximó aún más.

—¿Habéis visto algo tan insólito en este mundo, barón? —Musulmanes y cristianos unidos en una misma cacería... ¿Qué creéis que recordará de esto la historia?

—El nombre de quien mate al ciervo.

—En ese caso —decidió Cem—, seré yo.

Y con un talonazo, alejó a su caballo del grupo, con el barón, tras él.

Pronto, sin embargo, tuvieron que acomodarse a los movimientos de los ojeadores. En varias ocasiones los perros levantaron a algunas ciervas asustadas que huyeron en desorden por el sotobosque, saltando por encima de los helechos. Cem estuvo a punto de tensar su arco por el puro placer de poner a prueba su destreza, pero aquellas presas eran demasiado fáciles. Prefirió dejar que huyeran.

Transcurrieron cuatro horas antes de dar con el ciervo, El grupo se dispersó para rodear la zona de la batida. Jacques de Sassenage se había quedado en compañía de Cem y del chelebi. Tras abandonar los caballos en la linde, se hallaban en lo más oscuro del bosque, incomodados por los lujuriosos helechos y los troncos apretujados en una maraña de ramas cargadas de hojas. Avanzando con cuidado, tan silenciosamente como les era posible, empuñando el arco, ambos hombres inspeccionaban concienzudamente los alrededores. Con los ojos clavados en el suelo, Nasuh seguía el rastro como solía hacerlo en Anatolia. Se detuvo bruscamente y alzando los brazos a la altura del pecho les hizo señas para que se detuvieran.

Uno junto al otro, Jacques y Cem siguieron el ligero movimiento de su cabeza hacia una zona aún más sombría. Allí estaba el animal. Inmóvil, jadeante pero con mirada orgullosa. Les observaba e irradiaba nobleza bajo su imponente cornamenta.

Su belleza era rara y por un instante les desconcertó. Suficiente para que diera media vuelta y se alejara. Cem fue el primero en lanzarse en su persecución, saltando sobre los matorrales, ramas y los árboles muertos caídos al suelo. Su juventud y su vigor le daban ventaja sobre el barón, a quien la edad había mermado su agilidad y presteza. Pronto Cem se halló solo, arañado y fustigado por las hojas demasiado bajas, empuñando el arco, sosteniendo la flecha entre los dientes, y con la mirada en aquella grupa que le llevaba más lejos cada segundo que pasaba.

No podría atraparlo. A menos que... Aquellos gritos que se oían a lo lejos. Los ojeadores. El animal se encabritó y al volver a poner las patas en el suelo brincó a la derecha y luego a la izquierda. Estaba rodeado. Eligió morir como un valiente.

Deteniéndose en un anillo de setas bajo un roble, dio media vuelta y se encaró con Cem. Sus miradas se fundieron. El mismo aliento entrecortado. El mismo ardor luchador. El ruido de la pezuña al arañar el suelo. El ciervo bajó la cornamenta para lanzarse al ataque. Cera tensó el arco. La flecha partió al encuentro del galope y se clavó en la frente altiva del animal. El ciervo trastabilló pero, arrastrado por el impulso, se lanzó hacia delante y obligó a Cem a saltar a un lado para evitarlo. Rodó entre la retama. El ciervo dobló las patas, se tambaleó y, caído de rodillas, resbaló sobre unas hojas muertas antes de inmovilizarse mientras sacudía la cabeza. Estaba vencido. Cem se puso en pie, avanzó hasta el animal y, agachándose frente a él, le miró a los ojos. Con una mano le acarició el hocico y con la otra desenvainó el puñal que llevaba a la cintura. Los demás corrían hacia ellos. Pero Cem sólo pensaba en lo esencial: homenajear al coraje.

Lo que Jacques de Sassenage pudo ver de aquella escena fue el beso que Cem le dio al animal a la vez que lo degollaba y ponía fin a su vida.

Capítulo 17

Aunque fue de grupo en grupo, afable y encantador, Cem no fe vio. Desde que regresaron triunfantes a La Bâtie, precedidos por el ciervo que seis criados llevaban en andas sobre unos varales. Jacques le presentaba a sus cortesanos y le cubría de elogios por su coraje y sobre todo por su gesto ante la agonía del animal.

—Quien diga que los turcos son unos salvajes es porque no ha conocido a éste — repetía mientras le daba palmadas en el hombro.

De repente, todos le rodeaban y le sonreían y felicitaban, y Cem oscilaba entre el detestable sentimiento de haberse convertido más que nunca en un bicho raro y, ¡qué halagador!, el de ser venerado. La única cosa que tenía prioridad sobre lo demás era ella. Su misteriosa espía. Su fugitiva. Estaba persuadido de que pertenecía a aquel castillo y así, de las salas de recepción a las estancias de música o de juegos, rodeado por la magnificencia de aquel lugar donde súbitamente hallaba algo de su fastuoso pasado, ninguno de los rostros con los que se había cruzado, ninguna de las miradas, correspondían a ella. La posibilidad de describírsela a Jacques de Sassenage quedaba descartada, puesto que para ello debería revelarle las circunstancias de aquel encuentro impensable. La música sobrevolaba las cabezas y cambiaba de una estancia a otra, las mesas desbordaban de manjares y vino refinados, se oían risas y las conversaciones se entremezclaban. Cem jamás hubiera imaginado que el barón de Sassenage dispusiera en aquel lugar de una corte tan prestigiosa. Casi se creía junto a un príncipe. Su primo, rey de Hungría, a quien había visitado una vez en su palacio con su padre, no le había causado semejante impresión.

Así pues, se dijo para sí, era cierto. Jacques de Sassenage era tan poderoso como Guy de Blanchefort le había dado a entender. Su amistad aún sería más valiosa, puesto que ahora le parecía imposible seducir a aquella Philippine. La desconocida había trastocado sus proyectos. Cem estaba perdidamente prendado de ella. Lo sabía de todo corazón. A pesar de la marcha de Huchang, a pesar de la amenaza que para él suponía la pérdida del elixir de vida de la bruja, aquella mujer vestía sus noches con un sueño inaccesible con el que el día se engalanaba para seguir obsesionándolo.

Alzó un instante la mirada, siguiendo el murmullo que crecía junto a la doble escalinata que adivinaba que debía conducir a los aposentos de sus señorías en el piso superior. Por ella descendía una dama de extraordinaria elegancia. Si la riqueza de sus ropajes la hacía radiante, a buen seguro la fealdad y la macabra austeridad de su acompañante realzaban su belleza. Apartando la mirada de aquellos ojos de rapaz que se habían detenido en él y parecían querer hurgar en su alma, Cem se dejó llevar por su huésped hasta los pies de la escalera.

—Príncipe Cem, permitidme que os presente a mi esposa, Sidonie de Sassenage.

Con la mano en el corazón, Cem se inclinó ante ella a la manera oriental.

—Señora, me siento como un cardo ante una rosa. Invado vuestro territorio con mis tristes espinas cuando todo él debería estar consagrado a vuestro esplendor.

—Sin público que la admirara, la rosa se marchitaría, príncipe Cem —respondió Sidonie, dedicándole una alegre sonrisa.

—En ese caso, si vuestro marido me lo consiente, permitidme... —Osó Cem ofreciendo su brazo, a la manera de cualquier señor de Francia.

—Será un honor —respondió Sidonie, poniendo con elegancia sus dedos sobre el jubón de seda de moaré.

Jacques de Sassenage se echó a reír. Se reprochó su estupidez de retrasar su encuentro con el príncipe puesto que, decididamente, aquel hombre le gustaba.

Algonde deliraba.

De buena mañana se había levantado, con náuseas, para coger en brazos a Elora, que lloraba. La criatura se había calmado con su contacto pero había rechazado su pecho. Algonde se alarmó de inmediato. La curandera que hacía también las veces de partera acudió de inmediato y con su dedo índice tomó una gota de leche materna y se la llevó a la boca, luego le subió el camisón para inspeccionarle el bajo vientre.

—Tenéis una infección. Puedo remediarla, pero deberéis guardar cama unos días y entregar la niña a un ama de cría —diagnosticó.

Con el corazón partido, Algonde permitió que otra se ocupara de su hija. No se llevaba a engaño. Sin duda, la poción que Marthe le obligó a tragarse se había transformado en veneno y se había mezclado con su sangre mancillada ya por la serpiente. Sus carnes tumefactas se pudrían. Había luchado con todas sus fuerzas, pero la fiebre se había apoderado de ella a pesar de la intervención de la curandera. Unas horas más tarde, cuando Philippine, a la que habían avisado, entraba en su habitación para juzgar su estado, estaba empapada de sudor y le castañeteaban los dientes. Aterrorizada por su aspecto macilento y sus palabras incoherentes, Philippine se negó a alejarse de su cama.

La tarde avanzaba y ella seguía allí, rezando, desesperada al ver que en lugar de desaparecer, el mal demacraba su rostro a medida que pasaban las horas.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó de nuevo a la curandera que acababa de entrar para tomarle el pulso desacompañado a la jovenzuela.

—Ya os lo he dicho, damisela Hélène. Mis remedios son limitados. Su vida está ahora en manos de Dios. Hay que esperar, pasa la noche, tal vez...

Philippine se echó a llorar.

—Decidme que no se morirá. Por favor, doña J'espérais. Decidmemelo -suplicó.

La partera rodeó la cama con sus piernas torcidas. Estaba al servicio de aquella casa desde hacía mucho tiempo, había ayudado a Jeanne de Commiers a traer al mundo a sus hijos y los consideraba un poco suyos. La muerte de Claudine la había afectado enormemente y aunque no alcanzaba a comprender que se llorara así a una sirvienta, la pena de Philippine le partía el corazón. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho generoso.

—Deberíais distraeros. Vuestro padre ha traído un ciervo con una cornamenta descomunal. Es el turco quien lo ha cazado con una flecha en plena frente, dicen.

Está abajo. Es una curiosidad. Puesto que nada podéis hacer aquí, ¿no preferís verlo?

—¿Al ciervo? —sollozó Philippine.

—No, pardiez, el ciervo ya está en la cocina. Al príncipe Cem.

Philippine titubeó. Reunió los datos que había oído sin verdaderamente escucharlos. Se apartó de doña J'espérais, con una lágrima suspendida de su nariz.

—¿El príncipe está aquí?

—Eso os he dicho. Id a refrescaros. Yo me quedaré velando a Algonde. De todas formas, tengo que cambiarle las sábanas.

La partera le pellizcó afectuosamente la mejilla.

—Ya me explicaréis...

Sin dejarle elección, cogió a Philippine por los hombros, la acompañó hasta la puerta que comunicaba con su habitación, la empujó con amabilidad y cerró la puerta tras ella.

Plantada allí detrás, Philippine se sorbió los mocos, con el corazón partido. ¿Podía abandonar a Algonde? Desde su encuentro fortuito en el bosque y a pesar de los acontecimientos que habían tenido lugar, no había dejado de pensar en Cem. En aquel momento, incluso, el simple hecho de imaginarle en alguna de las salas de recepción la hacía sonrojar y le inflamaba el cuerpo. Se apoyó contra la puerta. Culpable de aquel sentimiento cuando tal vez al alba... No. No tenía que pensar en eso. Algonde viviría. No quería perderla. Y aún menos reemplazarla por un hombre que tal vez sólo había ido allí aquel día a buscarla y obligarla a guardar silencio. Esa idea la aterrorizó pues la juzgó muy plausible. Ésa era la razón por la que Cem había desistido en continuar persiguiéndola la víspera. Ignoraba quién era ella y había logrado introducirse en el castillo para descubrirlo. Ahogando un grito de desesperación con la palma de la mano, se dejó resbalar contra la madera maciza de la puerta hasta sentarse en el suelo. Su recuerdo recuperó el azur determinado de la mirada de Cem cuando desenvainó su cimitarra. El entrechocar de las espadas. El príncipe era un guerrero. Y no había dudado en acusar de traición a su mejor compañero. Por lo tanto, no tendría escrúpulo alguno a la hora de desembarazarse de ella en aras de proteger su secreto. Un poco de veneno en una bebida. Philippine se sintió desfallecer. Ése era el destino que le aguardaba si descendía aquella escalera. Renunció a ello. En cuanto Algonde se recuperara, iría a Rochechinard con su hermano. Allí, Cera debería rendirse ante la evidencia de que no le traicionaría. Sí, era la única solución para seguir con vida.

Sin embargo, no podía renunciar a la idea de verle. Su ventana daba a los jardines. Se precipitó hacia ésta, descorrió las cortinas, sólo lo necesario para ver sin ser vista, y recorrió con la mirada el grupo de doncellas y donceles que jugaban a la gallinita ciega o deambulaban chismorreando. ¿Se parecía a ellos cuando sí hallaba en su compañía? ¡A veces se sentía tan diferente! También otro ser lo era, solitario en un banco: Aymar de Grolée, señor de Bressieux, amigo de sus padres, el padrino de la

difunta pequeña Claudine, que acogió a Enguerrand como escudero. Aún era un hombre atractivo, pero parecía huraño. Por despecho, sin duda. Desde que ella sabía que había amado a su madre y que había renunciado a ella al saberla enamorada de Jacques Philippine ya no dudaba de los ambiguos sentimientos hacia ella. ¿Acaso no se parecía hasta en el menor de los rasgos a Jeanne de Commiers? Ese pensamiento la llevó de nuevo a Cem y sintió un escalofrío. ¿Iría al despacho de su padre? El retrato de su difunta madre decoraba el manto de la chimenea. Y a pesar de la distancia y de su aspecto despeinado durante la persecución, ¿podría reconocerla? Se mordió las uñas. ¡Qué triste y complicada es la vida!

Finalmente, corrió la cortina. Cem se habría marchado o prefería estar al fresco en el interior del castillo. Apesadumbrada y cariacontecida, se fue a velar a Algonde. Evitó la mirada de reproche de doña J'espérais que acababa de hacer sus curas y, aliviada al oír que la infección se había detenido, se arrodilló para rezar.

Poco antes de medianoche, llamaron a la puerta y Philippine vio entrar a Marthe, preocupada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la camarera de Sidonie acercándose a la cama iluminada por un farol.

Algonde respiraba trabajosamente, con expresión atormentada y pálida. Incomodada por su presencia, exhausta de luchar contra el sueño y visiblemente angustiada, Philippine la fulminó con la mirada.

—¿Y qué os importa? ¡Vos la detestáis, como a mí, como a todos! ¡Marchaos!

La expresión de Marthe se endureció. ¡En otro lugar y en otras circunstancias hubiera destripado a aquella pécora con una sola uña para darle una lección de respeto! Y, sin embargo, se contuvo. La muerte de Algonde no era aceptable. Marthe no entendía a qué se debía tal deterioro en su estado. Temiendo que Algonde tratara de engañarla, había preferido reducir ella misma el huevo negro en polvo y añadir la parte que la jovenzuela debía ingerir en aquella poción. Contrariamente a la que le había dado a Philippine, la mezcla no tenía ningún efecto abortivo. ¿Qué había sucedido? ¿Había intervenido Presina en el huevo? Marthe no había leído nada en ese sentido cuando forzó la mente de Algonde. ¿Habría conseguido la jovenzuela ocultárselo? En ese caso, Marthe había hecho bien en añadir a la mezcla unas gotas de su propia sangre. Sí, sin duda ésa era la explicación. El bien y el mal se enfrentaban en la mente de Algonde. Hasta que uno de ambos no venciera, la jovenzuela decaería.

Marthe sacudió la cabeza, taciturna.

—Sé que algunas cosas se os escapan, señorita, pero no soy vuestra enemiga. Doña Sidonie tampoco desea un desenlace fatal. Si su estado empeorara aún más, avisadme, y trataré de hacer lo imposible con mis elixires.

¿Era sincera? Así lo decía su mirada. Philippine, sin embargo no se dejó engañar.

—Marchaos, Marthe. ¡Sólo dejaré que decida Dios!

Al comprender que nada obtendría por más que insistiera la harpía dio media vuelta y salió al pasillo. Habían separado a la niña de su madre. La pequeña Elora lloraba en la habitación vecina y Marthe franqueó el umbral. El ama de cría se había quedado dormida en el sillón junto a la cuna, agotada sin duda por los incesantes llantos de la criatura. Sin hacer más ruido que una sombra, Marthe se acercó y se inclinó sobre el pequeño rostro sonrosado. Instantáneamente, las lágrimas cesaron y los ojos miraron al monstruoso rostro de la harpía. Como dos llamaradas ardientes que la hirieron. Marthe se estremeció de alegría. Elora tenía el poder. El poder del mal. La mezcla que había obligado a beber a Algonde antes del parto había eliminado cualquier rastro de bondad que quedaba en la criatura. La pequeña le pertenecía, así como su madre, si sobrevivía. Marthe retrocedió y abandonó la estancia para dirigirse a sus apartamentos. Presina había perdido la partida. La profecía se cumpliría. Pasará lo que pasase, ella, Plantina, recuperaría su apariencia original y reinaría en las Tierras Altas.

Algonde se hallaba en otro lugar. En otro lugar fuera del tiempo que no controlaba. Nadaba en unos limbos unas veces irisados como perlas y otras rojos como la sangre. Adivinaba que se hallaba perdida entre dos mundos sin lograr dar con el camino por el que regresar al presente. Y, sin embargo, sabía quién era, conocía el objetivo de su misión y era consciente de la fuerza de la profecía. Oía sobre todo el canto desesperado de su hija que gritaba de amor. ¿Por qué no conseguía reunirse con ella? ¿Qué le había hecho Marthe? ¿Qué sería de su hija si ella muriera? En un incesante reflujo, su tempestad interior la arrastraba al desamparo. Algunas imágenes la abordaban como orillas promete doras. Mathieu que le tendía los brazos, su madre que reía con maese Janisse, Elora bañada por un halo de luz. Cada una de ellas, sin embargo, había sido tragada por la hoja de la espada, como la montaña engullía el Furon. No luches, le susurraba una voz dentro de su cabeza. La voz de Marthe. La voz del mal. Se debatió en su inconsciente y gritó:

—¡Jamás!

Adormilada junto a la cama, Philippine se sobresaltó y se inclinó sobre Algonde. De nuevo inerte, la jovenzuela balbuceaba ahora una incomprensible letanía, con el rostro deformado por sucesivas muecas. Por las mejillas de Philippine rodaron unas lágrimas. ¿Por qué Algonde no recuperaba la conciencia si el mal se había detenido en su vientre? Le abofeteó las mejillas y la llamó. No causó efecto alguno. Y al día siguiente su padre quería ir a buscar a sus hermanas a Saint-Just, arguyendo que ya se habían retrasado demasiado; el torneo de Romans se celebraría al cabo de tres semanas y antes había que acostumbrarlas a los modales de la corte. Ella no iría. Lo sentía por sor Albrante, que estaría desolada. Philippine dio un brinco. ¡Sor Albrante! Ya tenía la solución. ¡Sor Albrante y su remedio! De repente sintió renacer sus fuerzas. Si Algonde resistía hasta su regreso de la abadía, algo de lo que estaba

segura, el prodigioso medicamento de la enfermera la salvaría.

Con las primeras luces del día, había dicho su padre. Philippine era todo oídos. La casa aún dormía y también ella corría el riesgo de adormecerse. Y en ese caso, su padre partiría sin ella.

—Espérame, Algonde. Por favor —imploró al oído de la enferma antes de retroceder hasta la puerta de su habitación. Allí, serenándose, llamó y esperó a que otra de sus sirvientas le preparara un baño para relajarse.

Las madres sienten esas cosas. Es como una agonía que prefigura la suya. En el castillo de Sassenage, Gersende se incorporó bruscamente en su cama. Si no gritó fue porque la violencia de su sufrimiento era inmensa. No se trataba de una pesadilla. Era un, certidumbre. Sin razón aparente. Aún más espantosa porque nada la había predicho. Algonde se moría.

Se llevó las sábanas al pecho como una mortaja que hubiera que preparar y se puso a temblar.

Capítulo 18

Philippine se tambaleó a causa de la fatiga en el momento de montar en la litera. Sidonie ya se había acomodado en ella. Louis, que le había ofrecido el puño para descender la escalera de la entrada, se percató de inmediato de que no se encontraba bien.

—¡No sé por qué te martirizas junto al lecho de una sirvienta! Si yo tuviera autoridad en esta casa, pondría orden, ¡puedes dar fe de ello! —la regañó al oído.

El patio estaba desierto con excepción de la escolta de sire Dumas a caballo, dos lacayos al pie de la escalera y el carretero que sujetaba por las bridas a los animales para aquietarlos. Philippine se abrumó. ¿No sufría pena suficiente que tenía que discutir además con Louis? No tuvo tiempo de responder y ya su padre, que les seguía, le espetó con una voz helada.

—Para ello tendrás que esperar a que yo haya muerto, hijo mío...

Louis agachó la cabeza. Sin duda no había calculado que sus palabras, susurradas en el silencio del alba, llegarían hasta él.

—Os pido perdón, padre. Pero no me negaréis que tanta condescendencia está fuera de lugar y es incluso ofensiva para nuestros invitados...

—Nuestros invitados no tienen razón alguna para dudar de la cualidad de Algonde. Y quien se la desvele será inmediatamente castigado —añadió el barón para dar por zanjada la conversación.

La amenaza era muy clara. Louis no insistió. No les acompañaba. Al desayunar, anunció que iría a Rochechinard. La víspera, el príncipe Cem le había propuesto amablemente una partida de ajedrez.

A pesar de ello, Louis no había dejado de insinuar que era lamentable que Philippine no se hubiera dignado a hacer acto a presencia, aunque se encontrara mal como pretextaba, para saludar al turco. Ella no le había respondido.

Philippine se instaló en la banqueta, junto a Sidonie. No tenía valor para inmiscuirse. A pesar de sus buenas resoluciones, estaba agotada.

Curvando su alta estatura, y tras renunciar a acompañarlas a caballo para así poder hablar con ellas discretamente, Jacques de Sassenage se acomodó a su vez. La puerta se cerró y se oyó a Louis deseándoles un feliz viaje.

El carruaje se puso en marcha, atravesó los sucesivos patios, tomó el camino que conducía a Bourne. Philippine, con la mirada perdida a través de la ventana en los vapores rosados que el sol naciente iluminaba poco a poco, ni siquiera tenía fuerzas para rezar y se hubiera dormido si su padre no le hubiese preguntado por Algonde.

—Está agonizando. Pero tengo la esperanza de que los elixires de sor Albrante puedan salvarla —dijo con voz pastosa.

Conteniendo su propia tristeza, Jacques de Sassenage asintió con la cabeza.

—Es una excelente idea. Algonde es robusta. Se recuperará, estoy convencido de ello. Y luego quisiera que aprovecharas tu torneo para juzgar la valía de tus

pretendientes. No me gustan los modales de Philibert de Montoisson. Si me ocurriera una desgracia, tu hermano se aliaría con él.

A Philippine le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quiere decir eso?

—Aymar de Grolée les sorprendió hablando de ti en una de las visitas del caballero. Louis no emitía reserva alguna ante los argumentos de Philibert de Montoisson aparte de mi propia voluntad... y de que yo estuviera vivo.

—Preferiría casarme con Aymar de Grolée —refunfuñó Philippine, ocultando un bostezo con la mano.

Por el silencio que sucedió a aquel comentario, Philippine supuso que aquella idea no debía de disgustar a su padre. Y sin embargo, no le preguntó nada más. La quería demasiado para preferir que fuera feliz con un jovencuelo antes que con un hombre de su edad, por animoso y generoso que éste fuera. Se ciñó alterna.

—¿Y por qué no Laurent de Beaumont? Es joven, apuesto y goza de buena posición. ¿No te gustó volver a verle este otoño? Luego te escribió, ¿verdad?

Philippine se encogió de hombros. Su último encuentro se remontaba a aquella tarde de octubre en la que su padre les había llevado a Blois con su séquito, para rendir homenaje a Carlos VIII y renovar su fidelidad a la hermana de éste, la regente Ana de Beaujeu. Faje del delfín en el momento de su duelo con Philibert de Montoisson al pie de las murallas de la abadía de Saint-Just, Laurent de Beaumont se había convertido en paje del joven rey. Por supuesto era un partido más aceptable que Philibert de Montoisson, pero ¿acaso no le había dicho que no se casaría con él, ni que fuera el mismísimo rey? En cuanto a sus cartas, numerosas, se había negado a responder a las mismas, al juzgar que ya tenía suficientes pretendientes a la vista como para aguantar además a aquellos que quería evitar.

—No le amo —respondió con hastío.

Jacques de Sassenage suspiró. ¿Qué la había afectado, la discusión con su hermano o la enfermedad de Algonde? Además de las confidencias que ésta le había hecho, Philippine había adivinado que su padre la quería mucho.

Si hasta el momento había permanecido al margen de su conversación, Sidonie, a quien visiblemente no se le había escapado una sola palabra, se interpuso con voz apaciguadora.

—Vamos, esposo mío. ¿No la veis, como todos nosotros, apenada por el drama que está sucediendo en La Bâtie? No la apesadumbréis más y dejad que descanse.

Jacques le sonrió con ternura.

—Por desgracia lleváis razón, amiga mía, pero piensa en ello, Hélène. Nadie sabe qué nos deparará el destino. Si fardas mucho en decidirte tal vez ya no estaré allí para protegerte.

—Os lo prometo, padre —aseguró la doncella con un nuevo bostezo.

A pesar de la incomodidad del viaje, y del peso de su tormento, se le cerraban los párpados.

Sidonie le pasó un brazo protector por encima de los hombros. Y, ya sin luchar, Philippine se dejó acunar.

La abadesa del convento de Saint-Just-de-Claix esperaba su visita desde que un correo firmado por el barón Jacques le anunciara su intención de llevarse a sus hijas a La Bâtie. A pesar de su aversión por Sidonie tendría que darles la bienvenida. En cuanto la advirtieron de que el carruaje del barón se adentraba en el patio de la antigua fortaleza real, un sofoco le subió hasta las orejas, señal en su caso de una intensa contrariedad. Frotó sus manos humedecidas contra su escapulario, se ajustó la toca y dejando a su derecha la puerta del scriptorium que acababa de abandonar, avanzó por el pasillo. Al final del mismo, resonaba la voz de Sidonie. Sin aminorar el paso, la abadesa se santiguó como se protege uno del diablo con el que tiene que enfrentarse.

Philippine se inclinó ante ella. Se sentía revigorizada tras la larga siesta.

—Me llena de felicidad veros de nuevo, reverenda madre —le dijo, con una calurosa sonrisa.

La abadesa no se la devolvió. Admitir que compartía el sentimiento de la jovenzuela la hubiera llevado a traicionarse frente a aquella harpía de Sidonie. Se contentó respondiendo en un tono seco.

—¡Menudas ojeras, Hélène! Teníais mejor aspecto cuando errabais en el convento.

Para no recrearse en su pena, se volvió inmediatamente hacia Jacques y le miró con severidad.

—Espero que cuidaréis mejor de vuestras hijas pequeñas, se Demasiadas fiestas menoscaban el temperamento...

—Demasiada penitencia también. ¿Acaso lo habéis olvidado? —le dijo Sidonie, sarcástica.

La abadesa la fulminó con la mirada. Esta vez, Jacques se interpuso.

—¿Podemos ir a vuestro despacho, madre? Mientras mi esposa se ocupa de mis hijas y Philippine va a darle un abrazo a sor Albrante, me gustaría hablaros en privado.

La abadesa se estremeció, pero no lo dejó aparentar. ¿Habría hablado Sidonie? No. No era posible. No tenía ningún interés en hacerlo.

—Si sois tan amable de acompañarme... —le invitó dirigiéndose hacia el antiguo torreón, sin ver que la mirada de Jacques, atraído por una dulce melopea, se había fijado en la ventana del último piso, y que desde detrás de los velos de la cortina un rostro le observaba.

—¡Menuda plaga! —soltó Sidonie cuando se hubo alejado.

Philippine iba a preguntar cuando Albrante apareció en el umbral de la enfermería, irradiando felicidad.

Abandonando a su prima sin el menor remordimiento, Philippine se arremangó la falda y corrió para lanzarse a sus brazos abiertos.

Al llegar al despacho de la abadesa, y tras rechazar el asiento que ésta le ofrecía, Jacques de Sassenage se plantó de espaldas a la ventana. La reverenda madre no podía sentarse sin sentir cruelmente el peso de su orgullosa presencia. La abadesa se apoyó ligeramente contra su mesa de trabajo para mirarle de arriba abajo.

—Os escucho, hijo mío... —le invitó ella en un tono más afable.

Lejos de aquella ramera se sentía aliviada.

—No ignoro, madre, las reservas que tenéis hacia mi esposa y las comprendo. Sin embargo, me gustaría que tratarais de moderar ese sentimiento.

Jacques de Sassenage extrajo un pliego de su chaleco y se lo tendió.

—Sé que hicisteis lo que juzgasteis más conveniente con respecto al desvarío de Philippine, y que vuestra severidad se debía al afecto que por ella tenéis. Quería daros las gracias por ello.

Agradablemente sorprendida, la abadesa rompió el sello del pergamino y lo leyó por encima. Era el acta notarial de uñado, nación. Además de las tierras, la suma añadida era importante. Esa valoración le concedió una legitimidad aún mayor. Si Jacques de Sassenage esperaba obligarla a guardar silencio, se equivocaba.

—Este gesto os honra, señor, y en nombre de la comunidad de Saint-Just no puedo sino daros las gracias. Sin embargo, no evitaréis con ello mis sentimientos hacia Sidonie. Mi franqueza, lo sabéis, sólo está a la par de vuestra generosidad. Sus actos pasados me hacen verla indigna de un hombre como vos e indigna de la memoria de Jeanne. Y, sinceramente lo creo, por desgracia un penoso ejemplo de moralidad para vuestras hijas...

Jacques no parpadeó. Esperaba aquélla diatriba. La abadesa suspiró.

—Es sin duda por esa razón por lo que, contrariamente a otras ocasiones, habéis optado por actuar sin venir a hablar conmigo. Ahora es vuestra dama y ante tal evidencia sólo me resta inclinarme. Así, la respetaré a ese título, Jacques, pero no me pidáis que sienta aprecio por ella y si aceptáis un consejo, procurad que vuestras hijas...

No pudo terminar, interrumpida por un ruido de pasos apresurados en la escalera procedentes del piso superior. Se quedó blanca. Por instinto, se precipitó hacia la puerta en el momento en que ésta se abría y aparecía la monja que en su ausencia se ocupaba de Jeanne de Commiers. La reverenda madre sólo tuvo tiempo de echarse a un lado para no ser empujada.

—¡Vaya manera de...! —Se sobresaltó.

—Tenéis que venir inmediatamente, señora, dese prisa, es Jeanne.

Al ver al barón que fruncía el ceño frente al marco de la ventana, la monja se sonrojó confundida, consciente de su torpeza.

—Perdonadme, yo no...

La abadesa, sin embargo, ya había recuperado el control. Con mano autoritaria, había empujado a la monja al pasillo y cerraba la pesada puerta a sus espaldas. Aún no había tenido tiempo de pedir explicaciones cuando se oyó un grito en el piso de arriba y una sucesión de golpes contra la puerta cerrada a cal y canto.

—De repente ha enloquecido, señora —sollozó la monja.

La abadesa tenía el corazón en un puño, pero trató de calmarse, Apenas disponía de unos segundos antes de que el barón la interrogara.

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba frente a la ventana, canturreando como de costumbre y de repente se ha callado y se ha quedado mirando fijamente. Acto seguido se ha abalanzado sobre mí y reclamaba que le devolviera... —La voz se convirtió en murmullo entre el escándalo de gritos— su rostro...

—Así, dices que la podredumbre le vino del parto —resumió Albrante una vez que, retiradas ambas en la oficina para reunirse de nuevo, Philippine le hubo explicado las desgracias de Algonde.

—Sí, hermana. Estaba a punto de salir de cuentas. Es una criatura enclenque y, sin su madre, me temo que...

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en ello y no pudo terminar la frase, así que se contentó con dirigir a la religiosa una mirada desconsolada. Albrante apartó el banco sobre el que había asentado su voluminoso trasero y fue a rebuscar en su armario de medicamentos. No dio con nada que la satisficiera y sacudió la cabeza, apenada.

—El convento, por fortuna, nos guarda de esos males... Dudo que pueda ayudarla.

Un sollozo a sus espaldas la sorprendió. Albrante se volvió y descubrió a Philippine, con la cabeza escondida entre sus brazos cruzados sobre la mesa. Presa de una tristeza inconsolable. Con el corazón en un puño, se precipitó hacia ella. Se sentó junto a Philippine, apoyada contra la mesa de madera y la estrechó contra su pecho.

—Vamos, vamos, mi niña. ¿Qué es esa desesperación? Tus cartas no me ocultaban el afecto que sientes por esa sirvienta, pero no me había imaginado que llegara a ese extremo. Mírame... Vamos, Hélène... Mírame.

Philippine alzó la frente.

—No quiero perderla, hermana —alcanzó a decir entre sollozos.

El rostro de Albrante se tornó grave. Tanta aflicción delataba a todas luces unas relaciones contra natura. Su deber hubiera sido combatirlas con toda la fuerza de sus principios religiosos y, sin embargo... ¿podría cambiar algo? ¿Acaso no le había devuelto la vida al señor de Montoisson que lo merecía mucho menos que esa Algonde que resplandecía en las cartas de Philippine?

—Está ese elixir que te di a probar... —se oyó confesar.

Los rasgos de Philippine se distendieron.

—... pero tendría que examinarla para decidirlo y no sé si la reverenda madre me dejará partir.

Philippine se sorbió los mocos. Aquella única condición podía estropearlo todo. La abadesa nunca lo consentiría.

—¿No se lo puedo dar yo misma? ¡No hay tiempo que perder!

Albrante se puso en pie y comenzó a recorrer la estancia de un lado a otro dándole vueltas en su sesera a los pensamientos apenas formulados. A pesar de tener plena confianza en su protegida, le disgustaba tener que separarse de la damajuana. Era a ella y sólo a ella a quien se la había confiado la bruja. Con órdenes estrictas de no separarse jamás de ella. Y, sin embargo... ¿no se la había dado para salvar a Jeanne de Commiers y a la propia Philippine? ¿Podía incluirse en ese axioma a quienes estuvieran ligados a ambas? Pese a todo... Una sirvienta... A pesar de su caridad cristiana, y Dios sabía que no carecía de esa cualidad. Albrante no podía evitar pensar que aquel elixir hallaría tarde o temprano un mejor empleo.

—Os lo ruego, hermana —suplicó Philippine, que adivinaba el combate al que su razón la sometía.

Se disponía a ceder cuando llamaron a la puerta. Sin esperar que la invitaran a entrar, una monja abrió la puerta y entro. Albrante puso mala cara.

—¿Algún problema, hermana Híldegarde?

—La abadesa me envía a buscaros. Es por quien ya sabéis. Es urgente. Coged vuestros medicamentos... sedantes...

Albrante se retorció las manos antes de ponerse a buscar en su armario. ¿Qué significaba aquello? Jeanne nunca había necesitado licor de adormidera. Era de naturaleza tranquila y alegre. ¿Por qué aquel día? ¿Tal vez era Jacques de Sassenage el responsable de ello? Tras meter unos frascos en una bolsa de tela, se volvió hacia Philippine que, ensimismada en su propio tormento, sólo pensaba en la distracción causada por aquel contratiempo.

—No tardaré. Espérame y enjúgate las lágrimas. A mi regreso te daré lo que ya sabes...

—¿Quién está enferma? ¿No os puedo acompañar para confortarla? —preguntó Philippine, a quien la soledad en aquel lugar entristecía aún más su ánimo.

Albrante esbozó una pálida sonrisa. Mentir. De nuevo y siempre. ¿Cuántos años hacía ya? Cuántos pecados añadidos...

—No la conoces. La hermana Jeanne llegó aquí tras tu partida. Sufre de locura y vive recluida en el torreón y sólo me tolera a mí. Ten paciencia. El Señor a veces nos aguarda en orillas insospechadas.

Tras decir eso, dejó a Philippine absorta en sus cavilaciones.

Sidonie lo había oído. El grito. Casi inhumano. Se hallaba en el dormitorio con las hijas de Jacques que, al salir de su lección de catecismo, la acogieron efusivamente. La abadesa las había prevenido acerca de la decisión de su padre y

estaban impacientes por regresar a La Bâtie. Sin aguardar más, Sidonie las invitó a preparar su equipaje. Estaban inmóviles, con las manos llenas de topa, y una ola de terror les erizó los pelos de los brazos.

—Esperad aquí —les ordenó Sidonie antes de precipitarse al patio para averiguar qué había sucedido.

El patio estaba desierto. Instintivamente, alzó la vista hacia el último piso y la vio. Jeanne. Su busto oscilando sobre el vacío como si quisiera arrojarse por la ventana. Sin reflexionar, Sidonie se dirigió hacia el torreón para evitar que lo hiciera cuando Albrante salía de la enfermería y la descubrió.

—¿Hay algún problema, reverenda madre? —pregunto Jacques de Sassenage estremecido ante aquel grito.

La abadesa cerró la puerta y, fingiendo serenidad, se encaró con él.

—Nada que deba inquietaros, hijo mío. Una de nuestras protegidas sufre crisis de demencia desde su llegada. Sor Híldegarde aún no había tenido que enfrentarse a ella. La he enviado a buscar a Albrante. Eso es lo que hubiera debido hacer en lugar de venir a importunarnos.

Jaeques asintió con la cabeza, con el semblante circunspecto. No tenía nada que objetar a esa respuesta y, sin embargo, se sintió invadido por un profundo regusto de falsedad. La dejó de lado con decisión. Los asuntos de la abadía no le atañían.

—¿Dónde nos habíamos quedado...? —prosiguió la abadesa deslizándose detrás de su mesa de trabajo.

Las piernas le temblaban y si no hubiera tenido que permanecer allí, ella misma se habría precipitado para ver qué sucedía. ¿Podía ser que Jeanne, al ver juntos a Philippine y a Jaeques al pie de la torre, de repente hubiera recuperado la memoria de la imagen de ella misma junto a su esposo? ¡La doncella se le parecía tanto! ¿Podía atribuirse a un milagro? Desechó aquel pensamiento tan bello como desastroso. Jeanne ya no tenía lugar en la realidad.

—Creo que hablábamos de mis hijas...

Ella asintió con la cabeza, pero ya no tenía fuerzas para hablar mal de nada ni de nadie.

—Su belleza y su juventud las hacen vulnerables, sire Jacques. Lo sucedido aquí muestra hasta qué punto Philippine y sus hermana necesitan atención.

—Todo eso ya lo sé. Ésa es la razón por la que he vuelvo a casarme. Sidonie es amorosa y sabrá dirigir sus pasos con prestancia. Tengo toda mi confianza depositada en ella —aseguró alzando la voz.

Del otro lado de la puerta, se oían pasos y carreras por la escalera de caracol. Se detuvieron en el rellano. Un puño, ahogado por el espesor de los muros, martilleó la madera con un vigor desesperado.

—¡Jeanne! ¡Por el amor de vuestras hijas! ¡Os lo ordeno! —gritaron.

Jacques se puso tenso. Aquella voz, Sidonie. ¿Qué tenía ella que ver con aquella

loca?

—¡Callaos de una vez! —vociferó sor Albrante al llegar; a su vez, al rellano.

—¡Abrid! ¡Rápido! ¡Antes de que sea demasiado tarde! —suplicó Sidonie.

Si Jeanne llegara a saltar, sabía que jamás se lo perdonaría.

—¿Acaso queréis que él os oiga? ¿Que todos vuestros proyectos se vayan al traste?

—¿Preferís que Hélène descubra la verdad junto a un cuerpo ensangrentado? —replicó Sidonie, con tal nudo en la garganta que ya ni se preocupaba por su futuro.

Sor Híldegarde, que venía tras ellas, se sacó la llave de la cintura y la hizo girar febrilmente en la cerradura.

Entraron precipitadamente en la habitación. Vacía. Al mismo tiempo que se apresuraban hacia la ventana, Jeanne de Commiers, escondida tras el batiente de la puerta, se escabulló por el paso que estúpidamente acababan de dejarle libre.

En el despacho de la abadesa remaba el silencio. Lívida, la reverenda madre acababa de comprender que dijera lo que dijese, la implicación de Sidonie haría aflorar la verdad a la luz. Guiado por la curiosidad, el barón se había puesto en pie para abrir la puerta y ya su pie subía el primer peldaño, A la abadesa sólo le quedaba rezar para que el milagro fuera completo. Porque en ese vaso, Sidonie ya no tendría legitimidad alguna.

La vio descender en la penumbra de la escalera, como si huyera del diablo, con la cabeza gacha, las manos agarrándose a los cantos de las piedras para guiarse.

Se disponía a apartarse para dejarla pasar cuando ella alzó los ojos. Se quedó inmóvil. Estupefacto.

—¡Jacques! —gritó ella de felicidad arrojándose en sus brazos. Instintivamente, él abrazó aquel cuerpo enclenque y lo estrujo como sí quisiera triturarlo.

Capítulo 19

—Se os ve preocupada, doña Gersende —afirmó más que preguntar maese Janisse depositando sobre la mesa su espátula de madera, justo al lado del desayuno que ella apenas había mordisqueado.

En ausencia de los señores, la vida en el castillo de Sassenage transcurría lentamente. Para ser sinceros, después de que su niñita se hubiera marchado el cocinero se aburría. Tenía aún a Mathieu y a Fanette, pero desde hacía unos meses aquellos dos estaban tan próximos que corneaban su recuerdo y a fin de cuencas le provocaban más penas que alegrías. Sólo estaba a gusto con Gersende con la cual, pardiez, aún no había perdido la esperanza de casarse, pero para ello hubiera tenido que hallar el coraje para declararse. Sin embargo, como para esas historias del corazón era muy soso, carecía de él.

Gersende dejó sobre la mesa su vaso de leche. No podía tragar. ¡A ella, que hasta hubiera bebido de la ubre de una vaca, pues tanto le gustaba la leche!

—¿Estáis enferma? ¿Queréis que avise a la bruja? —insistió el tocinero, preocupado por su mirada perdida.

Ella puso sobre su brazo su mano regordeta.

—No es necesario, maese Janisse. Me encuentro bien. Simplemente esta mañana estoy triste. Echo en falta a Algonde. Y para deciros la verdad, estoy preocupada por lo que pudiera pasarle.

—¿Habéis recibido malas noticias?

Gersende meneó la cabeza. No había dicho nada. Conforme al deseo de su hija, en el castillo todos ignoraban su embarazo así su cómo privilegiada situación junto a Philippine. ¿Cómo carie en ese caso al buen hombre que su propio corazón se apagaba minuto a minuto como un reloj de arena al que hubiera olvidado darle la vuelta y que tuviera el tiempo contado?

Janisse recorría la cocina de un lado a otro haciendo aspavientos con los brazos como de costumbre. A unos pasos de allí, bajo la impresionante batería de cacerolas colgadas de las paredes blancas sombreadas de gris, sus dos pinches bostezaban mientras despellejaban los conejos que el halconero acababa de traerles, Janisse contaba servirlos para la cena.

Pensaba. La idea le daba vueltas en la cabeza desde hacía ya unas semanas. ¿Acaso no era el momento? Se plantó ante ella, puso sus puños cerrados sobre sus sólidas caderas y se aclaró la voz.

—¿Y por qué no vamos a verla?

Gersende se sorprendió.

—¿Adonde?

—¡A La Bâtie, pardiez! ¿Acaso está prohibido que una madre visite a su hija? ¿O que una intendenta presente las cuentas?

Gersende jamás había salido de Sassenage. No era que La Bâtie en Royans

estuviera lejos, apenas dos días en carro y eso a paso de buey, pero...

—Sin escolta sería una locura. Y, además, ¿quién haría nuestro trabajo aquí?

Él le tomó las manos y se las apretó con insistencia.

—Vamos, Gersende. No estamos agobiados de trabajo. Sólo unos días. El tiempo de ir y volver y asegurarnos de que todo va bien. Y además, podríamos pedirle a Mathieu que nos acompañara.

—Eso no —respondió Gersende.

Maese Janisse se encolerizó.

—¿Acaso preferís que se case con Fanette? No es que no la aprecié, pero vamos... Gersende... Sabéis como yo que no la quiere. Ese muchacho necesita una oportunidad. ¡Una oportunidad que le sacuda el orgullo! Doña Gersende... También yo estoy un guiñapo. ¡Yo también echo en falta al rruiseñor! ¡Ya veis, o que se marchó me he desplumado como un gallo viejo!

De hecho, en el cráneo apenas le quedaban unos pocos callos de estopa que se ataba con un lazo. La primera vez que lo vio peinado así, Gersende se echó a reír. Aquel día no tenía ganas. Su razón le decía que se quedara. Su corazón la incitaba a ir a verla, y sin embargo, ¿qué haría una vez allí? ¿Enterrar a su hija si, como temía, lo peor había sucedido? ¿Y si no? No tenía la ciencia de los simples como la bruja... Su mirada se iluminó y una sonrisa de triunfo recorrió el rostro lunar de Janisse.

—Allá, en buena hora. Venga, nos vamos... Ya está decidido.

Gersende asintió con la cabeza. Acababa de tener una idea. La bruja. La bruja podría ayudarle a saber. A comprender Al fin y al cabo, tal vez su inquietud no fuera más que una premonición destinada a salvar a Algonde. Al verla dispuesta a dar a luz a su hijo, ¿acaso Mathieu no podría perdonarla? Forzar la fatalidad. El destino dependía también de las decisiones que uno tomaba. ¿No era eso lo que Algonde le había afirmado antes de irse?

—Si queréis mi opinión, sería mejor que Mathieu no supiera por qué vamos allí. Es tan necio que se negaría a llevarnos... —sugirió el cocinero con un rictus.

Gersende observó con sorpresa sus rasgos que de repente se habían sonrojado por la confusión.

—¿Y qué mentira le diremos?

Llevándose las manos a la espalda, con los ojos mirando sus zapatos que su panza le impedía ver, se puso a bailar sobre uno y otro pie, como un chaval al que hubieran pillado haciendo una trastada.

—Mentira... mentira... Habría que ver... Podría set... Me parece...

A pesar de su inquietud, Gersende se echó a reír.

—Y bien, mi buen Janisse, ¿qué ibais a decirme?

Torció la nariz y la boca, y luego se volvió hacia sus pinches, demasiado lejos para oírle pero lo suficiente para adivinarlo.

—¡Bajad los dos a la bodega y esperad a que os llame para volver a subir! —les gritó.

Mientras les observaba dirigirse a la escalera que llevaba a la bodega, Gersende puso los brazos en jarras.

—¿Qué astucia se os ha ocurrido?

Janisse tragó saliva. ¡Pardiez, qué seca tenía la boca! Alargo una mano de rapaz hasta el vaso de leche olvidado y la bebió un trago. Era ahora o nunca. Hinchando el pecho, se armó de voluntad.

—¡No hay más que decirle que queremos casarnos!

Así que era eso. ¡Ése también se había tomado su tiempo para decidirse! Se merecía que lo zarandeara un poco. Gersende meneó la cabeza.

—No se lo va a creer.

—¿Ah, no? —Se atragantó Janisse, su tez de color escarlata.

—No, demasiado gordo...

Se quedó de piedra y se frotó las manos sobre su delantal bien henchido. A decir verdad, no se sentía muy atractivo con aquel tripón... Gersende llevaba razón reprochándose.

—La culpa es de mi glotonería. Pero podría poner orden, sabéis...

Al comprender que, como buen cocinero, había malinterpretado sus palabras, Gersende se echó a reír. Le dio unas palmaditas en la barriga.

—No me refería a eso, mi querido Janisse. ¡A mí me gusta, vuestra panza!

Janisse recobró la sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Decía que no comprendería por qué nos lo llevamos a La Bâtie simplemente para que pidáis mi mano... O yo tendría que considerar que ya me la habéis pedido.

Asintió, con la mirada chispeante.

—Así es.

—Y que tras aceptar, necesitamos la autorización del barón para casarnos.

—Eso es.

—Y que estamos tan impacientes que no podemos esperar una respuesta por correo.

—Exactamente.

—Y por ese motivo, un brazo armado y un carretero nos imprescindibles para llevar nuestro proyecto a buen término.

—Iba a decirlo.

—Pues parece que se sostiene...

Gersende asintió con la cabeza y volviéndole la espalda se dirigió hacia la puerta. Maese Janisse se quedó unos instantes estupefacto, y luego, dándose la vuelta, exclamó:

—¿Eso es todo?

Gersende ahogó su risa mientras se volvía hacia él.

—¿No es suficiente?

—Es decir... que me dejáis...

—Para ir a preparar mi equipaje mientras convencéis a ese diablo de Mathieu.

El rostro del cocinero se iluminó.

—Pero en ese caso...

Unas palmadas en la espalda acompañaron la tierna mirada que le dirigió Gersende. Los dos pinches acababan de aparecer de nuevo, muertos de risa, pues oliéndose de qué iba la cosa, se habían quedado en el rellano. Janisse se volvió hacia ellos de golpe.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no os había dicho que os largarais?

—No os enfadéis con ellos, prometido mío. Vienen a felicitaros —se burló Gersende antes de franquear la puerta.

Tras ella, un grito, «¡Navidad!», hizo nacer un poco de alegría en su corazón.

Jacques de Sassenage ya no sabía en aquel momento si reír o llorar, castigar o dar las gracias, rechazar o admitir. La verdad acababa de ver la luz en el despacho de la abadesa y su mirada iba una y otra vez de ésta, rígida y digna, a Sidonie, cuyo dolor delataba a la vez su afecto real hacia Jeanne y su amor por él. Con grave semblante, él sufría. Al sentimiento de traición que se había apoderado de él al descubrir que Sidonie lo sabía, sucedió la fría realidad de la vida cotidiana de Jeanne. Ahora estaba ante sus ojos.

Apenas había logrado que se soltara de su cuello, que le había cubierto de besos, Jeanne comenzó a chillar de nuevo y fue presa de violentas convulsiones. Sor Albrante, que había descendido la escalera tras ella, se interpuso.

—¡Agarradla! ¡Por lo que más queráis, barón, sostenedla!

Él obedeció. Por reflejo. Los ojos de Jeanne barrían el espacio enloquecidos. La agarró con los brazos, apoyando la espalda de ella contra su torso, y ofreció a Albrante aquel rostro demacrado en el que se reflejaba toda la angustia del mundo. De su saco Albrante tomó apresuradamente el frasco de licor de adormidera y, con dificultad, pues Jeanne no dejaba de debatirse, acabó por obligarla a beberlo.

Con la cabeza ligeramente apoyada contra la pared, desplomada, Jeanne de Commiers dormitaba ahora en el sillón bajo la ventana, calmada, frágil. Sublime en su inocencia y su pureza.

Jacques apartó la mirada de ella. Estaba muy agitado.

—Ignoro qué ha reavivado su memoria, sire Jacques, pero vos mismo habéis podido juzgarlo, la conmoción ha sido demasiado violenta y ahora mismo soy incapaz de pronunciarle sobre qué hacer. Pudiera ser que al despertar estuviera curada... o perdida para siempre —declaró Albrante retorciéndose las manos.

—Imagino hasta qué punto para vos es difícil entender nuestros motivos, pero si, con conocimiento de causa, optamos por guardar el secreto no fue para perjudicaros sino para protegerla.

—Lo comprendo, señora... Sin que por ello pueda excusarlo. Habéis blasfemado y también yo al volverme a casar.

La abadesa rió.

—Yo llevo mi cruz, señor. Dejad que doña Sidonie cargue con sus propios pecados.

Frente a la ventana, Sidonie no respondió. Sabía que acababa de perderlo todo. Su dolor no tenía nombre pero, curiosamente, una parte de sí misma se sentía aliviada. Sin embargo, se estremeció al oír la voz de Jacques que decía:

—Es una cuestión que deberé resolver. Y la resolveré en su momento. Ahora, sor Albrante, os pido que según vuestra alma y conciencia me digáis qué conviene que haga para ayudar a Jeanne.

—Marcharos. Con vuestras hijas, tal como estaba convenido, y sin desvelar nada. Se puso en pie.

—Imposible. ¡Mis hijos tienen derecho a saber la verdad!

Sidonie se volvió. Serena y humilde, le miró a la cara.

—Poco importa lo que penséis de mí, Jacques. La decisión a la que hoy os enfrentáis tuve que tomarla yo antes. Si Jeanne se hubiera curado, no me habría entregado. Lo habríais sabido por mí antes que por cualquier otra persona. Pero miradla...

—Callaos... —La interrumpió, dolido.

Sidonie no podía callar. Avanzó hasta él y le tomó las manos. Para su alivio, él no la rechazó.

—¿De qué serviría reavivar una esperanza que podría nacer muerta? Dentro de unos días, de unas semanas, si Dios quiere, Jeanne volverá a ocupar su lugar y yo me marcharé. Por ahora, sor Albrante lleva razón. Aquí es donde mejor atención recibirá. Debéis marcharos.

Al ver que la abadesa hacía muecas de disgusto y para evitar que se interpusiera con alguna mezquindad inoportuna, Albrante reforzó su determinación.

—He dejado en la oficina a mi pequeña Hélène, desesperada por la enfermedad de su dama de compañía. Añadirle más penas sería contraproducente para ella. Os lo pido, barón. Confiad en mí.

Jacques cedió con un suspiro de resignación:

—Si así debe ser... No cambiaremos nada en nuestras costumbres ni en nuestros proyectos antes de saber qué hacer. Id a por mis hijas, Sidonie, y que carguen sus equipajes, que ya deben de estar listos. Cuanto antes nos marchemos, mejor será. En cuanto a Hélène, hermana, está aquí para pedir vuestra ayuda. ¿Podréis prestársela?

Albrante se balanceó sobre uno y otro pie. Necesitaba más que nunca el elixir de la bruja para salvar a Jeanne. Y, sin embargo, ¿podía abandonar a Hélène en su desesperación? Unas gotas bastarían.

—Hélène se marchará con lo que ha venido a buscar —decidió, y añadió—: Si pudierais, barón, llevar a Jeanne a su habitación y acostarla en su cama...

Dejando allí a Sidonie, obedeció de inmediato. Emocionado por el amor que jamás había dejado de sentir por la que fuera su primera esposa, la alzó en brazos con

suma delicadeza, Instintivamente, Jeanne llevó sus brazos alrededor de su cuello. Con un nudo en la garganta, Jacques cruzó el umbral de la puerta que Albrante acababa de abrir. Sidonie le siguió para acompañarle al dormitorio. Se detuvo en el rellano y, con tristeza, le miró subir la escalera con ella contra su corazón.

—Jacques... Amado mío... —gimió Jeanne inconsciente.

—Aquí estoy, amor mío. Tuyo para siempre —respondió el barón, y la besó en la frente.

Unas lágrimas afloraron en los ojos de Sidonie. Despiadada, la abadesa se deslizó detrás de ella.

—¡Eso es de lo que más me alegro! Pase lo que pase, ¡vuestro reinado ha terminado!

Gersende se detuvo en el lindero del claro. Frente a ella, la cabaña de la bruja se fundía con el paisaje por el musgo y las enredaderas salvajes que habían cubierto las paredes de troncos. Salía humo de la chimenea y, en la brisa fresca de aquel 22 de mayo de 1484, exhalaba un perfume agrio entremezclado de notas de flores blancas. Con decisión, avanzó y llamó a la puerta carcomida. Poco después, la silueta ligeramente curvada de la curandera apareció en la puerta entreabierta.

—Sois vos, Gersende... ¿Os han seguido? —preguntó la bruja.

La intendenta del castillo de Sassenage meneó negativamente la cabeza y la puerta se abrió de par en par.

—Algo grave le ha pasado a la chiquilla, ¿verdad? —dijo enseguida Presina, en cuanto estuvieron al abrigo de oídos indiscretos.

Gersende tragó saliva.

—También lo habéis percibido...

—Desde el alba.

—Eso es que se muere... —se desesperó Gersende, dejándose caer en un banco.

Bajo su inmutable apariencia de anciana, Presina se instaló junto a ella y le cogió las manos. De inmediato un calor benefactor irradió en las venas de la intendenta. Sin embargo, el corazón de Gersende aún estaba en un puño.

—¿Podéis hacer algo por ella? —preguntó.

—De momento nada, por desgracia. Marthe merodea alrededor de ella y sentiría mi cuerpo etéreo. Por la noche haré algo para mantenerla con vida hasta vuestra llegada.

—Cómo... —se sorprendió Gersende, que aún no había dicho nada acerca de sus proyectos.

—Puedo leer dentro de vos, al igual que puedo leer dentro de ella. Somos de la misma sangre, Gersende, aunque en vuestro caso en menor medida. Apresuraos.

Se puso en pie y fue a coger de una estantería la damajuana de cristal azul con una redecilla de plata.

—Ignoro qué lo ha provocado, pero el bien y el mal están luchando dentro de ella.

Sólo este elíxir tiene el poder de hacer que se recupere. Os lo confío. Que se lo beba todo.

—Pero ¿y el niño? ¿No es peligroso para el niño?

Presina le sonrió con ternura.

—No os preocupéis por la criatura. Elora ha nacido.

Gersende se sobresaltó.

—¿Tan pronto? Por todos los santos, ¿es...?

—¿Normal? Sí, es normal si aceptamos su linaje de las hadas. Sus poderes de vida ya son muy fuertes. Los he captado^.

—En ese caso también los habrá captado Marthe.

—Marthe no puede saber nada acerca de su destino. No os preocupéis. Id por el camino principal. Si los bandidos quisieran atacaros, la presencia de Mathieu los disuadirá.

—¿Un solo hombre? Lo dudo.

Presina le dio una palmadita en la mejilla.

—No estará solo. Os vigilaré. Pero un bandido nunca roba a Uno de los suyos.

—¿Qué queréis decir? —dijo Gersende, con la voz tomada.

—La verdad. Mathieu tiene una deuda con ellos. Una deuda que, llegado el momento, le obligarán a saldar.

Gersende meneó la cabeza, desconcertada.

—Mathieu. Un bandido. Me niego a creerlo.

—En ese caso no creáis nada, Gersende. Y recordad que si acerca mucho a Algonde estará en peligro. Dejadlo a su propio destino.

—A pesar de todo, si viera a la criatura...

Presina suspiró.

—Salvad a Algonde. El resto ya vendrá. Ahora, marchaos.

Gersende se llevó la damajuana al bolsillo y se puso en pie.

—Una cosa más —la retuvo Presina—. Que nadie, y Marthe sobre todo, os vea utilizar esta damajuana. Es muy valiosa e incluso vacía, debéis devolvérmela.

—¿No podéis trasvasar su contenido a otra menos preciosa?

—Por desgracia, en tal caso perdería eficacia y, en éste en concreto, cada partícula de su poder cuenta. Cuidadla como si se tratara de vuestra propia vida y aquella que debe salvar.

Presina la acompañó hasta el umbral y Gersende se apresuró por el camino, aliviada y aterrorizada a un tiempo por la responsabilidad que le acababan de otorgar.

En el castillo, la acogieron entre vítores y felicitaciones. Dado que no se había podido reprimir para difundir la noticia de su próxima boda, maese Janisse peroraba de pie en el pescante de la carreta que el panadero había puesto a su disposición.

—Y bien, prometida mía, ¿a qué esperáis para montar? —dijo, con las mejillas coloradas y la sangre hirviendo.

Gersende frunció el ceño y agitó su dedo índice regordete desde el suelo.

—Estáis muy chinchón, maese Janisse. Habéis bebido... ¡A eso hora del día! ¡Mira qué bonito!

El cocinero rió tontamente, pues le habían pillado, perotó tal su contento que no podía entristecerse.

—Una pinta o dos. No más. ¡Pardiez! Semejante ocasión Desde hace tanto tiempo... Gersende... No iréis a regañarme incluso antes de habernos casado...

Gersende no pudo responder. Con el braquemarte sobre el hombro izquierdo, Mathieu venía de casa del herrero. Gersende no supo qué le había dicho Janisse para convencerlo, pero silbaba alegremente y se subió al pescante con un ágil movimiento. Al hacer eso, Janisse perdió el equilibrio y sólo la mano de Mathieu le sostuvo y le salvó de caerse entre las risas de los curiosos que disfrutaban del espectáculo. La única que no estaba contenta era Fanette. Pero eso tampoco lo vio Gersende. Ocupada acomodándose junto a Mathieu, mientras Janisse pasaba por encima de los laterales abatibles y se instalaba en la plataforma trasera, la intendenta tenía otras cosas en que pensar.

Agazapada en un rincón sombrío, la jovenzuela contemplaba circunspecta la escena.

En el momento en que Mathieu cruzó el umbral de la herrería, empuñando el arma, ella se interpuso entre él y la libertad.

—¿Volverás? —le preguntó ella.

—Te hice una promesa, Fanette, y la cumpliré.

Pero al ver el carro ponerse en marcha con aquel singular pasaje, no estaba segura de volver a verle jamás.

Capítulo 20

A medida que pasaban las horas, sentía una quemazón cada vez más y más fuerte. Fulminada por imágenes más violentas las unas que las otras, Algonde estaba agonizando. No quería regresar. ¿Por qué? Lo ignoraba. Cada vez que le vencía el deseo de aferrarse a algún recuerdo feliz, una terrible premonición se lo arrancaba. Temblaba de la cabeza a los pies, y sólo esperaba que la muerte le ahorrara el sufrimiento. Aquello no se parecía a su temperamento. Estaba poseída por otro, reconcomida por otro. La Algonde que poseía el atavismo de Melior. La Algonde negra de la serpiente. De Melusina. ¡Cuánto habría dado por dejarse llevar por ella, tan segura estaba de que así se aliviaría! Pero no, aunque ya no luchara, el ruseñor seguía cantando dentro de ella y era eso lo que la estaba matando. Aquel pequeño ruseñor que cantaba.

Philippine le abrió la boca tironeándole de las mejillas y le puso en la lengua un poco del elixir que sor Albrante había vertido en un pequeño frasco de arcilla, sin más indicaciones que administrárselo. El regreso en el carruaje fue extraño, entre la alegría del piar excitado de sus hermanas y de su esperanza recobrada, y a la vez el mutismo de Sidonie y de su padre. No se habían cruzado ni una mirada, como si algo se hubiera roto entre ambos. ¿Era tal vez locura de aquella mujer en el torreón lo que les había impresionado? Al evocar el suceso se sintieron embarazados y Sidonie cambió rápidamente de tema y abordó el más alegre del próximo torneo en Rornans, Si, curioso retorno. En cuando saltó del carruaje, Philippine se precipitó jumo a la cama de Algonde, presa por la idea de que hubiera podido morir durante su ausencia.

Más débil y demacrada aún que por la mañana, su cantarera parecía un ser torturado. El cura que había ido a administrarle la extremaunción incluso había sugerido que fueran en busca de un exorcista puesto que al ponerle los santos óleos en la frente se contorsionó y revolcó en la cama. Desde entonces, nadie había osado cruzar el umbral de la habitación, a la espera del regreso de los señores para tomar una decisión. En cuanto a la recién nacida, sus gritos incesantes les aterrorizaban. Ni siquiera el ama de cría lograba calmarla y si Marthe no hubiera estado velando, ésta se hubiera dado a la fuga convencida de que el diablo había poseído a madre e hija.

Al enterarse de tales mojigaterías, Philippine se encolerizó y ordenó que llevaran la cuna a la habitación de Algonde y, una vez ejecutadas sus órdenes, cerró la puerta a cal y canto. Instantáneamente, la pequeña Elora se calmó.

Luego, inclinada sobre el pútrido aliento de Algonde, vigilaba su vida en suspenso. Con la mano sostenía la de su camarera, su amiga, su amante y murmuraba en el silencio ahora reinante el amor que por ella sentía.

El arco se le clavó en el corazón describiendo una estela fulgurante y Algonde tuvo la impresión de que la acababa de alcanzar un rayo. Estaba muerta. No había

duda, todo había terminado. Estaba muerta. Aquella luz que fluía en su interior, azul, tan helada que le quemaba, la conducía a otro lugar de paz recobrada.

El paraíso tras el infierno. Hasta ella llegó un gorjeo. El canto de un pájaro. ¿El ruiseñor? ¿O era el balbuceo de un recién nacido? La pequeña Elora. La pequeña Elora que quedaba tras ella, Entregada a Marthe. Al mal. No. No podía admitirlo. Debía llevarla consigo. Apretó los puños.

Philippine se estremeció, le estaba triturando los dedos. Unas sílabas mudas en la boca de Algonde. Ordenarlas, beberlas, comprenderlas.

Elora.

Philippine se soltó de Algonde y se precipitó hacia la cuna. La chiquitina estaba pálida, tan pálida ella también. La cogió en brazos y sin pensarlo dos veces la acostó sobre su madre. El cuerpo contra el torso, boca contra boca. Luego retrocedió, desespeada por comprender qué estaba sucediendo. Mordiéndose los labios para sofocar su angustia, con los ojos llorosos, aguardó a perderlas a ambas en sus alientos confundidos.

La Parca huele a nacimiento.

Eso es lo que pensó Algonde al abrazar el pequeño cuerpo, Antes de caer en la luz azul.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó Jacques con frialdad en cuanto la puerta de su despacho les aisló a él y a Sidonie.

Ella no se amilanó, cruzó las manos a su espalda para evitar que temblaran y alzó el mentón. Hacía demasiado tiempo que aquel secreto la reconcomía.

—Desde que la enterraron oficialmente. Sorprendí su rostro en la ventana, sus ojos vacíos que contemplaban la escena. La mirada perdida. Era ella. Y al mismo tiempo...

Su voz se quebró.

—La amé, Jacques. La amé de verdad. Por eso me callé. Por eso acepté.

Él le dio una bofetada. Fue un acto reflejo. Se arrepintió de ello en cuanto bajó la mano. Con la mejilla escarlata, Sidonie no se había movido. Se apartó de ella a grandes zancadas, encerró sus dedos doloridos por aquel gesto en su mano izquierda y fue a la ventana, desde donde miró hacia la nada. Le costaba mucho. Comprenderla. Y no lograba perdonárselo.

—La única diferencia entre nosotros, Sidonie, es que yo aún la amo.

Ella asumió aquella evidencia sin pestañear.

—Siempre lo he sabido. Os lo he dicho, Jacques. Si se salva, me iré.

Él cerró los ojos. ¿Tendría coraje para tomar aquella decisión, para aceptar

aquella sentencia que el viaje le había impuesto? Inspiró profundamente para armarse de valor. Tosió para afianzar su voz.

—Os marcharéis pase lo que pase, Sidonie. Os iréis a Sassenage y viviréis allí enclaustrada. Porque quiero que se sepa la verdad. Quiero que mis hijos lo sepan.

Ella se tambaleó y se apoyó en la mesa con sus dedos helados. Se serenó.

—La abadesa será destituida. Ése será mi único consuelo.

Se volvió bruscamente hacia ella. Lívido.

—¿Tan mala sois?

Ella sacudió la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—No, Jacques, en absoluto. Pero es justo que sea castigada como yo lo estoy siendo hoy. Castigada por exceso de amor.

Y por la necesidad de proteger. ¿Por qué creéis que me odia?

Él asintió, desazonado por un instante. Ahora todo cobraba sentido. Y, sin embargo...

—Hasta que sor Albrante me libere de la misma, respetaré la palabra que le he dado. A ojos de los demás, nada cambiará. Nada. Ni para vos ni para mí. Me acompañaréis a Romans y prepararéis a mis hijas para que busquen pretendientes. Ahora retiraos. Debo resolver una cosa contra la cual esta vez vuestros argumentos nada podrán.

Sidonie bajó la cabeza. Cómo le habría gustado en aquel instante poder abrazarlo, serenarlo con un beso. Llegó a la puerta.

—Enviadme a Marthe.

Ella se sobresaltó. Se volvió hacia él, lívida.

—No hagáis eso, Jacques. No sabéis a qué os exponéis.

Él le dirigió una mirada glacial.

—Sí lo sé, porque vos la habéis alimentado. Voy a echar al diablo.

Tambaleándose por la pena que sentía, Philippine se arrodilló. No quería a nadie. No, a nadie. ¿Quién podía comprender lo que sentía? Nadie. No, nadie. Con las manos juntas, la cabeza gacha, mirando los pliegues de su vestido de moaré constelado de lágrimas como estrellas que se apagaban, se puso a rezar. A siete pasos de la cama. ¿Por qué siete y no nueve? ¿Nueve y no doce? Contó siete caminando de espaldas. Siete antes de que le flaquearan las piernas. Era sorprendente cómo la mente podía fijarse en esos detalles cuando uno estaba ya más allá del dolor. ¿Quién podía comprender hasta qué punto la amaba? Ella misma era incapaz de explicarlo.

¿Tendría coraje para alzar la vista, la nariz, la cabeza? ¿Tendría valor para volver a caminar? Cuando ella misma se lo preguntaba como una cosa más, improbable, la luz acarició sus cabellos. Una mano caritativa. Tan dulce. Tan perceptible que se preguntó si no era la del mismísimo Dios que acudía a reconfortarla. Alzó la frente y se quedó boquiabierta.

En un halo intenso y azulado, los cuerpos mezclados de Algonde y de su hija

flotaban sobre la cama, tan alto que Philippine se hubiera podido tumbar en la cama sin tocarlas.

Se santiguó por reflejo, y con la mirada absorta en aquel extraño fenómeno esperó a que un ángel surgiera para llevárselas al paraíso de las almas puras.

Mortificada, Sidonie cruzó el umbral de su habitación y se encontró cara a cara con Marthe que la esperaba, inmóvil y fría. Acabar con aquello. Pronto.

—Jeanne ha recobrado la memoria. Él lo sabe. Nos echa —sollozó Sidonie lanzándose a sus rodillas—. ¡Ten piedad, Marthe! No le hagas daño. Déjale en paz... —suplicó agarrándose con ambas manos a su delantal.

—Apártate de mi camino —gruñó maligna la harpía dando un paso.

Sidonie meneó la cabeza.

Marthe se contentó con un gesto de la mano en el aire pesado de aquella tarde y Sidonie rodó a un lado. Apenas la harpía hubo cerrado la puerta, se enroscó sobre sí misma y se echó a llorar.

No acudían. Decididamente, no. Los ángeles no acudían. Y la luz se intensificaba, hasta el extremo de que Philippine tuvo que ponerse las manos a guisa de visera. Siete pasos. ¿Le habían pedido que los contara? Ya que, aunque el halo la rozara, no sentía su efecto. Era incomprensible, dada su extrañeza y su belleza. Cerró los ojos, cegada. Cuando los abrió de nuevo unos minutos más tarde, se había acabado. Algonde y su hija reposaban de nuevo sobre la cama. Vuelto hacia ella, el rostro de Algonde se había serenado, y estaba sonrosado como el de un recién nacido. A pesar de tener los ojos cerrados, sonreía. En cuanto a Elora, se chupaba el pulgar como si nada hubiera sucedido.

Philippine ahogó un grito de alegría, osciló sobre sus rodillas paralizadas, se apoyó en las manos para levantarse y se acercó a la cama, convencida de la certeza del milagro divino que acababa de presenciar. Sacudió ligeramente el hombro de Algonde para despertarla. Luego más fuerte y más fuerte todavía, aun a riesgo de despertar a la chiquitina. Algonde no se movió. Sin embargo, con las manos enlazadas alrededor del cuerpo de su hija, estaba viva, era evidente. ¿Por qué no despertaba? Philippine se disponía a insistir cuando su mirada se cruzó con la de Elora, que la miraba fijamente. Nunca había visto algo semejante. No, nunca. Entre el verde y el oro, parecía hipnotizadora, como la de un reptil. Un canto resonó en su cabeza. Hechizada por el mismo, repitió en voz alta lo que le dictaba.

—Proteger... el... secreto.

Marthe irrumpió en el despacho de Jacques sin aguardar a que la invitaran a entrar. Él no se sorprendió.

—¿Deseabais verme, señor?

Abandonando sus amargos pensamientos, cerró la ventana que había abierto puesto que necesitaba aire fresco, y se enfrentó a ella, en actitud hostil.

—Ahorradme las cortesías. No tengo duda alguna de que estabais al corriente de la verdad acerca de Jeanne de Commiers.

Los ojos taimados de Marthe se achicaron en sus órbitas. Ya había perdido demasiado tiempo ahorrándole sufrimientos.

—Sólo lamento una cosa en esa cuestión. No haber acabado con ella.

Jacques de Sassenage se sobresaltó.

—¿Perdonadme?

Marthe profirió una carcajada maligna.

—¿Qué os sucede? ¿Acaso hoy creéis que puedo ser más humana que ayer?

Furioso, empuñó una espada que colgaba de la pared y se la plantó en la garganta. Marthe no se movió. Aquel juego la divertía.

—Habéis hablado más de la cuenta o no lo suficiente...

—Vamos, barón. Lo único que verdaderamente deseáis saber es si fue Sidonie quien ordenó ese intento de asesinato.

El corazón de Jacques dejó de latir. Aquel rictus cruel en aquellos labios pútridos. Hizo brotar un poco de sangre negra con la punta de la espada.

—¡Habla, bruja! ¡Habla o te atravesaré con mi espada!

Marthe se echó a reír y avanzó el cuello. Antes de que Jacques pudiera apartar la hoja, la glotis de la harpía había sido atravesada.

—¿Así, barón? —se burló ella con voz apagada.

Retiró su espada y retrocedió, con la certeza de que la ven desplomarse, muerta, a sus pies, desesperado ante aquel suicidio que le dejaría para siempre la duda acerca de la culpabilidad Sidonie.

Ella permaneció de pie, frente a él, y el barón se estremeció al ver cómo la sangre coagulaba alrededor de la herida que se cerraba. Cosas del diablo, pensó él. El combatiente que había en él fue el primero en reaccionar. Se abalanzó sobre ella con la punta al frente a la altura de su corazón. Con un movimiento de la muñeca, Marthe le desarmó antes de que hubiera podido acercarse a ella. La espada rebotó contra la mesa, descantilló una de las esquinas y cayó pesadamente al suelo. Jacques apenas había tenido tiempo de comprender lo sucedido cuando fue alzado del suelo y estampado contra una pared, con los pies pataleando en el vacío, como si del cuello le agarrara una mano invisible que la harpía maniobrara con la suya.

—Podría matarte, Jacques de Sassenage, pero si lo hiciera echaría a perder el beneficio de tantos años de fingida servidumbre. Así que vas a dejar a Jeanne donde está y nos mantendrás a Sidonie y a mí a tu lado.

—Nu... Nunca —articuló, sin aliento.

Un nuevo gesto y fue a dar contra otra pared con tanta violencia que se rompió la nariz. Cayó al suelo, ensangrentado. La harpía permaneció inmóvil mientras él se levantaba, arrancándose las uñas entre las juntas de las piedras.

—Creo que no tienes elección, barón.

Escupió sangre y, a pesar del dolor, se enjugó el rostro con el reverso de la manga

y se plantó ante ella, con una mirada sombría.

—No dejaré que el diablo reine en estas tierras —afirmó.

La harpía le miró de arriba abajo.

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo?

Él meneó la cabeza. De hecho, no lo sabía. El guerrero que lavaba dentro sólo aspiraba a desenvainar el puñal que colgaba de su cintura y abalanzarse sobre ella, pero había comprendido que esquivaría aquel ataque al igual que los otros. Y aunque lograra alcanzarla, estaba inmunizada. A la vista de todos aquellos años en los que les había acompañado a la iglesia e incluso había comulgado junto a Sidonie, era evidente que debía excluir cualquier protección divina. Quedaba la astucia. Pero para ello antes era necesario comprender. Dolorido, se acercó a una estantería sobre la que había una garrafa de estaño. Quitó el tapón de vidrio y se llevó al gaznate un trago de alcohol de ciruelas. Instantáneamente, se sintió mejor.

—Quiero la verdad acerca de Sidonie —se atrevió a decir con voz nasal, mientras se volvía hacia ella.

Marthe le miró con desprecio.

—Sentaos, Jacques de Sassenage, meáis sangre y salir de esta habitación en semejante estado mancillaría vuestra reputación.

Insistir hubiera sido en vano. Marthe le tenía en sus manos. Obedeció, curioso por saber hasta dónde llegaban sus poderes. Ella se contentó con murmurar. Acto seguido, él respiraba de nuevo sin dificultad y el espejo que tenía enfrente le devolvió una imagen de sí mismo en la que no había señal alguna de las heridas. Hasta su ropa había recuperado un aspecto pulcro. Pestañeó. No sería fácil erradicar a aquella bruja.

—Andaos con ojo, barón, y no volváis a contrariarme, o de este lugar y de vuestra descendencia no quedarán más que cenizas. Por lo que respecta a Sidonie, nada tiene que ver con lo que le sucedió a Jeanne. Al contrario. Cuando lo supo quiso preveniros, y yo lo evité.

—¿Por qué?

—Ella os ama y vos no erais insensible a su belleza. Eso son dos argumentos favorables a mis proyectos. Y no dejaré que Jeanne de Commiers me los eche por tierra. Se quedará allí donde está. ¿Me habéis entendido?

Él asintió con la cabeza, con la rabia a flor de piel. Y, sin embargo...

—¿Qué queréis para dejarnos en paz?

—Nada que hoy podáis ofrecermos. Cuando me llegue la hora de cogerlo, quedaréis en libertad.

Él se puso en pie.

—¿Debo entender que somos vuestros prisioneros?

Ella soltó una carcajada sardónica.

—¿Acaso alguna vez lo habéis dudado?

Mientras trataba de recordarlo ella abrió la puerta y volvió a cerrarla.

Capítulo 21

Philippine alzó la vista para abarcar la austera silueta del castillo de Rochechinard sobre su espolón rocoso, a poca distancia del camino pedregoso y escarpado por el que avanzaba prudentemente. Escoltada por su hermano mayor y varios amigos suyos, se sentía prisionera. Algo había sucedido. Ignoraba de qué se trataba, pero desde su regreso de Saint-Just, en el castillo de La Bâtie reinaba una atmósfera extraña. Hubiera querido atribuirlo a la milagrosa curación de Algonde, a ese vínculo creado entre ella y la pequeña Elora, que hasta aquel día le había impedido hablar de aquella luz azulada, pero sentía que se trataba de otra cosa.

De hecho, aunque no cabía duda de que se encontraba mejor desde que se había despertado, Algonde aún no podía levantarse de la cama. En cuanto ponía un pie en el suelo sufría vértigos y se desmayaba. La curandera había afirmado que necesitaría tiempo para recuperarse. Sin embargo, dado que Elora rechazaba cualquier otro pecho, la había autorizado a tener a la criatura con ella. Philippine hubiera deseado quedarse, pero su padre había exigido que saliera a tomar el aire. Y con una voz desconocida en él, cargada de una autoridad imperiosa, había añadido que debía decidirse de inmediato a escoger un esposo.

Aquella mañana, apenas hubo desayunado, Louis, su hermanito mayor, le impuso ir a visitar al príncipe Cem. Philippine conocía sus tejemanejes. Quería aproximarla a Philibert de Montoisson, con quien sin duda había llegado a algún tenebroso acuerdo. Si creía que podía obligarla, se equivocaba. Ahora que Algonde estaba a salvo, Philippine estaba más decidida que nunca a mantenerse alejada de aquel bruto.

Parpadeó bajo la luz del sol.

—Ya llegamos, hermana —creyó oportuno indicarle Louis con una sonrisa meliflua, situándose a su altura.

Ella le devolvió la sonrisa con el secreto deseo de abofetearle. Su padre tenía razón. Tendría que darse prisa. Louis la detestaba. Estaba segura de ello. No comprendía su apego a Algonde, él que sin cesar arremangaba las enaguas a las sirvientas y las tumbaba debajo de él sin el menor miramiento, consintieran a ello o no. Él y Philibert de Montoisson se parecían. ¿Qué podía haberle prometido el caballero a cambio de esa boda? Philippine se negó a pensarlo, más aún puesto que llegaban al castillo. Sintió que su corazón latía aceleradamente. Su decisión, su propia vida, dependería de Cem. Ya no podía seguir reprimiendo los sentimientos que había despertado en ella desde aquella persecución. Si el miedo a perder a Algonde los había embotado, ahora éstos eran aún más fuertes si cabe. Debía convencerle de ello desde el primer instante si quería salvarse.

Tras subir la cuesta, descabalaron cerca de los establos. Asiendo el brazo que Louis le ofrecía, Philippine subió los abruptos peldaños que conducían al castillo.

Cem avanzó un peón sobre el tablero y Guy de Blanchefort suspiró afligido.

—Decididamente, amigo mío, comienza a ser vejatorio...

—¿Qué es vejatorio? —se sorprendió Cem al retomar contacto con la realidad.

—Sí quisierais dejarme ganar no haríais otra cosa. Ahí... Mirad...

Capturó su reina con una desconcertante facilidad. Cem hizo una mueca. Desde que regresara del castillo de La Bâtie y aunque el joven Louis de Sassenage fuera a visitarle a diario, estaba p un humor sombrío por no haber conocido aún a la jovenzuelo que tanto le obsesionaba.

—Os pido que me perdonéis, amigo mío. En realidad, estaba soñando.

La expresión de Guy de Blanchefort se cubrió con un velo de tristeza.

—Adivino hasta qué punto echáis en falta a Huchang, Zizim, pero confiaba en que la amistad de los Sassenage ahogaría vuestra pena.

—¿Puede reemplazarse aquello que el corazón ha amado?

Guy de Blanchefort no respondió. Acababa de abrirse la puerta del pequeño salón donde jugaban al ajedrez a la suave luz de una vidriera. Cem, que a la par alzó la vista, reconoció al joven Louis junto al hospitalario que le acompañaba.

En poco tiempo había aprendido a apreciar el temperamento bravucón del joven señor, aun a pesar de que consideraba que actuaba con excesiva severidad con su hermana, esa Hélène de la que Philibert de Montoisson se había prendado. Cem aceptó, como había prometido al gran prior de Auvernia, servir a los intereses de esa boda. Como la desconocida del bosque se había cruzado en su camino, a falta de seducir a la hermana Cem se había decidido a ganarse el afecto del hermano, quien al fin y al cabo le sería de más ayuda para poder entrevistarse con el rey de Francia.

Bajando un instante la cabeza, dejó sobre el tablero el alfil que había retirado. Guy de Blanchefort llevaba razón. Uno y otro tenían demasiado orgullo para aceptar semejante jugada. Se prometió estar más atento cuando prosiguieran la partida.

—¡Sed bienvenido, Louis! ¡Señorita Hélène! —exclamó Guy de Blanchefort en el momento en que, retirando su silla al igual que su carcelero, Cem se ponía en pie.

A punto estuvo de derribar la mesa ante la sorpresa. Envuelta en un largo manto de terciopelo azul rematado con piel, impecable con su vestido de seda blanca que un cinturón de plata trabajada ceñía ligeramente en las caderas, la dama de sus sueños le dirigió una mirada tan dulce que quedó trastornado. Fue, sin embargo, una visión furtiva. Louis de Sassenage, que se había avanzado para abrazarle calurosamente, la ocultó de inmediato.

—¿Cómo estáis, príncipe Cem? —le susurró abrazándole fuertemente como si fuera un amigo de toda la vida.

A pesar de su embarazo, Cem se recuperó rápidamente. No debía aparentar nada. No. No aparentar nada. A pesar de haberse quedado sin aliento. A pesar de la detestable verdad. Hélène de Sassenage, prometida por Louis a Philibert de Montoisson, era la mujer a la que amaba. Se deshizo del abrazo.

—¿Cómo voy a estar si cada día que pasa me dais muestras de vuestra amistad?

—La vuestra también la tengo en alta estima, Zizim. Permitidme que os presente

a Philippine-Hélène, mi hermana, de quien ya os hablé —añadió Louis volviéndose hacia ella, que acababa de transmitir a Guy de Blanchefort los saludos de parte de su padre.

Con el corazón desbocado, Philippine le ofreció su sonrisa más calurosa. ¿Sabría entender lo que quería explicarle con dobles sentidos?

—Me alegra conoceros por fin, príncipe. Vuestro último combate aún resuena entre las paredes de La Bâtie. A decir verdad, vuestro gesto ante aquella criatura perseguida obliga a manifestaros gran respeto.

Louis se echó a reír.

—¿No os había dicho que es encantadora?

—Sí —concedió Cem llevándose una mano al corazón para saludarla a la manera oriental.

Una mirada de reojo para cruzarse con la suya. Discreto. Añadió con elegancia:

—No tengo mérito alguno. Algunas persecuciones son un estallido de libertad, señorita.

—Así lo creo yo, príncipe. Por mi parte, prefiero dejar que los cervatillos corran que verlos encerrados. ¿Me concederíais un favor? Al próximo, no lo matéis. Sabrá guardar el secreto.

—¡Vaya antojos tienen las mujeres! No la escuchéis, príncipe, o nuestros bosques estarán infestados de ciervos —se burló Louis, forzando la risa de sus compañeros.

Cem los acalló con un gesto de su mano en el aire y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada puedo hacer por los cervatillos, señorita, pero si tuviera a tiro a alguna cierva, os prometo que bajaré el arco para no herirla.

Philippine se relajó de golpe. Cem lo había comprendido, ya no cabía duda alguna. Se hubiera alegrado, pero en aquel momento resonó la voz de Philibert de Montoisson alta y fuerte bajo la bóveda ojival de la puerta para saludarles.

Mientras todos se volvían hacia él, Guy de Blanchefort el primero, ella permaneció en su lugar, retenida por la mirada de Cem que, aprovechando la distracción, la cubría de dulzura. Se aproximó hasta cruzarse con ella y sus hombros se rozaron, y Philippine creyó desvanecerse de felicidad. ¿Era posible que aquel hombre la amara como ella le amaba? Aprovechando que Louis y Philibert se saludaban, rodeados de sus respectivas comparsas, él le dijo en un aparte:

—Responded brevemente. ¿Queréis a ese hombre por esposo?

—No —dijo ella de sopetón—. Jamás.

—Si os obliga, le mataré —afirmó él antes de separarse de ella para reunirse, a paso ligero, con el grupo que se había formado.

Philippine cerró un instante los ojos para retener en su interior aquella repentina e inesperada felicidad y luego, consciente de que debía preservar a cualquier precio el secreto, se cubrió con una altiva reserva y se reunió con su hermano.

Jeanne de Commiers dejó que su mirada extraviada se posara sobre los objetos que amueblaban su habitación.

—Lo siento, sor Albrante, pero no me acuerdo.

—Haced un nuevo esfuerzo. Concentraos.

Jeanne volvió hacia ella su rostro cansado, marcado por la fatiga. Aquella fatiga que habitaba en ella desde que recuperara la conciencia en aquella cama en la que aquel día se hallaba senada. Desde que la obsesionaba aquel rostro de un hombre y un nombre: Jacques. Y, alrededor de ello, sólo un sentimiento amoroso tan grande que la desgarraba día y noche con una ausencia descarnada.

—Ayudadme. Explicadme.

Sor Albrante tuvo que contenerse para no ceder. Meneo cabeza.

—No puedo, Jeanne. Vuestra memoria debe reapropiar sí misma de esos recuerdos perdidos, porque de lo contrario nunca los recuperaríais.

—Decidme cómo sucedió...

—Ya lo sabéis. Es la tercera vez que os lo explico.

Jeanne unió sus manos como si orara.

—Una vez más, sor Albrante. Eso me ayudará, lo sé.

Cedió.

—En los bosques cerca del convento. Os atacaron unos bandidos.

—¿Jacques estaba allí?

—No. Veníais a visitarme.

—¿Por qué?

Sor Albrante se puso en pie. Aquellas preguntas a las que no podía responder la agotaban. Hacía falta tiempo. A pesar del elixir de la bruja, hacía falta tiempo.

—Por hoy ya basta. Debéis descansar.

—Hace demasiados años que descanso —suspiró Jeanne encogiéndose de hombros.

—¿Cuántos, según vos?

Un destello furtivo en la mirada. Un silencio. Y luego:

—No lo sé. Sólo tengo una certidumbre. Tal vez a causa del espejo en el que me he visto esta mañana. No recordaba estas arrugas en la frente.

Súbitamente se puso a temblar y el miedo brilló en sus pupilas.

—¿Está muerto? ¿Jacques está muerto, hermana? ¿Por eso queréis decirme nada?

Albrante se agachó y tomó entre sus manos aquellas manos cuidadas.

—No, Jacques está bien. No debéis preocuparos por eso.

El rostro se iluminó. Capturado por un recuerdo. Siempre el mismo, el único.

—Hace tantos años y, sin embargo, me cuesta creer que no fuera ayer. Me parece tan presente, hermana. Casi podría sentir el perfume de la madreselva a nuestro alrededor...

Cerró los ojos, embriagada de nuevo por aquellas imágenes. Me roma en brazos. Hay hojas nuevas en el viejo roble. El sol se filtra entre ellas. Sus ojos brillan. Ríe, Empieza a girar sobre sí mismo. Todo gira a mí alrededor. Rápido. Rápido. El sol baila. Nos reímos. Y luego se detiene. Tengo vértigo. Me agarro con más fuerza a su cuello.

Jeanne echó la cabeza hacia atrás.

—Y luego me besa. Disculpadme, hermana, pero me gusta tanto cuando me besa... ¡Oh, sí, me gusta, me gusta!

Albrante le soltó las manos y la dejó tenderse sobre la cama, con los brazos en cruz, radiante. Aquel paréntesis de felicidad era un bálsamo tras aquellos años de reclusión. Y, sin embargo, ¿conseguiría Jeanne recuperar la memoria para volver a llevar una vida normal? Hasta aquel momento, tras cuatro días de tratamiento con el elixir, nada había cambiado realmente. No había conservado ningún recuerdo de su reencuentro con su marido, ni de lo que desencadenó el proceso. Al despertarse, reclamó su presencia. Sonrió a la abadesa, que se hallaba junto a su cama y le preguntó cuántos días faltaban para poder regresar al castillo de su padre para preparar su boda con Jacques de Sassenage. Como sí al ver a su hija desde la ventana del torreón, unos días antes, se hubiera visto a sí misma a su misma edad y hubiera recuperado los sentimientos que en aquella época la habitaron. La abadesa consideró que había que decirle que ya estaba casada y que se hallaba allí en convalecencia. Durante todo el día no exigió nada más. Guardó cama y se tomó la medicación. Cada vez que Albrante abría la puerta, se la encontraba canturreando. Fue a la hora del desayuno, al día siguiente, cuando la descubrió destapada, sentada sobre la colcha, con grandes ojeras, azorada. Despavorida.

—¿Qué os sucede, Jeanne? —le preguntó visiblemente preocupada precipitándose hacia ella.

Jeanne se echó a llorar como una criatura.

—He soñado que una bruja de una fealdad aterradora surgía de entre la maleza. Apuntaba con su uña retorcida a mi frente se reía diciendo que ya nunca más hallaría mi camino. Lo he buscado toda la noche, en vano. No he reconocido mi castillo ni a mi gente, ni a mis parientes. Jacques había desaparecido. Todo me era extraño. Es terrible, hermana. Creo que me han robado la memoria.

Armándose de valor, Albrante no tuvo más remedio que explicar la verdad. Jeanne se calmó. No había bruja, sino una vida por reconstruir. Por sus propios medios. Lo único alentador era que había cogido de nuevo la aguja, había arrugado la nariz al ver la torpeza de sus antiguas labores, las había arrojado a la chimenea y se había puesto manos a la obra con una nueva labor tan delicadamente trabajada que parecía demostrar que al menos una parte de su cerebro se había recuperado.

«Hace falta tiempo», se repitió Albrante, poniéndose en pie, con las rodillas doloridas por haber permanecido dobladas. Como una jovenzuela, Jeanne se llevaba las manos al corazón, aferrada al recuerdo de aquel inocente abrazo que constituía su

única identidad.

Albrante se disponía a salir de la estancia cuando Jeanne se incorporó bruscamente, presa de nuevo de ansiedad.

—Varios años. Llevo aquí varios años. Y, sin embargo, aún me quiere, ¿verdad?

A unos pasos de la cama, Albrante asintió con un gesto de la cabeza, confiada.

—Sí, os ama.

—¿Y por qué no viene?

—Es demasiado pronto. No hay que forzar las cosas.

Antes de que sor Albrante pudiera darse cuenta, Jeanne se incorporó de un salto. La agarró de los antebrazos con arabas manos y le dirigió una mirada de súplica.

—Oslo ruego, hermana. Necesito verle. Estoy segura de que si le abrazo, lo recordaré todo. Sí, estoy segura.

Tal era la fuerza de sus manos que Albrante sintió que las uñas, a pesar de llevarlas bien recortadas, se le clavaban en la piel través de la tela de las mangas.

—No creo que sea buena idea.

La desesperación de su mirada desconcertó a Albrante. ¿Podía estar segura de lo que afirmaba? Su tono se suavizó.

—Concedeos aún una semana más, Jeanne. Luego, os lo prometo, haré que vayan a buscarle pase lo que pase.

Capítulo 22

La tarde languidecía suavemente en la terraza de los aposentos de Cem. Philippine siguió el ejemplo de las esposas de éste que, bajo un dosel, alejadas de ellos, jugaban entre risas, y tras rechazar el sillón que le habían ofrecido, se sentó a la sombra súbrela fastuosa alfombra extendida sobre las losas. Como una flor que se abriera en medio de aquellos hombres, turcos o francos, que ahora constituían el círculo más próximo a Cem. Desde el primer momento había encontrado allí su lugar y se sentía bien. A pesar de las miradas posesivas de Philibert de Montoisson. A pesar de las alusiones de Louis a los méritos del caballero y las gruesas risotadas que a veces soltaban sus amigos. La prestancia del turco los eclipsaba a todos. Evitando mostrar sus sentimientos, Cem se amoldaba a aquel juego pero daba brillo a cualquier frase con ingenio y a veces con un verso. La menor alusión era pertinente, y cada digresión era bienvenida. Tras ellos, dispuestos en arco de círculo, al ritmo lento de la música que tocaba el viejo ciego, los esclavos agitaban un abanico trenzado con hojas de palmera para aliviar la espesa humedad del aire. Pese a ello, Philippine se ruborizaba cada vez que, por negligencia o voluptuosidad, sus ojos se posaban sobre las cuidadas manos del príncipe. En esos casos, para disimular, se llevaba a los labios un poco del té amargo que les servían.

Hasta entonces, las conversaciones habían sido banales. Parecía evidente que el fin último de aquel encuentro era forzarla a soportar la presencia de Philibert. Para vengarse de aquella coalición, le segaba la hierba bajo los pies, es decir, cada vez Philibert de Montoisson esbozaba algo parecido a una frase, ella se divertía cambiando de tema, imponiéndose con elegancia en la conversación.

Cem disfrutaba viéndola dar una lección a su enemigo. A medida que transcurrían las horas, más deliciosa y fiera le parecía, impertinente y atenta. Pasaba de una a otra faceta de su personalidad con una ligereza que denotaba una inteligencia viva envuelta en la belleza más exquisita.

En aquel momento, pareció que Philibert de Montoisson ya se hubiera hartado. Tras decirle unas palabras al oído a Louis, sentado a su lado, ambos se pusieron en pie a la vez y el joven señor de Sassenage se inclinó con deferencia frente a su huésped.

—Permitid, príncipe Cem, que os privemos de Hélène unos minutos. El caballero aquí presente desea hablarle en privado y, si vos no lo objetáis, por mi parte no hay inconveniente alguno. Aunque aquello le disgustó profundamente, Cem no tenía una razón de peso para negarse. Asintió con un gesto de la cabeza y con una sonrisa en el nacimiento de su barba esculpida.

Philibert de Montoisson le tendió la mano enguantada a Philippine para ayudarla a ponerse en pie. La mera idea de encontrarse a solas con aquel perro le repugnaba. ¿Podía contar con su hermano si de nuevo Philibert decidía forzarla en algún rincón discreto? Aunque, a juzgar por la actitud fraternal de la que hacían gala desde que

llegaran, lo dudaba seriamente. ¿Qué mejor argumento para obligarla a casarse que asegurarse del perjuicio y luego pretender que ella había consentido?

—Estoy muy cansada, señor... ¿No podríamos vemos en otro momento? —dijo ella llevándose el reverso de la mano a la frente.

—El fresco de las murallas os aliviará los vapores, os lo aseguro —objetó Philibert de Montoisson con una respuesta cortés.

No tenía elección. Puso su mano temblorosa en la del hombre al que odiaba y se alzó.

Louis se había interpuesto entre ella y el príncipe, así que Philippine no vio el movimiento de cabeza conminatorio de este último hacia Anuar, su hermano de leche, ni a éste levantarse discretamente y desaparecer.

Philippine sintió que le aprisionaban con fuerza la manga de la túnica y la mirada de Philibert de Montoisson era como la hoja de una espada.

—Sin escándalos, amiga mía. Seguidme sin discutir —le susurro. Ella se volvió hacia su hermano.

—¿Nos acompañáis, Louis?

—Sería una injuria al mismísimo Dios, hermana, además caballero.

Guy de Blanchefort, que hasta entonces había observado divertido la conversación, hizo valer su autoridad.

—Entre estos muros estáis segura, señorita Hélène. Concededle a nuestro hermano hospitalario el placer de mostraros la austeridad de los mismos.

Era un complot. Un complot para perderla para siempre. Mortificada, dirigió sus pasos hacia la nave. Acababa de oír la risa de Cem restallar como un latigazo.

—Por allí, abajo —le indicó Philibert de Montoisson empujándola sin miramientos hacia la escalera de caracol de una de las torrecillas en cuanto hubieron cruzado la sala de recepción de los apartamentos, ahora desiertos, de Cem.

Tropezó en uno de los peldaños y su brazo golpeó contra una de las piedras cuando quiso recuperar el equilibrio. Se hubiera podido romper el cuello. Eso ya era demasiado. Aunque él u dominara a causa de su alta estatura agravada por el hecho de estar en una posición más elevada, ella se volvió hacia él, herida por sus modales.

—Ya basta, señor No iré más lejos. ¿Quién os habéis creído ser?

La violencia con la que él la abofeteó le aplastó los riñones contra la pared y le cortó el aliento.

—¡Bajad! —le ordenó.

Ella se precipitó por la escalera. La retuvo por el cuello a llegar abajo para que no escapara.

—Al fondo del pasillo a la izquierda.

Aquel corredor que unía los dos edificios era oscuro, sin ventanas, iluminado solamente por el candelabro que él lleva en la mano.

—¿Adónde me lleváis?

Él soltó una carcajada. La cólera de Philippine creció. No Permitiría que la

forzara. No. Aquella vez no. Empujó la puerta y se detuvo, sorprendida, en el umbral de una pequeña capilla vacía, en el coro de la cual, bajo un crucifijo, una veintena de ríos encendidos desprendían una suave claridad. ¿Iban a casarla a la fuerza? Sintió el olor a incienso. Se volvió hacia Philibert, que se había apoyado despreocupadamente contra la puerta cerrada. Estaba rabiosa.

—¿Qué queréis, finalmente?

—Que dejéis de provocarme —respondió éste, que súbitamente había recuperado una inquietante serenidad.

Ella se quedó de piedra.

—¿Yo? ¿Que yo os provoqué? ¿Acaso habéis olvidado lo que me hicisteis bajo el haya? ¡Humor no os falta, caballero!

Un rictus de desprecio apareció en su rostro.

—Os lo buscasteis con vuestros modales. Y si de mí dependiera, en lugar de a esta iglesia os hubiera llevado a mi habitación. ¿Tal vez era eso lo que esperabais? ¿Qué os diera un revolcón como a una puta...?

Herida en lo más hondo, se abalanzó sobre él para arañarle el rostro con las uñas. El caballero las esquivó y Philippine se halló inmovilizada contra él, con las manos aprisionadas a la espalda por las de él, como le hiciera en el bosque, y lamentó su estupidez. Esta vez, sin embargo, no había un árbol que la rodeara.

—Deja de restregarte contra mis calzones o no respondo de mis actos -se burló él mientras ella trataba de zafarse. Instintivamente ella se detuvo, sin aliento.

—Os odio —escupió, con una mirada sombría.

—Y, sin embargo, te casarás conmigo. Louis está de acuerdo con mis argumentos. Ella le retó.

—Louis no pinta nada, Sólo mi padre tiene poder de decisión y no cambiará con respecto a vos.

—Debo reconocer que el otro día supiste darle la vuelta a la situación a tu favor. Incluso bebiste un filtro para evitar un...

Ella se quedó helada.

—¿Cómo lo sabéis?

—Eso no importa. El barón hará lo que le digas. Te casaras conmigo.

—Nunca.

—Te casarás conmigo o Algonde morirá.

Ella se estremeció mientras él se echaba a reír.

—Como ves, tus amores perversos no se me han pasado por alto, y aún menos a la persona que me informa a cambio de unas pocas monedas.

La doncella enrojeció de rabia.

—¿Qué le habéis hecho a Algonde?

—No me creas más cruel de lo que soy. No tengo nada que ver con lo que precedió. Hoy, me contento con mantenerla en ese estado de debilidad mediante un veneno cuyo secreto heredé en Oriente. Tu camarera se restablecerá por sí misma en

cuanto deje de tomarlo. Y mientras tanto, estás a mi merced. Una sola gota suplementaria la mataría, mañana o dentro de diez años.

Philippine sintió un dolor en el corazón. Ésa era la razón por la que Algonde no se restablecía. Aquel puerco había sobornado a una sirvienta para administrarle el veneno.

—¿Cómo habéis podido? Vos, que deberíais salvar vidas... No sois digno de la Orden a la que representáis.

—Razón de más para abandonarla cuanto antes...

Ella no respondió.

—Cuando el príncipe Cem vaya a La Bâtie me llevará en su séquito y tú le harás creer a tu padre que poco a poco te dejas domar.

—Le subestimáis. No se dejará engañar.

—Por supuesto que sí. Ese torneo en Romans me dará ocasión de distinguirme. Las mujeres tienen en un día diez pareceres, dice el refrán. Tú le convencerás, querida.

—¿Y dejaréis de envenenar a mi sirvienta?

—En el acto, si me prometes aceptar mi voluntad. Aquí, en esta iglesia, ante la mirada de Dios.

¿Amaba lo bastante a Algonde como para abdicar? El rostro de Cem pasó ante sus ojos. Era él y sólo a él a quien quería por esposo. Un musulmán. ¿Se convertiría él por ella? No podía estar gura de ello. Tenía que ganar tiempo. Sí. Ganar tiempo aunque para ello tuviera que blasfemar.

—Habéis ganado, Philibert. Me casaré con vos pero no os imaginéis que mi padre cederá con tanta facilidad. Por alguna razón que ignoro y muy anterior a mi propia voluntad, os detesta. Pueden pasar varios meses antes de que se decida a prometernos.

La soltó, satisfecho.

—Vuestro compromiso me basta. Esperaré, aunque si tarda mucho os arremangaré la falda para contentarme.

Ella se estremeció ante aquella perspectiva.

—De momento podéis estar tranquila, pues le he prometido a vuestro hermano que no os tocaría.

Abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar. A pesar de la débil claridad que reinaba en el estrecho pasillo, la mirada de la doncella descubrió una sombra silenciosa que se escurría por la escalera. Una sombra con el cráneo cubierto por un turbante. Se sintió aliviada. Fuera quien fuese aquel hombre, Cem no tardaría en ser informado de lo que se acababa de producir.

—¡Ahí! ¡Mirad! ¡Ya hemos llegado! ¡Pardiez, hijo, nos has llevado a buen puerto!
—exclamó alegre maese Janisse desde la parte trasera de la carreta.

Frente a ellos, al final del camino, las imponentes barbacanas les abrían paso a

través de las altas murallas que rodeaban el castillo de La Bâtie. Soltándose del lateral de la carreta, maese Janisse le dio un capón en el sombrero a Mathieu e hizo que le cayera sobre los ojos.

Por enésima vez desde que abandonaran Sassenage, Mathieu volvió a colocarse bien el sombrero con un golpe de su dedo pulgar. Estaba cansado de guiar a las bestias desde el alba. Cansado de tener el corazón confundido por sentimientos contradichos. Cuando Janisse le pidió que les acompañara, su primera facción fue negarse a ello. En un segundo momento, después de que Janisse convenciera al herrero de que le diera el braquemarte para así poder garantizar su seguridad, aceptó. La ocasión era perfecta. Si matar al barón en su casa era un acto insensato, ¿acaso no podía huir con el arma a la primera ocasión? No obstante su conciencia y el sincero afecto que sentía por Gersende y su prometido le disuadieron de ello. Entonces se convenció de ir al castillo para anunciar su boda a Algonde. Estaba seguro de que disfrutará por la pena que le causaría. Una amarga venganza. Cuanto más se acercaba, más deseos sentía de abrazarla. Y en el momento de cruzar el puente levadizo, tenía el corazón en un puño y las manos húmedas. Se las enjugó una tras otra sôbrela tela de sus calzones para no soltar la brida del buey que tiraba de ellos.

A su lado, Gersende sonreía. Encerrada en una bolsita atada a su cintura, oculta por el espesor de su falda y por sus carnes abundantes, la damajuana de la bruja estaba bien escondida. La noche anterior; como las precedentes, se detuvieron a dormir en una posada fortificada. Mientras otros con tan poco dinero como ellos roncaban sobre la paja del establo bajo la mirada indiferente de los animales, se le apareció Presina, diáfana como un velo de niebla y, sin embargo, tan presente que Gersende pudo sentir su perfume de bosque. Tal como le había prometido, Presina había protegido su camino y velado por Algonde hasta allí donde la percepción de la harpía le había permitido.

—Apresuraos —le conminó el hada—. La niña la retiene en este mundo pero se agota y sin el elixir me temo que desfallezca de nuevo. Y entonces será demasiado tarde para salvarla.

El gallo apenas agitaba sus plumas cuando Gersende despertó a sus compañeros y exigió que se pusieran en camino, temiendo que una noche más cayera sobre la comarca.

En aquel momento se sentía más tranquila.

Detrás del castillo de La Bâtie, el sol descendía bajo la barra plúmbea de las nubes que partían en dos un cielo veteado rosa. La belleza del paisaje dejaba sin aliento y, a pesar de ello ninguno de ellos lograba impregnarse del mismo. Sólo maese Janisse estaba alegre.

—Mirad allá, aquel grupo de caballeros, ¿no es doña Hélène quien está entre ellos? —gritó de repente señalando con un dedo regordete hacia el cruce que acababan de pasar.

—Sí, seguramente es ella —se alegró Gersende—. Detente, Mathieu, con ella podremos cruzar la poterna más rápido.

La joven tiró del bocado e inmovilizó al buey. En pie sobre el estribo, Gersende hinchó el torso y agitó las manos para que les vieran.

—Y ahora ¿qué sucede? —refunfuñó Louis al ver aquel grupo.

Pero Hélène ya les había reconocido. Dejando de lado los pensamientos contradictorios que habían mecido su regreso de Rochechinard con más fuerza que la ambladura de su caballo, espoleó a su montura y se separó del grupo, pasmada.

—Buenas tardes tengáis, señorita Hélène, qué alegría volver a veros —le dio la bienvenida maese Janisse con voz poderosa, descubriéndose de su gorro de algodón.

—Estáis muy lejos de vuestros fogones, estimado maese Janisse.

—Pardiez, un asunto urgente con el barón nos ha traído hasta aquí.

—¿No será una desgracia? —Se inquietó Philippine, con quien se habían reunido su hermano y sus compañeros.

Gersende se anticipó a su respuesta.

—Todo va bien en Sassenage, señorita. Señores... —les saludó inclinando la cabeza.

—Os reconozco. ¿No sois la intendenta del castillo? —preguntó Louis cuya última visita a Sassenage se remontaba a varios años atrás.

Era tal su parecido físico con el barón que Gersende no podía dudar de su identidad.

—En efecto.

—Presumo que debéis de tener una buena razón para haberlo Endonado —subrayó Louis con su habitual frialdad.

—La mejor posible, pero será vuestro padre quien deberá juzgarlo.

Louis no respondió. Despectivo, espoleó a su caballo con el estribo.

—Vamos, Hélène. Ya nos hemos retrasado demasiado.

—Id vosotros —decidió ésta, feliz de separarse de su escolta.

Louis mostró su sorpresa pero acto seguido se encogió de hombros. Renunciando a entender qué la motivaba a ello, ordenó a sus compañeros:

—Al galope, amigo. Siento curiosidad por saber quién de vosotros llegará el primero tras de mí.

Se lanzaron a la vez al galope y, con su impaciencia, levantaron una nube de polvo. Segura de que su hermano lo había hecho a propósito para molestarlos, Philippine aguardó a que las partículas en suspensión cayeran de nuevo al suelo para volverse hacia el grupo que, como ella, se había protegido espontáneamente la nariz con el reverso de la manga. El conductor del carro, que hasta entonces había permanecido con la cabeza gacha, había inclinado el sombrero sobre su cara.

—Perdonad a mi hermano, Gersende, es como un tábano en el culo de un caballo, exaspera aunque no sea capaz de picar —no pudo evitar comentar Philippine,

rencorosa.

Se oyó la risotada atronadora y espontánea de maese Janisse.

—Permitid que sigamos camino, señorita. Tengo que ver a Algonde. Urgentemente —insistió Gersende fulminando con tal mirada a su prometido que lo dejó sin aliento.

A Philippine se le hizo un nudo en la garganta. ¿Era posible que, desde tan lejos, Gersende hubiera sentido hasta qué punto su hija estaba exhausta?

—No se encuentra muy bien, Gersende. Aunque la niña está sana y salva a pesar del parto prematuro, a decir verdad, la convalecencia de Algonde no va como debiera.

A Mathieu le dio un brinco el corazón. Olvidando su decisión de no saludar a Philippine, dejó caer la máscara súbitamente ansioso por asegurarse de lo que acababa de oír.

Philippine no pudo disimular su sorpresa al ver el rostro severo con la cicatriz sobre el ojo derecho a resultas del ataque del ataque del gavilán.

—¿Tan mal aspecto tengo? —Se moro con acritud antes de volverse hacia Gersende, enfadado.

—¿Lo sabíais? Lo de la niña... ¿Lo sabíais?

Gersende asintió con la cabeza. De pie sobre la plataforma trasera, Janisse se retorció las manos, entre la felicidad de aquel nacimiento y la desesperación de perder a su ruiseñor.

—Mueve el carro, imbécil, y démonos prisa —respondió en lugar de los demás haciendo aspavientos con las manos, como si quisiera dar alas al grupo.

—Tiempo tendrás de hacer reproches, Mathieu, pero más tarde. Ahora no disponemos de él —añadió Gersende antes de volverse hacia Philippine—. Consulté a la bruja de Sassenage, señorita, y ya sabéis de su presciencia. Me dio el remedio para salvar a mi hija.

El corazón de Philippine brincó dentro de su pecho. Liberar a Algonde de la amenaza permanente de Philibert de Montoisson... ¿Sería posible? Cuanto antes pudiera hablar con Gersende, mejor. Sin embargo, aquel lugar no se prestaba a ello. Espoleó a su caballo, se situó delante del buey y se volvió hacia Mathieu, que había vuelto a ocupar su lugar, con el rostro severo. Allí estaba. Atraído con mentiras, era cierto, pero estaba allí. ¿Podía ella cambiar el destino?

A su memoria vino la mirada tranquilizadora de Cem. Fue en el momento de despedirse, sólo unos minutos después de que ella egresara de la capilla con Philibert de Montoisson. Aprovechando que éste le decía unas palabras a Louis, sin duda para dar cuenta de su docilidad, Cem la invitó de la manera más anodina posible a contemplar la vista desde el borde del promontorio.

—Id mañana al claro del bosque, cuando el sol esté en su vertical —le susurró, antes de ofrecerle el brazo para acompañarla hasta su hermano y agradecerles a ambos la agradable charla de la que habían disfrutado.

En el momento de montar en sus caballos, Louis se inclinó.

—Me alegra que por fin hayáis entrado en razón. Estad segura de que velaré para que no cambiéis de idea.

—No hay el menor riesgo. Ahora sé de qué pie calzáis vos y mi prometido —le respondió fríamente Philippine.

No intercambiaron una sola palabra durante el trayecto.

Aquel día, Philippine-Hélène de Sassenage había comprendido finalmente lo que sentía Algonde. Dejó de sentir que tuviera derecho a seguir expoliándola.

—Te espera, Mathieu. Tu hija te espera —le dijo ella con una sonrisa antes de volver la cabeza y avanzar.

Capítulo 23

Recostada en los cojines, mirando el dosel de la cama, como siempre que la boca de la pequeña Elora aprisionaba su pezón, Algonde estaba emocionada. Acarició suavemente con el dedo la manita de débiles articulaciones, maravillada por la delicadeza de las uñas. Instintivamente, la mano agarró su dedo índice y Algonde se enterneció ante la fuerza con la que apretaba su carne. De aquel ser minúsculo, que cabía entero en su brazo doblado, emanaba una potencia que sólo Algonde podía percibir verdaderamente.

Hubieran debido morir. Juntas. Algonde sabía que su hija la había salvado y que aún en aquel momento, la mantenía con vida. ¿Instinto de supervivencia? ¿Acaso la criatura había comprendido que su supervivencia estaba ligada a la de su madre? ¿O era resultado de un amor tan grande ya, de una complicidad tan intensa que una no podía prescindir de la otra? La cuna estaba junto a la cama de Algonde, pero Elora sólo pasaba en ella la noche. Durante el día, estaba tendida sobre su madre, sobre el algodón de su camisón, boca abajo, con el oído pegado a los latidos del corazón, bajo el pecho derecho. Aunque Algonde la cambiara de posición, Elora volvía siempre a la misma, como si necesitara mecerse con el movimiento regular de aquellos pechos se habían vuelto generosos.

Aislada de todos, excepto de Francine, la sirvienta que le llevaba la comida. Y de Philippine, que hasta entonces sólo la había Endonado para dormir, Algonde había tenido tiempo para Pensar en aquel misterio. Estaba segura de que el filtro que Marthe le administrara había despertado los restos dejados por el veneno de la serpiente. A juzgar por la luz que había iluminado su nacimiento, la chiquitina estaba a salvo del mal que habían tratado de legarle. No era el caso de Algonde. Estaba persuadida aún de que el hecho de separarlas a ambas, madre e hija, después de dar a luz había sido un error, pero ¿podía reprocharle a la partera haber aislado a la niña, demasiado enclenque, de algún posible peligro de infección? Ni siquiera ella se había opuesto a ello. Ahora, y aunque Philippine le hubiera asegurado que el medicamento confiado por sor Albrante la había curado, Algonde estaba segura de que el único milagro del que se había beneficiado era el contacto renovado con Elora. No quería separarse ya de ella. Más aún cuando su malestar era hasta el momento inexplicable. Según la partera, su vientre había cicatrizado. Y el agua de hierro que le daban a beber varias veces al día hubiera debido permitirle ponerse en pie ya hacía tiempo. Y, sin embargo, el simple hecho de levantarse para ir a orinar le provocaba mareos. Caminar le era imposible, pues sus movimientos eran desorganizados. El primer día se convenció de que aquello era transitorio, pero los problemas no hacían más que agravarse. Como si ella no deseara retomar el curso de la vida. Salir de aquella habitación. Mostrarse ante Marthe. Al descubrir que sus maleficios habían fracasado, que ni Elora ni ella serían sus esclavas, ¿qué haría la harpía? ¿Matarlas? ¿Era eso lo que Algonde trataba inconscientemente de posponer? No tenía respuestas.

Sin embargo, aquel día se sentía mejor.

La noche anterior, Presina se le apareció en su forma etérea.

—Tu madre viene hacia aquí con el elixir de los Antiguos. Debes vivir, Algonde, es una necesidad.

—Marthe no lo permitirá. Sabe la verdad. Vos, yo, Elora.

—Todo está perdido.

Presina puso sobre su frente su mano de luz.

—Recuerda esta imagen del futuro que me confiaste. Tú, en pie, en la proa de esa barca de fondo plano.

Instantáneamente, Algonde se la reapropió, incluso el ruido regular de los remos a su espalda, el olor marino del lago y niebla aterciopelada que se abría ante sus brazos en cruz. El haz de luz. Mathieu, envejecido, con el ojo cruzado por la cicatriz producto del ataque del gavián. La primera vez que tuvo aquella visión, el panetero aún no había sido atacado.

—Debes creer en tu destino, Algonde. Sólo eso es verdad —le afirmó el hada antes de marcharse. Desde entonces, Algonde había recuperado la confianza.

Elora soltó su dedo. Se había dormido tomando el pecho. Así abandonada, se parecía a cualquier otro recién nacido. Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Algonde. Presina no se hubiera arriesgado a exponer a la vista de Marthe la preciosa damajuana de los Antiguos si no estuviese segura de que el elixir que contenía restablecería el equilibrio de fuerzas en aquella casa.

Acarició un instante los finos cabellos de oro de su hija y luego la separó de su pecho para acostarla mejor.

—¡No pongas esa cara, muchacho! ¡Eres padre, qué diablos! —refunfuñó maese Janisse dándole un codazo en las costillas a Mathieu.

La cerveza que el panetero, gruñón, se disponía a beber tembló en su copa. Sin responder, se la llevó a los labios, entre el cloqueo de dos chiquillas que, tras instalarles a la mesa y servirles, cuchicheaban en un rincón.

En cuanto el carro fue estacionado junto a los locales comunes, Philippine instaló a ambos en la cocina y prometió que iría a buscarles en cuanto Algonde se hubiera tomado el preciado remedio. Acto seguido, hizo que Gersende la siguiera por la amplia residencia. Mathieu no podía más que esperar para explicarse de viva voz ante Algonde. Sin embargo, ¿necesitaba hacerlo? Algonde había dado a luz una hija. Su hija, le había dicho Philippine. La suya, confirmó Gersende. A menos que fuera del barón... No podía evitar pensar en ello. Puesto que, de lo contrario, cómo explicar que Algonde no se lo hubiera dicho. Era cierto que se habían separado enfadados. También lo era que había anulado la boda, pero de todas maneras... Un hijo. ¡No era cualquier cosa!

Por tercera vez consecutiva, Janisse alargó su mano regordeta y se sirvió otra pinta. Tenía sed. Y hambre. Alzando la voz, ordenó a una de las chicas:

—¿No habéis oído a vuestra señora? Caldo de jamón, a discreción, ha dicho. ¿Tendré que cruzar yo mismo esa puerta para ir a buscarlo?

En cuanto la abrieron, un aroma de guiso llegó hasta su nariz. Como experto, se relamió golosamente los labios.

—Pernil de cervatillo con salsa de arándanos.

Cerrando los ojos, volvió a olisquear.

—Espetón de pichones... flambeados con aguardiente de ciruela... Hmmm... Y algunos *soufflés*... Y una torta de setas... ¡Pardiez, probaría un poco de cada cosa! ¿Tú no?

Al no obtener respuesta, se volvió hacia Mathieu extraviado en sus pensamientos celosos y se enojó con su énfasis habitual.

—¿Qué, vas a seguir de morros mucho rato?

Mathieu le miró de reajo.

—No estoy de morros. Pienso.

—¿Y en qué piensas, pardiez? ¿Ya no la quieres, al rui señor?

—No se trata de eso maese Janisse...

—¡Si ya me gustaría que fuera otra cosa! De acuerdo, Fanette es atractiva, pero entre tú y yo, hijo... es como... como... como... comparar una tortilla y...

Inspiró de nuevo.

—... ¡un paté de trufas!

La audacia de la comparación le arrancó una sonrisa a Mathieu.

—Ya ves... ¡No vale la pena discutirlo! Hacéis las paces, te casas con ella y os ocupáis de la chiquilla...

Chasqueó la lengua.

—... ¡Porque ni hablar de quedarse aquí! En esta casa, donde dejan morir de hambre a las personas honradas. ¡Eh, vosotras! ¿Habéis oído? —vociferó en dirección de la puerta, alzándose apoyado en sus falanges.

¿Coincidencia? Mathieu no dudó que así fuera puesto que aunque se desgañitara, los pinches de la cocina no estaban al alcance de su voz. En cuanto Janisse se sentó, una de las sirvientas reapareció con una sopera y dos escudillas. En manos de la segunda, que la seguía, un hermoso pedazo de jamón asado humeaba sobre un plato.

El corazón de Algonde dio un brinco de alegría al ver la silueta de su madre cruzar el umbral de la puerta de su habitación. Un instante después, Gersende estaba sentada a su lado en la cama y sostenía a Elora en brazos. Tras cerrar la puerta a su espalda, Philippine les explicó lo que le había dicho Philibert de Montoisson.

—Cedí bajo la amenaza, doña Gersende. ¿Estáis segura de que esa poción resolverá el problema?

—Así lo creo.

—En ese caso, manos a la obra —decidió Philippine. Gersende acostó a Elora en su cuna y luego, dándoles la espalda, se arremangó las enaguas para recuperar la

damajuana piramidal. Cuando se la tendió a Algonde, a Philippine se le pusieron unos ojos como platos ante la sorpresa.

—Un momento, Gersende. ¿Puedo ver esa damajuana?

Madre e hija se consultaron con la mirada. Algonde asintió y Philippine le dio vueltas entre los dedos.

—Me recuerda otra que sor Albrante posee y que entreví. Diría que son hermanas. Más aún puesto que de la de Albrante procede la poción que te curó la fiebre, Algonde.

—Sin duda se trata de una coincidencia, la bruja de Sassenage me dio a entender que es mejor guardar los elixires en botellas azules —intervino Algonde mientras recuperaba la damajuana Para descorcharla.

Pero ahora sabía entre qué manos la había ocultado Presina.

Se sintió desolada. Si la harpía forzaba una nueva introspección en su cráneo, estaría al corriente. Se negó a pensar en ello, se llevó el gollete a los labios y bebió de un trago la amarga poción.

De inmediato sintió un calor intenso en su cuerpo, hasta el Punto de que apartó las sábanas y comenzó a sudar. Mientras el elixir hacía su efecto, Gersende se puso en pie y volvió a esconder la damajuana piramidal bajo sus faldas.

—¿Estáis segura de que debía tomarlo todo? —Se inquietó Philippine al ver a Algonde, con los ojos cerrados y un fuego interior, ponerse granate de los pies a la cabeza.

Visiblemente, a la jovencueta le costaba respirar. De nuevo junto a la cama, Gersende asió a Philippine del hombro.

—Tened confianza, señorita. El mal es pernicioso. Hay que esperar.

Aunque diera la impresión contraria, Algonde no sufría. Había perdido el conocimiento de lo que la rodeaba, toda ella concentrada en aquella transformación que sentía cómo se producía en su interior. Ignoraba cuál era la naturaleza de la misma, pero si hubiera afirmado que el elixir consumía cada parte de su cuerpo una tras otra. Allí donde las brasas se consumían, en lugar de ceniza nacía otra cosa. De la misma naturaleza y, sin embargo, lo adivinaba, más densa, más vibrante. Era como un fabuloso *ballet* de colores intensos que explosionaba en estrellas y que, lúcida, contemplaba bailar.

Philippine puso los dedos en la carótida de Algonde, como sor Albrante le había enseñado a hacer cuando se ocupaba de los duelistas en Saint-Just. Volvió el rostro hacia Gersende, asustada.

—El ritmo es alocado. Tan rápido que apenas se distinguen los intervalos entre dos latidos. Temo que la perdamos en lugar de salvarla.

—Tranquilizaos, Hélène. Tengo absoluta confianza en la bruja y en la fuerza vital de mi hija.

—¿No habría que ponerle a Elora sobre el vientre? A vos os lo puedo decir, la noche pasada, una luz divina las alzó a ambas a buena altura. Acto seguido, Algonde

estaba salvada.

—Paciencia... —le ordenó Gersende con una sonrisa tranquilizadora cuando ella misma apenas lograba serenarse.

Su viaje interior había acabado. Otro acababa de comenzar.

Por las imágenes que se le aparecían, Algonde no dudó ni un instante que el elixir contenía la memoria de momentos preteritos. ¿Cómo? Era incapaz de explicarlo, pero veía desfilar dentro de sí las callejuelas blancas de la gigantesca ciudad que Presina le mostrara. En el centro espejeaba un lago. Unos ríos surgían del mismo y se distribuían en forma de estrella por la ciudad, pasaban bajo sus puertas y se perdían a unas leguas entre aureolas de lores cambiantes. Había gentes que iban y venían en barca. Como en su premonición, extendían los brazos una vez llegados ante el círculo y se dejaban engullir mientras tras esos pasos impalpables florecían los prados. El lugar respiraba serenidad. ¿Era a causa de aquella torre imponente y blanca cuya cúpula de cristal albergaba una luz azulada? Había allí varias personas. Muy altas. Gigantes, pensó Algonde antes de comprender que estaban reunidas alrededor de una mesa translúcida sobre la que había dibujado un mapa. Tres damajuanas piramidales de cristal azul habían sido depositadas en el lugar donde, en medio de otros, se había dibujado su símbolo. La redecilla de plata que las cubría en tres caras se había abierto como una corola, formando un pequeño triángulo en la intersección, a través del cual pasaba un rayo de luz que nacía de debajo. Era ese rayo el que, al reflejarse hasta el infinito sobre el vidrio, iluminaba el espacio con su dulzura azulada.

Algonde tuvo la sensación de que aquella luz se esparcía dentro de ella, como el otro día, cuando Philippine le acostó a Elora sobre el vientre. Aquella vez se quedaría. Estaba segura de ello. El bien había ganado.

Muy pronto, recuperó la noción de lo que la rodeaba. La voz de su madre que tranquilizaba a Philippine.

—Vamos, señorita, ya vuelve en sí, se ha acabado.

Abrió los ojos y dirigió una sonrisa a Philippine.

—Me siento completamente recuperada. No será mañana cuando el señor de Montoisson podrá eliminarme.

—Quiero verlo para creerlo. Vamos, en pie —exigió Philippine, que le habría besado si Gersende no hubiera estado presente. Algonde apartó las sábanas y movió los dedos de los pies sobre el suelo. La luz seguía recorriendo su interior en forma de picores—. ¿Así era como la sentía Elora? Asió la mano que su mano tendía, temiendo que sus músculos abotargados desde hacía demasiado tiempo la hicieran tambalearse, pero no pasó nada. Se levantó entre risas y, arrastrando a Gersende, se puso a bailar.

Sidonie no había vuelto a ver a Jacques tras su altercado con Marthe. A la mañana siguiente, escoltado por Dumas y una nutrida guarnición, el barón había abandonado el castillo con su hijo menor y su viejo amigo Aymar de Grolée, barón de Bressieux. Durante las noches precedentes varias ovejas habían sido degolladas y los

campesinos habían dicho que se oían aullidos de lobo muy cerca de sus casas. Sidonie suponía que Jacques había querido juzgar sobre el terreno y de allí se había dirigido hasta los límites de sus tierras. No era la primera vez que sucedía.

Marthe no parecía inquietarse.

—Tú te quedas —le ordenó al regresar del despacho.

—¿Pero, y Jeanne? —se sorprendió Sidonie, con los ojos enrojecidos.

Marthe no se dignó a responderle. Sidonie ignoraba aun lo que se habían dicho, lo que había sucedido. Echaba de menos a Jacques.

—¿Por qué no podemos dejamos los bucles sobre los hombros? —preguntó Isabelle, la hermana pequeña de Philippine, mientras contemplaba su imagen en el espejo.

Al igual que sus hermanas, instaladas en unos taburetes, prestaba su larga y sedosa cabellera a las manos expertas de las camareras que las estaban peinando. Sidonie dejó de lado su propia tormenta y le sonrió con ternura.

—¿No os gustan los peinados que os está haciendo Mane?

—Sí, por supuesto, pero me encuentro mis guapa así.

Sidonie te llevó al pecho la pesada trenza de su propia cabellera.

—A vuestra edad también yo soñaba con llevar los cabellos al viento. Un día, me arranqué las cintas y corrí por el jardín para disfrutarlo.

La damisela abrió unos ojos como platos de envidia.

—¿Y cómo fue?

—Desastroso. Se enredaron tanto que no había peine capaz de desenredarlos y tuvieron que cortármelos.

El rostro se volvió grave.

—¡Qué horror!

Sidonie se echó a reír, os lo cuento.

—¿Cuándo nos probaremos los vestidos? —preguntó Françoise, la segunda de las hermanas de Philippine.

Conforme al deseo de Jacques, Sidonie se apresuró a ocuparse de las niñas, pues debían rivalizar en belleza y elegancia con ocasión del gran torneo que se preparaba en Romans.

—Dentro de unos días. Tened paciencia. ¿Ya tenéis ganas de dejamos para casaros?

—Yo no quiero quedarme para vestir santos como Philippine —respondió ella, mostrándole la mejilla a la sirvienta para que la maquillara con el pincel.

Sidonie adoptó un semblante grave.

—¿Quién os ha dicho eso, Françoise?

—Está en boca de todo el mundo. ¿No os parece extraño que pase todo el tiempo con esa Algonde a la que nunca vemos? Louis dice que no es su lugar, y a mí también me lo parece.

—Louis habla demasiado. Vuestra hermana es caritativa, eso es todo. ¿Acaso no

fue Saint-Just el primer lugar donde os educaron?

Françoise agachó la cabeza y la más joven, que hasta entonces no había intervenido en la charla, alzó la suya.

—¿Es verdad que Algonde es una sirvienta?

Las otras dos se volvieron hacia ella, estupefactas. Sidonie tosió repetidas veces. ¿Cómo explicárselo? Se puso en pie y adoptó aires de austera reprobación.

—Ignoro dónde ponéis los oídos, señoritas, pero no es apropiado que os rebajéis de ese modo ante rumores de pasillo. No quiero volver a oír nada acerca de Hélène o de lo contrario, como castigo, os quedaréis aquí en lugar de acompañarnos.

—¡Oh, no, por favor! —suplicó Isabelle tras dirigirle una mirada incendiaria a su hermana.

Sidonie suspiró.

—Elegir un esposo no es algo que pase cada día y es más delicado de lo que parece. Uno que no fuera vuestro padre os impondría al de mayor fortuna. Por Dios, queridas primas, no estropeéis la oportunidad de la que disfrutáis de poder ser amadas.

Con un nudo en la garganta, no pudo quedarse más allí. Las dejó que se peinaran y asearan, alzó con un gesto gracioso su vestido que arrastraba sobre el suelo de madera y fue a pasear sus penas a la sala de música donde ya se había instalado un juglar.

Capítulo 24

El monasterio abandonado era una antigua ermita en pleno corazón del bosque de Coulmes. Jacques de Sassenage apreció el rigor y el silencio. El eco de los pasos resonaba tanto sobre las losas sueltas, repetido por las bóvedas bajas y enmohecidas, que cualquier espía se hubiera delatado. La tensión que le oprimía los hombros desde su enfrentamiento con Marthe se le relajó un poco y, tras una última mirada hacia el pasillo para comprobar que se hallaban solos, cerró el portón macizo y claveteado. La pequeña estancia, sin ventanas, era una de las tres celdas que aún conservaban cierta unidad en aquel conjunto deteriorado por el paso del tiempo y colonizado poco a poco por la vegetación y los insectos. Hacía tiempo que ya nadie iba a allí excepto los ladrones. El preboste de la comarca se acercaba al lugar con sus hombres para arrestarlos en cuanto se acumulaban unas cuantas fechorías en las inmediaciones.

Fue éste quien recomendó el lugar a Jacques de Sassenage en cuanto hubieron resuelto el problema de los ataques de lobos, una edificación olvidada por todo el mundo, incluso por el diablo, le había asegurado. Exactamente lo que el barón necesitaba para llevar a cabo su proyecto. En cuanto desmontaron frente al portal derruido del edificio, se situó a la luz temblorosa del farol que el preboste había descolgado de su caballo para entregárselo. Jacques de Sassenage le pidió a su hijo pequeño, François, que lo Ofendiera y que abriera el camino. Sin más explicaciones, invitó a su viejo amigo Aymar de Grolée a seguirles.

Con una curiosa gravedad en el rostro, ambos aguardaban, uno apoyado contra la pared cubierta de musgo en las juntas de las piedras y con los brazos cruzados, y el otro, François, sentado en un viejo taburete roído por la carcoma, cerca de un viejo jergón en cuyo vientre crecían una decena de ratoncillos aún del tamaño de una falange.

—Os preguntaréis si me he vuelto loco al encerrarnos aquí -comenzó Jacques tras mirar a un crucifijo desnudo colgado de un clavo oxidado sobre la cabeza de su hijo.

Una tela de araña surgía del centro del crucifijo y sus gigantescas ramificaciones en forma de estrella iban de un extremo a otro del techo abovedado.

—Más bien me pregunto qué terrible historia nos ha traído aquí, amigo mío —le animó Aymar.

Jacques meneó la cabeza.

—La peor de todas. El diablo ha entrado en mi casa.

François se sobresaltó.

—¿Qué decís, padre?

—La verdad, hijo mío. Sé lo que digo, pues me he enfrentado a él y he visto su rostro.

Aymar frunció sus cejas espesas y regulares como dos trazos que se unían en mitad de la frente. Sin embargo, permaneció callado. Conocía demasiado bien a Jacques de Sassenage y no podía dudar de su valentía ni de su lucidez.

François les miraba al uno y al otro con los ojos desorbitados. Jacques avanzó hasta él y le puso la mano sobre el hombro para tranquilizarle.

—Cuanto os diré debe considerarse un secreto. Aparte de vosotros, nadie tiene que saberlo jamás.

François alzó la cabeza hacia él. Estaba pálido.

—¿Ni siquiera Louis?

—Louis el que menos.

—Pero si es el primogénito —objetó François que, le pidiera lo que le pidiese su padre, se sentía incapaz de enfrentarse al diablo.

Jacques suspiró.

—Louis es demasiado impetuoso, demasiado cerril. La verdad se le haría insoportable y sin consultarme tomaría medidas que podrías ser peligrosas para todos nosotros.

—Por mi honor, Jacques... —juró Aymar llevándose el puño al corazón.

El barón se lo agradeció con una sonrisa triste antes de volverse de nuevo hacia su hijo.

—¿Recuerdas a tu madre?

—¿Por qué, padre? ¿Qué tiene que ver ella con el diablo?

Jacques dio un paso atrás para mejor abarcar a ambos en su campo de visión. Sabía el afecto que Aymar había sentido por Jeanne de Commiers, hasta el extremo de que se eclipsó ante su amor y transformó el suyo en amistad.

—Nos han mentido. Durante todos estos años. Nos han mentido y nos han traicionado.

—¿Qué significa eso, Jacques? —preguntó Aymar; cuyo corazón palpitaba atropelladamente como siempre que se hablaba de Jeanne.

Jacques cerró los ojos. Una fracción de segundo. Allí, en aquel lugar poblado aún por las oraciones de los monjes, ¿podía oírle el diablo y castigarle por la confesión que se disponía a hacer? No. El diablo estaba en La Bâtie, ocupado en sus contubernios, y él debía hallar la manera de vencerle. Su voz, sin embargo, se convirtió en murmullo y su mirada, en un óvalo aplastado entre sus cejas.

—Tu madre está viva, François.

El joven se sobresaltó tanto que su asiento, corroído por la humedad y los gusanos, se desequilibró, se partió una pata y François cayó de espalda. Mientras se ponía en pie maldiciendo, la mirada inquieta de Aymar sondeó la de Jacques.

—¿Insinúas que está poseída por el diablo, amigo mío?

Jacques meneó la cabeza, con tristeza.

—Ya nada hay en ella, Aymar sólo locura.

Y mientras su hijo se sacudía las nalgas doloridas por las losas desiguales, furioso por aquel accidente y trastornado por aquella revelación, Jacques de Sassenage comenzó a relatarles a ambos descubrimientos de aquellos últimos días.

—¡Basta, basta! La cabeza me da vueltas y voy a sacar el corazón por la boca — se reta Gersende a mandíbula batiente arrastrando a su hija hacia el borde de la cama.

La intendenta del castillo de Sassenage se dejó caer en la cama y trató de recuperar el aliento entrecortado por su maciza corpulencia y su hilaridad.

Reuniéndose con Philippine quien, desconcertada ante la increíble eficacia de aquel remedio, se había sentado para observar cómo daban saltos de alegría, Algonde se sentó con las piernas cruzadas junto a Gersende y le dio un sonoro beso en su mofletuda mejilla.

—Ya no es hora de morir, mamaíta. He resucitado.

—Lo veo, lo veo, mi ruiseñor y me alegro. ¡Oh, sí, Dios mío, cómo me alegro!

Se echó de nuevo a reír con más fuerza aun abrazando con sus brazos robustos a las dos jovencitas. Fue el llanto de Elora, que se había despertado, el que puso fin a aquellos instantes de complicidad.

Algonde se puso en pie y fue a cogerla en brazos en la cuna, bajo el suntuoso tapiz de Aubusson que representaba una escena cortés.

—Ven aquí, preciosidad —canturreó acunándola junto a su pecho.

Elora se calmó al instante. El corazón de Algonde latía alegremente en su pecho. En su memoria seguían desfilando las imágenes de la ciudad blanca y la luz en su interior curaba sus heridas más antiguas. Sus miedos habían desaparecido milagrosamente. Aún ignoraba cómo engañaría a Marthe, cómo se protegería de ella, cómo permitiría que la profecía se cumpliera, pero de una cosa estaba segura: lo lograría.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué dirá Janisse cuando me vea tan despeinada! —dijo Gersende a su espalda.

Algonde se volvió hacia ella, agradablemente sorprendida.

—¿Maese Janisse te ha acompañado?

Las mejillas de la intendenta se sonrojaron.

—Tengo que decirte algo, Algonde. Vamos a casarnos. Bueno, si el barón lo permite.

—Qué grata noticia, doña Gersende —exclamó Philippine poniendo su mano cuidada sobre su manga.

—Parece que todo el mundo se alegra de ello, en efecto —pareció excusarse la intendenta al ver que a su hija se le iluminaba el rostro.

—Sabes que le quiero como a un padre. Tenemos que ir a buscarle, que conozca a Elora y vea que todo está bien —sugirió Algonde acercándose a la cama con dosel de cortinas.

—No le recibirás vestida así —la regañó su madre al tiempo que miraba de arriba abajo el camisón que portaba.

Con su vitalidad recuperada, Algonde lo había olvidado.

—Tienes razón, voy a vestirme. Ha llegado la hora de que recupere mi lugar en

esta casa.

—Puesto que, además, no hemos venido solos... —añadió Gersende mordiéndose la mejilla.

Al ver su expresión de culpabilidad, Algonde se sobresaltó.

—Mathieu también está aquí —dijo Gersende sin darle tiempo a pensar.

Algonde se puso a temblar. Mathieu. Su Mathieu.

—Sabe lo de Elora. Se lo he dicho yo —dijo Philippine.

Temerosa de que la felicidad que aquella perspectiva auguraba la hiciera desvanecerse, Algonde tuvo que sentarse. Se aproximó a un taburete tapizado de dril adamascado y, frente a ellas, se dejó caer en el mismo y apoyó la espalda contra la pared de cal. Gersende y Philippine la miraron con ternura.

—No te lo he contado todo en mis cartas, así que la verdad es que no sé muy bien por qué ha aceptado acompañarnos —dijo Gersende, que no pretendía que las esperanzas de su hija se vieran decepcionadas.

Algonde la miró angustiada. Gersende se retorció las manos.

—En estos últimos tiempos, Fanette y él han estado más juntos de lo conveniente.

A Algonde se le hizo un nudo en la garganta. Sin apenas darse cuenta, dejó de acunar a Elora.

Philippine se encogió de hombros.

—Ahora que ha nacido su hija, me gustará ver cómo le retiene esa Fanette. Se casará contigo, Algonde. Yo me ocuparé de ello.

Aquel cambio de opinión en la damisela inquietó a la joven, pero evitó dar muestras de ello. A todas luces, los sentimientos de Philippine hacia Cem no eran ajenos a tal cambio. Y, sin embargo, no deseaba que Mathieu se viera obligado, no eran tales sus intenciones. Y luego estaba Marthe. Aunque Philippine diera vía libre a su amor, ¿qué haría esta vez la harpía para separarles? Algonde no olvidaba que había aceptado deliberadamente perder a Mathieu para salvarle. Y aún estaba dispuesta a ello. A pesar de Elora. Por Elora.

—No haréis nada, doña Hélène —dijo, dirigiéndoles una sonrisa tranquilizadora.

—¿No? —se sorprendió Philippine.

—No. Hay que saber dejar que las personas que amamos sean libres de elegir su propio destino. La libertad es un bien preciado. No quiero que Mathieu se vea privado de ella.

Philippine bajó la vista, con las mejillas sonrojadas por los remordimientos que aquella constatación despertaba. A menos que no fuera un reproche que le hiciera su camarera. No se enojó. Se lo merecía. Con la palma de la mano alisó su vestido de seda amarilla tornasolada que se le había arrugado durante la cabalgada junto a su hermano. Súbitamente se sintió fatigada. El día llegaba a su fin, y había tenido una buena ración de emociones. Alzó su nariz un poco respingona.

—Será como tú desees, Algonde. Debes saber que esta vez no pondré obstáculo alguno para que regreses a Sassenage si ello te hace feliz.

Algonde se echó a reír. La verdad era que su señora había cambiado mucho.

—Aún no se trata de eso, doña Hélène. Veamos primero de qué pie calza Mathieu.

Se puso en pie y dejó a Elora en brazos de su abuela, que acababa de arreglarse la trenza para recuperar la compostura, a pesar del polvo del trayecto.

—Disfruta un poco de ella. En cuanto a vos, señorita Hélène si por una vez me hicierais el honor de ayudarme... Necesito que alguien me ate el corsé, Philippine abrió unos ojos como platos.

—¿Yo? Pero...

Algonde se echó a reír de nuevo y, con un guiño cómplice, añadió:

—Si debo dar crédito a las palabras del señor de Montoison, sólo imagino a Francine echando veneno a diario en mi caldo. Me gustaría sorprenderla vestida y resucitada cuando venga a roerme la comida.

Esa idea pareció ser del agrado de Philippine. Olvidándose de su cansancio abandonó a Gersende, que cloqueaba y balbucía incomprensibles onomatopeyas a la chiquitina. Sin dejar de repetirse para sus adentros cuánto se enfurecería Louis si supiera a qué juego estaba a punto de prestarse, la señorita de Sassenage siguió a la camarera al aseo. En cuanto la cortina de terciopelo las hubo aislado, fue recompensada con un largo beso.

El silencio reinaba de nuevo en el corazón de las ruinas de la antigua ermita. Tras la confesión que acababa de hacerles, Jacques de Sassenage miraba a su amigo y a su hijo, ambos cabizbajos y sumidos en sus cavilaciones, y podía oír el sordo latir de sus corazones acompasados al suyo. Se aclaró la garganta y, con el jubón húmedo, se alejó de la puerta en la que se había apoyado basta entonces. De repente sintió frío. Debido a su inmovilidad. Debido al fardo de su pasado. Esos cuatro últimos días no le habían dado un solo respiro. Remontando el tiempo, sus recuerdos habían tratado de dar caza a lo inconcebible, de revelar las falsas apariencias y las mentiras de Marthe. Más que los propios acontecimientos que acababa de relatar a su hijo y a su amigo, lo que le dolía era el resultado de sus propias investigaciones.

—Sabed que hasta el día de hoy, mi abatimiento fue parecido al vuestro —dijo avanzando hacia ellos.

Uno y otro, que se habían acercado guiados por el timbre sordo de las confidencias de Jacques, se hallaban en aquel momento junto a una hornacina en la que François, al entrar, había dejado el farol. La vela de cera de abeja seguía consumiéndose y desprendía un humillo oscuro con olor a miel. Jacques cerró el triángulo que habían formado asiéndoles por los hombros con sus puños macizos. La mirada de ambos hombres se cruzó con la suya. Aymar de Grolée meneó la cabeza.

—¿Has pensado en llevar el caso al obispado? —preguntó, como hombre poco habituado a la fatalidad.

Jacques sacudió la cabeza.

—Ya conozco sus métodos. Mientras pierden el tiempo con su investigación, la diablesa los exterminará. Sus poderes sobrepasan los de las brujas con las que me he cruzado. Vi su garganta perforada cerrarse sola mientras se reía de mí. No, no es en la Iglesia donde debemos hallar una solución. Si la temiera, hubiese evitado ir a misa y ni una vez la he visto refunfuñar por tener que asistir a un oficio.

—Estamos perdidos —tembló François mientras se santiguaba—. No lo creo —afirmó Jacques.

Dejó caer los brazos.

—Si quisiera hacernos daño ya Jo habría hecho hace tiempo.

Ella misma me lo dijo. Espera alguna cosa. Algo relacionado con Jeanne, Hélène y Algonde.

François dirigió a su padre una mirada asombrada.

—¿Sidonie no?

—Sidonie no es más que un medio para alcanzar el objetivo. La víctima inocente de sus artimañas y, sin duda, su prisionera.

Créeme, hijo. No he dejado de darle vueltas y más vueltas en mi cabeza a esa cuestión y, a la luz de mis recuerdos, ya sé por qué Marthe atacó a Jeanne.

Capítulo 25

Jacques aplastó entre el pulgar y el índice una pequeña araña que, mientras tejía para ampliar su obra, colgando de un hilo, le había cosquilleado la nariz. Atentos, ambos hombres miraban fijamente al barón, entre el temor y la confianza que su gravedad inspiraba.

—¿Recuerdas, Aymar, aquellos momentos en que Jeanne parecía tener la cabeza en otro lugar, como absorbida por un tormento interior?

El barón de Bressieux asintió con la cabeza. Aquellas repentinas ausencias que, sin razón alguna y en cualquier contexto, le conferían una intensa fragilidad, eran uno de los rasgos del carácter de Jeanne de Commiers que la hacían deseable. Duraban poco, el rato de repetir una frase, una pregunta y de nuevo Jeanne volvía a estar allí y sonreía dolorosamente, como si la hubieran pillado en falta. Nunca se disculpaba, pero siempre se santiguaba.

—Al principio de nuestro matrimonio no me preocupé. La mayor parte del tiempo, Jeanne estaba radiante de alegría y de generosidad. El nacimiento de Louis y luego el tuyo, François, parecieron haber acabado con esas rarezas que hasta entonces se producían tras unas pesadillas de las que ella se negaba a hablar, durante el embarazo de Hélène, cuando volvieron a reproducirse y se agravaron, Jeanne no pasaba una noche sin despertarse untando, con la mano en el vientre, y sólo se calmaba cuando la trazaba.

—Recuerdo que en esa época tenía los rasgos muy tensos y unas profundas ojeras. ¿Te reveló la naturaleza de esas pesadillas? —preguntó Aymar, inquieto.

—Acabó por decidirse. Por decirme que no se trataba de pesadillas, sino de visiones premonitorias —suspiró Jacques.

—¿Cómo... como... las brujas? —tartamudeó François.

Jacques sonrió.

—Tu madre no tenía nada de bruja. Era de una piedad fuera de lo común y se confesaba cada vez que era presa de esos estados. El padre Mancier, con quien hablé en privado hace tres días, lo recuerda bien. Creyéndola muerta, rompió el secreto de confesión y me reveló su propia incredulidad ante la pertinencia de tales visiones, A su juicio, todas se han cumplido. Un accidente de caza, una epidemia, un nacimiento abortado. La muerte, el sufrimiento, los maleficios pero también los momentos felices insospechados o inesperados. Jeanne tenía esa presciencia que él calificaba de don divino para tranquilizarla, a pesar de saber que otro en su lugar la hubiera llevado a la hoguera.

—Pero ¿qué relación tiene eso con Marthe? —intervino de nuevo François, trastornado por esa imagen de su madre que desconocía.

—Unas semanas antes de que Jeanne diera a luz a tu hermana, nuestra partera murió ante la verja cerrada del castillo, allende los límites de la muralla. Fueron los centinelas quienes la hallaron al alba. No habían oído nada y, sin embargo, los ojos

desorbitados de aquella mujer y la expresión de su rostro denotaban un terror intenso. El padre Mancier me reveló que aquella noche Jeanne tuvo una premonición. La del diablo saliendo al paso de la desventurada que murió aterrorizada.

François sintió escalofríos y se frotó vigorosamente los brazos. Jacques, llevado por sus recuerdos, no se dio cuenta de ello.

—Aquella misma tarde, una comadrona a la que tiempo atrás había despedido pues su fealdad era insoportable, se presentó en el castillo para sustituirla. Hasta que me cansé de ella, había servido a nuestra familia con bondad. No era rencorosa, me aseguro, y aún sería más discreta que de costumbre. A pesar de las reticencias de Jeanne, acepté que estuviera de nuevo a nuestro servicio, convencido de que aquella pobre mujer no tenía culpa de su apariencia. La verdad es que, al ver a mi esposa tan debilitada, temía que perdiera la criatura e incluso que ella misma pudiera morir.

—Pero ¿y Marthe?

—El diablo tiene mil caras, hijo mío. La víspera de dar a luz, Jeanne se echó a llorar, agarrándome de la camisa con una fuerza descomunal. «Si me quieres, Jacques querido, échala, échala o me moriré. Para eso ha vuelto. Para vengarse», no dejaba de suplicar. Cedí ante su terror. Hice conducir a la partera a las puertas del castillo. ¿Te acuerdas, Aymar? Tú estabas en La Bâtie.

—Y partí de inmediato a buscar a doña J'espérais, que oficiaba en la señoría vecina —aprobó el barón de Bressieux.

—Jeanne se calmó, al menos hasta que nació tu hermana. Hasta que dije que la llamaríamos Hélène. En ese momento Jeanne chilló, como una loba a la que le robaran su cachorro. Era un grito casi inhumano, de tal sufrimiento que me quedé helado y creí que había perdido la razón. Estoy seguro de que nuestros parientes y hasta las propias paredes aún lo recuerdan.

Al recordar también él aquel grito que le angustió mientras aguardaba en los jardines el momento de poder felicitar a Jeanne por el nacimiento de la criatura, Aymar de Grolée cerró un instante los ojos, con el corazón en un puño.

—Esa vez ya no podía engañarme a mí mismo. Tenía que saber. Acosé a Jeanne hasta que me explicó por qué se negaba a que tu hermana llevara ese nombre, por qué afirmaba que era a ella a quien el diablo quería. Acabó por explicarme su visión, la visión que no la había abandonado desde que la partera fue hallada muerta.

Hizo una pausa, sumido en el sentimiento de culpabilidad que ese recuerdo revivido había despertado. Habían pasado muchos años. ¿Era responsable de haber olvidado? Aún peor ¿era responsable de no haberla creído? Y, de todas formas, ¿qué hubiera podido hacer él para cambiar el curso de los acontecimientos? Tragó saliva, lamentando no tener una pinta de cerveza que humedeciera su garganta seca antes de proseguir, animado por las «iradas puestas en él, por el sudor que goteaba por la frente Pálida de su hijo.

—El diablo necesita a Hélène —me dijo ella—. Necesita tu vientre para reinar en el mundo. Sé que puede parecerte una locura, pero no estoy loca, Jacques. Sólo soy

diferente. Veo cosa. Cotas que aún no existen pero que sucederán. Siempre. Fecundado por el diablo, su heredero nacerá de Hélène, tan peludo, tan horroroso que deseará ocultar esa primera criatura. Será a Melusina a quien nuestra hija se lo confíe para evitar que el diablo pueda reinar. Porque merodea a nuestro alrededor, Jacques. Merodeará sin cesar a nuestro alrededor hasta que llegue la hora. Ayúdame a librarnos de él, ayúdame a engañarle», me suplicó. La amaba tanto que cedí, una vez más, con la certeza de que el boticario hallaría la manera de sanarla. Puesto que en verdad todo aquello era tan improbable y tan incoherente que ni por un instante pensé en que pudiera ser verdad. Hélène se convirtió en Philippine y Jeanne recuperó su alegría. Sus otros embarazos se desarrollaron sin problemas y yo olvidé esa historia, sobre todo porque Jeanne no volvió a hablarme de ella, y tampoco de sus otras premoniciones. Sin duda había comprendido que no la había creído.

—¿Quién hubiera podido creerla? —le dijo Aymar con un sus— piro.

Jacques sacudió la cabeza.

—Hace seis años, una mañana como las demás, tras el desayuno, me tomó la mano y se la puso sobre el corazón. Su rostro estaba teñido de melancolía. Me miró a los ojos y me pidió que le concediera un favor. El de internar a nuestras hijas, y a Philippine en particular, en Saint-Just si alguna cosa le sucediera. «¿Qué teméis, amiga roía?», le pregunté. Sólo me sonrió con tristeza. «Prometédmelo, Jacques, es muy importante». Se lo prometí. Al día siguiente, partió hacia la abadía y fue agredida en el bosque. Por unos malandrines, dijo el preboste sin conseguir dar con ellos, Y la verdad es que fue atacada por Marthe.

—¿Creéis que madre tuvo la premonición de lo que le sucedió? —Se sobresaltó François, quien no conseguía entrar en calor; como si la sombra del diablo se extendiera por las paredes a medida que la vela se consumía.

Jacques asintió.

—Estoy seguro de ello.

—En ese caso, ¿por qué no permaneció en la seguridad del castillo? ¿Que esperaba encontrar en Saint-Just?

—Lo ignoro.

La respuesta se ocultaba en algún lugar de la memoria ensombrecida de Jeanne. Al igual que las razones que la habían llevado a devolverle su nombre de Hélène a Philippine cuando estuviera en edad de contraer matrimonio. ¿Sabría algún día qué la había impulsado a ello?

—¿Crees que acababa de reconocer al diablo en Marthe? —preguntó Aymar.

Jacques apoyó el hombro contra el muro y torció la boca.

—Siempre lo supo. Jeanne amaba sinceramente a Sidonie. Al saber que su esposo había fallecido, que sabíamos que se había arruinado a causa de sus continuos litigios con los vecinos, fuimos a verla para darle el pésame. Recuerdo como Jeanne retrocedió cuando Sidonie nos presentó a Marthe como su dama de compañía. Pensé que era su fealdad lo que la incomodaba, al igual que a mí. Y me sorprendí cuando

Jeanne le propuso a su prima que se instalara en Sassenage. Fue una invitación espontánea, casi brusca, antes de que cayera en la cuenta de que la decisión me correspondía a mí. Lo aprobé sin enojarme. A ese castillo íbamos más que en contadas ocasiones y Sidonie podía ser expulsada de sus tierras en cualquier momento. Además, estaba embarazada, acababa de comunicarnos entre sollozos. Noté que Jeanne se sentía aliviada por mi aprobación. Esa vez también hubiera debido averiguar las razones. Y, por el contrario, al aceptar a Sidonie, no volvimos a hablar de ello.

—Melusina, ¿verdad? —afirmó Aymar con aire de haberlo en— tendido.

—La verdad es que estos últimos días he llegado a esa conclusión.

—No lo entiendo, padre —objetó François.

—La premonición de tu madre afirmaba que Hélène confiaría la criatura del diablo a Melusina para salvar al mundo. Tal vez pensó que al enviar a Marthe a Sassenage, Melusina lograría neutralizar al maligno antes de que dejara embarazada a su hija.

—Visiblemente, se equivocó, dado que Melusina no se ha manifestado. Peor aún, Marthe es más diabólica que nunca mentó François.

Por primera vez desde que se habían aislado en aquella celda, una franca sonrisa se dibujó en el rostro de Jacques.

—Sí, sí se ha manifestado.

A Aymar y a François se les pusieron unos ojos como platos.

—En Sassenage y en dos ocasiones, sin conocimiento de Marthe. Para obligarme a romper los sellos de su habitación y para ordenarle a Sidonie que construyera un subterráneo en la Rochette. Aquí está la prueba —dijo al tiempo que extraía de su bolsa la lágrima cristalizada que había recogido junto al lago subterráneo—. Y eso no es todo —añadió mientras la piedra pasaba de mano en mano. Convencido del papel importante que Melusina desempeña en esta premonición, busqué su rastro en los archivos de mi familia que se conservan en la biblioteca. Di finalmente con un croquis dibujado en la parte inferior de una carta dirigida por Raymondin a su primogénito. Incluso admitiendo que el retrato no sea tan fiel como debería, confirmó las dudas que ya tenía. Algonde tiene un parecido casi idéntico. Si la predicción de Jeanne es exacta, el niño le será confiado a Algonde. Una opción muy realista a la vista del afecto que Hélene siente por día.

Ambos hombres se quedaron boquiabiertos. Jacques asintió coa la cabeza.

—Creo asimismo que Jeanne conocía la identidad del hombre que dejaría embarazada a su hija. El rostro del diablo.

—¿Cómo podría ser? Según tengo entendido, las visiones a portón imágenes, no nombres —dijo Aymar.

—Salvo si, por haber coincidido ya con ese hombre, le hubiera reconocido en su futuro de pesadilla al revolotear alrededor su hija en edad de procrear.

—Philibert de Montoisson —exclamó François.

Se produjo un momento de silencio.

—Pero vamos, dónde...

Jacques leyó la duda en los labios de Ay mar.

—En Sassenage. Fuimos invitados allí por Sidonie un mes después de que se hubiera instalado. Por un problema de vasallaje, tuve que dejar sola a Jeanne. A mi regreso, tenía fiebre. Estaba impaciente por regresar. En un principio atribuí su desasosiego a los niños, pero hoy es evidente que lo que la atormentaba era la presencia de Marthe. Estoy seguro de que conoció a Philibert de Montoisson en aquella ocasión.

—¿Al caballero? ¿En Sassenage? ¿Por qué motivo? —Se atragantó François.

—En aquella época era amante de Sidonie, y es el padre de Enguerrand —espetó.

Se hizo el silencio, mientras cada uno de ellos sopesaba a su manera la posibilidad de aquellos hechos. Jacques prosiguió, con el corazón aliviado tras haber podido compartir al fin el peso que arrastraba.

—Quisiera creer que Jeanne descubrió alguna cosa susceptible de cambiar el curso de los acontecimientos. Tal vez una nueva premonición, que la obligó a desafiar su propio destino. Mientras su mente estuviera enferma, Marthe no debía preocuparse y, sin duda, ésa fue la razón por la que no creyó necesario matarla. Por el contrario, si Jeanne recuperara la memoria se hallaría en peligro. Y también todos nosotros.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Aymar sacando pecho.

—Comportaros como quiere Marthe. Engañarla. Mostrar un gran servilismo. Sé que Louis conspira con Philibert de Montoisson. Te pido, François, que finjas ser de su opinión para así poder espiarles a uno y otro e informarme de todo.

—¿Creéis que Louis ha sido pervertido por el diablo? —Se atormentó François, para quien su hermano mayor era un modelo.

—No, hijo. Sólo está harto de los modales de tu hermana y prisa por reemplazarme. Llegado el momento, habrá que ponerle en su sitio. Héléne será salvada y si ello no fuera posible, que permitir que Algonde cumpla su destino y las aleje a ambas de Marthe. Para ello, sólo veo una manera, Aymar. Darte a mí hija en matrimonio. Si aún lo deseas, y a pesar de lo que ahora sabes.

Aymar le cogió del brazo con vigor fraternal.

—Tu confianza me honra, amigo mío, y sabré ser digno de la misma, ya lo sabes. Pero ¿me querrá Héléne por esposo?

—De momento a buen seguro que no, razón por la cual no le diremos nada. Recuerda nuestras batallas junto al rey Luis. Atacar al enemigo a contrapelo y, en el momento en que se cree vencedor, lanzarse sobre él sin cuartel.

Aymar asintió.

—¿Y Jeanne?

—Si fuera a Saint-Just despertaría las sospechas de Marthe. En ese caso también sólo puedo contar contigo para salvarla. En cuanto sor Albrante estime que Jeanne se halla en condiciones de viajar, la alejarás de allí. Sé que no te faltan lugares donde

poder esconderla. Y entonces actuaremos. Si Dios nos ayuda.

—Lo hará, padre —aseguró François armado de coraje.

Jacques de Sassenage le mesó la cabellera ensortijada.

—Estoy seguro de ello, hijo mío. El diablo no triunfará.

Capítulo 26

Mientras dirigía sus pasos hacia la cocina adonde había enviado a Mathieu y a maese Janisse, Philippine pensó que de nuevo iba a transgredir todas las reglas del decoro. Qué más daba, ya hacía tiempo que se saltaba el protocolo. Si Louis llegara a reprochárselo, se libraría de él recordándole los malos modales de Philibert de Montoisson. Estaba dispuesta a cualquier cosa por Algonde y se reía de las consecuencias.

Y, además, no era como dejarlos solos en la misma habitación, a ella y a Mathieu. Gersende también estaría allí. Sonrió ante semejante idea en el momento en que se cruzaba con una sirvienta que acarreaba con esfuerzo una cesta. Al creer que aquel gesto iba dirigido a ella, la jovenzuela, sorprendida, se inclinó con tal reverencia que a punto estuvo de hacer caer los trapos y paños que sobresalían de los bordes. Concentrada en sus pensamientos, Philippine apenas se dio cuenta de ello. Volvió la esquina del pasillo estrecho y mal iluminado que llevaba a las estancias comunes del castillo. Aunque conocía el camino, desconocía por completo lo que se ocultaba tras las puertas que lo bordeaban. Las habitaciones reservadas a las necesidades del servicio sólo las utilizaban los criados. Philippine jamás había Puesto los pies en ellas. Cuando pasó frente a la última antes de llegar a la cocina, la puerta se abrió. Salió un joven criado, andando hacia atrás, con la espalda curvada, retenido desde el inferior por dos manos femeninas enlazadas alrededor de su cuello. Philippine tuvo que pegarse contra la pared y aguardar en la sombra para que no le cayera encima.

—Quédate... amor mío... —murmuró la muchacha a la que no podía distinguir mientras sí veía la espalda huesuda del criado que, a la par que retrocedía y bajaba el cuello para liberarse trataba penosamente de atarse los calzones.

—Esta noche, en el desván. Esta noche, te lo prometo. Pero venga, suéltame ya, borraca, que si viene tu marido me empalará como a un pollo asado —se defendió él.

—Con lo vicioso que eres, hasta te va a dar gusto —se echó a reír la jovenzuela.

Él se deshizo de la presa de sus brazos y los mantuvo a distancia en el vano de la puerta.

—¡Ya me gustará ver a quién de los dos le abren en canal como a un gorrino! ¡Basta, me esperan arriba! —refunfuñó él.

Le dio un beso en la boca y no sin grandes dificultades logró cerrar la puerta; para asegurarse de que no insistiría, se apoyó en ella para recobrar el aliento.

—¡Pardiez, esta perra me ha exprimido tanto que tengo la verga en carne viva! —Gruñó llevándose groseramente la mano a su miembro para colocárselo bien dentro de los calzones.

Fue al levantar la vista, dispuesto a alejarse de la puerta que seguía cerrada, cuando descubrió a Philippine, más divertida que escandalizada ante la escena a la que acababa de asistir in~ voluntariamente.

—¿Qué te pasa? ¿Tú también quieres tu ración? —le dijo antes de comprender

por su aspecto que ella nunca hubiera debido hallarse allí donde estaba.

El rostro del lacayo se demudó y comenzó a balbucir:

—Os pido perdón, señorita. Os he tomado por una de las sirvientas. No... No, eso no es lo que quería decir... Uno no puede equivocarse... Vamos, sí... En la sombra...

Antes de que Philippine pudiera replicar, él se arrodilló con la certeza de que su torpeza iba a llevarlo directamente a la picota. Dirigiéndole una mirada asustada, se retorció las manos.

—Soy una rata inmunda, señorita, pero no merezco ser apaleado. Os lo suplico, tened piedad...

Philippine no tenía ganas de imponer un castigo. Ni razones tampoco, dado que un caballero de la Orden de San Juan le había faltado aún más al respeto.

—Ponte en pie, no he oído nada —le dijo ella con una sonrisa.

Se inclinó dos veces en sendas reverencias, con las manos juntas por encima de la cabeza, hasta tocar el suelo con la frente y Philippine se sintió incómoda. Sin embargo, no podía continuar su camino sin pasar por encima de él y tuvo que aguardar a que por fin se levantara.

—Alabada sea vuestra bondad, señorita. Vuestro hermano me hubiera azotado hasta la muerte antes de entregarme al verdugo.

La sangre de Philippine se aceleró en sus venas. Al verlo desde mis cerca, se percató de que el rostro de aquel mozo no le era desconocido.

—¿No eres uno de los criados de Louis? —preguntó mientras él retrocedía hasta pegarse contra la pared y escondía el vientre como si quisiera desaparecer.

Se puso a temblar otra vez, consciente de nuevo de haber pronunciado una palabra de más. ¿Debería morir para aprender a callarse? Sabía a ciencia cierta lo perversos que los señores podían llegar a ser cuando querían distraerse. Si no era con deseo de atormentarles, ¿qué hacía Philippine de Sassenage en sus dominios?

—Sí, señorita. ¿Vais a entregarme a él?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ningún deseo de complacerle. Así que cálmate y nada temas. A cambio, si durante tu servicio alcanzas a oír hablar de mí, dímelo.

Él dudó un instante. ¿Le estaba poniendo a prueba? ¿Juzgando si era de fiar? La señoritilla no parecía burlarse de él, pero ¿podía estar seguro de ello? Había visto a algunos de los suyos ser castigados severamente por haber perdido una herramienta o por haber remendado mal una prenda de vestir.

—El problema, señorita, es que en cuanto cruzo el rellano pierdo el oído —se excusó.

—Al igual que yo lo he perdido en este pasillo. Louis me atormenta y, tú mismo lo has dicho, es de una raza de la que hay que desconfiar. ¿Acaso no quieres ayudarme?

Él sacó pecho. Visto desde ese ángulo, hubiera sido de mala educación negarse. Más aún cuando, si se daba crédito a los rumores, la pequeña Algonde había hallado

junto a su señora algo más que consideración. Evitando mirar de arriba ah bajo las generosas formas de Philippine, durante un segundo, el criado ni pudo dejar de imaginar el provecho que podría sacar de una dama que no arrugaba la nariz ante una verga desenvainada. Decidiéndose finalmente por la confianza, se inclinó ante ella y se llevó una mano al corazón.

—Si me dijeran lo que puedo llegar a oír, sabría cuándo Al escuchar, señorita Philippine.

—¿Y venir a contármelo?

—A condición de que el señor Louis no pueda sospechar nada. —Eso por descontado. Por supuesto, te recompensaré. Dispuesto a agradecerte de antemano su generosidad, refrenó con videncia su natural codicia.

—Vuestro perdón basta para hacer de mí vuestro servidor. Philippine se echó a reír.

—Así estamos de acuerdo. Infórmame de cualquier conversación en la que surja mi nombre.

—¿Cómo podré hacerlo sin llamar la atención?

—Si sabes escabullirte de los maridos, a fe mía que podrás burlar a mi hermano... ¿No es cierto?

Asintió con la cabeza y le ofreció una sonrisa desdentada.

—Ahora márchate. Ya te has demorado demasiado y si mi hermano te arranca la lengua me enfadaré.

El criado no se hizo rogar dos veces y, se echó a correr como alma a la que lleva el diablo, seguro de que por lo menos iba a recibir un golpe de cinturón en sus hombros musculosos.

Unos minutos más tarde, sin volver a cruzarse con nadie, Philippine entró en la cocina donde Mathieu y maese Janisse habían hallado en el vino un asunto con el que matar la espera. Soltaba al unísono carcajadas bobas mientras entrechocaban sus copas ante las dos sirvientas que no les perdían de vista. Sobre la mesa en consonancia con sus escudillas vacías, la sopera y el plato habían dejado de humear.

—¡Vaya con los hombres! —les espetó, plantándose ante ellos los brazos en jarras.

Maese Janisse se volvió hacia ella con el rostro tan colorado como risueño.

—Estábamos preocupados... Por el rui señor... ¿No es así. Mathieu? —Quiso justificarse dándole un codazo en las costillas.

—Por el rui... rui... rui señor —balbució Mathieu alzando su copa.

A todas luces estaban borrachos. Se volvió hacia las muchachas que se habían escondido discretamente en cuanto ella entró y las fulminó con la mirada.

—Había pedido que se les diera sustento, ¡no que se les ahogara!

Una de las dos, la más descarada a juzgar por la profundidad de su escote, le sostuvo la mirada señalando a Janisse con el dedo:

—¡Ése nos amenazaba con una zurra si no le servíamos más!

—¡Y vaya si lo hubiera hecho! —Gruño el interesado.

—¿Veis? Ya os lo decía.

—Veo sobre todo que no os hubiese desagradado que os diera un revolcón.

La otra se defendió de inmediato con gesto de disgusto.

—El joven no os digo que no, señorita, pero ese...

—Pues más os vale olvidaros de él porque está aquí para casarse.

Mathieu y Janisse se echaron a reír al unísono como dos granujas unidos por una misma broma, ignorando que sin duda habían necesitado aquella complicidad para olvidar uno y otro sus angustias, Philippine dirigió su cólera a las muchachas.

—¡Moveos o probaréis el látigo! Quiero que dentro de una hora estos hombres estén sobrios.

En cuanto hubo abierto la puerta de la habitación de Algonde, con la bandeja en las manos, a Francine le mudó el rostro.

¡Ése nos amenazaba con una zurra si no le servíamos más!

—Pasa, te estaba esperando —la invitó Algonde con fingida bondad.

Aunque para recibir a Mathieu la jovencuela hubiera preferido una túnica verde pálido, con cinturón en las caderas en lugar de sus suntuosos ropajes, y la larga trenza que siempre le había visto en vez de su rebuscado peinado, al verla allí instalada en aquel sillón, erguida y orgullosa, con las manos apoyadas en los reposabrazos, nadie hubiera podido creer que apenas unas horas antes se hallara al borde de la muerte. Ante el temor de delatarse si la miraba fijamente, Francine bajó la vista más abajo de la bandeja y la depositó sobre la mesita donde, antes de dar a luz, la jovencuela tomaba sus comidas. Sin decir palabra. Como de costumbre.

Y aunque hubiera deseado hablar habría sido incapaz de hacerlo ya que la aparente curación de Algonde la había dejado sin habla.

—A partir de mañana ya no requeriré de tus servicios...

El corazón de Francine se detuvo de golpe. El de Algonde se aceleró. Añadió, pérfida:

—... por lo que respecta a mis comidas aquí, como puedes ver; estoy completamente restablecida gracias a mi madre aquí presente que, venida expresamente de Sassenage, tuvo la feliz idea de pedirle un reconstituyente a la bruja del pueblo.

Francine intuyó que Algonde sabía la verdad. «No hay otro antídoto, más que detener las dosis», le había asegurado el señor Louis. Se pondría furioso con ella. Y, sin embargo, ella había hecho cuanto había podido, incluso en su cama. Sus muñecas comenzaron a temblar mientras disponía los cubiertos. Una fracción de segundo. Se recuperó y se enfrentó a ella:

—¡Qué bien para la niña que os hayáis restablecido!

La evocación de Elora enfureció a Algonde. De un salto casi inhumano franqueó

la distancia que las separaba y se arrojó sobre ella ante la mirada sorprendida de Gersende, plantada ante la ventana, junto a uno de los cuatro candelabros de pie cuyas velas encendidas habían tomado el relevo del sol poniente. Los dedos de Algonde se aferraron al cuello de Francine.

—Me estáis... me estáis... estrangulando... —dijo sin aliento tratando de zafarse.

La tenaza que le aplicaba Algonde era muy fuerte y su odio era tal que hasta la alzó del suelo.

—Dame una buena razón para no hacerlo...

—Basta, Algonde.

Era la voz conminatoria y a la vez serena de Gersende. Con el rostro amoratado, Francine se ahogaba. Algonde la arrojó al suelo como si fuera una vulgar muñeca con la que ya hubiera jugado hasta hartarse. Sólo en aquel momento tomó conciencia de su gesto. De la potencia que de ella había surgido respondiendo a sus órdenes. ¿Quién se la había dado? ¿El poder benéfico de los Antiguos o el maléfico de Marthe? En aquel instante, al ver el terror reflejado en los ojos de Francine que, frotándose la garganta, tosía para retomar el aliento, tenía sus dudas. Se negó, sin embargo, a renunciar a su ventaja. Se acercó un paso. Francine retrocedió, agarrándose con las uñas a la alfombra que había amortiguado su caída. Algonde se quedó inmóvil.

—Nunca te he deseado ningún mal, Francine. Jamás. Que tus celos hayan podido conducirte a buscar mi pérdida, alcanzo a comprenderlo, pero que al hacer eso hayas puesto en peligro la vida de mi hija es un crimen que no voy a tolerar.

La sirvienta ni siquiera trató de negarlo. El miedo le atenazaba el estómago ante la transformación de aquella mujer a la que había despreciado abiertamente, pensando que no se recuperaría. Se arrastró aún más hacia la puerta, tratando de huir.

Algonde no se movió. Estaba segura de que podía acabar con ella con un bufido. Contuvo su rabia. No quería matarla. Ganas no le faltaban, sí, hasta en lo más hondo de su ser, pero no quería hacerlo. Viniera de donde viniese aquella nueva fuerza de la que disponía, se le había concedido para dominar su destino. Se sereno. Bastaría con inspirar temor.

—Hoy sabes por qué me han sido concedidos los privilegios que tú me reprochas. Quiero suponer que en el futuro evitarás Ponerlos en cuestión.

Francine, con el aliento aún entrecortado, se agarró al picaporte para ponerse en pie. Incapaz de responder; ni tan sólo de concebir la clemencia de la que era objeto, abrió el pestillo febril, con un nudo en el estómago y en la garganta.

—Diles a tus verdaderos amos que se necesita algo más para acabar conmigo y que mi venganza será terrible si a ellos o a ti se os ocurriera intentarlo de nuevo — dijo la amenazadora voz de Algonde en el momento en que Francine, tras lograr por fin abrir la puerta, cruzaba el umbral, liberada.

Tambaleándose y tosiendo aún, se apoyó en la pared para tenerse en pie al caminar. Alejarse, pensó ella. Lo más lejos posible de aquel lugar donde moraba el diablo. Como si no hubiera bastante con Marthe, de cuya malignidad y de cuyos

crímenes estaban todos al corriente. Era demasiado para ella. No quería acabar con el cuerpo quebrantado, ni agonizar a fuego lento bajo la ira de sus señores antes de arder en el infierno. Caminó así unos pasos antes de ver aparecer ante ella la huesuda silueta de Marthe que le cerraba el paso hacia la escalera. De nuevo el miedo cubrió su rostro.

—¿Adónde vas, arrastrándote así? ¿A esta hora no deberías estar junto a Algonde para llevarle la cena?

Al saberse perdida, Francine estalló en sollozos.

—Me ha echado -dijo, logrando armarse de valor.

Un paso y Marthe estuvo frente a ella, y le alzó el mentón con una de sus garras para observar la marca del estrangulamiento.

—Echarte... Vaya... Con esos modales... ¿En su estado? —ironizó con su aliento putrefacto.

A Francine le castañetearon los dientes por el frío que ese contacto le provocaba. Un terror incontrolable que surgía de nuevo.

—Está curada. De pie. Lo juro —murmuró.

La mirada de Marthe se clavó en sus ojos.

—¿Y qué te reprocha?

Francine sabía que no serviría de nada mentir. ¡Cuántas con festones le había arrancado aquella bruja desde que Sidonie instaló en la Bâtie!

—De haberla envenenado, cada día, para tenerla a merced.

—¿A merced de quién?

—Del señor Louis.

—El señor Louis... Vaya —comentó Marthe apartándose de ella, con gesto circunspecto en sus labios.

—¿Puedo marcharme? —lloriqueó Francine, que no creta que fuera a permitírselo.

Marthe le dirigió una mirada terrible.

—Dile al señor Louis que sean cuales sean sus planes, sería aconsejable que no lo intentara de nuevo.

—Es precisamente el mensaje que iba a llevarle... De parte de doña Algonde —dijo Francine para dejar bien claro que había entendido perfectamente el doble mensaje.

Marthe se apartó para dejarla pasar, antes de agarrarla del cuello.

—¿No crees que deberías dirigirte a sus apartamentos?

Francine agachó la cabeza.

—Sí, por supuesto... Perdón... Eso me ha perturbado... Ahora mismo voy para allá.

Dio media vuelta como uno asciende al patíbulo. El señor Louis no le perdonaría que hubiese fracasado y además no correría el riesgo de contar con un testigo que pudiera acusarle. En cuanto Marthe no la viera, pensó, se dirigiría a la derecha al final

del pasillo para llegar al ala norte y desde allí, tomaría otra escalera.

¿Lo habría adivinado? Marthe se pegó a su sombra.

—No quisiera que te perdieras otra vez —le dijo con crueldad.

Anduvieron en silencio, una junto a la otra, por aquel largo pasillo donde se cruzaban con criados vestidos con librea o sirvientas que, como Francine, tenían tanta prisa y trataban con tanto denuedo de pasar desapercibidas como para que alguien se fijase en ellas. Francine no halló en el camino un solo rostro se alzara hacia ella ni una mirada que la consolara. Se retuvo frente a la puerta del señor Louis de Sassenage y dejó que Marthe llamara a la misma con su puño cerrado. Ni una onza de piedad en su mirada. Finalmente, se había equivocado. Algonde no era el diablo, sólo una loba, una madre dispuesta a cualquier cosa para salvar a su hija. El diablo no le hubiera perdonado la vida. Pero ya era demasiado tarde para tratar de convertirse en su aliada.

Abrió la puerta, y mientras Marthe se regocijaba pensando que el mal había triunfado en Algonde, Francine entró para morir bajo los golpes de su señor sin tratar siquiera de evitarlos.

Capítulo 27

El camino entre las montañas sardas fue largo y, a pesar de los altos que imponía la fatiga y de las noches que habían dormido al raso o al abrigo de uno de los numerosos monumentos de culto, estaban agotados.

—Ya no está muy lejos —aseguró Lina señalando una nube de polvo en el horizonte del crepúsculo, entre los olivos nudosos y centenarios que bordeaban ambos márgenes del camino.

Tras negarse a que Enguerrand la aliviara de su pesada tarea y se pusiera al frente para guiar al borrico, le dio en la pata del animal con el extremo de su largo bastón de castaño y tiró de la brida.

«Lo guiaremos cada uno por turnos, incluidos los niños», anunció al partir, con esa firmeza teñida de orgullo propia de las mujeres de su país. Vestida sobriamente con su vestido negro de luto, los pies desnudos calzados con unas sandalias de cordel y los cabellos recogidos en un moño y cubiertos con una pañoleta oscura anudada bajo el mentón, avanzó con paso regular exhibiendo una mirada fija y decidida bajo sus espesas cejas. Antes de que la carreta se pusiera en marcha, Munia saltó de la misma y se reunió con ella a grandes zancadas. Enguerrand cerraba la expedición. Pegados a los preciosos barriletes cerrados con esmero para que el olor de las especias no atrajera a los bandidos, los críos más pequeños dormitaban y los mayores, mientras, jugaban a los dados.

—Llegaremos antes de la noche. Ves. La nube crece. Son caballeros. Seguramente soldados. Desde que nuestra isla está sometida al poder del Reino de Aragón son como aves rapaces, cada vez más numerosas contra un enemigo invisible y dispuesta a vigilarnos y a robarnos.

Se dio media vuelta para dirigirse a sus hijos.

—Despertad a vuestros hermanos con brusquedad, que no lloriqueen cuando pasen los soldados.

—¿Por qué? —se sorprendió Munia.

—En este mundo, la miseria atrae pocas miradas. Baja la vista y disimula.

Alertado por el tono de su voz al dirigirse a los chavales, Enguerrand comprendió. Se situó tras un arbusto de enebro en la linde de un alcornocal que se aclaraba a medida que avanzaban. Se escondió hábilmente, como había hecho en cuantas ocasiones presentía peligro, presto a atacar por sorpresa si era necesario.

Lina obligó al animal a situarse en el margen para dejar paso, sin indicarle que se detuviera. No se había equivocado. Eran ocho y lucían la librea del virrey. Visiblemente tenían cosas más importantes que hacer. Pasaron a galope tendido, cubriéndoles de polvo, rozando los cantos de la carreta, sin molestarles. El peligro había pasado.

—Vamos —decidió Lina tirando más fuerte de la brida, con los ojos y la garganta irritados, mientras Munia tosía junto a ella.

Enguerrand aguardó a que la nube hubiera desaparecido en el horizonte para reunirse con ellos a la carrera, y se instaló entre los chiquillos, sentado en la parte posterior, con los pies colgando. El mayor le ofreció una cantimplora de piel que vació en su garganta seca antes de dejar que el pequeño Enrique se acurrucara contra él.

De esta guisa avanzaron durante una hora más hasta distinguir en el valle las casas bajas del pueblecillo de Goni alrededor del campanario, que se recortaban con sombras suaves contra un cielo cada vez más estrellado.

—¿Cuál es la de tu prima? —preguntó Munia como si a aquella distancia y con aquella luz tan tenue pudiera decirse.

—Ninguna de éstas —dijo Lina divertida—. Catarina es una solterona, pastora de cabras. Como de mí, dicen que está loca. No vive en el pueblo. ¿Ves aquella alineación de menhires a tu izquierda, a doscientos pasos? Conduce al nuraga y más arriba a su *pinnettu*.

—¿Su *pinnettu*?

—Su cabaña, si lo prefieres. Son construcciones de piedra que se remontan a la época de los gigantes.

Durante el viaje, Lina les había explicado la historia de su país, aún rico en vestigios de la presencia de los dioses antiguos y de los hombres que se habían apropiado de él y particularmente del pueblo de los gigantes. Era a ellos a quien Cerdeña debía los nuragas, unas torres cónicas y fortificadas que en su perímetro albergaban las *domus de janas*, literalmente «casas de hadas», pero asimismo sus tumbas y pozos sagrados. Se ignoraba quiénes eran y de dónde procedían. Se extinguieron sin dejar más rastro que aquellos insólitos testimonios de su presencia. Más tarde, fenicios, cartagineses y romanos desembarcaron en la isla y la invadieron con su propia cultura y, sin embargo, no derribaron nada de aquello que la población local consideraba sagrado. Cerdeña vivió diversas invasiones, de los vándalos a los piratas que surcaban sus costas, hasta la llegada de los *giudicati*. Esos reyes y jueces impusieron sus leyes, dividieron Cerdeña en cuatro reinos y construyeron castillos e iglesias románicas, al mismo tiempo que el papado ejercía su protectorado sobre la isla contra la supremacía de Pisa y Génova.

Fue el Papa quien decidió designar a Jaime II de Aragón como rey de Cerdeña. En aquel momento, los *giudicati* estaban en conflicto unos contra otros. Sólo uno de ellos, el *giudicato* Elena, se opuso a la dominación aragonesa e inmediatamente fue apoyado por el pueblo sardo. Los combates llevados a cabo por su hija Eleonora conocieron sangrientas victorias que le valieron tanto amor y veneración que a su vez se convirtió en *giudicato*, y en abril de 1395 promulgó una serie completa de leyes de un rigor y una justicia sin precedentes. A su muerte, el yugo del Reino de Aragón cayó sobre la isla, un período infausto a lo largo del cual se impuso poco a poco la decadencia y en el que los abusos de poder de los feudatarios de los virreyes acabaron

con las ventajas logradas en la feliz época de los *giudicati*.

Mientras caminaban, descubriendo aquí y allá fortalezas como nidos de águila, catedrales o basílicas, vestigios romanos o santuarios nurágicos, abarcando allá una landa salvaje y más allá un valle salpicado de ovejas, bueyes negros y cabras, o más lejos el espesor del maquis hollado por los jabalíes, o el frescor de los encinares, meneando la cabeza con tristeza Lina les predijo que, caído en el olvido, oprimido y ahogado, el pueblo sardo conocería tiempos difíciles, y se preguntaba si a pesar de la fortuna que la venta de las especias podía reportarle lograría criar a sus hijos con la dignidad con que sus padres lo habían hecho.

Alertada sin duda por el ruido de sus pasos sobre las rocas que se desprendían y por la luz trémula de su farol, Catarina salió de la cabaña circular construida con piedras hasta la altura de la nariz y rematada con ramas para formar el techo puntiagudo, con un perro visiblemente dispuesto, como ella, a morder por cómo ladraba y espumeaba.

—Soy yo, tu prima de Murtas que viene a visitarte —se presentó Lina con voz fuerte, intuyendo que estaba a punto de soltar al perro que aguantaba del collar.

Había hecho bien dejando a los niños más abajo, cerca del nuraga donde acababa el camino, vigilando la carreta con Enguerrand.

—Acércate con el candil para que vea si dices la verdad —ordenó su prima, desconfiada.

Lina y Munia obedecieron a la par.

—¡Túmbate, *Brack*, al suelo! —Ladró ella con más fuerza que el animal.

El meloso de pelo recio y erizado a lo largo de la comuna vertebral se tumbó en el suelo y, sin embargo, no se calmó.

—¡Sí, grito os atacará! —les dijo la pastora de cabras arrancando el farol de manos de Lina.

Para comprobar su identidad, dio vueltas a su alrededor barriéndolas con la luz. Finalmente, más rápida que una víbora, pellizcó con fuerza la mejilla de Munia, que no pudo contener un grito de dolor y de sorpresa.

Lina se echó a reír.

—¡Por lo que veo, no has cambiado! ¡Sigues persiguiendo a los malos espíritus!

Una sonrisa desdentada consintió finalmente a dirigirse al rostro huesudo de Catarina:

—Dices bien, las noches de luna llena campan libres de ataduras. Amigo —le dijo al perro, que escondió los colmillos en el mismo instante en que las primas se abrazaban.

La migraña les taladraba el cráneo por igual a ambos, como un tambor que redoblara dentro de sus tímpanos para castigarlos. Negándose a darse por vencido, Mathieu bajó la cabeza y sacudió una vez más en el exterior de la habitación su

cabellera mojada, proyectando sobre la gravilla a su alrededor un arco circular de finas gotitas. El retorno a la realidad había sido brutal. Las sirvientas habían regresado con varios criados y un barreño, y a él y a Janisse les agarraron de los pies y les echaron de cabeza en el agua fría que contenía. Por supuesto se les pasó la borrachera, pero si con ese tratamiento no vomitaban cuanto habían comido sería un milagro, pensó el panetero mientras eructaba, con el vientre revuelto. A unos pasos de él, pegándose casi a las llamas de la chimenea para secar su túnica, Janisse tampoco estaba orgulloso de sí mismo. Más aún puesto que para alzarlo había sido necesario el concurso de cuatro hombres y que al ver sumergido a Mathieu, repartió unas bofetadas para que se dispensaran del remojo. Philippine, que había asistido a la escena, dividida entre la risa y la rabia, le regañaba en aquel momento batiendo el aire con su dedo índice erguido.

—¡Vergüenza debería daros, vergüenza, maese Janisse! ¡Tenéis suerte de que Algonde se haya recuperado, porque de lo contrario Gersende no os lo perdonaría jamás!

Cabizbajo, mirándose las puntas de los pies, se enjugó los ojos llorosos con el reverso de la manga. No lloraba a causa de aquel vino más fuerte de lo que parecía, ni por el temor a su prometida sino porque le había partido la mandíbula a un colega que había acudido en defensa de los criados y como consecuencia el desventurado le había prohibido que volviera a acercarse a la cocina. A él, desmedido glotón, le había castigado el Señor todopoderoso. Durante su estancia en La Bâtie, se habían acabado los caldos y salsas para chuparse los dedos.

—He recibido mi castigo, es verdad. Sí, un buen castigo —afirmó mordisqueándose ambas mejillas.

Mathieu cerró la puerta y se alisó con la palma de la mano sus cabellos cortados rectos sobre los hombros.

—Estoy listo —anunció, contradiciendo aquella voz que, desde su interior le aseguraba lo contrario una vez habían desaparecido los efectos del alcohol.

La verdad era que aún no sabía qué decidir. ¿Qué vencería en el momento de hallarse ante su presencia, el amor o la venganza? Ante ellas dos. La simple visión de Philippine, vituperante, le exacerbaba. Sin duda a causa del tono que había utilizado unos minutos antes para decirle que no era cuestión de que escurriera el bulto una vez que Elora había nacido. ¿Por qué se entrometía? ¿Acaso no habían urdido suficientes tejemanejes ella y su padre para separarle de Algonde? Sí, ella se había excusado. Pero demasiado deprisa y mal, y antes de exhortarle a que se casara. Mathieu ya estaba harto de que lo cogieran, lo tiraran, lo humillaran y le regañaran. Si no hubiera tenido tanto dolor de cabeza, le habría dicho todo aquello en lugar de callar y asentir, e incluso, aun a riesgo ser azotado, le hubiera vaciado el resto de agua del barreño sobre la cabeza para evitar que martirizara al pobre Janisse, que sólo había tratado de animarle.

En lugar de todo ello, con los brazos colgando entre los taburetes y los bancos

caídos al suelo, entre la vajilla rota y el suelo mojado, y a pesar de aquella fea cicatriz en el ojo que se negaba a ocultar, tenía el aspecto de un chiquillo que sólo aguardara una cosa; que le asieran de la mano y le llevaran allí donde debía ir.

Inmensa en un cielo estrellado, la luna redonda parecía colgar de la cúspide de la maciza torre del nuraga debajo de la *pittnettu*. Bajo la llamativa máscara de las aves nocturnas, los espíritus de los gigantes le rezaban, afirmó solemnemente Catarina antes de añadir que era urgente poner a los demás al abrigo de sus muros so pena de ver cómo les robaban el alma.

Fueron las tres a buscarlos, con el perro a sus talones, y los hallaron al pie de la torre, junto a la tumba de los gigantes.

—La carreta no corre ningún peligro. Ningún ser vivo se aventuraría de noche en este lugar —le aseguró a Enguerrand mientras el menor de los chiquillos, despertado por su madre, se agarraba al cuello de ésta y volvía a cerrar los ojos.

Munia ya había cogido de la mano a los dos que le seguían en edad. Rendidos por el cansancio, se tambaleaban al andar.

—Con todo mi respeto, Catarina, no he hecho un camino tan largo vigilando esos barriletes para abandonarlos ahora en plena landa. Subid, chavales, mientras los ato al borrico —decidió Enguerrand situándose frente al animal que, desde hacía unos minutos, se mostraba nervioso. ¿Acaso sentía la invisible amenaza de la que la pastora de cabras acababa de hablar o simplemente era a causa del perro, que no dejaba de ladrar y resoplar? Fuera lo que fuese, Enguerrand no era un hombre que se dejara impresionar.

Catarina echó una mirada en derredor, olisqueó el aire cargado de perfume de romero y de brezo, y se echó a andar.

—No os demoréis —se limitó a decir ella, acostumbrada a que no la creyeran.

Ya en el sendero, Munia y Lina llevaban a los chiquillos, precedidas por los mayores. Enguerrand se quedó solo. Reprimiendo el escalofrío provocado por un aire más fresco, soltó las barras de tiro de la carreta de los flancos del animal y maniobró de modo que la parte posterior de la carreta se apoyara en el suelo sin que cayera nada y luego llevó al asno hasta allí. Éste, con las orejas gachas y el aliento entrecortado, arañó con los cascos la tierra negra.

—Vamos, bonito, ten un poco de paciencia, no tardaremos mucho —lo animó, y ató la brida a la barra transversal de la carreta para que no se alejara.

Apenas hubo franqueado el umbral de la *pinnettu*, Munia sintió a su alrededor el soplido de la magia que envolvía a la cabrera. Se serenó instantáneamente y acostó a los niños sobre una manta tendida en el suelo de tierra batida, uno al lado del otro, en el reducido espacio que Catarina compartía con Brack.

Además del jergón, una mesa, un arcón y un fregadero de piedra constituían todo el mobiliario. Un círculo de piedras ennegrecidas en el centro de la estancia indicaba que había una salida para el humo allí donde las ramas del techo hubieran debido

unirse pero, al alzar la vista, Munia constató que la abertura había sido obturada. Lo mismo sucedía con las ventanas, cerradas por dentro con postigos. La inquietud se apoderó de nuevo de ella y, tras dejar a las dos primas, abrió la puerta para ver si regresaba ya Enguerrand.

Nada más salir, un viento frío insólito en aquella estación la hizo estremecerse. Al mirar hacia el sendero, se cubrió con el chal por encima de los hombros. «No hay ni un alma viva», pensó abruptamente y sintió un nuevo escalofrío. ¿Dónde estaba Enguerrand?

—Tu esposo es valiente pero no sabe qué fuerzas habitan en los nuragas.

Munia volvió la cabeza hacia Catarina que, sin que la oyera aproximarse, se había reunido con ella. Con las manos a la espalda, tiesa como un palo, se puso a su lado.

—Tengo frío.

—Siempre empieza así para quien puede percibirlos —anuncio Catarina, y señaló con el dedo hacia la parte baja del sendero—. Ahí está, ya sube. ¿Le ves?

Munia forzó la vista a la luz de la luna y suspiró aliviada. Tirando de la carga y avanzando al paso para que el asno no se lastimara las patas entre las rocas, Enguerrand dejaba poco a poco a su espalda la torre pagana.

Dejó de seguir su progresión. Cada vez hacía más fresco.

—Jamás había sentido algo semejante. Estoy helada. ¿De dónde viene ese frío?

—Lo ignoro. Nací con este don, sin saber ni por qué ni cómo me lo habían concedido. Allá.

De nuevo señaló con el dedo, esta vez hacia el nuraga.

—¿Lo ves?

Sí, Munia podía verlo. Un vapor azulado que surgía del vientre de las piedras y ondulaba como una fina niebla sobre la pantalla de luna. Luego otro y otro más.

—Jesús, ¿qué es eso? —Y se echó a temblar.

—Las almas de los difuntos —murmuró Catarina con voz apagada, y añadió—: Ven, tenemos que entrar.

—¿Y él? —Se horrorizó Munia que ahora podía ver el extraño *ballet* que avanzaba sobre las piedras, por encima de Enguerrand, sin que al parecer éste se apercibiera.

Los dedos de Catarina la agarraron del brazo, conminatoria.

—Ven. Nada puedes hacer por él, se lo van a llevar.

Tenía razón. Munia lo sentía. Lo sabía. Su corazón le dolió, y le dolió el brazo a medida que tironeaban de él hacia atrás con esa fuerza de voluntad propia de los seres humanos cuando su vida corre peligro. En pocos segundos, todo el cielo se había cubierto de formas evanescentes que se cernían sobre Enguerrand y cuyas risas podía oír. Le vio alzar la vista, soltar la brida y desenvainar la espada, y en ese instante en el que supo que iba a perderle, su cuerpo entero se arqueó para evitarlo. Se soltó con violencia de las manos de aquella mujer que la arrastraba y mientras el asno huía y su esposo batía el aire con la hoja de su espada, descendió el sendero para morir a su

lado.

Capítulo 28

Al ignorar en qué plato Francine había vertido el veneno, Algonde no tocó la cena y, como a Gersende, el hambre la atenazaba.

—Tendríamos que haber bajado nosotras —se lamentó al oír los ruidos de su estómago.

Elora, a la que daba el pecho, no pareció molestarse. Mamaba con glotonería amasando su teta con sus deditos.

—Bah, comeremos mejor después —dijo su madre a su lado, conmovida ante aquel espectáculo.

—¡De todas maneras, tardan en venir! Conociéndole como le conozco, apostaría a que Mathieu se hace rogar —suspiró la jovencueta.

—No quisiera que te hicieses muchas ilusiones, Algonde. Te conoció cuando eras una sirvienta y ahora eres una damisela. No creo que eso vaya a ser de su agrado.

—¿Acaso soy yo la responsable de ello?

Gersende sacudió su cabeza redonda con trenzas enroscadas sobre sus orejas.

—En absoluto, pero eso añadido a todo lo demás... Ya sabes cómo deseo ese matrimonio, mi ruiseñor; pero también sé que te hará más frágil ante la harpía.

Algonde le clavó en los ojos sus ojazos color de musgo.

—Soy consciente de ello, madre, pero no sé si aún tengo fuerzas para perderle de nuevo. ¡Le echo tanto de menos!

—Esperemos...

El final de la frase se perdió entre los labios de Gersende. La puerta se había abierto y, precediendo a los dos hombres, Philippine entró.

—Aquí estamos, por fin. No te lo vas a creer, Algonde, pero estos dos torpes han tropezado y han volcado un barreño de agua que llevaban dos criados. Han tenido que secarse —exclamó entre risas y haciéndose a un lado para dejarles entrar.

Tranquilizado por aquel discurso, maese Janisse sacó pecho y al ver la escena abrió los brazos en dirección a los sillones en los que estaban instaladas aquellas damas.

—¡Pardiez, menuda brocheta! ¡Un poco más y estaría para comérsela!

Y, uniendo el gesto a la palabra, se abalanzó sobre ellas como un buitres para abrazarlas.

Mientras estampaba dos sonoros besos en las mejillas de su ruiseñor y luego, agachado a sus pies, se retorció las manos de emoción ante la chiquitina, Philippine se unió a ellos y, cansada de lo que había precedido, se otorgó con autoridad el último asiento. Su papel, estimaba, había terminado.

Mathieu, por su parte, permanecía en el umbral, inmóvil, incómodo, a pesar de la sonrisa acogedora que Algonde le dirigía, por encima del cráneo desnudo de Janisse. Era ella sin duda alguna, tal como la había dejado junto al río, el año anterior. Se la había imaginado abotargada por el embarazo y estaba casi delgada, evidentemente a

causa de la dolencia que se había apoderado de ella. Sí, era ella, en la tierna dulzura de la mirada que le dirigía, en la confianza de su mano que ahora tendía hacia él. Era ella. Y aún la amaba. ¡Dios, cómo la amaba! Pero en aquellas doraduras, en aquel suelo de madera bien reluciente, en aquellos muebles tallados, aquellos tapices coloridos, aquellos candelabros de plata e incluso en aquella vajilla dispuesta sobre la mesa junto a una sopera de loza, descubría la vida de otra persona.

Los ojos de Algonde se nublaron al adivinar que no estaba bien, que estaba indeciso.

—Ven... —le suplicó ella—. Por favor.

Al darse cuenta del malestar que crecía en la habitación, Janisse se volvió sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa? —se sorprendió.

Todas las miradas se dirigieron a Mathieu, tan cargada de esperanza que sintió que había caído en una trampa. «Así no —pensó mientras retrocedía—. Eso no es lo que quiero. Así no».

Algonde dejó caer la mano, azorada. En medio del silencio reinante, Mathieu había dado media vuelta y había huido corriendo.

Enguerrand hubiera sido incapaz de decir qué fue lo primero que le alertó. Aquella sensación de frío, mayor a medida que pasaban los segundos, la luz que había cambiado a su alrededor y sobre las rocas o la actitud de las dos mujeres en el cerro, tan cercano en aquel momento que, a pesar de no poder oír lo que decían, sí había percibido la angustia de sus voces. Huera lo que fuese, cuando el asno le cabeceó brutalmente y le mordió en el hombro, se volvió y los vio bailar ante la luna llena. Reaccionó llevado por un acto reflejo, se apartó para dejar que el animal huyera a la carrera y ascendiera el sendero, como si sólo allí arriba pudiese estar a salvo. Desenvainó la espada y se puso en guardia. Barrera ilusoria. Combate inútil. Pero era cuanto tenía, y estaba seguro de que si no se enfrentaba a ellos, aquella legión evanescente de brumas que se carcajeaban le atravesaría de un lado a otro y le tumbaría de bruces sobre las piedras. Caballero de Sassenage, si había llegado su hora, moriría de pie, como un guerrero. No vio a Catarina entrar en la cabaña, furiosa por haberse dejado sorprender y tristemente lúcida de lo que sucedería. No vio a Munia bajar por la pendiente. Luchaba, con los oídos llenos del agudo silbido de las almas grises que la hoja de su espada atravesaba sin conseguir detenerlas. No vio al asno que, tomando el camino más corto hacia la pinnettu, fuera del sendero, entorpecido por su pesada carga, se rompió una pata y cayó de costado, rebuznando despavorido ante aquella Parca dantesca. No vio nada de todo eso.

Munia lo había visto todo. Aún estaba a tiempo de renunciar, de guarecerse, gritaba en su interior la voz de la prudencia. Pero otra gritaba con más fuerza. La de los muertos llamándola. «Puedo oírles», se decía ella saltando sobre las rocas aun a riesgo de partirse el cuello. Estaba trastornada. «Puedo oírles. Y no se ríen, no.

Sufren. ¡Señor, cómo sufren!» Aún faltaban algunos pasos. Ante ella, extenuado, Enguerrand jadeaba, dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo, segando el aire con el filo de su espada. En una pirueta con la que trataba de cortar aquella franja glacial que acariciaba sus hombros, la vio abalanzarse hacia él. Sólo en aquel instante tuvo miedo. Miedo por ella. Olvidándose de sí mismo, se lanzó para protegerla.

«Hablarles, tengo que hablarles. Eso es lo que desean. Que se les hable, que se les escuche». Había llegado a esa conclusión cuando cuerpo a cuerpo se unieron y se abrazaron mientras un círculo demente de espíritus daba vueltas y más vueltas sobre ellos.

En las miradas que se cruzaron comprendió todo acerca de ese amor absoluto que ella sentía por él.

—Es inútil —sollozó ella contra su aliento—. Es inútil.

Él abrió los dedos. La espada cayó sobre las piedras y rebotó antes de inmovilizarse. Entonces, desafiando a las sombras, la besó hasta quedarse sin aliento para que ella no viera cómo la Parca se los llevaba.

Su desazón no duró mucho. Apenas un sollozo descontrolado, que los rostros de los suyos ahogaron en su garganta.

—¡Pobre chiquilla, mira que es tonto! Y no será por no haberle preparado —se lamentó Janisse apretándole las manos.

Eso le bastó a Algonde para recuperarse.

—No te preocupes, querido Janisse, No te preocupes —aseguró ella sorbiéndose los mocos.

—Era de esperar. ¡Por Dios, que vayan a por él y haré que le den una paliza! —Gruñó Philippine pataleando, enfurecida.

Con ese gesto, aquel pelagatos acababa de desafiar su autoridad y en esta ocasión estaba decidida a castigarle por ello.

Al adivinar la presión que debía haber ejercido sobre el panetero, Algonde la fulminó con la mirada.

—¡En tal caso, espero que no le encuentren jamás!

—Pero vamos...

—¡Nada de nada! ¿Acaso no pedí que le dejaran tranquilo?

Philippine alzó la voz, con el ceño fruncido, el mentón erguido, ofendida por el tono empleado ante los demás.

—¡No es razón para tratarte así! ¡Y a mí tampoco! ¡Te recuerdo que sólo yo tengo autoridad sobre vosotros en esta casa!

Al acabar de mamar Elora, Algonde la puso en brazos de Gersende, que se había mantenido al margen.

—Acuéstala, por favor.

Gersende asintió con la cabeza. Les había bastado una mirada para no tener que decirse nada. Janisse, angustiado por el giro de los acontecimientos, se había

levantado y se había alejado prudentemente bailando sobre uno y otro pie. Si por desgracia la ira de Philippine fuera en aumento, pensó en revelar su borrachera aun a riesgo de sufrir un varapalo de Gersende. Así que optó por no rechistar. Se alejó hacia la cuna junto a la que se hallaba Gersende. Algonde se puso en pie a su vez y se enfrentó a Philippine, enfadada.

—Os lo ruego, señorita Hélène. Esta vez, ¿queréis devolverme al hombre al que quiero o quedaros conmigo para siempre?

Sorprendida por el porte y la autoridad de su camarera, la damisela se hundió en el sillón y sus manos sobre los reposabrazos comenzaron a temblar.

—Te pido perdón —murmuró—. Te aseguro que esta vez quena...

Algonde no quería oír nada más. Se dio media vuelta y con paso firme se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —dijo Philippine, en tono culpable, con un hilo de voz.

—A tomar el fresco. Hace días que estoy encerrada.

Philippine logró reprimir el deseo que sentía de acompañarla y no se movió; sintió un escalofrío de miedo recorrerle la espalda, acaso provocado por la altivez de Algonde. ¿Se debía al elixir que Gersende le había dado a beber? Aunque no alcanzara a explicarlo, estaba segura de ello: Algonde había cambiado.

Munia era presa del sufrimiento, del sufrimiento de ambos. Sentía por todo su cuerpo unas agujas de fuego, la lenta agonía que prologaba su estúpido fin. El llano estaba cubierto de sangre. Habían combatido encarnizadamente. ¿Contra quién? Eran tantos los extranjeros que habían llegado a aquella tierra como conquistadores. ¿Habían sido los nuragas, aquellos gigantes del pueblo del mar de los que Lina hablaba con respeto, u otros, aún más antiguos? No hubiera sabido decirlo, pero les respondía en la lengua de los faraones, en desuso tras las invasiones árabes, aquella lengua que su madre, descendiente de una dinastía destronada, le había enseñado desde la cuna, para que no desapareciera. Aquel día, sólo tuvo conciencia de que podían descifrarla, leer en su cabeza aquellos mensajes de paz y de amor que no podían salir de sus labios sellados por el beso.

Y súbitamente una imagen sobrevino a su mente. Se deshizo casi brutalmente del abrazo de Enguerrand.

—Ven —le gritó, asiéndolo con firmeza de la mano.

Un viento violento y glacial provocado por el torbellino de las almas que revoloteaban sobre sus cabezas levantaba una polvareda a su alrededor. Se hallaban en el centro de un tomado que poco a poco se cernía sobre ellos y en el cual se entremezclaban ramas de brezos, hierbas aromáticas arrancadas del suelo y piedrecillas blancas que les fustigaban piernas y brazos.

Aquel silbido le impidió responder que estaban prisioneros y, sin embargo, se dejó arrastrar; seguro de que ella quería tratar, a pesar de todo, de llegar a la pinnettu. Pero, para su sorpresa y con fuerza insospechada, Munia franqueó la barrera de polvo y descendió la cuesta hacia la tumba.

Mathieu se detuvo en seco en la escalera de entrada de la vasta residencia. Perdido en su dédalo, había corrido sin parar hasta dar con una escalera y descender por ella. Bajar. Salir. Aquello era cuanto deseaba. Respirar. Recuperó el aliento en la escalera, frente al manto de estrellas. Estaba solo. Era la hora de la velada. Hasta él llegaron algunas risas difusas de los bosquecillos de los jardines próximos donde había jodienda, mientras de la dé la que podía ver el ángulo flanqueado de vidrieras se elevaba un canto litúrgico.

Sí orientó. Si rodeaba el edificio hacia el este llegaría a los establos, a su carreta y, oculto tras el eje, estaba el braquemarte. Luego ya podría marcharse de allí. De una manera u otra. Así eran las cosas. Pero en lugar de dirigirse allí, se sentó sobre la piedra fría y, apoyando los codos sobre las rodillas, puso el mentón entre sus manos. De hecho, no tenía valor para ir más lejos. Había luna llena, redonda como aquel seno entrevisto, como aquella cabecita que vio apoyada en él. Y ese recuerdo le petrificaba las piernas.

Miró el astro de la noche y la suavidad del aire le serenó, sin darse cuenta de que una sonrisa enternecida se dibujaba lentamente en su expresión.

Se desplazaban sobre ellos a su velocidad. Enguerrand no alcanzaba a entenderlo. No pasaba nada más. En cuanto su espada cayó al suelo, habían dejado de atacarle. ¿Acaso los demonios jugaban con ellos? ¿Por qué Munia buscaba la entrada de la tumba de los gigantes, asiéndole de la mano con tanta fuerza que, a pesar de su fuerza viril, le parecía que iba a romperle los huesos?

Accedieron a un largo corredor de piedra, estrecho y cuadrado, que conducía bajo tierra. Unos pasos más adelante, un silencio macabro sucedió a los menguantes alaridos del viento diabólico.

Enguerrand retuvo la tracción que Munia ejercía. Ella se volvió para sondear la oscuridad.

—Tenemos que avanzar —dijo ella.

—¿Por qué? De ahí es de donde salieron.

Ella le abrazó.

—Confía en mí, por favor. Tenemos que actuar deprisa. Luego explicare.

Él trató de dar con algún argumento en contra antes de doblegarse imbuido por la seguridad de su voz.

Apenas hubo franqueado las puertas abiertas de par en par del castillo. Algonde reconoció su cabellera ensortijada y sus hombros macizos, y su corazón latió aceleradamente. No se había marchado. No estaba todo perdido. Avanzo discretamente para no asustarlo. Discretamente, para reunirse con él.

Él adivinó que estaba a su espalda. Tal vez por el perfume de su piel, que no había cambiado. La brisa lo había llevado hasta él. Podía darse aires de damisela, pero el pequeño ruiñeñor aún se daba fricciones de menta fresca, como la salvajilla que había esperado que siguiera siendo.

Ella se sentó junto a él, en su misma posición, en los peldaños, dejando entre ambos el espacio de un codo. No mirarle. No cometer brusquedades. Solo aguardar. Solos bajo la mirada de la luna. Y dejar que la noche se los tragara.

La luz les alcanzó. Las almas regresaban a la tumba. Esta vez, en silencio. Permanecían a distancia, flotando en nubes azuladas contra los muros que tapizaban con sus movimientos. Extrañamente, Enguerrand ya no tenía miedo, movido por la certeza de que era el destino quien les guiaba.

Habían llegado a una sala circular, perforada en intervalos regulares por galerías que se perdían en las sombras. Sólo un lugar de la pared no estaba perforado.

—Es ahí.

El índice de Munia señaló la monumental estela que ocupaba el centro de la estancia. Medía unos nueve pies de altura.

—Justo ahí —dijo ella soltando los dedos de Enguerrand para aproximarse a la misma.

Pasó la mano por encima de una pequeña abertura en forma de pirámide, a diez pulgadas sobre su cabeza. Un surco estrecho Partía de la cúspide del triángulo y separaba la zona superior en dos partes diferenciadas, y por él entraba un haz de luna atravesado la bóveda del techo.

Enguerrand se reunió con ella. Seguía sin comprender; pero al parecer eran los propios difuntos quienes habían guiado a Munia.

—¿Qué quieren? —preguntó al ver a las almas disponerse alrededor de la estela, ante las galerías que arrancaban de allí formando una estrella.

Munia no respondió. Arremangándose las enaguas, sacó de debajo una bolsita de tela. El corazón de Enguerrand latió con más fuerza. ¿Sería posible?

Como si quisiera darle la razón, un canto se elevó en la estancia, similar al de una fuente que manara de todas partes a la vez, justo en el momento en que extrajo la damajuana piramidal que había robado al príncipe Cem y la alzó alargando el brazo.

Sus codos se rozaron. ¿Por descuido? Ninguno de los dos estaba convencido de ello, pero ese leve contacto bastó para que volvieran la cabeza al mismo tiempo, el uno hacia el otro.

—Estás muy lejos de tu casa, ruiseñor —dijo con una media sonrisa.

—Menos desde que tú estás aquí.

—Eso sería minusvalorar el peso de maese Janisse —dijo hinchando las mejillas como solía hacer.

Ella rió. Él extendió un brazo y se lo pasó por encima de los hombros. Ella no se apartó.

—¿Crees que tú y yo aún tenemos alguna oportunidad?

Una fina lluvia comenzó a caer de los ojos de Algonde. ¿Les darían una oportunidad? Sí, gritó su alma. Sí, gritó su corazón. Sabía que el poder de los

Antiguos le había sido concedido para eso. Sin embargo, desbordada por la emoción, se quedó sin voz.

—Me es difícil vivir sin ti, rui señor, pero dentro de mí hay odio.

Él le levantó el mentón. Observó los finos surcos que se deslizaban por sus mejillas. Reprimió el deseo de bebérselos.

—Siempre tendré la duda acerca de Elora.

—Yo no.

Asintió y pareció contentarse con la respuesta.

—¿Qué haría la dama en la que te has convertido con un plebeyo como yo?

Ella se mordió el labio. Ahora, allí o nunca.

—No soy una dama, Mathieu. Nací hada mucho antes de que Melusina me impusiera su ley.

Una vez destapada, la damajuana piramidal encajó perfectamente en la brecha, como si hubiera servido de modelo siglos antes, Munia se volvió hacia Enguerrand.

—Ven.

Se aproximó y apoyó la espalda contra la estela, como ella, frente a los vapores convertidos en siluetas que se alargaban hacia lo alto de la tumba, mientras el haz de luna penetraba en el elixir contenido en la damajuana. El canto se amplificó. Sus dedos se entrelazaron. Ya no temían frío desde hacía mucho rato y casi sudaban debido al calor que cobraba la piedra tras ellos. Unas lágrimas rodaban en silencio por las mejillas de Munia. La imagen que la había guiado era la de aquel lugar; con una configuración parecida al dibujo trazado sobre el mapa en posesión de su padre. Como si siempre hubiera sido evidente que ella iría a aquel lugar. Como si sólo hubiera recuperado aquella pequeña pirámide, ella, la egipcia, descendiente de faraones, para permitir que el alma de los gigantes lograra acceder por fin al más allá. Llena de orgullo y de amor, podía verles ahora penetrados por la luz lunar que atravesaba el vidrio entre los arabescos de plata y dibujaba sobre ellos unos extraños signos. Los dedos de Enguerrand apretaron los suyos con más fuerza. También él podía verles reencarnarse lentamente.

Primero el cuerpo y luego el rostro. Hombres y mujeres. Tan altos, con un cráneo tan alargado por encima de las cejas, que Enguerrand tuvo que alzar el mentón para verles los ojos. En ese momento, al igual que Munia, cayó de rodillas. Aquello a lo que había tenido miedo en la landa no era más que amor y se sintió miserable por haber combatido contra ellos.

Mathieu se había puesto en pie tras las primeras palabras de Algonde, en cuanto ella evocó a Marthe.

—No nos quedemos aquí —dijo, con voz grave, reprimiendo un escalofrío de angustia.

La condujo a los jardines, a la carrera, lo más lejos posible del castillo, allí donde

los árboles crecían tan juntos unos con otros que los matorrales se perdían entre sus sombras. Allí donde nadie podía oírles. Había comprendido que aquello que finalmente le había confesado, con el aliento entrecortado, sellaba para siempre su destino. No quería que hubiera testigos. Esa vez, ni siquiera la luna.

Sentada junto a él entre las raíces de un roble, Algonde se lo explicó todo. Desde su primera caída al Furon hasta las caricias de Philippine pasando por sus estrechos lazos con el gavilán. Ya no quería ocultarle nada. Le quería libre. Libre de amarla a pesar de su diferencia, del peso que llevaba a sus hombros, sus desgarros y su esperanza. Libre de odiarla por sus elecciones de antaño, sus actos carnales, sus monstruosidades. Libre de quedarse o de irse. En aquel momento, cuando el silencio reinaba de nuevo alrededor de ellos y cuando su cabeza reposaba sobre su hombro, se sintió liberada ella misma. Más fuerte, pasara lo que pasase. Más fuerte, decidiera él lo que decidiese.

Porque aquélla era la mayor prueba de amor que podía ofrecerle.

A medida que el haz de luna modificaba el elixir, la luz se hacía más espesa, más intensa, y tuvieron que entrecerrar los ojos para seguir el movimiento de cabeza de los gigantes hacia la pared en la que no había galería. Al contrario de las otras, deformadas por la redcilla de plata, la cara desnuda de la damajuana piramidal se reproducía sobre ella.

—Ven —ordenó Munia obligando a Enguerrand a ponerse en pie.

Llegaron hasta el muro. Tras ponerse de puntillas como había hecho antes para insertar la damajuana, Munia apretó con fuerza sobre un saliente en el centro del triángulo y luego se apartó. La pared comenzó a deslizarse lentamente y abrió una puerta oculta en la muralla. Allí había un dolmen. Un improbable altar rodeado por el espejo de agua translúcida. Un pozo sagrado, pensó Enguerrand. Munia se desnudó y, con una sonrisa, le invitó a imitarla. Parecía poseída pero él hacía ya mucho rato que había dejado de tener miedo. Incluso a pesar de que todo aquello le sobrepasara, comprendía que, sin saberlo, habían obedecido al destino que para ellos se había escrito desde que el mundo era mundo.

Su verga se irguió con autoridad cuando, tras atravesar el estanque del manantial, Munia se tumbó frente a él sobre el dolmen con las piernas abiertas.

—Janisse se alegraría si él y yo nos casáramos el mismo día —murmuró de repente Mathieu.

El corazón de Algonde brincó en su pecho.

—¿Así que de verdad me quieres? —dijo ella temblorosa y con una mirada que expresaba su reconocimiento.

—Os quiero a las dos —rectificó Mathieu, y la besó y la tendió entre las raíces.

En la gran sala, en el instante en que Enguerrand penetró a Munia, tuvo lugar la fusión. Fulminados por el halo, los cuerpos etéreos de los gigantes estallaron.

Convertidos a su vez en luz, devorando la que hasta entonces les había ofrecido la luna, se dejaron aspirar por el orificio abierto en lo alto de la estela hasta la damajuana triangular. Entonces, todo se calmó. No se oyó un solo ruido, excepto el jadeo de los amantes sobre el pozo sagrado. Les bañaba la noche. Una noche de tinta apenas perforada por un haz azul y triangular que partía de la estela hasta la espada de Enguerrand. Si hubieran asistido a la escena se habrían preguntado por qué, en lugar del reposo que para ellos había imaginado Munia, el alma de los gigantes se había fundido voluntariamente con el elixir de la damajuana y mantenía aquella luz proyectada.

Pero para ello hubieran debido saber, como Mathieu y Algonde, que aquella noche no les pertenecía. Que toda ella estaba ligada a la profecía y al poder de las tres.

Capítulo 29

Cem, ansioso, no había conseguido conciliar el sueño y menos aún honrar a Almeida, a la que había acabado por expulsar de su cama.

—¡Es por culpa de esa chica, esa Hélène! —dijo la griega poniéndose en pie, ofendida porque el príncipe no cedía.

—¡Cállate! No sabes lo que dices —objetó Cem con una voz apagada, sin convicción, que hizo que ella se incorporara para arrodillarse, desnuda, con los senos duros, sobre las sábanas bajo las cuales, unos instantes antes, languidecía.

Tendido boca arriba, con los brazos bajo la nuca. Cem ni siquiera la había mirado.

—¡Una cristiana! Y prometida a ese perro de Montoisson. ¿Sabes a qué te arriesgas?

—Cállate, te digo, me cansas.

—¡Atrévete a decir que no te gusta cuando tus ojos no han dejado de desearla mientras estaba aquí!

Se había hartado. ¿Tenía que soportar que se le molestara en lo mejor de su sueño por aquellos celos infantiles? Sin embargo, tenía lo que se merecía. Jamás hubiera debido permitir que Almeida adquiriera aquel ascendente sobre sus demás esposas a las que por así decirlo no recibía jamás. La mirada de Cem se volvió dura. Había llegado el momento de poner remedio.

—¡Silencio o probarás el látigo!

Almeida calló. Sabía hasta dónde podía llegar con el príncipe.

Le conocía tanto como le amaba. A buen seguro lo habría hecho.

Si se mostraba tan duro por tan poca cosa era porque había adivinado, la verdad. Zizim, su querido Zizim había sido hechizado por los encantos lechosos de aquella franca.

—Como desees, príncipe, pero te habré prevenido. Algunas piezas de caza se hallan en terrenos vedados.

No Je respondió. Ella se marchó, altiva y orgullosa. ¿Sería capaz de vengarse si la abandonara? Sí. Sin duda alguna. Sin embargo, era seguro que, al contrario que Munia, no le traicionaría. Temía demasiado perderle. No, era por Hélène por quien debería inquietarse si...

Cem lo veía todo negro. Lo que Anuar le contara acerca de la trampa en la que había caído la señorita de Sassenage volvía a perseguirlo. La cólera de Almeida no era nada en comparación con el peligro que representaba para Hélène la alianza entre su hermano y el caballero.

No había podido dejar de darle vueltas a aquello y acabó por levantarse de la cama, con grandes ojeras, con la luz del alba. Desde entonces, contaba las horas viendo la ascensión del sol. ¿Se presentaría ella a la cita que le había propuesto?

A Philippine también le había costado conciliar el sueño.

La víspera, al dirigirse a las cocinas para pillar algunos restos, escoltada por maese Janisse, que finalmente se había visto obligado a confesar su culpa ante la prueba irrefutable de su aliento, Gersende no dio con Algonde. Mientras Janisse, doblemente castigado por el enfurruñamiento de Gersende y el olorcillo que le llegaba de la cocina, se hallaba de plantón en el pasillo llorando sus miserias, preguntó a cuantos pasaban si, por casualidad, habían visto al ruiseñor en uno u otro lugar del castillo. Todos le hicieron el mismo comentario. A aquella hora, los señores estaban en la cama. Aquéllos a los que tuvo la desgracia de recordar la verdadera condición de Algonde le sonrieron con malicia y le recomendaron que no fuera aireándola por ahí. Acabada su cena, Gersende volvió a subir. Sola. Janisse se había ido a dormir al establo, sobre la plataforma de la carreta donde había quedado su manta.

A la vuelta de la cena, también Philippine había pasado por la habitación de su camarera. Elora dormía. Gersende bostezaba.

La señorita de Sassenage se entretuvo unos instantes en su compañía y luego, al no dignarse Algonde a regresar, volvió a su habitación y le sorprendió no hallarla dispuesta para la noche. Philippine supuso que, al ver que Algonde se había recuperado, Francine había vuelto a sus antiguas tareas. Sin fuerzas para esperar que llegara la hora de acostarse, se tumbó vestida sobre la colcha. Fue allí en el secreto de la almohada, donde recordó lo que Cem Je había pedido. Turbada de nuevo, Philippine pasó el resto de la noche trazando toda suerte de planes para escapar a la vigilancia de Louis cuando llegara la hora de reunirse con el príncipe.

Acabó por adormilarse a favor de un alba sangrienta que se filtraba por las cortinas descorridas de su cama y de la ventana.

Rasgando las sombras negras de una pesadilla, un sonido familiar en la chimenea la despertó sobresaltándola. ¿Francine? Se incorporó en la cama.

Reincorporada a sus tareas, Algonde estaba inclinada sobre los tizones con la esperanza de encenderlos de nuevo. Imposible. El fuego que la víspera no se había mantenido no le ofrecía brasas suficientes.

—Deja eso —se enterneció Philippine.

Algonde se incorporó, con expresión de arrepentimiento.

—Te pido que me perdones, Hélène. Tras los reproches que le hice a Francine ayer, hubiera debido pensar que descuidaría su servicio. Sólo pensé en mí.

—Ven.

Abandonando la jofaina en cuya agua danzaban hojitas de toronjil, avanzó hacia la mano tendida de Philippine.

—Estás hecha un mar de arrugas, mi dama. Menudo estropicio —se lamentó Algonde sentándose en la cama.

Pasó el dedo índice por los bucles que se habían escapado de la trenza. La cofia había desaparecido en los tortuosos meandros de la colcha. En cuanto al vestido de

seda que Philippine no se había quitado, estaba tan arrugado que Algonde dudó de que tuviera arreglo.

Philippine se encogió de hombros.

—Con un peine, todo resuelto. Hay cosas más graves. Mathieu. Estoy desolada, Algonde. No hubiera debido...

El rostro de Algonde se iluminó.

—Ya está olvidado. Nos hemos reconciliado. E incluso hemos decidido casarnos.

Philippine manifestó su sorpresa.

—Pero... Tú...

Los ojos de Algonde centellearon.

—Me lo encontré en la escalera de entrada ayer por la noche, y la noche ha sido larga...

Se echó a reír ante el repentino mohín de enfado de Philippine.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a cambiar de idea? Esta vez ya es demasiado tarde, querida mía. Me ha perdonado y le quiero tanto que no puedo estar sin él.

—No es eso, no. Al contrario. Estoy feliz de que tú lo estés. Simplemente confiaba en tu ayuda para llevar a cabo mis proyectos. —¿Con el príncipe Cem?

—Debo verle dentro de un rato, en secreto, y si mi presentimiento no me engaña, a esta cita seguirán otras igualmente discretas. Temo que si tú no me acompañas a caballo, Louis me impondrá una escolta.

Algonde se apoyó en una de las almohadas y, pasándole un brazo por los hombros, la atrajo hacia sí.

—No permitiré que Louis o Philibert te impidan reunirse con el hombre al que amas.

El corazón de Philippine dio un brinco en su pecho.

—Pero ¿y si te marchas?

—¿Por qué debería marcharme?

Philippine le dirigió una mirada llena de esperanza.

—¿No querrás regresar a Sassenage?

Resplandeciente por su complicidad con Mathieu, Algonde negó con un movimiento de la cabeza.

—¿Y él? —se sorprendió Philippine, mordiéndose el labio para no añadir que a la vista de sus cicatrices Mathieu, ahora como antaño, no podría alistarse en la guardia de Domas.

—Cuando le he dejado estaba hablando con el panetero del castillo. Al hombre le faltan brazos con la vida que se dan vuestros cortesanos. Se queda. Nos quedamos, Hélène.

Philippine se arrebujó contra ella exhalando un suspiro de satisfacción.

Algonde le dejó el tiempo para saborear el augurio antes de añadir, más seria:

—Se lo he explicado todo. Lo nuestro.

Como había presentido, Philippine se crispó.

—¿Era necesario?

La pregunta sonó como un reproche.

—Seguro que no, pero tarde o temprano lo hubiera descubierto y no quiero seguir mintiéndole.

Sin embargo, Philippine no se serenó.

—¿Y? —preguntó.

Algonde cerró los ojos. La cuestión de Philippine no había sido fácil de resolver con Mathieu.

—¿Qué harías tú en su lugar, Hélène?

Philippine se concedió un largo silencio, quedo como los latidos de su corazón. Estaba tan bien así, en los brazos de Algonde.

¡Inconveniente! ¡Contra natura! ¡Inmoral!, se exclamó el padre Mancier cuando, en confesión, la señorita de Sassenage reconoció la dulzura de su pecado. Tres días después de haberlo cometido por primera vez juró sobre la santa Biblia que no volvería a hacerlo. Philippine se mordió el labio inferior: ¿Cuántas veces había cometido perjurio desde entonces? Había olvidado contarlas, pero cada vez que el santo varón, carraspeando y con voz sepulcral, preguntaba tras la rejilla del confesionario si... «en fin, ya sabéis... ¿Habéis...? Hija mía...», Philippine negaba rápidamente como preludio a su suspiro de satisfacción. Condenada, sin remisión. Sí, eso era lo que le aguardaba. Pero había aceptado condenarse por no ser capaz de privarse de Algonde. ¿Lo lograría ahora si su camarera se quedaba en La Bâtie? ¿No se desgarraría al imaginar sus lances tras la puerta de comunicación entre ambas habitaciones? Y si no, ¿dónde los alojaría? En la planta, no. No era un privilegio que pudiera concederse a un panetero. Porque la verdad debería ver la luz, y sus cortesanos aceptar que habían sido engañados. Una profunda desazón se apoderó de ella. No podía quererlo todo y lo contrario a la vez. Si lograra convencer al príncipe Cem de convertirse al cristianismo tal vez podría esperar recibir cierta indulgencia del cielo. En cuanto a sus pares, eso era otra cosa. ¿Qué, entonces? ¿Pretender que doña Algonde se había enamorado de un panadero hasta el punto de casarse con él? Inconveniente. Ilegítimo. Contra natura. En ese caso no sería la Iglesia sino la nobleza quien pondría el grito en el cielo. ¿Convertir la mentira en verdad? ¿Ennoblecere a Mathieu? ¿Bajo qué pretexto? ¿Había precedentes? Si su padre se lo autorizara, ¿qué diría Louis? Y aunque lograra conciliar aquellos contrarios, cada vez que los dedos de Algonde rozaran sus cabellos, el escalofrío del deseo le recorrería el espinazo... ¿Acaso no lo sentía allí y ahora, aún, cuando desde hacía muchas semanas por la inocente culpa de Elora, se había visto privado del mismo? Y a la vez su corazón latía por Cem como nunca lo había hecho.

Suspiró.

—Te quiere para él solo, estoy segura. Pero necesitaré tiempo, me parece, para aceptarlo.

Algonde le alzó el mentón con el índice. Era la respuesta que esperaba.

—No hay prisa, mi dama. Estoy segura de que me olvidarás muy deprisa en brazos de Cem.

—Deprisa, deprisa... no estés tan segura. Sólo me entregaré tras el matrimonio, así que imagínate lo complicado que es el asunto.

—Nada es sencillo, mi Hélène. No, nada es sencillo. Pero debes estar segura de una cosa: pase lo que pase nunca te abandonaré.

—¡Ahí están! ¡Oh, Dios mío! ¡Ahí están!

Ese grito asustado hizo que Munia abriera los ojos. Lina soltó otro grito de espanto, estridente, tras la barrera formada por sus manos que se acababa de llevar a la boca al descubrir entre las piedras del camino los cuerpos enmarañados de Munia y Enguerrand. Lina dio un paso atrás, tropezó y Catarina, que caminaba tras ella, la atrapó en el último instante.

—Ya te lo había dicho, prima, tenías que haberme dejado ir sola —refunfuñó la Cabrera mientras Lina, temblando de emoción, recuperaba el equilibrio.

—Allí... El... EL. d... dia... El diablo...

—No hay peligro, sólo sale de noche —se burló Catarina siguiendo con la mirada, sin embargo, y por reflejo, el índice extendido de Lina.

Se quedó inmóvil. Se santiguó. Y acto seguido se precipitó hacia allí.

A los niños más pequeños, ignorantes de la noche que los adultos habían vivido, se les había encargado que vigilaran el rebaño en la otra ladera de la colina. A veces, sus estallidos de risa resonaban alegres por encima de los balidos y, llevados por la brisa, hacían entrar en la pinnettu, con los cálidos rayos del sol, un soplo de vida sobre el silencio que allí se había instalado.

—¿En verdad no lo recordáis? —insistió Catarina llenando uno tras otro los dos vasos de arcilla que había puesto ante ellos.

—Nada —aseguró Enguerrand frotándose el cráneo.

Sufría una conmoción, le había dicho la Cabrera. Probablemente, una piedra le había golpeado en la nuca y lo había dejado sin sentido. Sin embargo, y a pesar del agujero negro que oscurecía su conciencia, no lograba admitirlo. Se veía abrazando a Munia, recordaba el tintineo de la espada sobre la roca cuando la dejó caer, pero tenía la confusa sensación de que habían sucedido otras cosas. Al igual que él, Munia meneó la cabeza. Padecía los mismos síntomas y había conservado los mismos recuerdos. Y compartía la misma intuición.

Sentada frente a ellos, al otro lado de la mesa, Lina se restregaba las manos.

—Sea lo que sea, habéis salido vivos de ésta, lo que no es el caso de ese pobre asno. Le oímos bramar a pesar del tumulto. ¡Oh, Jesús!, si hubiera tenido el valor...

—Hubieras muerto también —dijo fríamente Catarina dirigiendo una mirada recelosa a los dos extranjeros que bebían con pequeños sorbos y sin hacer muecas de asco la amarga tisana.

La había preparado con agua bendita. «Si son demonios, la vomitarán y se retorcerán hasta regresar al infierno», pensaba día achicando los ojos. Porque, al contrario que Lina, Catarina no creía en los milagros. Nunca había visto uno en la landa en las noches de luna llena. Jamás. Quien la cruzaba, moría. Así era desde que aquella tierra conoció a los gigantes. Desde que ella vivía cerca de los muertos, para oírles gemir y para enfrentarse a ellos. Si aquellos dos habían logrado escapar, tenía que haber una razón.

Munia dejó el vaso sobre la mesa y, a pesar de su mirada, trató de sonreír.

—Tomaría un poco más, si aún queda.

Los ojos de Catarina se achicaron aún más.

—¿Estáis segura?

—Por supuesto. Me sienta bien.

Catarina vació el bote. O bien el diablo se burlaba de ella o había que admitir que Dios en persona había protegido a aquellas gentes.

—Esta noche os quedaréis encerrados —decidió.

—Es inútil, no volverán...

Se miraron con sorpresa. Las mismas palabras. La misma certidumbre. En el mismo instante. La mirada de Catarina fue de uno a otro. Alertada por los llantos que traía la brisa, Lina se puso en pie para asomarse precipitadamente a la ventana que ya no tenía los gruesos postigos interiores.

—El nuraga —murmuró Munia.

—El nuraga —aprobó Enguerrand.

—¿Qué sucede con el nuraga? —Se impacientó Catarina, incomodada por un largo escalofrío helado que le recorría las dorsales.

Preso súbitamente de una intensa emoción, Munia cogió los dedos de Enguerrand.

—¿Recuerdas haber ido allí?

—Si así fuera, ¿por qué tendría este bulto en la cabeza? ¿Por qué estábamos inconscientes en el mismo lugar donde nos habíamos ojos reunido?

—¿Era el mismo lugar? —insistió Munia indiferente a Catarina, que la miraba intensamente y a Lina, que volvía aliviada tras comprobar que de nuevo se oían risas.

—Tu misma has recogido mi espada...

—Es cierto —consintió Munia a su pesar—. Por un instante hubiera jurado que...

—Hemos debido de soñar —concluyó Enguerrand.

No vomitaban, pero estaban poseídos. Catarina estaba convencida de ello. Quedaba por averiguar por qué y, sobre todo, si los demonios les habían abandonado ya. A grandes males, grandes remedios, decidió. Volviéndoles la espalda, correteó como un ratoncillo hasta su cama, alzó el colchón y rebuscó a la altura de la almohada.

—¿Y las especias? —preguntó Enguerrand para volver a la realidad.

—Dos de los barriletes están intactos, el tercero está resquebrajado pero es recuperable. Mis dos hijos mayores se ocupan de repararlo. En cuanto al último, al

reventar sobre la roca probablemente cuando el animal cayó de costado, el tornado dispersó su contenido —enumeró Lina desolada antes de exclamar un «¡oh!» de sorpresa.

Munia y Enguerrand se volvieron y, a su vez, descubrieron a Catarina que les amenazaba armada del crucifijo que había recuperado.

Munia fue la primera en reaccionar. Entre la risa y el respeto.

—Por lo que me contasteis ayer comprendo vuestra inquietud, Catarina. ¿Qué queréis que hagamos?

—Besad la cruz —ordenó la sarda, con mirada recelosa.

—No iréis a pensar que... —Se enfurruño Enguerrand antes de satisfacer la muda suplica de su esposa, que ya se había puesto en pie.

—¿Y ahora? —preguntó tras obedecer.

Algo más tranquila al ver que ni uno ni otra habían desaparecido convertido en huma, Catarina les pellizcó la mejilla derecha y la aneó una patada en la tibia mientras soltaba por la boca incomprensibles hechizos, y acto seguido se plantó ante ellos, con los puños en sus caderas huesudas, indiferente a sus muecas de dolor y a la risa alocada de Lina, alzó el mentón.

—Ahora —dijo ella, altiva—, ¡iremos al nuraga!

Capítulo 30

Espontáneo e impulsivo. De ese humor estaba Cem mientras espoleaba a su caballo al galope por los senderos del bosque, protegiéndose de los matorrales y las ramas bajas con una gimnasia que mantenía todos sus sentidos en alerta. Una mirada furtiva por encima el hombro. Nasuh se esforzaba en no perderle de vista y, sin embargo, pensó Cem sin aminorar el paso, el chelebi tenía fama de ser un admirable jinete. Se echó a reír al viento. El amor le daba alas. Se sentía como un águila planeando sobre las cimas, en la vertical del mundo, dominando las miserables circunvoluciones humanas con pronunciado desprecio. Libre. Sí, por primera vez desde hacía mucho tiempo volvía a saborear la ebriedad. De hora en hora, de minuto en minuto, de segundo en segundo, todo cuanto le rodeaba se coloreaba, como si aquella luz interior lo iluminara todo a su alrededor. Tierra y cielo confundidos, devorados por la carrera. Los verdes le parecían más intensos, los azules más vivos, los amarillos, los rojos más especiados. Incluso los perfumes que la tierra sedienta había restituido tras la breve tormenta de la noche eran más olorosos. No era felicidad, no. La felicidad era una engañifa de la que había aprendido a desconfiar. La felicidad consistía en retener entre sus dedos un momento perfecto. Y aquél aún estaba incompleto, seguiría estándolo hasta que no se hallara ante Hélene de Sassenage y pudiera verificar si sus sentimientos eran compartidos.

Con el busto pegado a la crin, taloneo a su caballo, aunque era consciente de que no podía correr más. Qué importaba. Gozaba del poder de devorar el tiempo y las distancias. Aquel 30 de mayo, Cem el guerrero, Cem el sultán destronado, Cem el cautivo no era más que el Zizimi de su madre. Un poeta que se llenaba los ojos, la nariz y el corazón de la emoción de la que había sido privado tanto tiempo.

Si sólo hubiera dependido de ella, Philippine no habría dudado en arremangarse las enaguas para montar como un hombre. En aquella posición que la vestimenta obligaba a adoptar a las damas, no iba lo bastante deprisa. ¿Aún estaría allí Cem si llegaba tarde? Tras ella, Algonde vigilaba los márgenes del camino con aire falsamente despreocupado. Al no haber visto a Louis en el castillo, ambas estaban en guardia. Podía surgir en cualquier momento del camino que conducía a Rochechinard, del que se dirigía a la Bourne o de los bosques de los alrededores. Philippine hubiera preferido mil veces saber dónde estaba aunque ni siquiera su criado, aquél cuya complicidad se había ganado la víspera, no se lo había sabido decir. Louis había desaparecido al alba. Habían podido comprobarlo. Su caballo no estaba en el establo. Aquella silenciosa amenaza pesaba sobre ellas y las obligaba a avanzar a paso lento para mantener la apariencia de que se trataba de un paseo. Y Philippine de Sassenage hervía en su interior mientras repartía sonrisas y saludos a los plebeyos con los que se cruzaban y la saludaban.

El sol había alcanzado su cénit. Mediodía. Cem era puntual. Recorrió el claro con la mirada. Era el primero. ¿El único? Una punzada en el corazón. Sosegó su impaciencia desmontando del caballo, que espumeaba por los ollares. Arrugando los labios, el caballo relinchó y Cem soltó la brida. Al reconocer el lugar, el animal dirigió sin titubear sus pasos hacia el manantial que murmuraba.

Con un galope perfectamente controlado, el alazán de Nasuh se detuvo a su altura. El chelebi desmontó.

—¿Aquí fue donde te separaste de Huchang? —preguntó dándole una palmada al animal en el trasero para darle libertad.

Cem asintió con un gesto de la cabeza, con un nudo en la garganta por su impaciencia y por el recuerdo de su compañero. Por seguridad, cuando se hallaban en Rochechinard nunca lo evocaban.

—No hay noticias tuyas.

—¿Y cómo podría hacértelas llegar?

Cem cruzó las manos a la espalda para temperar su nerviosismo y comenzó a recorrer el espacio estrecho e irregular del claro, en cuyo lindero los pájaros habían comenzado a trinar de nuevo una vez sobrepuestos de la angustia de su intempestiva intrusión.

—A veces me pregunto si fue una buena idea. Una vez convertida al cristianismo, Munia puede estar en cualquier sitio. En cualquier sitio salvo en Egipto, adonde d creía que había regresado.

Nasuh dibujó una sonrisa, mostrando una hilera de dientes de un blanco como la leche que su tez oscura hacia aún más deslumbrantes.

—Si trata de perjudicarte, sus intereses la habrán llevado a allí, Zizim. Vamos amigo mío, mi príncipe. Nada de tristeza en un día como hoy. Escucha...

El corazón de Cem brincó en su pecho. Abrazó espontáneamente a Nasuh antes de dejar que se reuniera con los caballos rápidamente. Dos caballos se aproximaban.

—Es él —gimió Philippine, a punto de desfallecer sobre su silla al distinguir la silueta con turbante del príncipe entre los claros de los últimos árboles y matorrales.

Se volvió hacia Algonde.

—¿Cómo estoy?

Algonde tuvo ganas de reír, pero se contuvo.

—Pálida.

Philippine tiró de la brida y barrió el suelo con la mirada, angustiada.

—¡Oh, Dios mío, Dios, mío, Algonde! Rápido, frótame las mejillas con ortigas.

Enternecida, Algonde se puso a su altura.

—Aquí no hay ortigas. Si quieres darles color; pellízcatelas, pero creo que eso está de más. Estás magnífica por la propia emoción que sientes y que tan bien conozco, querida y se por haberla catado hasta qué punto basta para excitar a quienes te aman. Venga, vamos, Se impaciente.

—¿Eso crees? —Se estremeció Philippine, tratando de entrever el claro. Cem había desaparecido.
Por toda respuesta, Algonde palmeó la grupa de su caballo.

Temblaba. Él, que sin pestañear había conducido a un ejército a la batalla, que había seccionado cabezas y miembros, que había rozado la muerte mil veces y mil veces la había burlado, temblaba ante aquella mujer que franqueaba el arco que dos fresnos cual columnas de corteza, formaban entre los helechos. Altas y despedazadas, las plantas de un verde profundo barrían con sus hojas la inmaculada seda de su larga falda, como innumerables dedos que él hubiera deseado poseer para adivinar la grácil redondez de su pantorrilla. Sacó pecho para evitar el vértigo y, embarazado por sus manos ávidas de caricias, se llevó una al cinturón de tela que ceñía su pantalón abombachado en la cintura y la otra a la empuñadura de su cimitarra. Así plantado como un joven tronco en aquel bosque donde nadie podía sorprenderles, la dejó que se acercara a él al paso de su caballo, cuando hubiera deseado correr hacia ella. Era incapaz de hacerlo. Como aquella vez en que la había perseguido y cuando, subyugado por su belleza en el momento en que ella se volvió hacia él, se detuvo en mitad del camino, aturdido.

En la punta de su tocado azul que llevaba atado bajo el mentón por una cinta del mismo tono, lucía un velo de seda. «Lo ha elegido a tono con el color de mis ojos», se emocionó pretenciosamente. Se sintió tan liviano como aquel chal de bruma que bailaba alrededor de ella y daba la fugaz impresión de que sus cabellos recogidos en trenzas por encima de sus orejas trataran de escapar.

Philippine detuvo a su yegua a unos pasos de él. Cuánto hubiera deseado que en aquel instante Algonde, en lugar de haberse dirigido discretamente hacia el manantial, se hallara allí para serenar el tumulto que se desataba en su interior. No podía acercarse más a él sin desfallecer. ¿Era eso el amor? ¿Aquella sensación de dejar de pertenecerse a una misma? ¿De ser alienada por una fuerza exterior que eliminaba toda razón o control? Si le hubieran anunciado que había llegado su última hora no se habría conmocionado tanto. A la par, reafirmandose en su porte, se negaba a mostrarlo y se contentó con aquella sonrisa tan dulce que sabía que era el reflejo de su corazón, mientras su alma entera basculaba entre la guerra y la paz.

«¡Vamos Cem, ten valor, qué diablos!», se ordenó a sí mismo. Ayer había sido más fácil. En medio de todos, a pesar de la sorpresa. Ya se habían juzgado el uno al otro. Aguardaban. Se esperaban. ¿Qué sucedía? La timidez jamás había arado la tierra baldía de sus pensamientos. Era un guerrero. ¿Iba a quedarse allí pasmado? Obligándose a ello, avanzó.

Con un nudo en la garganta, dirigiendo a sus ojos su mirada apenas maquillada, se apoyó en aquel puño que él le ofrecía para desmontar, se deslizó de la silla y se

turbó al contacto de la camisa contra su corsé, y cuando él se apartó, como si él mismo se hubiera quemado con aquella proximidad, no supo si se sentía aliviada o desolada.

Se aclaró la voz. Hablar, para no abrazarla. Besarla. Volver a lo esencial. A la sórdida realidad, para así preservar el sueño de su Presencia.

—¿Habéis vigilado que no os siguieran?

—Louis estaba ausente cuando he salido de La Bâtie.

El señor de Montoisson le esperaba. Tras vuestra marcha ayer, ese gallo se jactaba tanto de vuestro consentimiento que le gran prior se vio obligado a llamarle al orden y a la discreción por respeto a los votos que aún no ha roto. Parece que la derogación que espera se demora más de lo que querría.

—Es una suerte para nos...

Se mordió el labio. Lapsus. ¿Debía rectificar por un singular? Tras bajar la vista, sonrojada, volvió a mirarle. Él le sacaba una cabeza, por lo menos. Sonreía, iluminado por un rayo de sol que caía oblicuo sobre sus pómulos altos e iluminaba aún más el azul de su mirada, jamás había visto unos ojos de aquel color de aquella preciosa profundidad, de aquella intensidad. Dejó en suspenso aquel esbozo de complicidad.

—Paseemos un poco, ¿os apetece?

Ella asintió. Caminar, sí. A su lado. Lejos de Philibert de Montoisson, de Louis. Lejos de todo y de todos. Él acomodó su paso al suyo. Una mirada al manantial antes de alejarse con él hacia el bosque. Sentada en una roca, a la sombra, cerca de Nasuh, Algonde conversaba. Su voz salpicada a veces por una risa cantaba la plenitud de haber recuperado a Mathieu mediante las banalidades que intercambiaban. El chelebi le hablaba de su país, Philippine estaba segura de ello. El aprecio entre ellos había surgido muy rápido. ¿Le había dicho ella que estaba prometida?

—Os veo pensativa, dulce amiga... ¿Acaso dudáis de la discreción de esa doncella que, hasta donde alcanzo a juzgar, ha hecho feliz a mi compañero?

—En absoluto, príncipe. Algonde me es tan fiel como Nasuh os es leal. Y es a la única a la que sin duda confiaría mi vida si tuviera que hacerlo.

Él se detuvo, repentinamente serio, y la miró.

—Ayer ordené a mi hermano de leche que os siguiera. Hubiera intervenido si Philibert de Montoisson hubiese tratado de deshonraros. Me transmitió sus abyectas palabras y sé que el nombre de Algonde fue pronunciado. ¿No es aquélla a la que el caballero quería envenenar lentamente?

—Así es.

—Gracias a un elixir, príncipe, que una bruta de nuestras tierras de Sassenage confió a su madre para salvarla.

Cem se quedó sin aliento. El calor intenso y zumbón se le metía por las orejas.

—¿Qué os sucede? —Se asustó Philippine ante la evidencia de su turbación.

—¿Visteis la damajuana que contenía el elixir?

Tema los ojos desorbitados como un animal perseguido y Philippine trató de serenarlo con una mano sobre su puño.

—La vi, sí. ¿Por qué es tan importante, príncipe? Me asustáis...

—Describídmela, os lo ruego. Tal vez mi vida vaya en ello.

—Piramidal, de cristal azul...

—... con una redecilla de plata en tres de sus caras —concluyó él cogiéndola de la mano.

—En efecto, con una redecilla de plata. ¿Cómo podéis saberlo?

Philippine estaba perpleja, desconcertada. Turbada. Y tranquila por fin al ver que la expresión de Cem cobraba vida de nuevo. Fue aún con voz alterada que le explicó:

—Esa damajuana... ese elixir... me fue entregado en Anatolia por una bruja... cuando me disponía a combatir a mi hermano al frente de mi ejército, para que me curara del veneno con el que esperaba asesinarme.

—Vamos, príncipe, no puede tratarse de la misma.

Se llevó a los labios aquella mano que, en la suya, había comenzado a temblar. Tantas esperanzas recobradas.

—Sí querida, dulce Hélène. Una de mis esposas me la robó hace unos meses antes de traicionarme y de que fuera expulsada.

Philippine dio un pequeño grito de sorpresa.

—La primera vez que nos vimos, aquí... Cuando peleasteis y luego vuestro compañero se marchó, fue a causa de eso, ¿verdad?

Se sorprendió.

—Sí, no pensaba que hubierais asistido a nuestra disputa.

—Os pido que me perdonéis, príncipe, iba a abreviar mi caballo en el manantial cuando os vi saltar del vuestro. Unos instantes después peleabais. Y...

Ella bajó la vista para protegerse de la turbación que aquel recuerdo había despertado. El bosque se cernía sobre ellos. Su voz se volvió murmullo.

—Hubiera debido dar media vuelta. Estaba fascinada. Quería saber quién de ambos ganaría. Y luego...

Él se aproximó y se llevó al corazón aquella mano delicada que mantenía en la suya.

—¿Luego..., señorita Hélène?

Las imágenes acudían en tropel a su mente y no trataba de rechazarlas. Tampoco la emoción que le provocaba un nudo en la garganta al contacto de aquellos latidos desacompañados bajo su palma extendida. Una confesión que lo explicara todo. Una confesión que los uniera para siempre.

—... El crujido de vuestro hombro. El dolor en vuestro rostro. Vuestro coraje. La reacción de Huchang cuando le desafiasteis. Vuestra inconsciencia. Estaba conmocionada.

Por fin osó alzar la vista. Los ojos de él le transmitieron tanto amor como ella

misma sentía.

—Sólo me armé de valor para partir cuando me tranquilizó la serenidad de vuestro rostro una vez Huchang se hubo marchado. Al oír vuestro caballo detrás del mío, comprendí que aquello que había sorprendido a mi pesar debía de ser un secreto a cualquier precio. No os hubiera traicionado, Cem, pero la violencia de vuestro duelo y vuestra determinación al perseguirme... me dieron miedo, lo confieso.

—Os busqué en La Bâtie el día de la captura del ciervo.

—¿Para hacerme callar?

Él sonrió.

—Sí. Para hacerlos callar...

La atrajo hacia él sin que ella hallara fuerzas para resistirse, con un beso...

Ella aguardó. Él se contentó bebiendo sus labios con una mirada insaciable antes de proseguir, con el aliento entrecortado.

Soy musulmán y vos cristiana. ¿Acaso podría ni siquiera soñar con ello?

—El Dios de los cristianos nunca ha prohibido amar...

—La verdad es que el de los musulmanes tampoco.

Se rozaron los labios, con los ojos cerrados, los alientos entremezclados antes de derribar las barreras de las conveniencias y la religión con el ardor de un beso vertiginoso.

Capítulo 31

Todo estaba allí, como en sus recuerdos recobrados. El largo palillo, la sala en forma de estrella, la estela. Sin embargo, tuvieron que rendirse a la evidencia de que habían descendido al nuraga en sueños y de allí habían accedido a la tumba de los gigantes. Tras cruzar la puerta de piedra, las telarañas tejidas de un muro al otro les cortaron el paso y se vieron obligados a desgarrarlas. Los jirones de las mismas se ennegrecieron con la llama de las antorchas de las que se habían provisto y avanzaron hasta llegar al centro de la tumba, prestando atención a los centenares de arácnidos. Si hubieran estado allí la noche antes, el paso delante de ellos no habría tenido aquel aspecto. Sin embargo, Munia seguía perpleja.

Pasó de nuevo la mano por una de las paredes circulares. No tenía ninguna aspereza particular. Ni un mecanismo. Ni una sala secreta. Tampoco había una abertura piramidal en el monolito que llegaba hasta el techo de la bóveda. El granito parecía tallado en un solo bloque.

—¿Tiene alguna explicación, Catarina? —preguntó Enguerrand botándose la barba negra que florecía en su mentón desde que dejaron la costa.

La Cabrera no había dicho palabra hasta entonces. Sus ojos se habían contentado con observar sus reacciones mientras, a la luz de las antorchas, redescubrían el aspecto y compartían imágenes y emociones. Desconfiada como Lina, que se había negado a acompañarles, mantenía los brazos cruzados sobre el crucifijo de madera que se había llevado consigo.

—Ninguna.

Munia giró sobre sí misma antes de dirigir de nuevo la mirada a la estela.

—Todo se parece tanto y a la vez es un diferente. ¿Existen otros lugares como éste?

Catarina se rió.

—Centenares. ¿No habéis pasado junto a ellos a lo largo del camino?

Munia evitó enojarse por el altivo cinismo del que la sarda hacía gala desde que entraran allí y prosiguió:

—Seguro, pero ¿el interior es idéntico?

Catarina se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Hasta ahora nunca había profanado una tumba. Y podéis creerme, si no hubiera temido que os poseyera el diablo y se burlara de mí, me habría ahorrado la visita.

Enguerrand se enfurruñó.

—¡No me digáis que aún pensáis que estamos poseídos!

—No lo digo.

Él te ofendió.

—¿Qué más queréis? ¿Que nos dejemos emparedar vivos en esta estancia para demostraros lo contrario?

—Si lo proponéis... —le respondió con frialdad la sarda.

Aligerando la atmosfera, la risa de Munia rebotó en los muros abovedados, la llama de su antorcha, al acercarla a la estola, acababa de desvelar el dibujo de una pirámide en el centro de un círculo, tan leve sobre la piedra que no podía verse a primera vista.

—Vamos, ¡ya basta!

En unos pasos, con el bajo de su vestido arrastrado por el suelo de tierra batida, se plantó ante Catarina, que les cortaba la salida.

Estoy segura de que sabéis perfectamente lo que nos sucedió. Ni Dios ni diablo, sino un secreto que debéis guardar en este lugar más seguro que vuestras propias cabras.

Catarina no pestañeo. Sorprendida por la firmeza de su esposa, Enguerrand se había aproximado a su vez.

—Muy bien —decidió Munia—. Sin duda, para que reine la confianza, debemos deciros toda la verdad.

Le entregó la antorcha a Enguerrand, se aparró y de sus enaguas sacó la damajuana de vidrio azul. La mostró en su palma abierta ante los ojos de la sarda.

—La profecía... Es la llave de la profecía.

Sobrecogida, Catarina dejó caer el crucifijo sobre el polvo milenario.

Habían retomado el camino. No osaban ya mirarse, ni rozarse siquiera para no ceder al impulso de echarse de nuevo uno en brazos del otro. Y sin duda de cometer lo irreparable. No podía ser. Cem fue el primero en apartarse. No estaba en Anatolia junto a una de sus mujeres. No podía tumbarla sobre la hierba como a una esclava y ceder a sus pulsiones. Ceder a su amor. Allí las cosas no eran tan sencillas. Después de aclararse la voz con un carraspeo, la había asido del brazo para conducirla al centro del claro, hacia Nasuh y Algonde. Para protegerse con su presencia.

Philippine estaba tan turbada que si Cem no le hubiera ofrecido el brazo para que ella se asiera con sus dedos temblorosos, habría sucumbido al vértigo. Habitado por los trinos y cantos de los pájaros y por las voces familiares de sus compañeros, el silencio que se había instalado entre ambos les parecía muy prometedor. Su corazón se hinchó.

—Es tan dulce este momento que desearía que no acabara nunca, príncipe.

—Os lo ruego, llamadme Zizim.

—Zizim —repitió ella, ligera y curiosa, dirigiéndole una mirada de reojo, la primera después de su beso.

—Es el mote que me puso mi madre cuando era pequeño. Canta en mi corazón, como para vos el nombre de Hélène. Y como vos, así me llaman mis íntimos.

Ella se estremeció.

—¿También vuestras esposas?

Acarició los dedos temblorosos, con una sonrisa en los labios. Aquel súbito

aguijón de celos, provocado por su nueva relación, fortalecía ésta aún más si cabe.

—No os preocupéis por ellas. Hélène. En mi país es normal poseer un harén.

—Pero ante los ojos de Dios es una barbaridad.

Él se acercó a un árbol próximo y se apoyó en él, permitiendo que ella se sentara en una piedra lisa alzada, vuelta hacia él con su falda extendida aún más tornasolada gracias a la intensidad del color de los helechos que la acariciaban.

—¿Las amáis? —preguntó ella, adivinando que evitaba alzar entre ellos la barrera de sus diferencias culturales.

—Mi madre es griega. De una belleza altiva que la edad ha suavizado blanqueando sus cabellos y sus rasgos. Creo que fue la única a la que mi padre amó realmente.

—¿Y cuál es vuestra preferida? ¿Almeida? Su mirada os devora. Y cuando la dirigía a mí, ayer, tenía destellos de acero —insistió ella.

La miró largamente, devorando cada estremecimiento de aquel rostro inquieto. Aquel hoyuelo que aparecía en su mejilla derecha, la pequeña peca natural y sombreada que acentuaba el pómulo, la nariz ligeramente respingona, la franja de sus cabellos rizados en el borde de la toca. No quería ocultarle nada, a ella que le ofrecía renacer en aquella tierra hostil, y sin embargo deseaba evitar cualquier asomo de brusquedad.

—Almeida no representa nada para mí, en realidad. Mi primera esposa se halla en Egipto. Ya me ha dado dos hijos. Están bajo la protección del sultán de los mamelucos, pero sigo temiendo por ella. Por ellos. A menudo los echo en falta.

Philippine asintió. A pesar de aquel cuchillo que acababa de clavarse en su corazón, prefería a Almeida antes que el recuerdo de aquella mujer a la que no volvería a ver.

Cem fue a sentarse a los pies de ella y tomó entre sus manos la mano de alabastro.

—No quiero que seáis una de mis esposas, Hélène.

Decepción. O alivio. El corazón de Philippine osciló entre ambos sentimientos. Ella apartó la mirada.

—¿Qué soy para vos, pues?

—La única en el mundo entero por la que hasta renegaría de mi Dios si me lo pidierais.

Ella cerró los párpados. ¿Era un sueño hecho realidad? Demasiado pronto, pensó. Demasiado pronto aún.

—Que os hicierais cristiano no haría que el caballero de Montoison ni mi hermano cejaran en sus siniestros proyectos.

Él suspiró.

—Acabar con uno y otro tampoco ayudaría a nuestra causa. Démonos tiempo, dulce Hélène, ¿queréis? Hallaré la manera de frenar su ímpetu. Pero para ello debo protegerme de mi herma el sultán. Tengo que recuperar ese elixir que ha salvado a Algonde.

Philippine le dirigió una mirada desolada.

—Quisiera poder complaceros, pero por desgracia es imposible. Se lo bebió todo. Él apretó las mandíbulas, dominado de nuevo por la fatalidad.

—En ese caso todo está perdido. Sin esa poción, tarde o temprano moriré.

Su desazón compungió el corazón de Philippine.

—Abjurad de vuestra fe, Cem. Si ya no representáis una amenaza para Beyazid, acabará por olvidaros...

Él meneó la cabeza.

—Se lo sugeriré al gran prior, pero aún no. No quiero que relacione mi petición con nuestro encuentro. Quiere que os caséis con Philibert de Montoisson, hacia el que siente un gran afecto. Si adivina mis sentimientos, se opondrá a ello.

Sacudió el aire con un gesto vindicativo de su mano.

—Alá es grande, y no permitirá que yo muera antes de haberos salvado de ese canalla.

Al recordar a sor Albrante, Philippine sacó pecho.

—Dios también está de nuestro lado, Zizim. Sé un lugar donde hay otra damajuana, idéntica a esa de la que me habéis hablado.

Cem palideció.

—¿Otra, decís? ¿La misma? ¿Estáis segura?

Ella asintió con el mentón.

—El elixir que contiene posee las mismas propiedades.

—Dos damajuanas... —repitió Cem, dubitativo y esperanzado a la vez.

Philippine le tomó las manos y las apretó con fervor.

—Está en manos de la enfermera de la abadía en la que fui educada tras la muerte de mi madre. Mañana mismo iré a verla para averiguar dónde la obtuvo. Si se negara a dármela, en ese caso enviaré a Algonde a Sassenage a pedir ayuda a la bruja. ¿No habéis dicho que fue una de su raza quien os la confió? Para algunos secretos no hay fronteras.

—Como el amor.

—Como el amor, Zizim.

Ella acarició el óvalo de su rostro y, como antes, se sorprendió de la suavidad del pelo de su barba tallada en forma de punta de lanza.

Él se llenó los ojos de la calidez de los suyos. Por primera vez desde su cautiverio, ya no lamentaba nada. Ni añoraba su país, ni lamentaba la traición de los hospitalarios ni el periplo al que le habían obligado. Todo aquello había servido únicamente para conducirlo hasta allí, junto a aquella mujer de la que dependía su vida entera. Aquella mujer a la que siempre había estado destinado. Reprimiéndose violentamente cuando hubiera preferido mil veces abrazarla, se apartó de ella y se puso en pie, con mirada orgullosa y porte altanero.

—Vendré cada día aquí en el cénit del sol, tanto si podéis reuniros conmigo como si no os es posible. Aquí os esperaré.

Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie.
—El tiempo pasa. Debéis regresar.

Capítulo 32

La altivez de Catarina se había desvanecido y entremezclado con el polvo de las paredes. Descompuesta, con dedos temblorosos, tuvo que sentarse en una de las piedras que servían de pequeño altar frente a cada uno de los pasillos que conducían a otras salas mortuorias. A buen seguro antaño se depositaban allí ofrendas en los funerales. Eran de granito, como la estela, pero a aquellas alturas ya sólo servían de refugio a los insectos.

Dando vueltas y más vueltas entre sus dedos a la damajuana piramidal a la luz de la antorcha que Enguerrand había clavado en la pared, Catarina forzaba sus ojos de un azul intenso y poco usual, húmedos de emoción. A pesar de que su excitación la impulsaba a hacer lo contrario, Munia evitó interrumpirla bruscamente y se aproximó a su esposo. Ambos, conteniendo la respiración al igual que la Cabrera, aguardaban a que ésta se recuperara de lo que le habían explicado acerca del mapa y de su búsqueda. Catarina acabó por alzar hacia ellos su mirada de la que habían desaparecido el cinismo y el temor para dar paso a un respeto que les sorprendió. Aunque se manchara el vestido, Munia se arrodilló junto a la sarda y cubrió la damajuana con su mano, uniéndose así ambas en torno a su secreto.

—Necesito saber, Catarina, yo que procedo de un país donde las pirámides son tumbas de las que nadie conoce el misterio. Necesito comprender. ¿Cuál es esa profecía?

Una sonrisa, la primera auténtica que pudieron ver en los rasgos surcados por las arrugas de aquella mujer, se dibujó dulcemente en sus labios finos.

—Es una larga historia, hijos míos, que se remonta a los tiempos del reino de los gigantes. Fueron ellos quienes me la explicaron. Puedo oírles desde que era niña, y hablo con ellos.

—Yo también les hablé —afirmó Munia.

—Lo sé, pequeña. Ahora lo sé.

La sarda le devolvió la damajuana y meneó su cabeza rematada en lo alto de la nuca por un moño estricto cubierto por la pañoleta negra que sólo se quitaba al ir a dormir. Con una profunda inspiración, en un movimiento reflejo se frotó las palmas sobre el delantal, como hacía a diario antes de llevar a cabo una tarea importante.

—Sin embargo, antes de hablaros de ellos debo hablaros de mi abuela. Era un personaje importante en la isla. Se la respetaba por su sabiduría y sin duda por el poder que tenía, semejante al mío. Vivía en una punta del pueblo, frente a la iglesia y, de noche, se instalaba en su ventana para ver desfilar a los difuntos como si aún fueran a misa. La primera vez que me senté a su lado, esa procesión me pareció normal. Fue al comprender que mi madre no la veía cuando entendí nuestra diferencia. Entonces, en cuanto podía, iba a casa de la abuela para que me explicara y me enseñara. Creo que vio en mí a su sucesora.

—Pero ¿y la profecía? —Se impacientó Enguerrand.

Catarina lo fulminó con la mirada y, resignado, fue a sentarse en otra de las piedras rectangulares.

—Acabé por cansarme de ver a los muertos ir y venir sin objetivo. Sombras entre las sombras. Se habían convertido en algo ordinario. Se lo dije a mi abuela y se enojó. Había recibido un don de Dios y, por remilgada, lo despreciaba. Se negó a que fuera más a su casa hasta que no me sintiera digna del honor que se me había concedido. Como ya entonces era orgullosa, no dije nada y menos aún a mi madre que, para complacer a la suya, me liberaba de mis tareas. El tiempo que ya no pasaba junto a la abuela lo dediqué a explorar los alrededores. Fue así como me hallé al pie de este nuraga.

Un velo de tristeza cubrió su rostro.

—El lugar me fascinó tanto que no me di cuenta de que anoecía y que la luna, redonda, ocupaba su lugar en el firmamento. Sentí el frío al mismo tiempo que pude oír la primera carcajada, creo. Fue incontrolable. Eché a correr en dirección de la *pinnettu* que había visto en la colina. Sólo me detuve frente a la puerta y me di la vuelta.

—Y los visteis como nosotros ayer —se estremeció Munia.

—Sí. No tenía nada que ver con la procesión serena del pueblo. No. Gritaban y luchaban en medio de la noche, como prisioneros de una fuerza maléfica que siempre quería más. Más almas que llevarse, para torturarlas. Me encerré en la cabaña. Cerré la puerta a cal y canto y esperé. Toda la noche. Con la mirada fija en las aberturas de las paredes y del techo, convencida de que irían a por mí. Pero nada sucedió. Fue al regresar al pueblo por la mañana cuando encontré a mi abuela, muerta de terror frente a la *domus* de janas. Siempre he creído que fueron sus difuntos quienes le dijeron dónde encontrarme y que, al saber que estaba en peligro, se enfrentó a los demonios para salvarme. Se sacrificó.

Hubo un silencio. Grave.

—¿Por qué os instalasteis aquí después de lo sucedido?

Ella rió.

—¿Creéis que tuve otra elección? Estúpidamente, corrí a casa de mi madre y, desesperada, se lo expliqué todo. Con la ayuda de mi tío fue a recuperar el cuerpo y mandó a buscar al cura, con quien me confesé. Me dejaron en paz hasta el entierro. Al día siguiente, mi madre me entregó mi hatillo. El consejo del pueblo me había desterrado. La abuela siempre había prohibido a todos acercarse a los nuragas las noches de luna llena. Ella sabía lo que sucedía, y hubiera podido decírmelo. Hubiera tenido que decírmelo. Pero, si lo hubiese hecho, ¿la habría escuchado?

—Habríais podido instalaros en el pueblo vecino...

Catarina meneó la cabeza.

—En ningún sitio me hubieran dejado en paz. El orgullo del don lo conseguí gracias a la desesperación y a esa sentencia. Me quedé en memoria de mi abuela. Y también porque no me imaginaba viviendo con el peso de esa culpabilidad. Este año

se cumplirán veintiocho años de eso. Veintiocho años que llevo escuchando a mi abuela bramar por el llano.

Enguerrand se rascó la barba, con el ceño fruncido. Estaba perplejo.

—¿Por qué no os llevaron con ellos? Unas piedras y unos postigos no bastan para detenerles, puesto que pueden atravesarlos.

—Sin duda porque os esperaban.

Munia y Enguerrand se miraron, con renovada febrilidad.

—Las primeras veces, creí que jugaban conmigo. Esperaba morir en medio de la tormenta que desencadenaban en la cabaña. Cesaba por la mañana y me dejaba agotada, con la cabeza repleta de palabras incomprensibles, de imágenes a cuál más increíble. A lo largo de los meses comprendí, como los habitantes del pueblo, que no se me llevarían. Comenzaron a temerme, a respetarme, a confiarme las cabras, a darme cestas de alimentos. Mi familia me abrió de nuevo sus puertas. Hubiera podido regresar al pueblo, pero al miedo siguió la curiosidad. Construí unos postigos para protegerme de la lluvia y del viento, y arreglé la *pinnettu*. Así ocupé el lugar de mi abuela sirviendo de enlace entre los vivos y los difuntos a quien me lo pedía.

—¿Y los gigantes? —preguntó Munia poniéndose en pie, entumecida por haber permanecido tanto tiempo arrodillada junto a la sarda.

—Estaban furiosos porque nadie les escuchaba. Todo era hostil para ellos. Habían masacrado a sus descendientes, sus recuerdos se habían convertido en ruinas, sus pozos sagrados habían sido mancillados con sangre de batallas. Esta tierra que habían amado había olvidado por completo el canto de sus orígenes. Me llevó tiempo llegar a comprenderles. Si lo conseguí fue gracias a las imágenes que me comunicaban y que eran un eco de su lenguaje.

Una culebra gorda como el puño de Enguerrand zigzagueó entre las piedras, molestanda por los pasos de Munia. La egipcia no le prestó más atención que al hormigueo que sentía en las pantorrillas.

—Hablan la lengua de los faraones —recordó ella.

—Digamos para ser precisos que los faraones heredaron su lengua. Se remonta a los orígenes de nuestro mundo. Mucho antes de que se pareciera a lo que hoy conocemos. De hecho a tenor de lo que me han dicho los espíritus, en el principio de los tiempos no había en la tierra más que un único continente perdido en la inmensidad del mar.

—¿Un único continente? Vamos, Catarina, ¡eso es imposible! —exclamó Enguerrand.

—Uno solo. Que compartían hombres y animales tan gigantescos como era aquella tierra. Los he visto en sueños. Podría dibujarlos, si queréis.

—¡Y por qué no dragones! —espetó Enguerrand, escéptico.

Catarina volvió la cabeza y prosiguió, dirigiéndose a Munia, que prestaba atención a sus palabras.

—A pesar de que en sus orígenes eran muy rústicos, los gigantes adquirieron una

infinita sabiduría y sus ciudades brillaban por doquier mientras, regularmente, rocas ardientes caían del cielo, incendiando y dislocando aquel continente único. Se fragmentó en varios bloques y aisló a los habitantes los unos de los otros. Una primera civilización sucumbió entre el hielo. Otra comenzó de nuevo entre el fuego, heredera de los vestigios de la primera. Y así sucesivamente hasta que hace doscientos cincuenta millones de años aproximadamente, las tierras volvieron a formar un continente, dejando una isla al este que, al otro lado de un mar interior, cortaba la vista del horizonte.

—Con el debido respeto, Catarina, ¿sois consciente de lo que representan doscientos cincuenta millones de años? —exclamó Enguerrand, levantándose de su improvisado asiento.

Loca, ¡aquella mujer estaba loca y allí estaba él, escuchándola! Recorrió la estancia de un lado a otro, haciendo que se estremeciera la apacible luz de la antorcha cuyas llamas bailaron, aureolando los muros con reflejos fantasmagóricos. Imperturbable, Catarina prosiguió:

—Una isla, decía, aislada de las criaturas monstruosas, donde hallaron asilo los gigantes más sabios. Durante milenios, su civilización conoció su apogeo, antes de desmoronarse cuando aquel mundo rugiente aproximó la isla rectangular hacia el centro continente donde progresivamente fue engullida. Todo fue reconstruido, sin embargo, y durante una centena de millones de años reinó la calma, antes de que una vez más cambiara la faz de la tierra y modelara lo que hoy conocemos.

Enguerrand se detuvo frente a ella.

—Todo esto es absurdo. Nada hay en la santa Biblia que corrobore vuestros argumentos. ¡Nada! Estos veintiocho años os han hecho perder la razón, Catarina.

—No, dice la verdad —intervino Munia—. Buena parte de esas cosas están dibujadas en el mapa que tiene mi padre.

Él se detuvo, boquiabierto. Animada por esa revelación, Catarina hinchó el pecho.

—Con el advenimiento de una nueva edad del hielo, las criaturas monstruosas perecieron aniquiladas al carecer de alimentos. Sucedió lo mismo con tres cuartas partes de la civilización. Cuando la temperatura fue más clemente, se desarrolló otra raza de hombres. Una raza que nada sabía acerca del antiguo mundo y que, por su parte, se hallaba en sus primeros balbuceos. La mayoría de los gigantes, inferiores en número, se abastardaron, pero la memoria de los sabios perduró por toda la tierra. Aquí o allá, quienes estaban encargados de transmitirla dejaron testimonio de su paso construyendo nuragas, pirámides, templos o piedras en pie, guardianes todos ellos de un mismo recuerdo. El recuerdo de esa isla y de las fuerzas que en ella habitaban en su época de esplendor hace doscientos cincuenta millones de años. Una usía distinta de todas, que casi cerraba el mar interior que formaban ambos extremos del continente, una isla bendecida por fas dioses y que, a través de la leyenda, incluso inspiró a Platón.

—¿Conocéis a Platón, vos, una simple cabrera? —inquirió Enguerrand.

Catarina alzó el mentón con orgullo.

—Es verdad que, al contrario que vos, no sé leer ni escribir. Pero mi saber es inmenso puesto que me lo transmitieron aquellos mismos que lo detentaban y que me juzgaron digna de recibir enseñanza.

Enguerrand, cabizbajo, se excusó.

—No pretendía ofenderos, Catarina. Proseguid, por favor.

—Mucho antes del reinado del primer faraón, los gigantes eran ya solo unos cientos en el mundo. Pero aún se les tenía en gran estima y se les solicitaba su sabiduría. Se formaron dos clanes. Uno se negaba a envilecer aún más la raza emparejándose con autóctonos de otras regiones, y otro, al contrario, veía en ello su salvación. El primer grupo llegó a nuestras costas y construyó estos nuragas. Coa el paso de los siglos, los gigantes de aquí se extinguieron mientras que los otros, en su mayoría degenerados, dieron un nuevo rostro a Egipto. No advirtieron que, tras robarles hasta su orgullo, los faraones los utilizaban cada vez más para tareas innobles. Convertidos en sus mercenarios, los *shardañas*, como allí les llamaban, hicieron correr sangre. Dispuestos a rechazar esa última degeneración, un puñado de sabios se exilió, atravesó el mar y, al descubrir vestigios de su grandeza, se instalaron en esta isla a la que llamaron *Sardinia*, Cerdeña, aunque por desgracia no contaban con los medios para recuperar para su civilización lo que antaño le valiera su renombre. Sólo alcanzaron a transmitir la leyenda. Que retomó Platón... —Remachó Catarina fulminando a Enguerrand con una mirada de autoritario orgullo.

—¿Y la profecía? —aventuró él.

—A ello voy, pero antes aún debéis saber cómo estaba organizado el poder en esta isla antaño llamada las Tierras Altas. Procedía de una ciudad blanca en el centro de la cual nacían unos ríos encantados no para dar en la mar sino para, gracias a una poderosa magia, desembocar en otros lugares sagrados e invisibles. En la cúspide de una torre coronada por una cúpula de cristal había una habitación muy semejante al interior de esta tumba. Los Antiguos se reunían allí alrededor de un mapa de vidrio sobre el que había tres damajuanas piramidales que les daban el poder de regenerarse. Por desgracia, un día, el mapa y las damajuanas fueron robados por Morlat, uno de ellos poseído por un desmesurado anhelo de conquista. Tras cometer aquella fechoría y después de ocultarse un centenar de años, aguardó a que la ciudad muriera para regresar allí. No había pensado en que los ríos encantados, por uno de los cuales había huido, desaparecerían con los Antiguos. Tuvo que regresar por mar, valiéndose del mapa que señalaba el último emplazamiento de la isla y fue capturado por unos piratas. A pesar de su fuerza titánica, consiguieron dominarle. De mano en mano, separadas, el mapa y las damajuanas se perdieron. De los gigantes que aún había en el mundo ninguno pudo regresar a las Tierras Altas, De generación en generación trataron de hallar la manera para reunirse de nuevo aquí y acabar sus días, con mayor sufrimiento si cabe pues el alma tenebrosa de Morlat halló el camino y reina aun en la

legendaria ciudad.

Munia se mordía el interior de la mejilla. Su mente estaba desbocada. Cuanto había contado Catarina hallaba un eco en su memoria. El espíritu de los gigantes se lo había legado la noche anterior. Dibujó de memoria las circunvoluciones sorprendentes del mapa. Era de piel. Por lo tanto, no se trataba del original como su padre había afirmado, sino de una copia. La asaltó una duda. ¿Por qué su padre, en contra de su temperamento, había registrado el equipaje del príncipe Cem en El Cairo? Antes de descubrir una de aquellas damajuanas piramidales cuidadosamente guardada en un pequeño cofre, nunca le había hablado de las mismas. Aquel día, mientras ella lloraba ante la idea de sacrificarse en la cama de Cem, su padre le afirmó que aquellas damajuanas eran necesarias para determinar lo que pretendía que era el emplazamiento de un nuevo mundo. ¿Cómo había podido reconocer una de ellas? En el mapa estaban simbolizadas simplemente con unos triángulos. Aun admitiendo que no hubiera estimado útil explicárselo todo, ¿por qué al descubrirla no la robó directamente en lugar de forzarla, a ella, a su propia hija, a casarse y, menospreciando el peligro al que la exponía, le pidió que se la llevara en cuanto se presentara la primera ocasión? ¿Acaso pensaba que el príncipe conocía el escondrijo de las otras y se lo confiaría? En ese caso, ¿por qué no habérselo dicho claramente? Aquello no tenía pies ni cabeza. Hasta aquel momento, impresionada por el saber de su padre, por la curiosidad y el respeto que aquel mapa habían despertado en ella, Munia había sido sumisa y no se había planteado pregunta alguna sobre él. En aquel momento, empero, unas zonas de sombra sobre los motivos de aquél a quien veneraba oscurecían sus pensamientos. Más aún puesto que su madre era descendiente directa del último faraón. ¿Era por esa razón por la que se había casado con ella? ¿Para qué les enseñara su lengua, celosamente transmitida de generación en generación, esa lengua que aquella noche le había permitido comunicarse con los gigantes y a ellos adivinar quién era ella?

Con el corazón dolido por el sentimiento de haber sido engañada, alzó la cabeza.

—Debemos encontrar esa tierra, Catarina.

—Ése es vuestro destino, en efecto —afirmó la sarda poniéndose en pie.

Su hora de gloria, aquélla para la que su abuela quiso prepararla, había llegado. Tiró de su falda, entrelazó los dedos, inspiró profundamente y con voz solemne declaró:

—En verdad, no es a vosotros a quien allí esperan sino al hijo que habéis concebido esta noche. Pero no irá solo. Serán tres. Cada uno portador de una damajuana sagrada, cada uno portador del poder de los Antiguos para salvar las Tierras Altas del poder maléfico de Morlat. Si lo consiguen, uno será rey, otra reina y el tercero despertará el manantial y devolverá su esplendor a la ciudad. Eso es lo que predicen los gigantes desde hace veintiocho años, desde que su espíritu vela por mí. Ésa es la razón por la que habéis venido aquí.

Capítulo 33

Sellado su acuerdo y tras dejar en el camino a Aymar de Grolée, Jacques de Sassenage acababa de regresar con François. La noche había caído sobre el castillo de La Bâtie cuando desmontaron de sus caballos frente a los establos silenciosos, iluminados por el claro de luna que había guiado el último tramo del camino.

—¡Ve a acostarte, hijo! Ya me ocupo yo de despertar al palafrenero —le dijo Jacques a su hijo pequeño, que bostezaba como si la mandíbula se le fuera a desencajar.

—De nosotros dos, a mí me incumbe esa tarea en primer lugar —se defendió éste poniéndose tieso, humillado por su debilidad. Jacques le palmeó el hombro afectuosamente.

—Otras tareas te aguardan, más importantes. Vete, te he dicho, yo no tengo sueño.

François aún dudó unos instantes antes de darse la rucha. Insistir de nuevo hubiera enojado a su padre. Jacques ató las bridas a un anillo previsto a tal efecto y entró en el establo. Con paso decidido, se dirigió hacia el jergón de paja donde debía hallarse el jovenzuelo, un pelirrojo que olía incluso peor que si animales a los que cepillaba. Se oyeron unas toses.

—¿Sois vos, señor barón? —La voz tímida le hizo volverse hacia un carromato junto al que acababa de pasar.

Aunque no lograra identificarlo, aquel timbre le era familiar, y achicó los ojos para ver en la oscuridad, llevándose instintivamente la mano a su espada al ver moverse una forma que descendía de la plataforma posterior del carro.

—¿Quién vive? —preguntó sin temor pero persuadido por la corpulencia de que no se trataba del palafrenero.

—Soy yo, Janisse. Janisse de Sassenage.

—¿Maese Janisse? Pardiez, ¿qué hacéis aquí?

Rascándose con una mano su vientre prominente, y con la otra restregándose los ojos adormilados, el cocinero bostezó y se acercó a él con paso tambaleante.

—Os esperaba —dijo, como si fuera lo más normal del mundo. Aquella incongruencia propia del carácter bonachón del hombre fue un bálsamo para el corazón del barón. Le sonrió con benevolencia.

—Es una hora poco usual para solicitar audiencia.

—Es importante —bostezó de nuevo Janisse sin preocuparse por ocultar el abismo careado que le hacía las veces de boca.

Conteniendo la risa, cuando otro se hubiera enojado por aquel atrevimiento, Jacques se sintió aliviado. En el fondo, aquel intermedio antes de hallarse de nuevo bajo el yugo de Marthe le ayudaría a simular que no sucedía nada.

—Sea —decidió—. Puesto que os habéis tomado la molestia de viajar hasta aquí, dejadme que despierte al mozo de establo. Luego, os escucharé.

—Ocupaos de vuestras cosas —le autorizó Janisse con un gesto de la mano, acodándose sin gracia en el carro.

Ningún señor hubiera mostrado tanta indulgencia hacia un criado como él, se divirtió Jacques mientras se daba la vuelta. Si no hubiera tenido asuntos más graves en la cabeza, le habría soltado una reprimenda. Sólo por los modales, puesto que sabía que maese Janisse le era tan fiel que ni se le podía pasar por la cabeza faltarle al respeto.

Al sacudirlo, el pelirrojo refunfuñó y se dio la vuelta en el jergón, antes de ponerse en pie como alma a la que lleva el diablo al reconocer la voz del barón. Jacques no tuvo ni que hablar. Despeinado, cubierto de paja, el palafrenero se dirigió a donde estaban los animales para desensillarlos. Jacques se reunió con maese Janisse que daba cabezadas, con un ronquido en suspensión en lo más hondo de su garganta. Al acercarse el barón, se desperezó, dejó de apoyarse en el carro y esperó a que su señor estuviera frente a él para proponerle que pasearan un poco.

—Eso os mantendrá despierto —le dijo con el mismo aplomo inconsciente, creyendo que su señor estaba tan soñoliento como él mismo.

Estaban solos, sin contar con el mozo de establo, quien, con ganas de acostarse de nuevo lo antes posible, se había puesto manos a la obra. Jacques acompasó su paso al del cocinero, que arrastraba los pies, encantado al cabo de unos segundos de oírlo más firme sobre la gravilla. Se alejaron del edificio, al preferir al olor de los purines el perfume de las lilas que florecían a lo largo del paseo que conducía al jardín. Al abrigo de las ramas altas de los castaños floridos y moteados aquí y allá, los ruiseñores cantaban una melodía casi tan elegante como el propio aire.

—Es acerca de Gersende, señor barón —se decidió por fin Janisse quien, olisqueando el aire, no había podido evitar por unos instantes pensar en unos buñuelos.

—¡Ah!

—Ahora que el ruiseñor ya no está envenenada y que se va a casar, quisiéramos hacer lo mismo.

Jacques de Sassenage volvió hacia él su rostro perplejo. Aquel nebuloso discurso no le había dicho nada concreto.

—Me temo, mi querido Janisse, que no alcanzo a comprender vuestro pensamiento.

Entre el hambre y el sueño, Janisse no comprendió las palabras del barón. Llevándose las manos a las caderas, la tez roja de angustia y de indignación, le cortó el paso.

—Pues eso sí que no lo entiendo. Aunque no nos guste que nos den palos hasta morir, como a esa pobre chiquilla ayer por la noche, pardiez, no nos podemos quejar. Pero Gersende y yo, señor barón, no nos merecemos esto. ¿Por qué no queréis casarnos?

Estupefacto, Jacques de Sassenage frunció el ceño.

—¿A quién le han dado palos hasta morir durante mi ausencia?

—¿Y qué sé yo? A una sirvienta, creo. Es Mathieu quien ha visto a un criado deshacerse del cuerpo. Pero ésa no era...

—¿Mathieu está aquí?

Decididamente, aquel asunto tomaba un rumbo inesperado.

Ahora bien despierto, Janisse torció la boca y arrugó la frente y la nariz.

—A ver, señor barón, con el debido respeto y al que no quiero faltar para que no me den palos, ¿acaso os burláis de mí, por casualidad?

—¿Tal parece, Janisse? —Gruñó el barón para obligarle a adoptar cierta compostura.

El cocinero se balanceó sobre uno y otro pie antes de convenir que, incluso a la luz de la luna, aquella arruga poco afortunada en la frente del barón era de reproche y no de mofa. Desolado, comenzó a estrujarse los dedos, como un chiquillo al que hubieran pillado en falta.

—Os pido perdón, señor. Me he dejado llevar. Es que hace tanto tiempo que la espero a Gersende...

Serenado aunque aún circunspecto, Jacques de Sassenage le palmeó el hombro.

—Está convenido, os casaréis, pero antes y puesto que parece que hemos perdido el sueño, me gustaría que me contaras toda esa historia.

—¿Con todo su sabor y sus detalles?

—Pardiez, Janisse, ¿no es ésa tu especialidad?

Cuando más de dos horas después regresó a sus apartamentos, tras haber hecho que el propio Mathieu, a quien habían ido a despertar le contara el relato de lo sucedido, Jacques de Sassenage tenía una visión global de los hechos. Sin embargo, no se alegraba. Al contrario. Algonde había sido envenenada lentamente por Francine, al servicio ésta del caballero de Montoisson quien, con esta presión, pretendía obligar a Philippine a que se casara con él. Afortunadamente, Algonde había logrado salvarse gracias, la medicación de la bruja de Sassenage. Esto era lo que Mathieu le había afirmado tras pedirle de nuevo autorización para contraer matrimonio con la jovencueta ahora que su hija había nacido. Jacques de Sassenage consintió sin titubear. Casada o no, si Melusina se había reencarnado en Algonde, lo que tuviera que suceder sucedería. Sin embargo, se prometió hablar con ella a solas y esta vez le formularía claramente la pregunta. Puesto que ambos tenían un enemigo común, debían ponerse de acuerdo para combatirlo.

Por lo demás, la muerte de Francine traducía desgraciadamente lo que Jacques había temido hasta el momento. La alianza entre el caballero de Montoisson y su primogénito. Sólo podía imaginar a Louis, cuya crueldad conocía, masacrando a la Sirvienta. No era la primera vez que pegaba a una criada. Hasta entonces, sólo el abuso del alcohol le había llevado a ello. Jacques de Sassenage no sabía qué decidir. Castigarle o guardar silencio. Reprender a su hijo significaría no solo confesar que

estaba al corriente de lo sucedido sino también de la infame alianza a la que había llegado con el caballero. En cuanto a exigirle cuentas a Philibert de Montoisson, tal opción se le antojaba imposible sin que sobre él mismo recayera la ira del gran prior de Auvernia, Jacques no necesitaba una guerra más a sus puertas. Era preferible temperar, aclarar las numerosas zonas de sombra que quedaban y dejar a Aymar de Grolée tiempo para poner a salvo en un lugar seguro a Jeanne antes de precipitarse. Había que conformarse. En aquellos momentos, debía mostrar una gran docilidad.

Tras quitarse las botas de montar en el rellano, entró de puntillas en su habitación. La vela se había apagado hacía ya rato. Sólo un haz de luna se filtraba a través de la rendija de los postigos. Se sirvió de aquella claridad para comprobar que Marthe no te hallara en la habitación y que la puerta de paso a su apartamento estuviera cerrada. Una vez lo hubo verificado, se acercó a la cuna y corrió la cortina de terciopelo que la cerraba. Sidonie dormía. Sola. Marthe no había considerado necesario ocupar la cama para vigilarla mejor. ¡Qué segura tenía que estar aquella diablesa de ella misma y del terror que inspiraba! Mejor; pensó él. Su prolongada ausencia y la avanzada hora a la que regresaba le favorecían. Hasta el alba estaría tranquilo.

Una vez dejó caer la cortina tras él, que aún les aislaba más, se inclinó por encima de los cojines y mientras sacudía el hombro de Sidonie, le colocó una mano sobre la boca para evitar que gritara. Abrió unos ojos como platos de terror.

—No hagáis ruido, amiga mía. Debo hablaros, A solas le dijo al oído.

Retiró los dedos.

—Aquí no. Podría sorprendernos...

La voz de Sidonie, casi inaudible, era suficiente sin embargo para dejar entrever la congoja que sentía. Jacques le acarició la mejilla con ternura. Ahora que su situación se le presentaba en su monstruosa crueldad, se arrepentía de haberla acusado injustamente. Y aunque se lo prohibiera ante el renacimiento de Jeanne, su corazón conservaba hacia ella el mismo impulso que lo había transportado.

—Venid —dijo, corriendo la cortina.

Ella le siguió como una sombra, silenciosa y diáfana en su camisón, descalza, atenta a no hacer crujir las tablas del suelo de madera bajo las ricas alfombras que pisaban. En el umbral de la puerta abierta, Jacques se asomó para echar una ojeada al pasillo. Estaba desierto y oscuro, tal como lo hallara a su llegada. La casa entera dormía. Se volvió, verificó que nada se hubiera movido en la habitación y, asiendo a Sidonie de la mano, como en una promesa de reconciliación, guió a ésta en la penumbra hasta el piso inferior. Entraron en una de las salas de música y se dirigieron a un tapiz de Aubusson que cubría una pared entera y que estaba considerado uno de los más bellos de la comarca. Una doble ventana de montantes decorados con vidrieras de motivos florales lo iluminaba suavemente con el pálido resplandor de la luna.

Trotando a los talones de Jacques, Sidonie tenía un nudo en la garganta en el que

se mezclaban angustia y felicidad. El hombre al que amaba había ido a buscarla. Poco le importaba lo que fuera a decirle. Su ternura y su recobrada delicadeza serenaban en ella el tormento vivido aquellos últimos días. Súbitamente, verle apartar el bajo del tapiz y descubrir así una pequeña puerta cimbrada cuya existencia ella ignoraba le pareció más sorprendente que el perdón que tanto había esperado.

Una vez el tapiz de Aubusson cayó de nuevo sobre el batiente de la puerta cerrada. Jaiques y Sidonie se emparedaron en una pequeña estancia oscura que olía a humedad a pesar del soplo de aire fresco que le cosquilleaba las cejas. A todas luces, una de los numerosos subterráneos arrancaba de allí, Jacques le soltó la mano y ella se sintió huérfana. Con los brazos caídos, permanecía allí, plantada, a sólo unos pasos de él, incapaz, de pronunciar una palabra o hacer un gesto, cuando tantas veces hasta entonces ella había hecho gala de confianza o temeridad.

Él la adivinó frágil, herida, convertida en víctima. Su corazón dio un vuelco. Espontáneamente, se deslizó a su lado y la abrazó hasta ahogarla.

—Oh, Jacques, si supierais —gimió contra su jubón, que apestaba a la sal de la cabalgada.

Un sollozo la estremeció y no pudo reprimirlo.

¿Cuántos años hacía que no lloraba?, se preguntó Jacques mientras la acunaba. Unas lágrimas, sí, a la muerte de Claudine. 1.ª desesperación reflejada en sus ojos o en sus gestos, pero ¡con tal dignidad! Las imágenes desfilaban en la oscuridad. Imágenes felices de sus encuentros cada día con mayor complicidad, de sus abrazos, de sus risas. Ella le había ayudado a renacer tras el entierro de Jeanne. Sin imponerse. No, ella jamás se había impuesto. A pesar del amor que él sentía por ella, a pesar de las artimañas de Marthe. Rechazándole incluso las primeras veces que él trató de besarla. Aún podía verla, rechazándole, invocando la memoria de Jeanne, temblando con tal fuerza que le llevó casi dos años doblegarla. ¿Qué castigo había recibido de Marthe por tardar tanto en ceder?

—Explicádmelo, amor mío. Quiero saberlo todo. Todo —le imploró cubriendo de besos su rostro.

Ella dejó que él bebiera, que se tragara aquella agua que la purificaba antes de verse súbitamente atrapada de nuevo por el recuerdo de la otra. Jeanne. La lluvia cesó, alejada por aquel viento de tormenta interior. Más fuerte incluso que la necesidad que sentía de él. Se liberó del abrazo y retrocedió hasta dar con los hombros contra una piedra saliente del muro. Unido al que la retorció el vientre, el dolor le arrancó un pequeño grito de animal herido.

—No me toquéis, Jacques. No me toquéis más. Os amo Oh sí, cómo os amo, más que a mi propia vida, pero pertenecéis a ella. A ella sola. Cómo me arrepiento de haberos engañado.

—Vos no lo hicisteis. Marthe es la única responsable, y lo sé. Y yo igualmente.

—¿Vos? —exclamó Sidonie.

—Sí, porque yo también os amo y a día de hoy me importáis tanto como Jeanne.

Volvió a su lado y buscó las manos de ella en la oscuridad para retenerlas entre las suyas.

—No tiembles más, Sidonie, y cuéntame lo que sabes. Sea lo que sea lo que el mañana nos depare, al igual que a Jeanne, deseo salvarte.

Esa vez, estaba decidido. Si no intervenía, habría perdido la noche. Junto a él en el carromato, donde se había vuelto a acostar desde hacía veinte minutos sobre el hombro derecho, maese Janisse roncaba tan fuerte que Mathieu apenas podía oír al mozo de establo que gemía sobre la paja, víctima probablemente de una pesadilla. Sentado con las piernas cruzadas sobre la manta, el jovenzuelo dudaba entre las ganas de pellizcarle la nariz a su compañero o de pegarle. Bostezó sonoramente mientras tomaba una decisión. Optó por la primera opción y pellizcó entre el pulgar y el índice el apéndice prominente que ascendía cuando Janisse aspiraba. En busca del aire viciado del establo, el cocinero gorgoteó innobles borborismos antes de respirar de nuevo con mayor discreción. Mathieu soltó la presión, se enjugó los dedos en la manta y suspiró aliviado. Aún no había calado su nuca en el brazo doblado cuando Janisse empezó de nuevo a roncar. Tumbado boca arriba, Mathieu se tapó las orejas. Ni así bastaba. Como si quisiera vengarse, los ronquidos se intensificaban a cada nueva inspiración. Cuando sacudieron a Janisse hasta el punto de que el carromato tembló, Mathieu juzgó que, al igual que la noche precedente, solo podría dormir bajo el cielo estrellado.

Con la manta enrollada bajo el brazo, los párpados pesados, abandonó el establo y tomó el camino por el que el cocinero y el barón habían deambulado y divagó bajo los árboles. Tanteó varios con la palma de la mano antes de decidirse por un castado que le ofrecía una raíz cubierta de musgo a guisa de cojín. Se tumbó y prestó atención. Si se exceptuaba el grito desafinado de un búho que interrumpía el concierto de los ruiseñores, reinaba una tranquilidad absoluta. Aquella noche los conspiradores dormían. «Mejor», pensó, bostezando de nuevo, con la mirada perdida en las trémulas hojas jóvenes. Aquí y allá, entre las ramas, una estrella centelleaba a pesar del halo pálido de la luna. Buscó una más brillante que las demás para fijar en ella su vista. Cuando ya no pudiera soportar el brillo, esperaba, lograría dormirse. Escuchó los movimientos a su alrededor. El rechinar de los insectos. La caza de los gatos a la sombra de la maleza. El trote de las ardillas sobre la corteza de los árboles. El zumbido de las moscas. El silbido de los mosquitos. Sabía reconocerlos. A menudo habían mecido sus sueños en las noches de verano en Sassenage. Acompasarse a su ritmo era una feliz manera de evitar que sus pensamientos le inquietaran. Pero no se llevaba a engaño. Sabía que su tormento se había apoderado de nuevo de él, cuando, al despertar sobresaltado, descubrió el rostro del barón inclinado sobre el suyo. Su primer reflejo fue tantear con la palma de la mano para apoderarse del braquemarte, antes de recordar, por un lado, que no tenía el arma a su alcance, sino que ésta se hallaba atada debajo de la plataforma del carro, y por otra

parte, que ya no tenía motivo para matar al barón pues había decidido perdonar. Una fracción de segundo. Cargada de odio; Lo disimuló cuidadosamente. Afable, el barón se había excusado por despertarle antes de pedirle su testimonio.

Mathieu suspiró. No dormiría más que la noche anterior. Debía hacerse a la idea. Por lo tanto, era mejor mirar las cosas de frente en lugar de engañarse. Las palabras de Algonde resonaron en su cabeza. Una vez más. A lo largo de todo el día le habían perseguido. Aquella historia, su historia, la historia de ambos era tan perturbadora e increíble que aún le costaba admitirlo. Sabía, sin embargo, que Algonde no mentía. Él mismo había podido juzgar el poder maléfico de la harpía y del gavián. Había visto a Algonde salir de las Cubas del Furon viva cuando hubiera debido ahogarse en sus aguas. Ya no dudaba de ella. De su abnegación. De su combate. Y del amor que por él sentía. Pero... Había un pero. La había visto regresar de paseo con Philippine, había visto a los cortesanos rodearla en el jardín, alabar su belleza y su salud recuperada, el color de su tez. Había oído su risa de tono agudo, sus agudas ironías para darles una lección. Cuando subió las escaleras de la entrada, con su falda entre las manos cerradas para no levantar polvo, en su expresión lucía tal gracia y presencia que tuvo que frotarse los ojos para creerlo. Más aún para tratar de recobrar en ella al rui señor de manos sucias y rodillas patizambas que de niño le acompañaba a pescar ranas. Aquel mundo le sentaba bien a ella, a la descendiente de las hadas. ¡Le sentaba muy bien!

¿Conseguiría él hacerse un hueco en el mismo? ¿Él, que para ver a su hija, poco antes, había tenido que vestir la librea de los criados? Algonde se lo había afirmado. Pretextando que ella no se amoldaba a aquella mascarada más que por necesidad. Ya no se lo tenía en cuenta. Sostener a Elora en brazos, sentir sus deditos al aprisionarle el dedo índice, ver como su mirada le observaba y por fin verla sonreír, con aquella beatitud, le había bastado para admitir como suya a aquella criatura que no era como las demás, nacida para salvar el mundo. Y, sin embargo, su odio no se había extinguido. A pesar de que Algonde le hubiera explicado lo sucedido con el barón y con Philippine, le enfurecía imaginar otras manos que no fueran las suyas sobre su encarnación de leche. Al igual que su impotencia para intervenir; sostener, guiar y proteger. ¿Qué papel podía desempeñar él, Mathieu el panetero, en aquella profecía? ¿Aguardar con los brazos cruzados a que se cumpliera? ¿A que la profecía perjudicara a los suyos, trastornara sus vidas, quebrara sus sueños? Había visto emanar de Elora la luz azul cuando la besó en la frente, había percibido su dulzura y su fuerza. Igualmente, aquel poder de los Antiguos que Algonde había heredado, y del que de hecho ignoraba las propiedades, había podido verlo en su rostro cuando ella gozó con él entre los matorrales vecinos. Su placer masculino se vio multiplicado por diez como cuando la harpía le forzó en Sassenage. En el interior de su vientre le había quedado un vacío. Inmenso. Y le convertía en un ser ordinario. Muy ordinario, «¡Indispensable!», le susurró Algonde. Pero ¿para qué?

Cerró los ojos, con el iris quemado por haber mirado tan fijamente la estrella.

¿Era buena o mala? Turbado desde que Algonde le abandonara en mitad de la noche anterior para dar el pecho a Elora, no pudo seguir la estela de su perfume. Anduvo al azar por los caminos de los terrenos del castillo para poner en orden sus ideas. Se alejó de la fortaleza sin salir de las murallas. Al oír pasos a su espalda, por reflejo, se escondió tras un generoso rebrote de nogal. Quería asegurarse de que Marthe no le siguiera. Un coloso en librea pasó frente a él, con el cuerpo inerte de una mujer al hombro como un vulgar saco. La misma estatura que Algonde. La misma longitud de su trenza. Su corazón dio un vuelco. ¿La habían sorprendido al regresar? El criado dejó el fardo en el suelo a unos pasos de él, silenciosamente febril, y el rostro tumefacto de la jovenzuela se volvió de lado. No, no era su rui señor. Se serenó. Tras escupir en sus manos, el coloso comenzó a cavar una fosa con la pala que había llevado consigo. Un signo de la cruz furtivo a guisa de oración fúnebre y la enterró, antes de marcharse tal como había llegado hasta allí, sin mirar atrás. Que perra vida, pensó Mathieu, en la que ni siquiera las gentes miserables tienen respeto por su miseria común. También él represo.

A medio camino, recordó la descripción que Algonde le había hecho de Francine. De súbito, no dudó ni por asomo que se habían desembarazado discretamente de ella. Una extraña excitación se apoderó de él ante la idea de que la propia Algonde la hubiera ejecutado. ¿La había sorprendido rondando a Elora? La perspectiva de que su prometida fuera capaz de matar por venganza o para proteger a los suyos lo tranquilizó. Se sentía torpe ante sus propias pulsiones, incluso ahora, que sabía que su rui señor nada tenía que ver con la desaparición de la sirvienta que, al contrario, había hecho que la buscaran durante todo día hasta que le contó la verdad, mantenía el sentimiento de que se trataba de una posibilidad. Una posibilidad que le aliviaba de cuanto él mismo era capaz de sentir.

Mathieu espantó un mosquito que zumbaba junto a su oreja. Tiempo. Necesitaría tiempo para acompañarse a aquel destino que ninguno de ellos dos había elegido. A partir de la noche siguiente, para permanecer junto a ella y apoyarla en su epopeya, hornearía el pan de la casa. Permanecería a la sombra. Ella a la luz. Elora les uniría.

Bostezó. La fatiga le vencía. Tiempo. Eso era lo que necesitaba. Pero no mucho. Había ido a ver al párroco poco antes, En cuanto regresara el barón, le concedió el padre Mancier. Hecho. Jacques de Sassenage lo había autorizado. Algonde aún no lo sabía, pero dos días más tarde, con las primeras luces del alba, en la pequeña capilla del castillo y con la mayor discreción, rodeados tan sólo de Janisse y Gersende, que al igual que Philippine y el barón serían sus testigos, se casarían, todos deberían acostumbrarse a ello. Empezando por la harpía. A ese respecto tenía una idea. No diría nada a nadie. Ése sería su combate personal, su venganza contra el gavilán y a la vez quizá la única manera de demostrarles a ambas, Algonde y Elora, hasta qué punto las quería.

Aliviado por su certidumbre, se durmió. Lejos, muy lejos, por encima del mundo, la luna llena sonreía.



MIREILLE CALMEL (1964) empezó a escribir con tan sólo ocho años. Como muchos autores, comienza discretamente su carrera con canciones, poemas, piezas de teatro, juegos... En el año 2002 aparece su primera novela, *La boda de Leonor*, de la que ha vendido más de un millón de ejemplares en Europa y que la consagró inmediatamente como una de las novelistas más admiradas y leídas del panorama literario actual. Con sus siguientes novelas, *El baile de las lobas* y *La hija del mar*, consiguió superar el millón y medio de ventas y la crítica francesa la calificó como «la nueva reina de la novela histórica». Sus novelas han sido traducidas a quince idiomas. En la actualidad, Mireille vive en Aquitania con su marido y sus dos hijos.